

narrativa joven

El ladrón del rayo

Rick Riordan

Percy Jackson
y los dioses del Olimpo I



salamandra

Percy Jackson y los Dioses del Olimpo
Libro 01

El Ladrón del Rayo

Rick Riordan

SINOPSIS

SINOPSIS

Titulo: El ladrón del rayo.

Autor: Rick Riordan

Saga: Percy Jackson y los dioses del olimpo.

¿Qué pasaría si un día descubres que, en realidad, eres hijo de un dios griego que debe cumplir una misión secreta? Pues eso es lo que le sucede a Percy Jackson, que a partir de ese momento se dispone a vivir los acontecimientos más emocionantes de su vida. Expulsado de seis colegios, Percy padece dislexia y dificultades para concentrarse, o al menos ésa es la versión oficial. Objeto de burlas por inventarse historias fantásticas, ni siquiera él mismo acaba de creérselas hasta el día que los dioses del Olimpo le revelan la verdad: Percy es nada menos que un semidiós, es decir, el hijo de un dios y una mortal. Y como tal ha de descubrir quién ha robado el rayo de Zeus y así evitar que estalle una guerra entre los dioses.

Para cumplir la misión contará con la ayuda de sus amigos Grover, un joven sátiro, y Annabeth, hija de la sabia Atenea.

CAPITULO 1

CAPITULO1

ACCIDENTALMETE VAPORICE A MI PROFESOR DE ALGEBRA.

Mira, yo no quería ser un mestizo.

Si estas leyendo esto es porque piensas que puedo ser uno, mi consejo es: cierra este libro ahora mismo.

Créete cualquier mentira que tu madre o tu padre te hayan dicho acerca de tu nacimiento y trata de llevar una vida normal.

Ser un mestizo es peligroso. Da miedo. La mayor parte del tiempo, consigues que casi te maten de diferentes formas dolorosas y desagradables.

Si eres un niño normal, leyendo esto porque cree que es ficción, fantasía. Sigue leyendo. Te envidio por ser capaz de creer que nada de esto hubiera ocurrido. Pero si te reconoces a ti mismo en estas páginas - si tú sientes algo moviéndose dentro - para de leer inmediatamente. Podría ser que fueras uno de nosotros. Y una vez que lo sabes, es cuestión de tiempo antes de que lo sientas y van a venir por ti.

Ni digas que no te lo advertí.

Mi nombre es Percy Jackson.

Tengo doce años. Hasta hace unos meses, yo era un estudiante que se alojaba en la Academia Yancy, una escuela privada para niños problemáticos en el centro de Nueva York.

¿Soy un niño problemático?

Si. Se podría decir que si.

Yo podría señalar cualquier punto de mi vida corta y miserable para demostrarlo , pero las cosas realmente empezaron a ir mal cuando nuestra clase de sexto grado hizo un viaje de estudios a Manhattan - veintiocho niños y dos profesores en un autobús escolar amarillo,

dirigiéndose al Museo Metropolitano de Arte para mirar la antigüedad de Grecia y Roma.

Lo se - suena a tortura. La mayoría de viajes de Yancy lo eran.

Pero el Sr. Brunner, nuestro profesor de latín, organizaba este viaje, tenía esperanzas. El Sr. Brunner era un tipo de mediana edad que iba en una silla de ruedas motorizada. Tenía el pelo cayéndosele, y una barba desaliñada, una chaqueta raída de tweed que siempre olía a café. Tu no pensarías que es guay pero el contaba historias y hacia bromas aparte de dejarnos jugar en clase. También tenía una colección grande de armaduras romanas y armas, era el único profesor con el que no me dormía en sus clases.

Esperaba que el viaje fuera bien. Al menos, esperaba que por una vez yo no fuera el problema.

Chico, estaba equivocado.

Veras, las cosas malas me ocurren en los viajes de estudio. Como en quinto de primaria, cuando fuimos a Saratoga, tuve ese accidente con un cañón del la guerra de la revolución. Yo no apuntaba al autobús escolar, pero desde luego fui expulsado de todos modos. Y antes de esto en mi cuarta escuela primaria, cuando dimos un tour entre bastidores del mundo marítimo del tiburón, yo toque la palanca incorrecta en el pasillo y nuestra clase se dio un baño imprevisto. Y antes de eso... bien, te haces una idea.

Este viaje, estaba determinado a que fuera bien. Todo el camino a la ciudad me puse con Nancy Bobfit, la friki, pelirroja cleptómana, que golpeaba a mi mejor amigo Grover en la parte de atrás de la cabeza con pedazos de emparedados de mantequilla y crema de cacahuete.

Grover era un blanco fácil. Era flaco. Lloraba cuando se frustraba. Debió haber repetido varios cursos, porque era el único niño de sexto grado con acné y con principio de un poco de barba en el mentón. Por encima de todo eso, estaba lisiado. El tenía una nota excusándole de PE del resto de su vida porque tenía algún tipo de enfermedad muscular en las piernas. Caminaba curiosamente, como si le doliera, pero no te dejes engañar. Deberías haberlo visto correr cuando había enchilada en la cafetería.

De todos modos, Nancy Bobofit estaba lanzando bolas de sándwich que se pegaban en su pelo castaño rizado, y ella sabía que no podía hacerle nada porque estaba en libertad condicional. El director me había amenazado de muerte de suspender del colegio si algo malo,

vergonzoso, o medianamente entretenido sucedía en este viaje.

"Te voy a matar" murmuré.

Grover trato de calmarme. "Está bien. Me gusta la mantequilla de cacahuete."

Eludió otro pedazo de comida de Nancy.

"Eso es todo." Empecé a levantarme pero Grover me puso de vuelta en mi asiento. "Ya estas en libertad condicional," me recordó. "Sabes que tendrás la culpa si algo pasa."

Pensándolo bien, desearía haberle atizado a Nancy Bobofit ahí mismo. En el colegio la suspensión no hubiera sido nada comparado con el desastre en que iba a meterme.

El Sr. Brunner nos condujo en la visita al museo.

Puso su silla de ruedas al frente, guiándonos a través de las enormes galerías, de estatuas de mármol grandes y vitrinas llenas de cosas viejas y de cerámica de color naranja. En mi mente apareció la idea de que estas cosas habían sobrevivido dos mil o tres mil años.

Nos reunió alrededor de un muchacho de trece metros de altura de piedra con una gran esfinge en la parte superior y empezó a contar como era una lapida, una estela, para una chica de nuestra edad. Nos contó acerca de la forma de tallar los lados. Estaba tratando de escuchar lo que decía porque me interesaba de alguna forma, pero todo el mundo a mi alrededor estaba hablando y cada vez que les decía que se callaran, el profesor acompañante, la Sra. Dods, me miraba mal.

La Sra. Dodds era profesora de matemáticas, que siempre llevaba una chaqueta de cuero negro, incluso a su edad, a sus cincuenta años. Parecía lo suficiente como para montar en una Harley. Rabia llegado a Yancy a mitad del año, cuando nuestro profesor de matemáticas tuvo un ataque de nervios.

Desde el primer día, la Sra Dodds se enamoro de Nancy Bobofit y me imagine que estaba poseída. Me señaló con su dedo torcido y me dijo, "Ahora, cariño," realmente dulce, y sabia que iba a caerme una detención después de clases durante un mes.

Una vez, después de que me hiciera borrar las respuestas del libro de matemáticas hasta la medianoche, le dije a Grover que no parecía

que la Sra. Dodds fuera humana. Me miro muy serio y me dijo:

"Tienes toda la razón."

El Sr. Brunner dejo de hablar de arte funerario Griego.

Por último, Nancy Bobofit rió por el hombre desnudo con la estela y me di la vuelta y le dije, "¿Quieres callarte?"

Lo que salio mas fuerte de lo que quería.

Todo el grupo se echo a reír. El Sr. Brunner detuvo su historia.

"Señor Jackson," dijo. "¿Algo que decir?"

Mi rostro estaba totalmente rojo. Le dije. "No, señor."

El Sr. Brunner señaló una de las imágenes de la estela. "¿Tal vez podrías decirnos lo que representa la foto?"

Mire la talla y sentí una oleada de alivio, porque en realidad lo reconocía."Es Cronos comiéndose a sus hijos, ¿no?"

"Si," dijo el Sr. Brunner, obviamente no conforme. "Y lo hizo porque..."

"Bueno..." sacudí mi cerebro para recordar. "Cronos era el rey de los dioses y"

"¿Dioses?" pregunto el Sr. Brunner.

"Titanes" me corregí. "Y... no se fiaba de sus hijos, que eran los dioses. Así que, ummm Cronos se los comió, ¿verdad? Pero su mujer escondió a Zeus bebé y le dio a Cronos una piedra para comerse en su lugar. Y mas tarde cuando Zeus creció, engaño a su padre, Cronos."

"Eeew!" Dijo una de las chicas detrás de mí.

"Y por eso fue la gran lucha entre los dioses y los titanes," continué.
"Y los dioses ganaron."

Se oyeron algunas risitas en el grupo.

Detrás de mi Nancy Bobofit le murmuró a un amigo, "Como vamos a usar esto en la vida real. Quien nos va a preguntar en una entrevista

de trabajo, 'porque Cronos se comió a sus hijos' "

"Y porque Señor Jackson," dijo Brunner, "para contestar a la excelente pregunta de la señorita Bobfit de ¿porque es importante en la vida real?"

"Busted " murmuro Grover.

"Cállate," susurro Nancy, con la cara roja, incluso mas brillante que su pelo. Al menos Nancy se avergonzaba también. El Sr. Brunner era el único que escuchaba. Tenía las orejas como radares.

Pensé en su pregunta y me encogí de hombros. "No se, señor."

"Ya veo." el Sr. Brunner parecía decepcionado. "Bueno, la mitad bien, el Sr. Jackson tenía razón. Zeus efectivamente le dio una mezcla de mostaza y vino a su padre lo que le hizo vomitar los otros cinco hijos, que por supuesto, siendo dioses inmortales, habían estado viviendo y creciendo sin digerirse completamente en el estomago del Titán. Los dioses vencieron a su padre, cortándolo en pedazos con su propia guadaña y esparciendo los restos en el tártaro, la parte más oscura del inframundo. Después de esta nota feliz, es momento de almorzar. Sra. Dodds, ¿podríamos salir?"

La clase se movió, los niños se aguantaban el estomago, los chicos empujándose unos a otros y actuando como burros.

Grover y yo estábamos a punto de seguir al Sr. Brunner, cuando dijo. "Señor Jackson."

Yo sabia que venia.

Le dije a Grover que siguiera adelante. Entonces me volví hacia el Sr. Brunner. "¿Señor?"

El Sr. Brunner tenía la mirada que no te dejaba ir - intensos ojos marrones que podrían haber tenido mil años de antigüedad y haberlo visto todo.

"Tu debes saber la respuesta a mi pregunta." me dijo el Sr. Brunner.

"¿Acerca de los titanes?"

"Acerca de la vida real. Y como tus estudios son aplicables."

"Oh."

"Lo que has aprendido de mi," dijo. "Es de vital importancia. Espero que lo trates como tal. Voy a aceptar solo lo mejor de ti Percy Jackson."

Quería enojarme, ese chico me empujo fuerte.

Quiero decir, claro, era una especie de día fresco, cuando el vestía alguna clase de traje romano y armadura y grito. "Eh!" y nos desafió, con la punta de la espada contra la tiza. Pero el Sr. Brunner esperaba que yo fuera tan bueno como todos los demás, a pesar de que tengo dislexia y el trastorno por déficit de atención y nunca había pasado por encima de una C en mi vida.

No, el no esperaba que fuera igual de bueno, el esperaba que yo fuera el mejor. Y yo no podía aprender todos los nombres y los hechos y mucho menos con perfecta ortografía.

Murmure algo acerca de esforzarme más, mientras que el Sr. Brunner echaba una larga y triste mirada a la estela, como si hubiera estado en el funeral de esa niña.

Me dijo que me fuera a comer.

La clase estaba reunida en la escalinata del museo, donde se podía observar el tráfico de gente a lo largo de la quinta avenida.

En el cielo, una gran tormenta se estaba formando, con nubes más negras de lo que nunca había visto en la ciudad. Me imagine que tal vez fuera por el calentamiento global o algo, porque el tiempo en toda la Navidad, había sido extraño. Habíamos tenido grandes tormentas de nieve, inundaciones, incendios forestales por rayos. No me habría sorprendido si se tratara de un huracán en formación. Nadie mas parecía darse cuenta. Algunos de los chicos le tiraban a las palomas trozos de galletas. Nancy Bobofit estaba tratando de robar algo del bolso de una señora, y por supuesto la Sra. Dodds no veía nada.

Grover y yo nos sentamos en el borde de la fuente, lejos de los demás. Pensamos que tal vez así hacíamos eso, la gente no sabría que éramos de esa escuela - la escuela para los casos problemáticos que no podían estar en otro lugar.

"¿Te han castigado?" pregunto Grover.

"No," dije. "No Brunner. Me gustaría que se olvidara de mí a veces.

Quiero decir, no soy un genio.

Grover no dijo nada durante un tiempo. Luego cuando pensé que iba a soltarme un comentario filosófico profundo para hacerme sentir mejor, dijo. "¿Me das tu manzana?"

Yo no tenía mucho apetito, así que se la di.

Observando la quinta avenida y pensé en el apartamento de mi madre, en la parte alta de la ciudad. No la había visto desde navidad. Yo quería coger un taxi y volver a casa. Que me abrazara y se alegrara de verme, pero sería decepcionante también. Ella me mandaría de vuelta a Yancy, recordándome que tenía que esforzarme más, incluso si esta era mi sexta escuela en seis años y que probablemente iba a ser expulsado de nuevo. Yo no podía estar ahí de pie mirándome ella con esa cara triste.

El Sr. Brunner puso su silla de ruedas en la parte baja de la rampa para minusválidos. Comía apio, mientras leía una novela de bolsillo. Una sombrilla roja sobresalía de la parte posterior de la silla, haciendo que pareciera una mesa de café motorizada.

Estaba apunto de desenvolver mi sándwich cuando Nancy Bobofit apareció delante mío con sus feas amigas, supongo que se había cansado de robar a los turistas y dejó caer su almuerzo a medio comer sobre el regazo de Grover.

"¡Uy!" Ella me sonrió con los dientes torcidos. Sus pecas eran de color naranja, como si alguien se pintara la cara con Cheetos líquido.

Trate de mantener la calma. El consejero de la escuela me había dicho un millón de veces, cuenta hasta diez, controla tu temperamento. Pero yo estaba tan loco con la mente en blanco. Una ola rugió en mis oídos.

No recuerdo tocarla, pero lo siguiente que supe es que Nancy estaba sentada de culo en la fuente, gritando. "¡Percy me empujo!"

La Sra. Dodds se materializó junto a nosotros. Algunos de los niños murmuraban: "¿Has visto...?"

"...El agua..."

"...como la agarró..."

No sabia de que estaban hablando. Todo lo que sabía era que estaba

en problemas de nuevo. Tan pronto como la Sra. Dodds estuvo segura de que la pobre Nancy estaba bien, prometiéndole conseguirle una camiseta nueva en la tienda de regalos del museo, etc, etc, la Sra. Dodds se volvió contra mí. Hubo un incendio triunfal en sus ojos, como si hubiera hecho algo que había estado esperando todo el semestre.

"Ahora, cariño."

"Ya lo se," murmuré, "Un mes borrando libros."

Eso no fue correcto decirlo.

"Ven conmigo," dijo la Sra. Dodds.

"¡Espere!" grito Grover."Fui yo quien la empujo."

Me quede mirándolo, atónito. No podía creer que estaba tratando de cubrirme. La Sra. Dodds le dio una mirada que mata. Con tanta fuerza que la barbilla de él temblaba.

"No lo creo, Sr. Underwood." dijo ella.

"Pero..."

"Usted-quédese-aquí."

Grover me miro de forma desesperada.

"Está bien, tío," le dijo. "Gracias por intentarlo."

"Cariño," dijo la Sra. Dodds gritándose. "Ahora"

Nancy Bobofit sonrió.

Le di mi mirada de Nos-veremos-mas-tarde. Entonces me volví para hacerle frente a la señora Dodds, pero ella no estaba allí. Estaba de pie en la entrada del museo, en la parte superior de la escalera, gesticulando impaciente para que fuera.

¿Como había llegado allí tan rápido?

Tengo momentos bastantes, cuando mi cerebro se queda dormido o algo y la siguiente cosa que se es que me he perdido algo, como si una pieza de un puzzle cayera del universo y me dejara mirando un lugar en blanco detrás de ella. El consejero de la escuela me dijo que

era parte de la ADHD, mi cerebro malinterpretaba las cosas.

Yo no estaba tan seguro.

Fui detrás de la Sra. Dodds.

A mitad de los escalones, mire a Grover. Estaba pálida, mirando del Sr. Brunner a mí, como si quisiera que el Sr. Brunner notara lo que estaba pasando, pero el Sr. Brunner estaba absorto en su novela.

Bueno, pensé. Me va ha hacer comprar una camisa nueva para Nancy en la tienda de regalos.

Pero al parecer, ese no era el plan.

La seguí por el museo. Cuando finalmente la alcance, estábamos de vuelta en Grecia y la sección romana.

Excepto por nosotros, la galería estaba vacía.

La Sra. Dodds estaba de pie con los brazos cruzados delante de un gran friso de mármol de los dioses griegos. Estaba haciendo un ruido extraño con la garganta, como gruñendo. Incluso sin el ruido ya estaba nervioso. Es raro estar a solas con un profesor, especialmente la Sra. Dodds. Algo sobre la forma en que miraba el friso, como si quisiera pulverizarlo...

"Nos estas dando problemas cariño." dijo.

Hice lo seguro. Le dije: "si señora."

Ella tiro de las mangas de su chaqueta de cuero. "¿De verdad crees que puedes salirte con la tuya verdad?"

La mirada en sus ojos iba más allá de la locura. Era malvada.

Ella es maestra pensé con nerviosismo. No es que vaya a hacerme daño.

Le dije. "Yo...yo, me esforzare mas, señora."

Un trueno sacudió el edificio.

"Nosotros no somos tontos, Percy Jackson." dijo la Sra. Dodds. "Era solo cuestión de tiempo que te descubrieras. Confiesa y sufrirás menos dolor."

No sabia de que hablaba.

Todo lo que podía pensar era que los maestros habían encontrado el alijo ilegal de dulces que había estado en mi dormitorio. O tal vez se habían dado cuenta de que mi ensayo sobre Tom Sawyer era de Internet y no por haber leído el libro y me iban a quitar mi nota. O peor, me iban ha hacer leer el libro.

"¿Y bien?" pregunto ella.

"Señora, yo no..."

"Se acabo el tiempo." dijo entre dientes.

Entonces, sucedió la cosa mas extraña. Sus ojos empezaron a brillar como brasas de barbacoa. Sus dedos se estiraron convirtiéndose en garras. Su chaqueta se fundió en grandes alas de cuero. Ella no era humana. Era una bruja arrugada con alas de murciélago y garras, y una boca llena de colmillos amarillos, apunto de comerme.

Luego las cosas se pusieron aun mas extrañas.

El Sr. Brunner que había estado frente al museo un minuto antes en su silla de ruedas, estaba en la entrada de la galería con una pluma en la mano.

"¡Eh, Percy!" gritó, tirando la pluma al aire...

La Sra. Dodds, se abalanzo sobre mí.

Con un grito, la esquivé y sentí las garras rozando el aire junto a mi oído. Cogí el bolígrafo en el aire, pero cuando llego a mi mano, ya no era una pluma. Era una espada - la espada del Sr. Brunner que siempre utilizaba en el torneo.

La Sra. Dodds se volvió hacia mí con una mirada asesina en sus ojos. Mis rodillas parecían de gelatina. Me temblaban las manos tanto que casi dejo caer la espada.

Me espeto. "¡Muere, cariño!"

Y voló directamente hacia mí.

Absolute terror corrió por mi cuerpo. Hice lo único que llego de forma natural: blandí la espada. La hoja de metal toco su hombro y paso

limpia a través de su cuerpo como si fuera de agua. ¡Hiss!

La Sra. Dodds fue un castillo de arena en un momento. Ella estalló en polvo amarillo, se vaporizó en el terreno, sin dejar nada, pero con olor a azufre y un grito de muerte y un enfriamiento en el aire, como si esos dos ojos brillantes siguieran mirándome.

Estaba solo.

Rabia un bolígrafo en la mano.

El Sr. Brunner, no estaba allí. No había nadie más que yo.

Mis manos estaban temblando. Mi comida debía de haber sido contaminada con hongos o algo así. ¿Y si había imaginado todo eso?

Volví a salir.

Había comenzado a llover.

Grover estaba sentado junto a la fuente, con un mapa del museo sobre su cabeza. Nancy Bobofit estaba todavía allí de pie, empapada después de su baño en la fuente, refunfuñando con sus feas amigas.

Cuando ella me vio, dijo. "Espero que el Sr. Kerr te haya azotado el trasero."

Le dije. "¿Quién?"

"Nuestro maestro, tonto."

Parpadeé. No hemos tenido nunca un maestro llamado Sr. Kerr. Le pregunté a Nancy de qué estaba hablando.

Ella solo puso los ojos en blanco y se alejó.

Le pregunté a Grover dónde estaba la Sra. Dodds.

El dijo. "¿Quién?"

Pero se detuvo y no me miró, así que pensé que estaba bromeando.

"No es gracioso hombre," le dije. "Voy a serio."

Un trueno retumbó.

Vi al Sr. Brunner sentado bajo su sombrilla roja, leyendo su libro, como si nunca se hubiera movido.

Me acerqué a él.

Miro hacia arriba, un poco distraído. "Ah, mi pluma. En el futuro haga el favor de traer su propio utensilio de escritura, Sr. Jackson."

Le entregue al Sr. Brunner su pluma. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba todavía con ella.

"Señor," le dije. "¿Dónde está la Sra. Dodds?"

Me miro sin comprender. "¿Quién?"

"El otro acompañante. La Sra. Dodds. La maestra de álgebra."

El frunció el ceño, inclinándose hacia adelante, viéndose ligeramente afectado. "Percy no hay una Sra. Dodds en este viaje. Por lo que yo sé, nunca ha habido una Sra. Dodds en la academia Yancy. ¿Te encuentras bien?"

CAPÍTULO 2

CAPITULO2

TRES ANCIANAS TEJIENDO LOS CALCETINES DE LA MUERTE

Yo estaba acostumbrado a esas ocasionales experiencias extrañas. Pero usualmente terminaban rápido. Esta alucinación veinticuatro/siete era más de lo que podía manejar. Por el resto del año escolar, todo el campus parecía estar jugando una especie de truco conmigo. Los estudiantes actuaban como si estuvieran total y completamente convencidos de que la Sra. Kerr –una mujer rubia alegre a la que nunca había visto en mi vida, hasta que se subió en el autobús al final de la excursión – había sido nuestra maestra de pre-Algebra desde Navidad.

De vez en cuando yo soltaba una referencia de la Sra. Dodds a alguien, solo para hacerlos tropezar, pero ellos se quedaban mirándome como si yo estuviera loco.

Consiguiendo así que yo casi les creyera –que la Sra. Dodds nunca había existido.

Casi.

Pero Grover no podía engañarme. Cuando le mencioné el nombre Dodds a él, dudó, luego dijo que ella no existía. Pero supe que estaba mintiendo.

Algo estaba sucediendo. Algo había sucedido en el museo.

No tuve mucho tiempo para pensar en ello durante el día, pero en las noches, visiones de la Sra. Dodds con garras y alas de cuero me despertaban sudando frío.

El clima extraño continuó, lo que no ayudó con mi humor. Una noche, una tormenta estalló las ventanas de mi dormitorio. Pocos días después el tornado más grande de todos los tiempos aterrizó en el Valle de Hudson, a solo cincuenta millas de la Academia Yancy. Uno de los acontecimientos de la actualidad que estudiamos en Ciencias Sociales fue el número inusual de pequeños aviones que había caído

en el Atlántico repentinamente este año.

Empecé a sentirme irritable y de mal humor la mayoría del tiempo. Mis calificaciones bajaron de D a F. Me metí en más peleas con Nancy Bobofit y sus amigos. Me sacaron del salón en casi cada clase.

Finalmente, cuando nuestro Profesor de Castellano, el Sr. Nicoll, me preguntó por millonésima vez porque yo era tan perezoso para estudiar para las pruebas de deletreo, estallé. Lo llamé viejo borrachín. No estaba ni siquiera seguro de lo que eso significaba, pero sonaba bien.

El director le envió a mi mamá una carta la siguiente semana, haciéndolo oficial: Yo no sería invitado a volver el siguiente año a la Academia Yancy.

Bien, me dije a mí mismo. Perfecto.

Estaba nostálgico.

Quería estar con mi mamá en nuestro pequeño departamento en el extremo este de la ciudad, incluso si tenía que ir a una escuela pública y soportar a mi obstinado padrastro y sus estúpidos compañeros de póker.

Y aún así... había cosas que extrañaría de Yancy. La vista de los bosques desde la ventana de mi dormitorio, el río Hudson en la distancia, el olor de los árboles de pino. Extrañaría a Grover, que había sido un buen amigo, incluso siendo un poco extraño. Me preocupaba como sobreviviría el siguiente año sin mí.

Extrañaría la clase de latín también –el torneo loco del Sr. Brunner y su fe en que yo podía hacer las cosas bien.

Mientras los exámenes se acercaban, latín era el único para el que estudiaba. No había olvidado que el Sr. Brunner me dijo que este tema era de vida o muerte para mí. No estaba seguro porque, pero había empezado a creerle.

La noche antes de mi final, me sentí tan frustrado que lancé la Guía de Cambridge de la Mitología Griega a través de mi dormitorio. Las palabras habían empezado a saltar fuera de la página. No había forma que yo fuera a recordar la diferencia entre Chiron y Charon, o Polydictes y Polydeuces. ¿Y conjugar esos verbos en Latín? Olvídalos.

Atravesé el cuarto, sintiendo como si hormigas se pasearan dentro de

mi camisa.

Recordé la expresión seria del Sr. Brunner, sus ojos con la sabiduría de miles de años. Aceptaré solo lo mejor de ti Percy Jackson.

Tomé un respiro profundo. Recogí el libro de mitología.

Nunca le había pedido ayuda a un profesor antes. Quizás si hablaba con el Sr. Brunner, él podría darme algunos consejos. Al menos podría disculparme por la gran F que estaba a punto de sacar en su examen. No quería dejar la academia Yancy, con él pensando que yo no lo había intentado.

Bajé las escaleras hacia las oficinas de la facultad. La mayoría estaban oscuras y vacías, pero la puerta del Sr. Brunner estaba entreabierta, la luz desde su ventana se extendía por el suelo del pasillo.

Estaba a tres pasos de la manija de la puerta cuando oí voces dentro de la oficina. El Sr. Brunner preguntaba algo. Una voz que era definitivamente la de Grover decía “.....preocupado por Percy, señor.”

Me congelé.

Usualmente no ando espiando, pero te reto a no escuchar si pudieras oír a tu mejor amigo hablándole de ti a un adulto.

Me acerqué un poco más.

“.....solo este verano,” estaba diciendo Grover. “Quiero decir, Una amabilidad en la escuela! Ahora que estamos seguros, y ellos también....”

“Solo empeoraríamos las cosas presionándolo,” dijo el Sr. Brunner. “Necesitamos que el chico madure más.”

“Pero él quizás no tenga tiempo. El solsticio de verano es el límite-”

“Tendrá que resolverse sin él, Grover. Déjalo disfrutar su ignorancia mientras todavía puede.”

“Señor, él la vio....”

“Su imaginación,” insistió el Sr. Brunner. “La niebla de los estudiantes y el personal será suficiente para convencerlo de eso.”

"Señor, yo.....yo no puedo fallar en mi deber otra vez." La voz de Grover estaba ahogada por la emoción. "Usted sabe lo que eso significaría."

"Tú no has fallado, Grover," dijo el Sr. Brunner amablemente, "Debí darme cuenta de lo que era. Ahora solo preocupémonos de mantener a Percy vivo hasta el próximo otoño-

El libro de mitología se cayó de mi mano y golpeó el suelo con un ruido sordo. El Sr. Brunner calló.

Mi corazón martilleaba, recogí el libro y me eché hacia atrás en el pasillo.

Una sombra se deslizó a través del cristal iluminado de la puerta de la oficina del Sr. Brunner, la sombra de algo mucho más alto que mi profesor en silla de ruedas, sosteniendo algo que lucía sospechosamente como un arquero.

Abrí la puerta más cercana y me deslicé hacia adentro.

Unos pocos segundos después oí un golpeteo lento clop-clop-clop, como bloques huecos de madera, luego un sonido como un animal resoplando justo fuera de mi puerta. Una gran y oscura sombra se detuvo frente al cristal y luego continuó.

Una gota de sudor corrió por mi cuello.

En algún lugar del pasillo, el Sr. Brunner habló. "Nada," murmuró él. "Mis nervios no han estado bien desde el solsticio de invierno."

"Los míos tampoco," dijo Grover. "Pero hubiera jurado...."

"Vuelve al dormitorio," le dijo el Sr. Brunner. "Tendrás un largo día de exámenes mañana."

"No me lo recuerdes."

Las luces se apagaron en la oficina del Sr. Brunner.

Esperé en la oscuridad por lo que parecieron horas.

Finalmente, salí al pasillo y me encaminé hacia mi cuarto. Grover estaba tendido en su cama, estudiando sus notas para el examen de latín como si hubiera estado ahí toda la noche.

"Hey," dijo él, con ojos cansados. "Estarás listo para este examen?"

No respondí.

"Te ves horrible." Él frunció el ceño. "Todo bien?"

"Solo....cansado."

Me voltee así él no podría ver mi expresión real, y empecé a listarme para ir a la cama.

No entendía lo que había oído abajo. Quería creer que lo había imaginado todo.

Pero algo si estaba claro: Grover y el Sr. Brunner estaban hablando de mí a mis espaldas.

Ellos pensaban que yo estaba en alguna clase de peligro.

La siguiente tarde, cuando salía de mi examen de tres horas de Latín, en mis ojos nadaban todos los nombres de los griegos y romanos que había escrito más, el Sr. Brunner me llamó.

Por un momento, me preocupó que hubiera averiguado mi espionaje el día anterior, pero ese no parecía ser el problema.

"Percy," dijo él. "No te desanimes por dejar Yancy. Es..... Es lo mejor."

Su tono era amable, pero las palabras me avergonzaron. Aunque hablaba en voz baja lo otros chicos terminando el examen pudieron oír. Nancy Bobofit me sonrió, haciendo un gesto sarcástico con sus labios.

Murmuré, "Okey, señor."

"Quiero decir..." el Sr. Brunner movió su silla hacia atrás y hacia adelante como si no estuviera seguro de que decir.

"Este no es el lugar adecuado para ti. Era solo una cuestión de tiempo."

Mis ojos picaron.

Aquí estaba mi profesor favorito, en frente de la clase, diciéndome

que no pude manejarlo. Después de decirme todo el año que creía en mí, ahora me decía que estaba destinado a ser expulsado.

"Claro," dije, temblando.

"No, No," dijo el Sr. Brunner. "Oh, lo confundí todo. Lo que estoy tratando de decir... no eres normal, Percy. Esto no es nada como ser..."

"Gracias," espeté. "Muchas gracias por recordármelo señor."

"Percy-"

Pero ya yo me había ido.

En él último día de plazo, metí mi ropa en mi maleta.

Los otros chicos, bromeaban alrededor, hablando de sus planes para las vacaciones. Uno de ellos iba a un viaje de excursión a Suiza. Otra iba a cruzar el Caribe por un mes. Ellos eran delincuentes juveniles, como yo, pero eran delincuentes juveniles ricos. Sus padres eran ejecutivos, o embajadores o celebridades. Yo era un don nadie, de una familia de don nadies.

Ellos me preguntaron lo que haría este verano y les dije que volvería a la ciudad.

Lo que no les dije fue que tendría que obtener un trabajo de verano sacando perros a pasear o vendiendo suscripciones a revistas, y gastando mi tiempo libre preocupándome acerca de a qué escuela iría en otoño.

"Oh," dijo uno de los chicos. "Eso es genial."

Ellos volvieron a su conversación como si yo nunca hubiera existido. La única persona a la que temía decir adiós era Grover, pero resultó que no tenía que hacerlo. Él había reservado un billete a Manhattan en el mismo Greyhound que yo, así que ahí estábamos, juntos otra vez, en dirección a la ciudad.

Durante todo el viaje de autobús, Grover seguía mirando nerviosamente por el pasillo, observando los otros pasajeros. Se me ocurrió que él siempre actuaba nervioso e inquieto cuando salíamos de Yancy, como si esperara que algo pasara. Antes, siempre asumí que él estaba preocupado de que se burlaran de él, Pero ahora no

había nadie para burlarse en el Greyhound.

Finalmente no pude soportarlo más.

Dije, "¿Buscando Amabilidad?"

Grover casi salta de su silla. "Que... Que quieres decir?"

Confesé sobre escucharlos a él y al Sr. Brunner la noche antes del examen.

Los ojos de Grover temblaban. "¿Que tanto escuchaste?"

"Oh....no mucho. ¿Cuál es el plazo del solsticio de verano?"

Él hizo una mueca. "Mira Percy... Estaba preocupado por ti, ¿ves? Quiero decir, alucinaciones de profesores de matemáticas demonios..."

"Grover..."

"Y le estaba diciendo al Sr. Brunner que quizás estabas estresado o algo, porque no había ninguna Sra. Dodds, y..."

"Grover, eres en verdad, en verdad un mal mentiroso."

Sus orejas se volvieron rosa.

Del bolsillo de su franela, sacó una tarjeta de negocios. "Solo toma esto, ¿okey? En caso de que lo necesites este verano."

La tarjeta tenía una escritura elegante, la cual fue asesinada en mis ojos disléxicos, pero finalmente entendí algo como:

Grover Underwood
Guardian
Campamento Mestizo
Long Island, New York
(800) 009-0009

"¿Que es Cam..."

"¡No lo digas en voz alta!" gritó él. "Esa es mi, ummm... dirección de verano."

Mi corazón se hundió. Grover tenía una casa de verano. Nunca había

considerado que su familia fuera probablemente tan rica como las de los otros en Yancy.

"Okey," dije con tristeza. "Así como, si quiero visitar tu mansión."

Él asintió. "O... o si me necesitas."

"¿Por qué te necesitaría?"

Salió más duro de lo que quise.

Grover se ruborizó hasta su manzana de Adán. "Mira, Percy, la verdad yo.....yo más o menos tengo que protegerte."

Me lo quedé observando.

Todo el año, me había metido en peleas, manteniendo a los abusivos lejos de él. Había perdido el sueño preocupándome que él fuera golpeado el siguiente año sin mí. Y aquí estaba él actuando como si él hubiera sido el que me defendiera a mí.

"Grover," dije, "¿De que exactamente me estás protegiendo?"

Hubo un enorme chirrido bajo nuestros pies. Un humo negro viniendo del tablero lleno el autobús con un olor como a huevos podridos. El conductor maldijo estacionando el Greyhound a un lado de la carretera.

Unos minutos después haciendo sonar el compartimiento del motor, el conductor anunció que tendríamos que bajarnos. Grover y yo salimos con todos los demás.

Estábamos en una estrecha carretera- un lugar que no notarías a menos que tu transporte se descompusiera allí.

En nuestro lado de la carretera no había nada a parte de árboles de arce y basura de los carros que pasaban. Al otro lado, luego de cuatro carriles de asfalto brillando con el calor de la tarde, estaba un puesto de frutas anticuando.

Lo que vendían lucía realmente bien: cerezas amontonadas en cajas y manzanas, nueces y albaricoques, jugo de cidra en una jarra llena de hielo. No había clientes, solo tres ancianas sentadas en mecedoras en la sombra de un árbol de arce, tejiendo el par de calcetines más grande que jamás había visto.

Quiero decir estos calcetines eran del tamaño de suéteres, pero eran claramente calcetines. La mujer de la derecha tejía uno de ellos. La dama de la izquierda tejía otro. La dama del centro sostenía un enorme cesto de hilos azul eléctrico.

Todas las tres mujeres lucían mayores, con rostros pálidos arrugados como la fruta, cabello gris atado atrás con pañuelos, brazos huesudos que salían de vestidos de algodón blanqueados.

Lo más extraño era, que ella parecían observarme justo a mí.

Miré a Grover para decir algo de eso y vi que la sangre se le había ido del rostro. Su nariz estaba crispada.

"¿Grover?" dije. "Hey, hombre..."

"Dime que ellas no te están mirando, ellas están, ¿no?"

"Sí, raro, ¿no? ¿Crees que esos calcetines me servirán?"

"No es gracioso, Percy. Para nada gracioso."

La anciana del medio sacó una gran par de tijeras- doradas y plateadas, hojas largas como cizallas. Oí a Grover contener el aliento.

"Volveremos al autobús," me dijo. "Vamos."

"¿Qué?" dije. "Hace como mil grados ahí dentro."

"¡Vamos!" Él abrió la puerta y saltó adentro, pero yo me quedé atrás.

Al otro lado de la carretera, las ancianas todavía me observaban. La del medio cortó el hilo y juro que pude escuchar el sonido a cuatro carriles de distancia. Las otras dos enrollaron los calcetines azul eléctrico, dejándome preguntándome para quien podrían ser, Big Foot o Godzilla.

En la parte trasera del autobús, el conductor arrancó una gran cantidad de humo fuera del compartimiento del motor. El bus se estremeció y el motor rugió volviendo a la vida.

Los pasajeros aplaudieron.

"¡Bien maldición!" gritó el conductor. Golpeó el autobús con su sombrero. "¡Todo el mundo a bordo de nuevo!"

Una vez que subimos, empecé a sentirme enfermo, como si hubiera atrapado un resfriado.

Grover no lucía mucho mejor. Él estaba temblando y sus dientes castañeaban.

"¿Grover?"

"¿Sí?"

"¿Qué no me estás diciendo?"

Se secó la frente con la manga de su camisa. "¿Percy, que viste allá en el puesto de frutas?"

"¿Quieres decir las ancianas? ¿Qué hay de ellas, hombre? Ellas no son como....la Sra. Dodds, ¿no?"

Su expresión era difícil de leer, pero tuve la sensación que las mujeres del puesto de frutas eran algo mucho, mucho peor que la Sra. Dodds. Él dijo, "Solo dime lo que viste."

"La del medio sacó sus tijeras y cortó el hilo."

Él cerró sus ojos e hizo un gesto con sus dedos que pudo ser señalándose a sí mismo, pero no lo fue. Era algo más, algo casi-anciano.

Él dijo, "Tu la viste cortar la cuerda."

"Sí. ¿Y?" Pero en el momento en que lo dije, supe que había un gran problema.

"Esto no está pasando," murmuró Grover. Él empezó a morder su pulgar. "No quiero que esto sea como la última vez."

"¿Qué última vez?"

"Siempre sexto grado. Nunca pasan de sexto."

"Grover," dije, porque él en verdad estaba empezando a asustarme. "¿De qué estás hablando?"

"Déjame acompañarte a casa de la estación de autobuses. Promételo."

Esto parecía como una extraña petición, pero se lo prometí.

“¿Es esto como una superstición o algo?” pregunté.

No respondió.

“Grover... ese retazo de hilo. ¿Significa que alguien va a morir?”

Él me miró con tristeza, como si ya estuviera escogiendo la clase de flores que me gustarían más en mi ataúd.

CAPITULO 3

CAPITULO3

INESPERADAMENTE GROVER PIERDE SUS PANTALONES

Confesión: Abandoné a Grover tan pronto como estuvimos en la terminal de autobuses.

Ya sé, ya sé. Fue grosero. Pero Grover me estaba asustando, mirándome como si fuese hombre muerto murmurando "¿Por qué siempre pasa esto?" y "¿Por qué siempre tiene que ser sexto grado?"

Como sea fue molesto, la vejiga de Grover entró en acción, por eso no me sorprendió, tan pronto como nos bajamos del autobús, que me hiciera prometerle que esperaría por él, y luego zigzagueó por los baños. En lugar de esperar, tomé mi chaqueta, salí y tomé el primer taxi hacia el centro.

— Este ciento cuatro y la primera — le dije al conductor

Algo acerca de mi madre, antes de que la conozcan.

Su nombre es Sally Jackson y es la mejor persona del mundo, lo que prueba mi teoría de que las mejores personas tienen la peor suerte. Sus padres murieron al estrellarse su avión, cuando ella tenía cinco años, y fue criada por su tío a quien no le importaba mucho. Ella quería ser novelista, así que pasó la preparatoria trabajando para ahorrar dinero para la universidad con un buen programa de escritura y creatividad. Después su tío enfermó de cáncer y ella tuvo que abandonar la escuela en su último año para cuidarlo. Después de que él muriera, ella se quedó sin dinero, sin familia y sin un diploma.

Lo único bueno que le pudo pasar fue conocer a mi papá.

No tengo recuerdos sobre él. Ella sólo me dijo que era rico e importante, y que su relación era un secreto. Un día, él tuvo que partir en un viaje a través del Atlántico, y jamás volvió.

Se perdió en el mar, decía mamá. No murió. Sólo se perdió en el mar.

Ella hacía trabajos pesados, tomaba clases nocturnas para obtener su diploma de preparatoria, y me criaba por su cuenta. Nunca se quejó o enojó. Ni una sola vez. Pero yo sabía que no era un chico tranquilo.

Finalmente, se casó con Gabe Ugliano, quien fue simpático los primeros treinta segundos que lo conocimos, y después mostró su verdadera cara de imbécil de primera. Cuando era pequeño, lo apodé "Oloroso Gabe". Lo siento pero es verdad. El tipo apestaba a pizza rancia y calzoncillos de gimnasio.

Entre los dos, le hicimos difícil la vida a mi mamá. La forma en que el Oloroso Gabe la trataba, la forma en que nos llevábamos... bien, cuando llego a casa es un buen ejemplo.

Entré en nuestro pequeño apartamento, esperando que mamá ya hubiese regresado del trabajo. En su lugar, el oloroso Gabe estaba en la sala, jugando póker con sus amigos. La televisión estaba en ESPN. Papas fritas y latas de cerveza estaban tiradas por todos lados de la alfombra.

A penas me miró y sin quitarse su cigarro dijo:

—Así que estás en casa

—¿Dónde está mamá?

—Trabajando — dijo - ¿Tienes dinero?

Era todo. Ningún: Bienvenido a casa, que bueno verte, ¿Qué ha sido de tu vida en los últimos seis meses?

Gave había engordado. Parecía una morsa sin colmillos con ropa de tienda barata. Tenía cerca de tres cabellos en su cabeza, todos relamidos sobre su cuero cabelludo, como si eso lo hiciera verse guapo o algo así.

Él manejaba Electrónicos Mega – Mart en Queens, pero se la pasaba en casa la mayor parte del tiempo. No entiendo por qué aun no lo han despedido. Se ha mantenido colecciónando sus cheques de pago, gastando el dinero en comprar cigarros que me hacen sentir náuseas, y en cerveza, por supuesto. Siempre cerveza. Cada que estaba en casa, esperaba que sustentara su fondo de apuestas. Lo llamaba nuestro "trato de chicos". En otras palabras, si le decía a mamá, él me golpearía.

—No tengo — le dije

Levanto una de sus grasientas cejas.

Gabe podría oler el dinero como un perro de cacería a la sangre, lo que era sorprendente, dado que su propio olor debería haber cubierto todo.

—Tomaste un taxi desde la estación de autobuses — dijo — Probablemente pagaste con uno de veinte. Tienes seis, siete dólares de cambio. Alguien que espera vivir bajo este techo, debería tener su propio peso. ¿Estoy en lo correcto Eddie?

Eddie, el intendente del edificio me miró con un poco de simpatía — Vamos Gabe — dijo — el chico acaba de llegar.

— ¿Estoy en lo correcto? — repitió Gabe

Eddie miro con el ceño fruncido su tazón de pretzels. Los otros dos tipos pasaron gas en armonía.

—Está bien — dije. Saqué unos dólares de mi bolsillo y los arrojé sobre la mesa — espero que pierdas

— ¡Tus calificaciones llegaron, cerebrito! — gritó tras de mí — ¡Yo no actuaría tan petulante!

Azoté la puerta de mi cuarto, aunque en realidad no lo era. Durante los meses de escuela, era el “estudio” de Gabe. Él no estudiaba nada allí, salvo viejas revistas de autos, pero amaba empujar mis cosas al armario, dejar sus botas fangosas en mi alféizar, y hacía su mejor esfuerzo por hacer que el lugar oliera a su asquerosa colonia, cigarros y cerveza rancia.

Dejé mi chaqueta en la cama. Hogar dulce hogar.

El olor de Gabe era casi tan malo como las pesadillas acerca del señor Dodds, o el sonido de esa vieja mujer al cortar el estambre.

Tan pronto como pensé en ello, sentí débiles las piernas. Recordé la mirada de pánico de Grover — como me hizo prometer que no volvería a casa sin él. Un escalofrío repentino me atravesó. Sentí como si alguien — algo — estuviese mirándome en ese instante, quizás marcando su camino hasta las escaleras, con sus largas y horribles garras.

Luego escuche la voz de mi mamá — ¿Percy?

Abrió la puerta de la habitación y mis miedos se esfumaron.

Mi mamá puede hacerme sentir bien con tan sólo entrar en la habitación. Sus ojos brillaron y cambiaron de color con la luz. Su sonrisa es tan cálida como una colcha. Tiene algunas canas mezcladas con su largo cabello café, pero nunca he pensado en ella como vieja. Cuando me mira, es como si viese todas las cosas buenas

que hay en mí, ninguna mala. Nunca la he escuchado alzar la voz o decir una mala palabra a nadie, ni siquiera a mí o a Gabe.

—Oh Percy — me abrazó fuerte — No puedo creerlo. Creciste desde la navidad.

Su uniforme rojo, azul y blanco de "Sweet on America", olía como a las mejores cosas en el mundo: chocolate, licor, y todas las otras cosas que ella vendía en la dulcería en Grand Central. Me había traído una bolsa de muestras gratis, como hacía siempre que estaba en casa.

Nos sentamos juntos en el borde de la cama. Mientras comía unas agríduces tiras de mora azul, ella pasó su mano por mi cabello exigiendo saber todo lo que no había puesto en mis cartas. No mencionó nada acerca de mi expulsión. No parecía importarle. ¿Pero estaba bien? ¿Su pequeño niño estaba haciendo bien las cosas?

Le dije que me estaba asfixiando, que me dejará y esas cosas, pero la verdad, pero la verdad estaba muy, muy emocionado de verla.

Desde la otra habitación, Gabe gritó - ¡Hey Sally! ¿Qué tal un poco de dip de frijoles?

Rechiné los dientes.

Mi mamá es la mejor dama del mundo. Debería estar casada con un millonario y no con un imbécil como Gabe.

Por su bien, he intentado sonar optimista acerca de mis últimos días en la Academia Yancy. Le dije que no estaba deprimido por la expulsión. Esta vez había durado casi todo el año. Había hecho algunos amigos nuevos. Me fue bien en latín. Y honestamente, las peleas no habían sido tan malas como había dicho el director. Me gustaba la Academia Yancy. En verdad me gustaba. Me esforcé durante el año, que casi me convenció. Había comenzado mal, pensando en Grover y el señor Brunner. Incluso Nancy Bobofit de pronto no pareció tan mala.

Hasta ese viaje al museo...

—¿Qué? — me preguntó mamá. Sus ojos penetraban mi mente, tratando de sacar los secretos. — ¿Algo te asusta?

—No mamá

Me sentía mal mintiendo, quería contarle acerca del señor Dodds y las tres ancianas con el estambre, pero creí que sonaría estúpido.

Ella frunció los labios. Sabía que no le estaba contando todo, pero no me presionó.

—Tengo una sorpresa para ti – me dijo – Iremos a la playa

Abrí mucho los ojos - ¿Montauk?

—Tres noches, misma cabaña

— ¿Cuando?

Ella sonrió – Tan pronto como me cambie

No podía creerlo. Mi mamá y yo no habíamos ido a Montauk los dos veranos pasados, porque Gabe había dicho que no había suficiente dinero.

Gabe apareció en el marco de la puerta y gruñó - Dip de frijol Sally, ¿no me escuchaste?

Quería golpearlo, pero me encontré con la mirada de mi madre y entendí que me ofrecía un trato: se amable con Gabe sólo un poco más. Sólo hasta que estuviese lista para ir a Montauk. Luego nos iríamos de allí.

—Estaba por ir, cariño – le dijo a Gabe – sólo estábamos hablando del viaje

Los ojos de Gabe se entrecerraron. – ¿El viaje? ¿Estabas hablando en serio respecto a eso?

—Lo sabía – refunfuñé – no nos dejara ir

—Claro que lo hará – dijo mamá firmemente – Tu padrastro sólo se preocupa por el dinero. Eso es todo. Además – agregó - Gabriel no tendrá que conformarse sólo con dip frijol, le haré lo suficiente para todo el fin de semana. Guacamole. Crema agria. Las sobras.

Gabe se suavizó un poco. – Este dinero para el viaje... saldrá de lo que gastas en ropa ¿verdad?

—Si cariño – le contesto mamá

—Y no usarás mi carro salvo para ir y regresar

—Tendremos cuidado

Gabe rascó su barba partida. – Quizá si te apresuras con esa botana y si el chico se disculpa por interrumpir mi juego de póker.

Quizá si te golpeo en tu punto débil – pensé – y te hago cantar como soprano por una semana

Pero la mirada de mamá me advirtió sobre molestarlo.

¿Por qué lo defendía? Quería gritar. ¿Por qué le importaba lo que él pensara?

—Lo siento — dije — de veras lo siento, por interrumpir tu tan importante juego de póker. Por favor regresa ya mismo.

Gabe cerró más los ojos. Su pequeño cerebro intentaba encontrar el sarcasmo en mis palabras.

—Si, como sea — declaro

Y volvió a su juego.

—Gracias Percy — me dijo mamá — cuando hayamos llegado a Montauk, seguiremos hablando acerca de... lo que sea que no me hayas dicho ¿está bien?

Por un momento, pensé ver ansiedad en su mirada — el mismo miedo que pensé ver en Grover durante el viaje en autobús — como si mamá también sintiera algo extraño en el aire.

Pero su sonrisa volvió, y pensé que estaba equivocado. Revolvió mi cabello y se fue a hacer la botana de Gabe.

Una hora después estábamos listos para irnos.

Gabe tomo un descanso lo suficientemente grande de su juego para verme llevar las maletas de mamá al auto. Se mantuvo quejándose y lloriqueando acerca de extrañar la comida de mamá — y más importante aún, su Camaro 78 — por el fin de semana.

—Ni un rasguño al carro, cerebrito — me advirtió mientras llevaba la ultima maleta — ni un pequeño rasguño.

Como si yo fuese a manejar, tenía solo doce años. Pero eso no le importaba a Gabe. Si una gaviota ensuciaba la pintura, encontraría la manera de culparme.

Viéndolo regresar al apartamento, me enojé tanto que hice algo que no me puedo explicar. Mientras Gabe alcanzaba el umbral de la puerta, hice el gesto con la mano que le vi hacer a Grover en el autobús, una especie de gesto de escudo protector, una mano con garras sobre mi corazón, a continuación, un movimiento de empuje tras Gabe. La puerta se cerró tan duramente golpeándole en el trasero y le envió volando por la escalera como si él hubiera sido disparado desde un cañón. Tal vez fue sólo el viento, o algún extraño accidente con las bisagras, pero yo no permanecería el tiempo suficiente para averiguarlo.

Me metí en el Camaro y le dije a mi madre que hiciera lo mismo.

Nuestra cabaña de alquiler estaba en la costa sur, cerca de la punta de Long Island. Fue un pequeño pastel cuadrado con cortinas desgastadas, medio hundida en las dunas. Había siempre arena en las sábanas, y arañas en la alacena, y la mayoría del tiempo el mar era demasiado frío para nadar en él.

Amaba el lugar.

Íbamos allí desde que era bebé. Mi mamá había ido aun más. Nunca lo dijo con exactitud, pero sé por qué la playa es tan especial para ella. Era el lugar donde había conocido a mi padre.

Conforme nos acercábamos a Montauk, parecía volverse más joven, años de preocupación y trabajo desaparecían de su rostro. Sus ojos se volvieron del color del mar.

Llegamos al atardecer, abrimos todas las ventanas de la cabaña e hicimos la limpieza de rutina. Caminamos en la playa, alimentados de frituras de maíz azul a las gaviotas, los remojamos en gelatina de frijoles azules, caramelo azul de agua salada y todas las otras muestras gratis que mi mamá había traído de trabajo.

Creo que debí explicar la comida azul.

Verán, una vez Gabe le dijo a mamá que no había tal cosa. Tuvieron una pelea, que a la vez parecía realmente una cosa pequeña. Pero desde entonces, mi mamá se dedicó a comer azul. Horneó pasteles de cumpleaños azules. Preparaba smoothies de mora azul. Compraba tostadas azules y llevaba a casa dulces azules de la tienda. Esto – junto a su apellido de soltera, Jackson, en vez de llamarse Sra. Ugliano – probaba que no estaba totalmente consumida por Gabe. Ella tenía su lado rebelde, como yo.

Cuando oscureció, hicimos una fogata. Asamos hot dogs y malvaviscos. Mamá me contaba historias de cuando era niña, antes de que sus padres muriesen en el accidente. Me contaba acerca de los libros que quería escribir, cuando tuviese suficiente dinero para renunciar a la tienda de dulces.

Eventualmente, me ponía nervioso por preguntar aquello que siempre venía a mi mente cuando íbamos a Montauk – mi padre. Los ojos de mamá se volvieron misteriosos. Supuse que me diría las mismas cosas de siempre, pero nunca me cansaba de escucharlas.

—Él era simpático Percy – decía – Alto, guapo y poderoso. Pero también amable. Tú tienes su cabello negro, lo sabes, y sus ojos verdes también

Mamá terminó el frijol de jalea azul de su bolsa de dulces. – Desearía que pudiera verte, Percy. Estaría muy orgulloso

Me pregunté como ella podía decir eso. ¿Qué había de grandioso en mí? Un chico con dislexia e hiperactivo, con una D+ en su boleta, expulsado de la escuela por sexta vez en seis años.

— ¿Qué edad tenía? — Pregunte — quiero decir... ¿Cuándo se fue?

Miro las llamas. —Sólo estuvo conmigo un verano, Percy. Justo aquí en esta playa. En esta cabaña.

—Pero... me conoció de bebé

—No cariño. Supo que estaba esperando un bebé, pero nunca te vio. Tuvo que irse antes de que nacieras.

Traté de reemplazarlo con el algo de que parecía recordar... algo acerca de mi padre. Un resplandor cálido. Una sonrisa.

Siempre asumí que me había conocido de bebé. Mamá nunca lo había dicho, y aun así, sentía que era verdad. Ahora que me había dicho que nunca me había visto...

Sentí coraje hacia mi padre. Quizá era estúpido, pero me molestaba que se fuera en ese viaje por el océano, y no tuviese las agallas de casarse con mi mamá. Nos abandonó, y ahora estábamos atrapados con el Oloroso Gabe.

— ¿Vas a alejarme de nuevo? — Le pregunté — ¿A otra aburrida escuela?

Quitó un malvavisco del fuego.

—No lo sé, cariño — Su voz sonaba dura — Creo... creo que tendré que hacer algo

—¿Por qué no me quieres cerca? — me arrepentí tan pronto lo había dicho

Los ojos de mamá se humedecieron. Me tomó una mano, y la sujetó con fuerza. — Oh Percy no. Yo — yo tengo que hacerlo, cariño. Por tu propio bien. Tengo que mandarte lejos.

Sus palabras me recordaron lo que es señor Brunner había dicho — que lo mejor para mí era dejar Yancy.

—Porque no soy normal — dije

—Lo dices como si fueses algo malo, Percy. Pero me doy cuenta de cuán importante eres. Pensé que la Academia Yancy estaba lo suficientemente lejos. Pensé que finalmente estarías a salvo

— ¿A salvo de qué?

Me miró a los ojos, y varios recuerdos me inundaron – todas las extrañas y espantosas cosas que me habían pasado, algunas de las que había tratado de olvidar.

Durante el tercer grado, un hombre en un abrigo negro me había acechado en el patio de recreo. Cuando los profesores trataron de llamar a la policía, se fue aullando, pero nadie me creyó cuando les dije que bajo su sombrero de ala ancha, el hombre tenía un solo ojo, justo en el medio de su cabeza.

Antes de eso – un recuerdo aun más lejano. Estaba en preescolar y un profesor me puso accidentalmente bajo una manta para dormir en una cuna en la que había una serpiente. Mi mamá gritó cuando fue a recogerme y me había encontrado jugando con una cuerda escamosa, que de alguna manera había logrado estrangular a muerte con mis manos de niño.

En cada escuela, algo extraño había pasado, algo inseguro, y yo era forzado a cambiarme.

Sabía que debía decirle a mi mamá sobre las viejas damas en el puesto de fruta, y de la señora Doods en el museo, acerca de mi extraña alucinación de que había hecho polvo a mi profesor de matemáticas con una espada. Pero no podía obligarme a hacerlo. Tuve el extraño presentimiento de que esas noticias terminarían con nuestro pequeño viaje a Montauk, y no quería eso.

—He tratado de mantenerte lo más cerca que he podido – me dijo – Me dijeron que fue un error. Pero sólo hay una opinión, Percy – el lugar al que tu padre quiso mandarte. Y yo sólo... sólo no podía hacerlo.

— ¿Mi padre quiso mandarme a una escuela especial?

—No a una escuela – dijo suavemente – a un campamento de verano

Mi cabeza daba vueltas. ¿Por qué mi padre – quien no se había quedado lo suficiente como para verme nacer – había hablado con mi madre acerca de un campamento de verano? Y si era tan importante, ¿por qué ella no lo había mencionado antes?

—Lo siento, Percy – dijo, mirándome a los ojos – Pero no puedo hablar de ello. Yo, yo no podía mandarte a ese lugar. Hubiera significado decirte adiós para bien.

— ¿Para bien? Pero si es sólo un campamento de verano...

Se giró hacia el fuego, y supe por su expresión que si hacía más preguntas empezaría a llorar.

Esa noche tuve un sueño vívido.

Estaba tormentoso en la playa, y dos hermosos animales, un caballo blanco y un águila dorada, estaban tratando de matarse a la orilla de la playa. El águila se deslizó hacia abajo y destrozó los músculos del caballo con sus enormes talones. El caballo se levantó y pateó las alas del águila. Conforme los animales peleaban, la tierra temblaba, y una monstruosa voz se reía desde algún lugar de la tierra, alentando a los animales a pelear más fuerte.

Corré hacia ellos, sabiendo que debía detenerlos para no matarse, pero corría lentamente. Sabía que llegaría tarde. Vi descender al águila, con el pico dirigido a los ojos del caballo, y grité ¡No!

Desperté sobresaltado.

Afuera, realmente estaba tormentoso, la clase de tormenta que arranca árboles y derribaba casas. No había ningún caballo o águila en la playa, sólo rayos haciendo luz de día falsa, y olas de veinte pies golpeando las dunas como artillería.

Con el siguiente trueno, mamá se despertó. Se levanto, con los ojos bien abiertos y dijo – Huracán.

Supe que era demente. En Long Island nunca se habían visto huracanes al empezar el verano. Pero el océano parecía haberlo olvidado. Sobre el rugido del viento, oí un sonido distante, un enojado, y torturado sonido que hizo que se me pusieran los pelos de punta.

Luego un sonido más cercano, como maletas en la arena. Una voz desesperada – alguien gritando, tocando la puerta de nuestra cabaña.

Mi madre se levantó de la cama en su ropa de dormir y fue a abrir la puerta.

Grover estaba parado en el marco de la puerta tras la inmensa lluvia. Pero no era... no era Grover exactamente.

—Toda la noche buscando – murmuró - ¿Qué estabas pensando?

My madre me miró asustada – no por Grover, sino por lo que había ido.

—Percy – dijo, cerrando para hacerse oír sobre la lluvia - ¿Qué paso en la escuela? ¿Qué es lo que no me has dicho?

Estaba helado, viendo a Grover. No entendía lo que estaba viendo.

— ¡O Zeu kai alloi theoi! – Gritó – está tras de mí. ¿No le dijiste?

Estaba demasiado conmocionado para darme cuenta de que había maldecido en griego antiguo, y lo entendí perfectamente. Estaba demasiado sorprendido preguntándome cómo es que Grover había llegado allí por su cuenta en medio de la noche. Porque Grover no tenía puestos sus pantalones - y donde sus piernas deberían... donde sus piernas deberían...

Mi mamá me miró con severidad y habló en un tono que nunca había utilizado antes – Percy. ¡Habla ahora!

Yo balbuceaba algo acerca de las damas viejas en el puesto de frutas, y la Sra. Dodds, y mi mamá me miró, su rostro palideció a la luz de los relámpagos.

Tomó su bolso, me lanzó mi impermeable, y dijo - Suban al auto, los dos. ¡Ahora!

Grover corrió por el Camaro – bueno no corría exactamente. Él estaba trotando, sacudiendo el peludo trasero, y de repente, su historia acerca de un trastorno muscular en sus piernas tenía sentido para mí. Comprendí cómo podía correr tan rápido y aun así cojeaba al caminar.

Porque en donde deberían estar sus pies, no los había. Había pezuñas.

CAPITULO 4

CAPITULO4

MI MADRE ME ENSEÑA PELEA DE TOROS

Íbamos a toda velocidad a través de la noche oscura a lo largo de las carreteras del país. El viento chocó contra el Camaro. La lluvia golpeaba el parabrisas. Yo no sabía como mi mamá podía ver algo, pero ella mantuvo su pie en el acelerador.

Cada vez que había un relámpago, miraba a Grover sentado a mi lado en el asiento de atrás y me preguntaba si me había vuelto loco, o si él usaba una especie de pantalones de alfombra de peluche. Pero, no, el olor era uno que recordaba de viajes en el jardín de infantes al zoológico — lanolina, como de lana. El olor de un animal húmedo de corral.

Todo lo que pude pensar para decir fue, "Así que, tu y mi mamá. . . Se conocen?"

Los ojos de Grover revoloteaban en el espejo retrovisor, aunque no había coches detrás de nosotros. "No exactamente," dijo. "Quiero decir, nunca nos hemos conocido en persona. Pero ella sabía que yo te estaba mirando."

"¿Mirándome?"

"Estoy pendiente de ti. Asegurándome de que estuvieras bien. Pero no estaba fingiendo ser tu amigo," añadió rápidamente. "Yo soy tu amigo."

"Um... ¿qué eres, exactamente?"

"Eso no importa ahora"

"¿No importa? De la cintura para abajo, mi mejor amigo es un burro. Grover soltó un agudo y gutural "¡Blaa-ha-ha!"

Lo había oído antes hacer ese sonido, pero siempre había asumido que era una risa nerviosa. Ahora me di cuenta de que era más una irritante imitación.

"¡Cabra!" gritó.

"¿Qué?"

"Soy una cabra de la cintura para abajo."

"Tú solo di que no importa."

"¡Blaa-ha-ha! ¡Hay sátiros que los pisotearían por tal insulto!"

"Whoa. Espera. Sátiros. ¿Te refieres a... los mitos del Sr. Brunner?"

"¿Fueron las ancianas en el puesto de frutas un mito, Percy? ¿Fue la Sra. Dodds un mito?"

"Así que admites que había una Sra. Dodds!"

"Por supuesto."

"Entonces por qué"

"Cuanto menos supieras, menor el número de monstruos que atraerías," dijo Grover, como si debiera ser perfectamente obvio.

"Ponemos niebla sobre los ojos humanos. Esperamos que pensaras que la Benévola era una alucinación. Pero no fue bueno. Tú comenzaste a darte cuenta de quién eres."

"Quién so — espera un minuto, ¿qué quieres decir?"

El ruido de mugidos extraños subió de nuevo en algún lugar detrás de nosotros, más cerca que antes. Lo que nos perseguía todavía estaba en nuestro camino.

"Percy," dijo mi madre, "hay mucho que explicar y no suficiente tiempo. Tenemos que ponerte a salvo."

"¿A salvo de qué? ¿Quién está detrás de mí?"

"Oh, nadie más," dijo Grover, evidentemente todavía molesto por el comentario del burro. "Sólo el Señor de los Muertos y algunos de sus secuaces más sedientos de sangre."

"¡Grover!"

"Lo siento, Sra. Jackson. ¿Podría manejar más rápido, por favor?"

Traté de ajustar mi mente a todo lo que estaba ocurriendo, pero no podía hacerlo. Sabía que esto no era un sueño. Yo no tenía la imaginación. Nunca pude imaginar algo tan extraño.

Mi madre hizo una dura izquierda. Nos desvió a un camino estrecho, una carrera al pasado casas de campo oscuras y colinas boscosas y señales de RECOJA SUS PROPIAS FRESAS en vallas blancas.

"¿A donde vamos?" pregunté.

"Al campamento de verano del que te hablé." La voz de mi madre era escasa, ella estaba tratando por mi causa no tener miedo. "El lugar al que tu padre quería enviarte"

"El lugar que no querías que fuera."

"Por favor, querido," mi madre rogó. "Esto es suficientemente duro. Trata de entender. Estás en peligro."

"Debido a que algunas ancianas cortan hilo."

"Esas no eran ancianas", dijo Grover. "Esas eran las Parcas. ¿Sabes qué significa el hecho de que se aparecieran delante de ti? Sólo lo hacen cuando estás a punto de... cuando alguien está a punto de morir".

"Whoa. Dijiste 'tú'."

"No lo hice. Dije 'alguien'."

"Querías decir 'tú'. Como en mi."

"Me refería a ti, como 'alguien'. No tú, tú."

"¡Chicos!" dijo mi madre. Tiró del volante con fuerza hacia la derecha, y tuve una visión de una figura que se desvió para evitarla — una forma oscura revoloteando detrás de nosotros se perdió en la tormenta.

"¿Qué fue eso?" pregunté. "Ya casi estamos allí," dijo mi madre, haciendo caso omiso a mi pregunta. "Otra milla. Por favor. Por favor. Por favor."

Yo no sabía dónde estaba, pero me sentí inclinado hacia adelante en el coche, anticipando, deseando que llegáramos...

Fuera, nada más que la lluvia y la oscuridad — el tipo de campo vacío para obtener una salida en la punta de Long Island. Pensé en la Sra. Dodds y el momento en que había cambiado en la cosa con dientes puntiagudos y alas de cuero. Mis extremidades estaban entumecidas por el shock retrasado. Ella realmente no había sido humana. Había tenido la intención de matarme.

Luego pensé en el Sr. Brunner... y la espada que me había tirado. Antes de que pudiera preguntarle a Grover acerca de eso, el pelo se levantó en la parte de atrás de mi cuello. Hubo un destello cegador, un golpeteo en la mandíbula iboom!, Y nuestro coche explotó.

Recuerdo sentir la ingratitud, como que estaba siendo aplastado, frito, y lavado con manguera todo al mismo tiempo.

Levanté la frente de la parte posterior del asiento del conductor y dije, "Ow."

"¡Percy!" mi mamá gritó.

"Estoy bien...."

Traté de sacudirme el aturdimiento. Yo no estaba muerto. El coche no había realmente explotado. Nos desvió a una zanja. Nuestras puertas laterales fueron encajadas en el barro. El techo se había abierto como una cáscara de huevo y la lluvia se vertía adentro.

Relámpago. Esa fue la única explicación. Salimos volando fuera de la carretera. A mi lado, en el asiento de atrás, había un bullo inmóvil grande. "¡Grover!"

Estaba desplomado, la sangre corría por un lado de su boca. Agité su peluda cadera, pensando, ¡No! ¡Incluso si eres la mitad animal de corral, eres mi mejor amigo y no quiero que mueras!

Luego se quejó "Comida", y supe que había esperanza.

"Percy," dijo mi madre, "Tenemos que..." Su voz se quebró.

Miré hacia atrás. En un relámpago, a través del barro salpicado en el parabrisas trasero, vi una figura pesada hacia nosotros en el hombro de la carretera. La vista de eso hizo que mi piel se erizara. Era una silueta de un hombre enorme, como un jugador de fútbol. Parecía estar sosteniendo una manta sobre su cabeza. La mitad superior era voluminosa y borrosa. Sus manos levantadas hacían parecer que tenía cuernos.

Tragué saliva. "¿Quién es?"

"Percy," dijo mi madre, en serio. "Sal del coche."

Mi madre se arrojó contra la puerta lateral del conductor. Estaba atascada en el barro. Traté con la mía. Estaba atascada también. Busqué desesperadamente en el agujero del techo. Podría haber sido una salida, pero los bordes estaban muy calientes y fumíferos.

"¡Sal por lado del pasajero!" me dijo mi madre. "Percy, tienes que correr. ¿Ves ese árbol grande?"

"¿Qué?"

Otro relámpago, y por el orificio humeante en el techo vi el árbol al que ella se refería: un enorme árbol de navidad de la Casa Blanca- el pino tamaño de la cresta de la colina más cercana.

"Esa es la línea de propiedad," dijo mi madre. "Pasa por encima de esa colina y verás una granja grande abajo en el valle. Corre y no mires atrás. Grita pidiendo ayuda. No pares hasta que llegues a la puerta."

"Mamá, vas a venir también."

Su rostro estaba pálido, sus ojos tan tristes como cuando miraba el océano.

"¡No!" Grité. "Tú vienes conmigo. Ayúdame a llevar a Grover."

"¡Comida!" Grover gemía, un poco más fuerte.

El hombre de la manta en la cabeza seguía viniendo hacia nosotros, haciendo sus gruñidos, y ruidosos bufidos. A medida que se acercaba, me di cuenta de que no podía sostener una manta en la cabeza, porque sus manos- enormes manos de carne- se balanceaban a los lados. No había ninguna manta. Es decir, la voluminosa, masa difusa que era demasiado grande para ser la cabeza... era su cabeza. Y los puntos esos parecían como cuernos.

"Él no nos quiere a nosotros," me dijo mi madre. "Él te quiere a ti. Además, no puedo cruzar la línea de propiedad."

"Pero..."

"No tenemos tiempo, Percy. Ve. Por favor." Me enojé, entonces, enojado con mi madre, con Grover la cabra, con la cosa con cuernos que estaba tambaleándose hacia nosotros lenta y deliberadamente como un toro.

Subí a través de Grover y empujé la puerta abierta a la lluvia. "Vamos juntos. Vamos, mamá."

"Te dije. . ."

"¡Mamá! No estoy abandonándote. Ayúdame con Grover."

No esperé por su respuesta. Trepé fuera, arrastrando a Grover del coche. Él estaba sorprendentemente ligero, pero no podría haberlo llevado tan lejos, si mi mamá no hubiera llegado en mi ayuda.

Juntos, cubrimos los brazos de Grover, sobre nuestros hombros y comenzamos a tropezar cuesta arriba a través de la alta hierba húmeda.

Mirando hacia atrás, tuve mi primera mirada clara del monstruo. Tenía fácilmente 2,13 metros de altura, sus brazos y piernas como algo de la portada de la revista "Muscle Man" abultamiento de bíceps y tríceps y un montón de otros "bíceps", todo lleno como con pelotas de béisbol debajo de venas y membranas de piel. No llevaba ropa excepto interior — quiero decir, blanca brillante Fruta de los Telares — el cuál se habría visto divertido, excepto que la mitad

superior de su cuerpo era tan espeluznante. Áspero cabello café empezaba cerca de su ombligo y se iba espesando al llegar a sus hombros.

Su cuello era una masa de músculos y piel que conducían a su enorme cabeza, la cual tenía un hocico tan largo como mi brazo, nariz mocosa con un anillo brillante, crueles ojos negros, y enormes cuernos negros-y-cuernos de color blanco con puntas que no se pueden obtener de un sacapuntas eléctrico.

Reconocí al monstruo, claro. Él había estado en unos de los primeros cuentos que el Sr. Brunner nos había contado. Pero él no podía ser real.

Parpadeé la lluvia fuera de mis ojos. "Ese es. . ."

"Hijo de Pasifae," dijo mi madre. "Ojala hubiera sabido como de mal ellos quieren matarte."

"Pero él es el Min. . ."

"No digas su nombre," advirtió. "los nombres tienen poder."

El pino estaba todavía demasiado lejos, por lo menos a unos cien metros cuesta arriba.

Miré detrás de mí otra vez.

El minotauro estaba encorvado sobre nuestro coche, mirando en las ventanas — o no mirando, exactamente. Más bien gangueando, frotándose. No estaba seguro de por qué se molestó, ya que sólo estábamos a quince pies de distancia.

"¡Comida!" Grover gimió.

"Shhh," le dije. "¿Mamá, qué está haciendo? ¿No nos ve?"

"Su vista y oído son terribles," dijo. "Él va por el olor. Pero va a saber dónde estamos pronto."

En ese preciso momento, el minotauro bramó de rabia. Cogió el Camaro de Gabe por el techo roto, el chasis estaba crujiendo y chirriando. Se llevó el coche por encima de su cabeza y lo tiró por el camino. Se estrelló contra el asfalto mojado y patinó en una lluvia de chispas de casi una milla antes de llegar a una parada. El tanque de gas explotó.

Ni un rasguño, recordé a Gabe diciendo.

Oops.

"Percy", dijo mi mamá. "Cuando nos vea, él atacará. Espera hasta el último segundo, y luego salta fuera del camino-directamente hacia los lados. No puede cambiar de dirección muy bien una vez que está atacando. ¿Me entiendes?"

"¿Cómo sabes todo esto?"

"He estado preocupada por un ataque durante un largo tiempo. Debería haber esperado esto. Fui egoísta, manteniéndote cerca de mí."

"¿Manteniéndome cerca de ti? Pero. . ."

Otro bramido de furia, y el minotauro comenzó a pisotear cuesta

arriba.

Él nos olía

El pino estaba a sólo unas cuantas yardas más, pero la colina estaba más empinada y resbaladiza, y Grover no se estaba haciendo más ligero. El minotauro estaba más cerca. Otros pocos segundos y estaría encima de nosotros.

Mi madre debía estar exhausta, pero ella cargó en sus hombros a Grover. "¡Vamos, Percy! ¡Sepárate! Recuerda lo que dije."

Yo no quería separarme, pero tenía la sensación de que tenía razón, era nuestra única oportunidad. Corré hacia la izquierda, se volvió y vi a la criatura que tenía sobre mí. Sus ojos brillaban con odio negro. Apestaba a carne podrida.

Bajó la cabeza y atacó, los cuernos -como navajas afiladas- dirigidas directamente a mi pecho.

El temor en mi estómago me hizo querer salir corriendo, pero eso no funcionaría. Nunca pude escapar de esto. Así que ocupé mi tierra, y en el último momento, salté a un lado.

El minotauro irrumpió después como un tren de transporte, luego bramó con frustración y se volteó, pero no a mí esta vez, hacia mi madre, que estaba poniendo a Grover en la hierba.

Habíamos llegado a la cima de la colina. Por el otro lado pude ver un valle, justo como mi madre había dicho, y las luces de una granja de color amarillo brillante a través de la lluvia. Pero eso fue a media milla de distancia. Nunca lo lograríamos.

El minotauro gruñó, pateando el suelo. Siguió mirando a mi madre, que estaba retrocediendo lentamente hacia abajo, hacia la carretera, tratando de alejar al monstruo de Grover.

"¡Corre, Percy!" me dijo. "No puedo ir más lejos. ¡Corre!"

Pero yo me quedé allí, congelado de miedo, cuando el monstruo la atacó. Ella trató de eludirlo, como ella me había dicho que tenía que hacer, pero el monstruo había aprendido su lección. Su mano salió disparada y la agarró por el cuello mientras trataba de escapar. La levantó mientras luchaba, dando patadas y puñetazos al aire.

"¡Mamá!"

Ella atrapó mis ojos, logró ahogar una última palabra: "¡Ve!"

Luego, con un rugido furioso, el monstruo cerró los puños en el cuello de mi madre, y ella se disolvió ante mis ojos, fundiéndose en una luz, una forma de oro brillante, como si se tratara de una proyección holográfica. Un destello cegador, y ella simplemente se había... ido.

"¡No!"

El enojo reemplazó mi miedo. Nueva fuerza quemaba en mis miembros la misma fiebre de energía que había tenido cuando a la Sra. Dodds le crecieron garras.

El minotauro se abalanzó sobre Grover, que yacía indefenso en la hierba. El monstruo encorvado, resoplando a mi mejor amigo, como si estuviera a punto de levantar a Grover y hacer que se disolviera también.

No podía permitir eso.

Me quité mi chaqueta rojo lluvia.

"¡Hey!" Grité, agitando la chaqueta, corriendo a un lado del monstruo. "¡Hey, estúpido! ¡Carne de res molida!"

"¡Raaaarrrrrr!" El monstruo se volvió hacia mí, agitando sus puños de carne.

Tuve una idea, una idea estúpida, pero mejor que no tener idea en absoluto. Me puse de espaldas al gran pino y agité mi chaqueta roja delante del minotauro, pensando en saltar fuera del camino en el último momento.

Pero no sucedió así.

El minotauro atacó demasiado rápido, los brazos fuera para agarrarme a cualquier manera traté de esquivarlo.

Tiempo de frenarlo.

Mis piernas se tensaron. No podía saltar hacia los lados, así que salté hacia arriba, dando inicio en la cabeza de la criatura, usándolo como un trampolín, girando en el aire, y aterrizando en el cuello.

¿Cómo pude hacerlo? No tenía tiempo para averiguarlo. Un milisegundo después, la cabeza del monstruo se estrelló contra el árbol y el impacto casi golpeó mis dientes.

El minotauro escalonaba alrededor, tratando de librarse de mí. Cerré mis brazos alrededor de los cuernos para evitar ser lanzado. Truenos y relámpagos eran todavía fuertes. La lluvia estaba en mis ojos. El olor a carne podrida me quemaba las fosas nasales.

El monstruo se sacudió todo y se resistió como un toro de rodeo. Debería haber solo retrocedido al árbol y aplastarme, pero ya estaba empezando a darse cuenta de que esto sólo tenía una caja de cambios: hacia adelante.

Mientras tanto, comenzó a gemir Grover en la hierba. Quería gritarle que se callara, pero la forma en que se estaba arrojando el minotauro, si yo abría la boca me mordía la lengua fuera.

"¡Comida!" Grover gimió.

El minotauro se dirigió hacia él, pateó el suelo de nuevo, y se dispuso a atacar. Pensé en cómo había exprimido la vida de mi madre, la hizo desaparecer en un destello de luz, y la rabia me llenó como con combustible de alto octanaje. Tenía ambas manos alrededor de un cuerno y me tiré hacia atrás con todas mis fuerzas. El monstruo se

puso tenso, emitió un gruñido de sorpresa, entonces-iSnap! El minotauro gritó y me lanzó por el aire. Caí tendido de espaldas en la hierba. Mi cabeza golpeó contra una roca. Cuando me senté, mi visión era borrosa, pero yo tenía un cuerno en mis manos, un arma de hueso irregular del tamaño de un cuchillo.

El monstruo atacó.

Sin pensarlo, rodé a un lado y me puse de rodillas. Cuando el monstruo pasó a gran velocidad, dirigí el cuerno roto hacia su costado, justo debajo de la peluda caja torácica.

El minotauro rugió en agonía. Braceó, arañando el pecho y luego comenzó a desintegrarse, no como mi madre, en un destello de luz dorada, pero si como la arena que se desmorona, desapareciendo los pedazos por el viento, de la misma manera que la Sra. Dodds había reventado.

El monstruo se había ido.

La lluvia había parado. La tormenta aún rugía, pero sólo en la distancia. Yo olía como ganado y las rodillas me estaban temblando. Sentía la cabeza como si fuera la división abierta. Estaba débil y asustado y temblando de dolor porque acababa de ver a mi madre desaparecer. Quería echarme a llorar, pero ahí estaba Grover, que necesitaba de mi ayuda, por lo que logré arrastrarlo y tambalearlo hacia el valle, hacia las luces de la casa. Yo estaba llorando, llamando a mi madre, pero me agarré a Grover, no iba a dejarlo ir.

La última cosa que recuerdo es el colapso en un porche de madera, mirando a un ventilador de techo dando vueltas sobre mí, mariposas volando alrededor de una luz amarilla, y los rostros severos de un familiar- un hombre de aspecto barbudo y una muchacha bonita, con su pelo rubio y rizado como de una princesa. Ambos me miraron, y la niña dijo: "Él es. Él debe ser".

"Silencio, Annabeth," dijo el hombre. "Todavía está consciente. Tráelo adentro."

CAPITULO 5 CAPITULO5

JUGUE A LOS NAIPES CON UN CABALLO

Tuve sueños extraños llenos de animales de granja. La mayor parte de ellos queriendo matarme. El resto queriendo comida.

Yo debí de despertarme varias veces, pero lo que vi y oí no tenía ningún sentido, así que yo me dormía otra vez. Recuerdo yacer en una cama suave, siendo alimentado con una cuchara algo que sabía como a palomitas de maíz con mantequilla, sólo que era pudín. La chica con cabello rubio rizado se mantenía sobre mí, sonriendo burlonamente mientras ella raspaba gotas mi barbilla con la cuchara.

Cuando ella vio mis ojos abiertos, ella preguntó. "¿Qué ocurrirá en el solsticio de verano?"

Logré decir con voz ronca. "¿Qué?"

Ella miró alrededor, como asustada de que alguien la oyera. "¿Qué pasa? ¿Qué fue robado? ¡Nosotros sólo tenemos algunas semanas!"

"Lo siento." Dije entre dientes. "Yo no..."

Alguien llamó a la puerta, y la chica rápidamente llenó mi boca de pudín.

La próxima vez que me desperté, la chica se había ido.

Un corpulento chico rubio, como un surfista, estaba de pie en la esquina del dormitorio vigilándome. Él tenía ojos azules -al menos una docena de ellos en sus mejillas, su frente, las partes traseras de sus manos.

* * *

Cuando finalmente me desperté bien, no había nada extraño acerca de mis alrededores, excepto que eran más agradables de lo que

estaba acostumbrado. Estaba sentado en una silla de playa en un enorme porche, contemplación a través de un prado a las colinas verdes a lo lejos. La brisa olía a fresas. Había una manta sobre mis piernas, una almohada detrás de mi cuello. Todo eso era genial, pero mi boca se sentía como si uno escorpión lo había estado usando como nido. Mi lengua estaba seca y sucia y cada uno de mis dientes dolía.

Sobre la mesa junto a mí había una bebida alta. Se pareció a jugo helado de manzana, con una paja verde y una sombrilla de papel clavado a través de una cereza al marrasquino.

Mi mano era tan débil que casi dejé caer el vaso una vez que conseguí mis dedos alrededor de él.

"Cuidado." Dijo una voz familiar.

Grover estaba apoyándose contra el porche de la verja, luciendo como que él no había dormido en una semana. Debajo de un brazo, él mecía una caja del zapato. Él llevaba puesto jeans azules, Converses y una camiseta naranja brillante que decía CAMPAMENTO MESTIZO. Simplemente el viejo Grover, no el niño cabra.

Entonces tal vez había tenido una pesadilla. Tal vez mi mamá estaba bien. Estábamos todavía de vacaciones, y nos habíamos parado aquí en esta casa grande por alguna razón. Y...

"Tu salvaste mi vida." Dijo Grover. "Yo... bueno, lo mínimo podía hacer... volví a la colina. Yo pensé que tu podrías querer esto."

Respetuosamente, él colocó la caja del zapato en mi regazo.

Adentro estaba el cuerno blanco y negro de un toro, la base era irregularmente por ser rota, la punta salpicada con sangre seca. No había sido una pesadilla.

"El Minotauro." Dije.

"Urn, Percy, no es una buena idea..."

"Así es como lo llaman en los mitos griegos, ¿verdad?" Demandé. "El Minotauro. Mitad hombre, mitad toro."

Grover se movía con inquietud. "Has estado inconsciente por dos días. ¿Qué tanto recuerdas?"

"Mi mamá. Ella esta realmente..."

Él miró hacia abajo.

Me quedé mirando a través del prado. Había arboledas de árboles, una corriente sinuosa, acres de fresas propagadas debajo del cielo azul. El valle estaba rodeado de colinas ondulantes, y la alta, directamente en frente de nosotros, era del enorme pino en la cima. Incluso eso lucia hermoso a la luz del sol.

Mi madre se había ido. Todo el mundo debería ser negro y frío. Nada debería lucir bello.

"Lo siento." Grover se sorbió la nariz. "Soy un fracaso. Soy – soy el peor sátiro en el mundo."

Él gimió, pisando tan duro que su pie se desprendió. Digo, la Converse se salió. El interior estaba llenado con Poliestireno, excepto por un hueco con forma de pezuña.

"¡Oh, Styx!" Él murmuró.

El trueno rodó a través del cielo claro.

Mientras él luchaba por poner su pezuña de vuelta en el pie falso, pensé, Bien, eso lo decide.

Grover era un sátiro. Estaba listo para apostar a que si afeitara su pelo café rizado, encontraría cuernos diminutos en su cabeza. Pero era demasiado miserable para importarme que los sátiros existían, o incluso los Minotauros. Todo lo que eso quería decir era mi mamá realmente había sido apretujada en la nada, disuelta en luz amarilla.

Estaba solo. Un huérfano. Tendría que vivir con... ¿Oloroso Gabe? No. Eso nunca ocurrirá. Viviría en las calles primero. Disimularía que tengo diecisiete años y me incorporaría al ejército. Haría algo.

Grover todavía se sorbía la nariz. Los pobre chico –pobre cabra, el sátiro, lo que sea... lucia como si él esperara ser golpeado.

Dije. "No fue tu culpa."

"Si, lo fue. Se suponía que debía protegerte."

"¿Te pidió mi madre que me protegieras?"

"No. Pero ese es mi trabajo. Soy un guardián. Al menos... fui."

"Pero por qué..." Repentinamente me sentí mareado, mí vista nado.

"No te presiones." Dijo Grover. "Aquí". Él me ayudó a sujetar mi vaso y poner la pajilla en mis labios.

Retrocedí ante el sabor, porque esperaba jugo de la manzana. No fue eso en lo absoluto. Era galletas de chispas de chocolate. Galletas líquidas. Y no simplemente cualquier galletas – las galletas de chispas de chocolate azules caseras de mi madre, con manteca y caliente, con las chispas todavía derriéndose. Bebiendo eso, mi cuerpo entero se sintió caliente y bien, lleno de energía. Mi pena no se desvaneció, pero sentí como si mi mamá acabara de pasar su mano en contra de mi mejilla, dándome una galleta de la misma manera en que ella solía hacerlo cuando era pequeño, y diciéndome que todo iba a estar bien.

Antes de que lo supiera, había vaciado el vaso. Miré hacia este, claro acababa de tener una bebida caliente, pero lo los cubitos de hielo aun no se habían derretido.

"¿Fue bueno?" Grover preguntó.

Asentí con la cabeza.

"¿A qué sabia?" Él sonó tan triste, me sentí culpable.

"Lo siento." Dije. "Yo debería haberte dejado saborear."

Sus ojos se ampliaron. "¡No! Eso no es lo que yo quise decir. Yo simplemente... me preguntaba."

"Galletas de chispas de chocolate." Dije. "Caseras de mi mamá."

Él suspiró. "¿Y cómo te sientes?"

"Como que podría tirar a Nancy Bobofit cien yardas."

"Eso es bueno." Él dijo. "Eso es bueno. No creo que podrías arriesgarse a beber más de esa cosas"

"¿A que te refieres?"

Él tomó el vaso vacío de mí cautelosamente, como si fuera dinamita, y lo colocó de nuevo en la mesa. "Vamos. Quirón y Sr. D esperan."

El porche daba toda la vuelta por todo alrededor de la casa de granja.

Mis piernas se sentían inestables, tratando de caminar tan lejos. Grover se ofreció a llevar el cuerno del Minotauro, pero yo lo mantuve sujeto. Había pagado por ese recuerdo en la forma más difícil. No iba a dejarle ir.

Como salimos por el lado opuesto de la casa, recobré mi aliento.

Nosotros debimos estar en la costa norte de Long Island, porque de este lado de la casa, el valle marchaba hasta arriba hasta el agua, el cual brillaba una milla a lo lejos. Entre aquí y allá, simplemente no podría procesar todo lo que veía. El paisaje estaba salpicado de edificios que se parecían a la arquitectura griega antigua – un pabellón al aire libre, un anfiteatro, una arena circular – excepto que todos ellos se veían completamente nuevos, sus columnas blancas de mármol centelleaban en el sol. En una cercana caja de arena, una docena de niños de edad de escuela y sátiros jugaban voleibol. Canoas se deslizaban a través de una laguna. Niños en camisetas naranjas brillantes como las de Grover se perseguían el uno al otro alrededor de un grupo de cabañas acurrucadas en el bosque. Algunos disparaban al blanco en la pista de arquería. Los otros montaban los caballos en un camino arbolado, y, a menos que alucinara, algunos de sus caballos tenían alas.

Al final del porche, dos hombres se sentaban uno en frente del otro en una mesa de naipes. La chica rubia que me había alimentado con cuchara pudín sabor palomitas de maíz se apoyaba en el riel del porche junto a ellos.

El hombre frente a mí era pequeño, pero gordo. Él tenía una nariz roja, ojos llorosos grandes, y un cabello crespo tan negro que era casi púrpura. Él se parecía a esas pinturas de ángeles bebe – ¿Cómo se llamaban ellos las Churriburri? No, querubines. Eso es. Él se parecía a un querubín que se había vuelto de edad madura en un parque de remolques. Él usaba una camisa hawaiana de patrón de tigre, y él habría cabido perfectamente en una de las fiestas de póker de Gabe, pero yo presentía que él podría ganarle aun a mi padrastro.

"Ese es el Sr. D." Grover me murmuró. "Él es el director del campamento. Sea educado. La chica, ella es Annabeth Chase. Ella es simplemente una campista, pero ella ha estado aquí más tiempo que casi cualquiera. Y tú ya conoces a Quirón... "

Él señaló al que estaba de espaldas a mí.

Primero, me di cuenta de que él estaba sentado en la silla de ruedas. Luego reconocí la chaqueta de tweed, el delgado pelo café, la barba desaseada.

"¡Sr. Brunner!" Grité.

El profesor de latín dio la vuelta y me sonrió. Sus ojos tuvieron ese travieso destello de luz que a veces tenían en clases cuando él tomaba un examen sorpresa y hacia que todas las respuestas múltiples fueran B.

"Ah, bien, Percy." Dijo. "Ahora tenemos cuatro para los naipes."

Él me ofreció una silla a la derecha del Sr. D, quien me miró con ojos sangrientos y dio un gran suspiro. "Oh, supongo que lo debo decirlo. Bienvenido al Campamento Mestizo. Allí. Ahora, no esperes que yo esté contento de verte."

"Uh, gracias." Me fui a toda prisa más lejos de él porque, si había una cosa aprendí de vivir con Gabe, fue cómo decir cuando un adulto ha estado golpeando el jugo feliz. Si el Sr. D era un desconocido para alcohol, yo era un sátiro.

"¿Annabeth?" El Sr. Brunner llamó a la chica rubia.

Ella se acercó y Sr. Brunner nos introdujo. "Esta señorita le cuidó mientras te curabas, Percy. Annabeth, mí querida, ¿por qué no vas a comprobar la litera de Percy? Lo meteremos en cabaña once por ahora."

Annabeth dijo. "Seguro, Quirón."

Ella era probablemente de mi edad, tal vez un par de pulgadas más alta, y un lucía montón más atlética. Con su bronceado profundo y su cabello rubio rizado, ella era casi exactamente lo que pensé que luciría un estereotipo de chica de California, pero sus ojos arruinaron la imagen. Eran alarmantemente grises, como nubes de tormenta; lindos, pero intimidantes, también, como si ella analizara la mejor forma para vencerme en una pelea.

Ella miró hacia el cuerno del Minotauro en mis manos, entonces de regreso a mí. Imaginé que ella iba a decir, ¡Tu mataste a un Minotauro! o ¡Wow, eres estupendo! o algo así.

En lugar de eso ella dijo. "Babeas cuando duermes."

Entonces ella salió corriendo fuera al césped, su cabello rubio volando detrás de ella.

"Entonces." Dije, ansioso de pasando a otra cosa. "Usted, uh, trabaja aquí, ¿Sr. Brunner?"

"No Sr. Brunner" El ex – Sr. Brunner dijo. "Temo que eso fuera un seudónimo. Puedes llamarle Quirón."

"Bueno." Completamente confundido miré al director. "Y Sr. D... ¿eso quiere decir algo?"

El Sr. D dejó de barajar las cartas. Él me miró como se acabara de eructar fuerte. "Jovencito, los nombres son cosas poderosas. Tu simplemente no vas por ahí usándolos sin razón."

"Oh. Correcto. Lo siento."

"Debo decir, Percy." Quirón -Brunner intervino. "Me da mucho gusto de verte vivo. Hace mucho tiempo desde que he hecho una visita a domicilio para un campista potencial. Odiaría pensar que he perdido mi tiempo."

"¿Visita a domicilio?"

"Mi año en la Academia Yancy, a instruirte. Tenemos sátiros en la mayoría de las escuelas, por supuesto, manteniendo la vigilancia. Pero Grover me alertó tan pronto como él te conoció. Él sintió que tu eras algo especial, así es que decidí ir. Convencí al otro profesor de latín para... ah, toma un permiso de ausencia."

Traté de recordar el comienzo del año escolar. Pareció como hace tanto tiempo, pero tenía un fugaz recuerdo de otro profesor de latín mi primera semana en Yancy. Entonces, sin explicación, él había desaparecido y Sr. Brunner había tomado la clase.

"¿Usted llegó a Yancy solamente para enseñarme?" Pregunté.

Quirón asintió con la cabeza. "Honestamente, no estaba seguro al principio. Contactamos a tu madre, dejándola saber que te vigilábamos en caso que tú estuvieras listo para el Campamento Mestizo. Pero tú todavía tienes tanto que aprender. No obstante, tu llegaste aquí vivo, y eso es siempre la primera prueba."

"Grover." Sr. D dijo impacientemente. "¿Juegas o no?"

"¡Si, señor!" Grover tembló cuando él tomó la cuarta silla, aunque no supe por qué él estaba tan asustado de un hombre pequeño gordito en una camisa hawaiana estampada en tigre.

"¿Tu sabes cómo jugar a los naipes?" El Sr. D me miró suspicazmente.

"No tengo miedo." Dije.

"No tengo miedo, señor." Él dijo.

"Señor." Repetí. Me gustaba el director del campamento cada vez menos y menos.

"Bien." Él me dijo. "Es, junto con luchas de gladiadores y Pac-Man, uno de los más grandes juegos alguna vez inventado por los humanos. Esperaría que todos jóvenes civilizados sepan las reglas."

"Estoy seguro de que el chico puede aprender." Quirón dijo.

"Pro favor." Dije. "¿Qué es este lugar? ¿Qué estoy haciendo aquí? Sr. Brun – Quirón – ¿Por qué iría a la Academia Yancy solamente para enseñarme?"

Sr. D resopló. "Yo hice la misma pregunta."

El director campamento repartió las cartas. Grover se sobresaltó cada vez que una aterrizó en su montón.

Quirón me sonrió con compasión, de la manera en que él solía en la clase de latina, como dejándome saber que no importa lo que mi promedio era, yo era su estudiante estrella. Él esperaba que yo tuviera la respuesta correcta.

"Percy." Dijo. "¿No te dijeron nada tu madre?"

"Ella dijo..." Recordé sus ojos tristes, mirando hacia el mar. "Ella me dijo que tenía miedo de enviarme aquí, si bien mi padre lo había querido. Ella dijo que una vez que yo estuviera aquí, probablemente no podría salir. Ella quería mantenerme cerca de ella."

"Típico." Dijo el Sr. D. " Así es cómo resultan muertos usualmente. Joven, ¿vas a pujar o no?"

"¿Qué?" Pregunté.

Él explicó, impacientemente, cómo pujar en los naipes, y así lo hice.

"Me temo que hay demasiado para decir." Quirón dijo. "Temo que nuestra película usual de orientación no será suficiente."

"¿Película de orientación?" Pregunté.

"No." Quirón decidió. "Pues Bien, Percy. Sabes que tu amigo Grover es un sátiro. Sabes" – él señaló al cuerno en la caja del zapato – "Que has matado al Minotauro. No una hazaña pequeña, tampoco, muchacho. Lo que probablemente no sepas es que los grandes poderes están en trabajo en tu vida. Dioses – las fuerzas que tu llamas los dioses griegos – están muy vivos."

Miré a los demás alrededor de la mesa.

Esperé a que alguien gritar, ¡No! Pero todo lo que conseguí fue al Sr. D gritando. "Oh, un matrimonio real. ¡Truco! ¡Truco!" Él cacareó como si llevara la cuenta de sus puntos.

"Sr. D." Grover preguntó tímidamente. "Si usted no la va a comerlo, ¿puedo tener su Coca de dieta?"

"¿Eh? Oh, bien."

Grover mordió un enorme pedazo de la lata vacía de aluminio y la masticó tristemente.

"Espere." Le dije a Quirón. "Usted me está diciendo que hay tal cosa como Dios."

"Bueno, ahora." Quirón dijo. "Dios mío – letra mayúscula G, Dios. Ese es un asunto enteramente diferente. Nosotros no tenemos tratos con los metafísicos."

"¿Metafísico? Pero usted acaba de hablar acerca de..."

"Ah, los dioses, el plural, así como en, grandes seres que controlan las fuerzas de naturaleza y los empeños humanos: Los dioses inmortales de Olimpo. Ese es un asunto más pequeño."

"¿Más pequeño?"

"Sí, realmente. Los dioses que discutimos en la clase de latín."

"Zeus." Dije. "Hera. Apolo. Se refiere a ellos."

Y allí estaba otra vez –truenos remoto en un día despejado.

"Joven." Dijo el Sr. D. "Realmente sería menos casual acerca de tirar esos nombres alrededor, de ser tu."

"Pero son historias." Dije. "Ellos son... mitos, para explicar relámpago y las estaciones y cosas. Son lo que las personas creían antes de que existiera ciencia."

"¡Ciencia!" Sr. D se burló. "Y dime, Perseus Jackson." – me sobresalte cuando él dijo mi nombre real, el cual nunca le dije a alguien – "¿Qué pensarán las personas acerca de tu 'ciencia' dos mil años de ahora?" Sr. D continuó. "¿Hmm? Le llamarán un primitivo mumbo jumbo. Eso es. Oh, amo a los mortales – no tienen absolutamente sentido de perspectiva. Piensan que han llegado tan lejos. ¿Y lo han hecho, Quirón? Mira a este chico y dímelo."

No me estaba gustando el Sr. D mucho, pero había algo acerca de la forma en que él me llamó mortal, como si... él no lo fuera. Era suficiente como meter un bullo en mi garganta, sugerir por que Grover era cumplidor poniéndole atención a sus cartas, masticando su lata de soda, y callándose la boca.

"Percy." Quirón dijo "Puedes elegir creer o no, pero el hecho es que inmortal significa inmortal. ¿Puedes imaginarte eso por un momento, nunca morir? ¿Nunca desvanecerse? ¿Existiendo, simplemente como eres para siempre?"

Estaba a punto de contestar, se lo primero que me venia a la cabeza, que sonaba como a un trato bastante bueno, pero el tono de la voz de Quirón me hizo titubear.

"Quiere decir, ya sea que las personas crean en usted o no" Dije.

"Exactamente." Quirón estuvo de acuerdo. "Si tu fueras un dios, te gustaría ser llamado un mito, ¿una vieja historia para explicar relámpago? ¿Qué ocurre si te digiera, Perseus Jackson, que algún día personas te llamarían un mito, simplemente creado para explicar como niños pequeños pueden lograr sobreponerse a perder a sus madres?"

Mi corazón golpeaba. Él estaba tratando de enojarme por alguna razón, pero yo no se lo iba a permitir. Dije. "No me gustaría eso. Pero no creo en dioses."

"Oh, deberías." Sr. D murmuraba. "Antes de que uno de ellos le incinere."

Grover dijo. "Por... por favor, señor. Él acaba de perder a su madre. Él está en estado de shock."

"Una Cosa afortunada, también." Sr. D masculló, jugando una carta. "Suficientemente mal estoy recluido en este trabajo, trabajando con niños que ni siquiera creen."

Él agitó su mano y una copa apareció sobre la mesa, como si la luz del sol se hubiera doblado, momentáneamente, y tejido el aire en un vaso. La copa se llenó a si misma con vino tinto.

Mi mandíbula se cayó, pero Quirón apenas miró hacia arriba.

"Sr. D," Le advertí. "Sus restricciones."

El Sr. D miró el vino y fingió sorpresa.

"Oh cielos." Él miró al cielo y gritó. "¡Viejos hábitos! ¡Lo siento!"

Más trueno.

El Sr. D agitó su mano otra vez, y la copa se transformó en una lata fresca de Coca Cola Diet. Él suspiró infelizmente, abriendo la parte superior de la lata de cola, y regresó a su juego de cartas.

Quirón me guiñó el ojo. "El Sr. D ofendió a su padre hace un tiempo, le tomó el gusto a una ninfa de los bosques quién había sido declarada prohibida."

"Una Ninfa de los Bosques." Repetí, todavía mirando a la lata de Cola como se fuera del espacio exterior.

"Sí." Sr. D confesó. "Padre le gusta castigarme. La primera vez, prohibición. ¡Espantoso! ¡Absolutamente diez horrorosos años! La segunda vez – pues bien, ella en realidad era bonita, y no pude mantenerme lejos – la segunda vez, él me envió aquí. La Colina Mestiza. Campamento de verano para pequeños diablillos como tu. 'Sea una mejor influencia,' él me dijo. 'Trabaje con jóvenes en vez de derribarlos.' Ha.' Absolutamente injusto."

El Sr. D sonó aproximadamente de seis años de edad, como un mocooso que hace pucheros.

"Y..." Tartamudeé. "Su padre es..."

"Di inmortales, Quirón." Sr. D dijo. "Pensé que le enseñaste a este niño lo básicos. Mi papá es Zeus, por supuesto."

Examiné rápidamente nombres con D de la mitología griega. Vino. La piel de un tigre. Los sátiros que todos parecen trabajar aquí. La manera en que Grover se encogió de miedo, como si el Sr. D fuera su amo.

"Usted es Dionisio." Dije. "El dios del vino."

El Sr. D rodó sus ojos. "¿Qué dicen estos días, Grover? ¿Dicen los niños, 'Pues Bien, ¡Duh!'"?

"S-si, Sr. D."

"¡Entonces, bien, duh! Percy Jackson. Pensabas que era Afrodita, ¿quizás?"

"Usted es un dios."

"Si, niño."

"Un dios. Usted."

Él giro si mirada directa hacia mí, y vi un tipo de fuego púrpura en sus ojos, un indicio que este hombre pequeño llorón, recordete sólo me mostraba el pedacito más diminuto de su naturaleza verdadera. Vi visiones de vides ahogando incrédulos hasta morir, guerreros borrachos dementes con deseos de batalla, marineros gritar mientras sus manos se volvían aletas, sus caras expandiendo en hocicos de delfín. Supe que si le empujara, el Sr. D me mostraría peores cosas. Él plantaría una enfermedad en mi cerebro que me dejaría llevando una camisa de fuerza en un cuarto de hule para el resto de mi vida.

"¿Te gustaría probarme, niño?" Él dijo quedamente.

"No. No, señor."

El fuego murió un poco. Él se devolvió a su juego de cartas. "Creo que gano."

"No del todo, Sr. D." Quirón dijo. Él bajó una corrida, llevó la cuenta de los puntos, y dijo, "El juego va para mí."

Pensé Sr. D iba a vaporizar a Quirón directamente de su silla de ruedas, pero él simplemente suspiró a través de su nariz, como si él estuviera acostumbrado a ser derrotado por el profesor de latín. Él se levantó, y Grover se levantó, también.

"Estoy cansado." El Sr. D dijo. "Creo que tomaré una siesta antes de la reunión de canto de esta noche. Pero primer, Grover, necesitamos hablar, otra vez, acerca de tu menos que perfecto desempeño en esta asignación."

La cara de Grover se perloró con sudor. "S-si, señor."

El Sr. D se giró hacia mí. "La cabaña once, Percy Jackson. Y cuida tus modales."

Él se metió en la casa de granja, Grover siguiéndolo miserablemente.

"¿Grover estará bien?" Le pregunté a Quirón.

Quirón asintió con la cabeza, aunque él se vio un poco preocupado. "El viejo Dionisio no está realmente disgustado. Él sólo odia su trabajo. Él ha sido... ah, castigado, creo que tu dirías eso, y él no puede soportar esperar otro siglo antes de que se le permita volver al Olimpo."

"El monte Olimpo." Dije. "¿Me está diciendo que realmente hay un palacio allí?"

"Ahora bien, está el Monte Olimpo en Grecia. Y entonces está la casa de los dioses, el punto de convergencia de sus poderes, que de hecho solía estar en el Monte Olimpo. Todavía es llamado Monte Olimpo, por el respeto a las viejas costumbres, pero el palacio se mueve, Percy, justo como los dioses lo hacen."

"¿Usted quiere decir que los dioses griegos están aquí? ¿Como... en América?"

"Pues bien, ciertamente. Los dioses se mueven con el corazón del oeste."

"¿El que?"

"Vamos, Percy. Lo que tu llamas 'Civilización del oeste.' ¿Piensa que es simplemente un concepto abstracto? No, es una fuerza viviente. Una conciencia colectiva que ha ardido por miles de años. Los dioses

son parte de eso. Tu podrías decir que son la fuente de eso, o al menos, están atados tan apretadamente a ello que posiblemente no podrían desvanecerse, no a menos que toda Civilización del oeste estuviera extinta. El fuego empezó Grecia. Entonces, como tu bien sabes – o como espero que sepas, desde que pasó por mi curso – el corazón del fuego se mudó a Roma, y así también hizo a los dioses. Oh, nombres diferentes, quizá – Júpiter para Zeus, Venus para Afrodita, y así adelante – pero las mismas fuerzas, los mismos dioses."

"Y entonces murieron."

"¿Morir? No. ¿Murió el Oeste? Los dioses simplemente se movieron, para Alemania, para Francia, para España, para un rato. Dondequiera que la llama fuera más brillante, los dioses estaban allí. Gastaron varios siglos en Inglaterra. Todo lo que necesitas hacer es ver la arquitectura. Las personas no olvidan a los dioses. Cada lugar que han regido, por los últimos tres mil años, tu los puede ver en pinturas, en estatuas, en los edificios más importantes. Y si, Percy, por supuesto que están ahora en tus Estados Unidos. Mira a tu símbolo, el águila de Zeus. Mira la estatua de Prometeo en el Centro Rockefeller, las fachadas griegas de tus edificios del gobierno en Washington. Te desafío a encontrar cualquier ciudad americana donde los olímpicos no son destacadamente exhibidos en lugares múltiples. Te guste o no – y me creerás, muchas personas no les gustó mucho Roma, tampoco – América es ahora el corazón de la llama. Es el gran poder del oeste. Y así es que el Olimpo está aquí. Y estamos aquí."

Era todo demasiado, especialmente el hecho que parecí que yo estaba incluido en el nosotros de Quirón, como si fuéramos parte de algún club.

"¿Quién es usted, Quirón? ¿Quién... quién soy?"

Quirón sonrió. Él desvió su peso como si él fuera a levantarse de su silla de ruedas, pero yo sabía que eso era imposible. Él estaba paralizado de la cintura hacia abajo.

"¿Quién eres?" Él reflexionó. "Pues bien, esa es la pregunta que todos nosotros queremos contestar, ¿verdad? Pero por ahora, deberíamos conseguirte una litera en la cabaña once. Habrá amigos nuevos para conocer. Y tiempo en abundancia para las lecciones mañana. Además, habrá más campistas en la fogata esta noche, y simplemente adoro el chocolate."

Y en ese entonces él se levantó de su silla de ruedas. Pero hubo algo extraño acerca de la forma que él lo hizo. Su manta cayó de sus piernas, pero las piernas no se movieron. Su cintura seguía alargándose, alzándose sobre su cinturón. Al principio, pensé que él llevaba puesta ropa interior larguísima, blanca de terciopelo, pero mientras él seguía levantándose fuera de la silla, más alto que cualquier hombre, me di cuenta de que la ropa interior de terciopelo no era ropa interior; era el frente de un animal, músculo y tendón debajo de pelaje blanco grueso. Y la silla de ruedas no era una silla. Era una especie de envase, una enorme caja sobre ruedas, y debía de ser mágica, porque no hay forma de que pudiera almacenarlo por completo a él. Una pierna salió afuera, larga y de rodilla nudoso, con una enorme pezuña pulida. Luego otra pierna delantera, luego cuartos traseros, y entonces la caja quedó vacía, nada excepto una concha de metal con un par de falsas piernas humanas pegadas.

Clavé los ojos al caballo que acababa de salir de la silla de ruedas: Un enorme semental blanco. Pero dónde su cuello debería estar estaba el cuerpo superior de mi profesor de latín, suavemente unido al tronco de caballo.

"Qué alivio." El centauro dijo. "Había sido enjaulado allí dentro tanto tiempo, mis espolones se habían quedado dormidos. Ahora, ven, Percy Jackson. Conozcamos a los otros campistas."

CAPITULO 6

CAPITULO6

LLEGARE A SER EL SEÑOR SUPREMO DEL BAÑO

Una vez superado el hecho de que mi profesor de latín era un caballo, tuvimos un viaje agradable, aunque me cuidé de no andar detrás de él. Yo había hecho de patrulla recoge-caca en el desfile del Día de Acción de Gracias de Macy un par de veces, y, lo siento, yo no confiaba en la parte de atrás de Quirón de la manera en que confiaba de su frente.

Pasamos por el hoyo de voleibol. Varios de los campistas se dieron un codazo el uno al otro. Uno señaló el cuerno de minotauro que yo llevaba. Otro dijo: "Es él".

La mayoría de los campistas eran mayores que yo. Sus amigos sátiros eran más grandes que Grover, todos ellos trotando en camisetas naranja de CAMPAMENTO MESTIZO, con nada más para cubrir sus melenudos traseros desnudos. Yo no era normalmente tímido, pero la forma en que me miraban me hacía sentir incómodo. Me sentía como que estaban esperando que yo diera un sopetón o algo así.

Miré hacia atrás a la granja. Era mucho más grande de lo que había percibido— cuatro pisos de altura, cielo azul con adornos blancos, como un balneario de lujo. Estaba mirando a la veleta del águila de bronce en la parte superior, cuando algo me llamó la atención, una sombra en la ventana más alta del ático gablete.

Algo había movido la cortina, sólo por un segundo, y tuve la clara

impresión de que estaba siendo vigilado.

"¿Qué pasa ahí?" Le pregunté a Quirón.

Él miró hacia donde yo estaba señalando, y su sonrisa desapareció.

"Sólo el ático."

"¿Alguien vive ahí?"

"No", dijo con firmeza. "No es una cosa viva."

Tuve la sensación de que estaba siendo sincero. Pero también estaba seguro de que algo había movido la cortina.

"Vamos, Percy," dijo Quirón, su tono alegre ahora un poco forzado. "falta mucho por ver."

Caminamos a través de los campos de fresas, donde los campistas estaban recogiendo sacos de bayas, mientras que un sátiro interpretaba una melodía en una flauta de caña.

Quirón me dijo que el campamento cultivaba una buena cosecha para exportar a los restaurantes de Nueva York y el Monte Olimpo. "esto paga nuestros gastos", explicó. "Y las fresas se toman casi sin esfuerzo."

Dijo que el Sr. D tenía este efecto en plantas con frutos: ellas solo se volvían locas cuando él estaba cerca. Esto trabajaba mejor con las uvas de vino, pero el Sr. D se limitó al cultivo de estas, por lo que crecieron fresas en su lugar.

Vi al sátiro tocando su flauta. Su música fue causando que líneas de bichos dejaran el campo de fresas en todas direcciones, como los refugiados que huyen de un incendio. Me preguntaba si Grover podría trabajar ese tipo de magia con la música. Me preguntaba si todavía estaba dentro de la casa, siendo reprendido por el Sr. D.

"Grover no se meterá en demasiados problemas, ¿verdad?" Le pregunté a Quirón. "Quiero decir... él fue un buen protector. De verdad."

Quirón suspiró. Se quitó la chaqueta y la colgó de su lomo de caballo como una silla de montar.

"Grover tiene grandes sueños, Percy. Tal vez más grandes que razonables. Para alcanzar su objetivo, primero tiene que demostrar una gran valentía teniendo éxito como un guardián, encontrando un nuevo campista y trayéndolo a salvo a la Colina Mestiza.

"¡Pero lo hizo!"

"Yo podría estar de acuerdo contigo," dijo Quirón. "Pero no es mi lugar juzgar. Dionisio y el Consejo de Cloven Elders deben decidir. Me temo que no puedan ver esta tarea como un éxito.

Después de todo, Grover te perdió en Nueva York. Luego está el lamentable... ah... destino de tu madre.

Y el hecho de que Grover estaba inconsciente cuando lo sacaste en el lindero de propiedad. El Consejo podría preguntarse si esto no muestra nada de coraje por parte de Grover. "

Quise protestar. Nada de lo que pasó fue culpa de Grover. También me sentía muy, muy culpable.

Si no le hubiera dado a Grover el tiquete en la estación de autobuses, él no podría haberse metido en problemas.

"Él va a tener una segunda oportunidad, ¿no?"

Quirón hizo una mueca. "me temo que esta fue la segunda oportunidad de Grover, Percy. El consejo no estaba ansioso de darle otra, tampoco, después de lo que sucedió la primera vez, hace cinco años. El Olimpo sabe, le aconsejé esperar más tiempo antes de intentarlo de nuevo. Él es todavía muy pequeño para su edad...".

"¿Qué edad tiene?"

"Oh, veintiocho años."

"¡Qué! ¿Y está en sexto grado?"

"Los sátiros maduran la mitad de rápido que los seres humanos, Percy. Grover ha sido el equivalente a un estudiante de escuela media en los últimos seis años".

"Eso es horrible."

"Absolutamente", Quirón acordó. "En cualquier caso, Grover maduró tardíamente, incluso para los estándares de sátiro, y aún no es muy competente en la magia del bosque. ¡Ay!, estaba ansioso por cumplir su sueño. Tal vez ahora él encontrará otra carrera...".

"Eso no es justo", le dije. "¿Lo que sucedió la primera vez? ¿Fue realmente tan malo?"

Quirón apartó la mirada rápidamente. "Vamos a seguir adelante, ¿de acuerdo?"

Pero yo no estaba muy dispuesto a abandonar el tema. Algo se me

había ocurrido cuando Quirón habló sobre el destino de mi madre, como si estuviera evitando intencionadamente la palabra muerte. Los comienzos de una idea-una pequeña esperanza de fuego-comenzaron a formarse en mi mente.

" Quirón ", dije. "Si los dioses y el Olimpo y todo esto es real..."

"¿Sí, hijo?"

"¿Significa eso que el Inframundo es real, también?"

la expresión de Quirón se oscureció.

"Sí, hijo." Hizo una pausa, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras. "Hay un lugar donde los espíritus van después de la muerte. Pero, por ahora... hasta que sepamos más... Insto a que lo saques de tu mente".

"¿Qué quieres decir...hasta que sepamos más"? "

"Vamos, Percy. Vamos a ver el bosque".

Conforme nos acercamos, me di cuenta de lo grande que era el bosque. Ocupaba al menos una cuarta parte del valle, con árboles tan altos y gruesos, podrías imaginar que nadie había estado allí desde los nativos americanos.

Quirón, dijo, "Los bosques están llenos, si es que quieres probar suerte, pero ve armado."

"¿Llenos de qué?", Le pregunté. "¿Armado con qué?"

"Ya lo verás. La Captura de la Bandera es este viernes por la noche.

¿Tienes tu propia espada y escudo?"

"¿Mi propia que?"

"No," dijo Quirón. "No creo que lo tengas. Creo que un tamaño cinco te servirá. Voy a visitar el arsenal más tarde."

Quería preguntar qué tipo de campamento de verano tenía un arsenal, pero había muchas otras cosas en qué pensar, por lo que el recorrido continuó. Vimos el campo de tiro con arco, el lago de canoas, los establos (los cuales a Quirón no parecían gustarle mucho), el campo de tiro de jabalina, el anfiteatro de canto y el escenario donde Quirón dijo que tenían combates de espada y lanza.

"¿Combates de espada y lanza?", Le pregunté.

"Los retos de la cabaña y todo eso", explicó. "No es letal. Usualmente. Oh, sí, y hay un comedor del cuartel".

Quirón señaló un pabellón al aire libre enmarcado en columnas griegas blancas sobre una colina con vista al mar. Había una docena de mesas de picnic de piedra. Sin techo. Sin paredes.

"¿Qué hacen cuando llueve?", Le pregunté.

Quirón me miró como si fuera un poco raro. "Todavía tenemos que comer, ¿no?" Decidí cambiar de tema.

Por último, me mostró las cabañas. Había doce de ellas, ubicadas en el bosque junto al lago. Estaban dispuestas en U, con dos en la base y cinco en una fila a cada lado. Y eran, sin duda, la colección más extraña de edificios que había visto.

Excepto por el hecho de que cada una tenía un número grande de bronce por encima de la puerta (impares en el lado izquierdo, pares a la derecha), no se veían para nada iguales. La número nueve tenía chimeneas, como una fábrica diminuta. La número cuatro tenía enredaderas de tomate en las paredes y un techo de césped real. La siete parecía estar hecha de oro macizo, que brillaba tanto a la luz del sol que era casi imposible de ver. Todas ellas se enfrentaban en un área común del tamaño de un campo de fútbol, salpicada de estatuas griegas, fuentes, flores, y un par de aros de baloncesto (los cuales eran más que mi altura).

En el centro del campo había una gran piedra revestida con una hoguera. A pesar de que se trataba de una tarde calurosa, el corazón ardía. Una niña de unos nueve años de edad estaba cuidando el fuego, atizando las brasas con un palo.

El par de cabañas en la cabecera del campo, las número uno y dos, lucían como los mausoleos de él y ella, grandes palcos de mármol blanco con gruesas columnas en el frente. La cabaña uno era la más grande y más voluminosa de las doce. Sus puertas de bronce pulido brillaban como un holograma, para que desde diferentes ángulos relampaguearan rayos dando la apariencia de que las atravesaban. La cabaña dos era más agraciada de alguna forma, con columnas más delgadas con guirnaldas de flores y granadas. Las paredes estaban talladas con imágenes de pavos reales.

"¿Zeus y Hera?" Supuse.

"Correcto", dijo Quirón.

"Sus cabañas parecen vacías".

"Varias de las cabañas lo están. Eso es verdad. Nadie se queda en una o dos".

Muy bien. Así que en cada cabaña había un dios diferente, como una mascota. Doce cabañas para los doce olímpicos. Pero ¿por qué alguna estaría vacía?

Me detuve en frente de la primera cabaña a la izquierda, la cabaña tres.

No era alta y poderosa como la cabina uno, pero era larga y baja y sólida. Los muros exteriores eran de áspera piedra gris salpicada de trozos de conchas y corales, como si las placas hubieran sido talladas directamente del fondo del océano. Me asomé por el interior de la puerta abierta y Quirón, dijo, "¡Oh, yo no haría eso!"

Antes de que pudiera tirar de mí hacia atrás, capte la fragancia salada del interior, como el viento en la playa de Montauk. Las paredes interiores brillaban como una oreja marina. Había seis literas vacías con sábanas de seda dobladas hacia abajo. Pero no había ninguna señal de que cualquier persona hubiera dormido allí. El lugar se sentía tan triste y solo, me alegré cuando Quirón puso su mano sobre mi hombro y dijo: "Vamos, Percy."

La mayoría de las otras cabañas estaban llenas de campistas.

La número cinco era de color rojo brillante, un verdadero trabajo de pintura desastroso, como si el color hubiera sido salpicado encima con cubos y puños. El techo estaba forrado con alambre de púas. Una cabeza de jabalí rellena colgaba sobre la puerta, y sus ojos parecían seguirme. En el interior pude ver un montón de niños con miradas torvas, ambos niñas y niños, jugaban a las vencidas y discutían entre ellos mientras sonaba la música rock. El más fuerte era una niña de unos trece o catorce años. Llevaba una camiseta tamaño XXXL del CAMPAMENTO MESTIZO debajo de una chaqueta de camuflaje. Ella se concentró en mí y me dio una malvada sonrisa de desprecio. Me recordó a Nancy Bobofit, aunque la niña campista era mucho más grande y lucía más ruda, y su pelo era largo y lacio, y marrón en lugar de rojo.

Seguí caminando, tratando de mantenerme alejado de los cascos de Quirón. "No hemos visto a ningún otro centauro" observe.

"No", dijo tristemente Quirón. "Mis parientes son gente salvaje y bárbara, me temo. Podrías encontrártelos en el desierto, o en eventos deportivos más importantes. Pero no verás a ninguno aquí."

"dijiste que tu nombre era Quirón. ¿De verdad eres...?"

Él me sonrió. "¿el Quirón de las historias? ¿El entrenador de Hércules y todo eso? Sí, Percy, lo soy."

"Pero, ¿no deberías estar muerto?"

Quirón hizo una pausa, como si la pregunta le intrigara. "Honestamente no sé si debería estarlo. La verdad es que no puedo estar muerto. Verás, hace miles de años los dioses concedieron mi deseo. Podría continuar con el trabajo que amaba. Podría ser un maestro de héroes por el tiempo que la humanidad me necesitara. Gané mucho de ese deseo... y he entregado mucho. Pero todavía estoy aquí, así que sólo puedo suponer que soy necesario todavía. "

Pensé en ser un maestro durante tres mil años. Eso no habría hecho parte de mi lista del Top diez de Cosas que deseо.

"¿No te aburres alguna vez?"

"No, no", dijo. "Terriblemente deprimente, a veces, pero nunca aburrido."

"¿Por qué deprimente?"

Quirón parecía volver a escuchar difícilmente de nuevo.

"Oh, mira," dijo. "Annabeth está esperando por nosotros."

* * *

La chica rubia que había conocido en la Casa Grande estaba leyendo un libro delante de la ultima cabaña a la izquierda, la número once.

Cuando llegamos a ella, ella me miró críticamente, como si ella todavía estuviera pensando en lo mucho que yo babeaba.

Traté de ver lo que estaba leyendo, pero no pude distinguir el título. Pensé que mi dislexia estaba actuando. Entonces me di cuenta de que el título no era siquiera Inglés. Las letras parecían griegas para mí. Quiero decir, literalmente griego. Había fotos de templos y estatuas y

diferentes tipos de columnas, como los de un libro de arquitectura. "Annabeth", Quirón dijo: "Tengo clase de tiro con arco a mediodía. ¿Tomarías a Percy desde aquí?"

"Sí, señor."

"Cabaña once" Quirón me dijo, señalando hacia la puerta. "Siéntete como en casa".

De todas las cabañas, la once parecía más como una regular cabaña vieja de un campamento de verano, con énfasis en vieja. El umbral estaba desgastado, la pintura marrón descascarada. Sobre la puerta estaba uno de esos símbolos del doctor, un poste alado con dos serpientes envueltas a su alrededor. ¿Qué le llamaban ellos...? Un caduceo.

En el interior, estaba repleto de gente, tanto niños y niñas, más que el número de literas. Sacos de dormir estaban repartidos por todo el suelo. Se veía como un gimnasio donde la Cruz Roja había establecido un centro de evacuación.

Quirón no entró La puerta era demasiado baja para él. Pero cuando los campistas lo vieron todos ellos estuvieron de pie y saludaron respetuosamente.

"Bueno, entonces," dijo Quirón. "Buena suerte, Percy. Nos vemos en la cena."

Él se alejó al galope hacia el campo de tiro con arco.

Me quedé en la puerta, mirando a los niños. No se inclinaban más. Ellos me miraban, evaluándome. Conocía esta rutina. Yo la había experimentado en bastantes escuelas.

¿Y bien? Annabeth sollicito. "adelante."

Así que, naturalmente, me tropecé entrando por la puerta e hice el ridículo total por mí mismo. Hubo algunas risitas de los campistas, pero ninguno de ellos dijo nada.

Annabeth anunció, "Percy Jackson, conoce a la cabaña once."

"¿Regular o indeterminado?", preguntó alguien.

Yo no sabía qué decir, pero Annabeth dijo, "indeterminado".

Todo el mundo se quejó.

Un tipo que era un poco mayor que el resto se dio a conocer. "Ahora, ahora, los campistas. Esto es para lo que estamos aquí. Bienvenido,

Percy. Puedes tener ese lugar en el suelo, justo allí".

El tipo era de unos diecinueve años, y se veía muy bien. Era alto y musculoso, con pelo rubio corto y una sonrisa amistosa. Llevaba una camiseta naranja sin mangas, pantalones cortos, sandalias, y un collar de cuero con cinco bolas de arcilla de diferentes colores. Lo único inquietante acerca de su apariencia era una gruesa cicatriz blanca que iba justo desde debajo de su ojo derecho hasta la mandíbula, como un viejo corte de cuchillo.

"Se trata de Luke", Annabeth dijo, y su voz sonó diferente de alguna manera. Miré por encima y podría haber jurado que se ruborizaba. Ella me vio mirando, y su expresión se endureció de nuevo. "Él es tu consejero, por ahora."

"¿Por ahora?", Le pregunté.

"Estás indeterminado", Luke explicó pacientemente. "Ellos no saben en qué cabaña ponerte, por lo que estás aquí. A la cabaña once llevan a todos los recién llegados, a todos los visitantes. Naturalmente, lo haríamos. Hermes, nuestro patrón, es el dios de los viajeros".

Miré a la pequeña sección del piso que me habían dado. No tenía nada que poner ahí para marcarlo como mío, sin equipaje, sin ropa, sin saco de dormir. Sólo el cuerno del Minotauro. Pensé acerca de ponerlo abajo, pero luego me acordé de que Hermes era también el dios de los ladrones.

Miré a mi alrededor a las caras de los campistas, algunos hoscos y desconfiados, algunos sonriendo estúpidamente, algunos me miraban como si estuvieran esperando una oportunidad para picar mis bolsillos.

"¿Cuánto tiempo estaré aquí?", Le pregunté.

"Buena pregunta", dijo Luke. "Hasta que estés resuelto".

"¿Cuánto tiempo tomará?"

Todos los campistas se rieron.

"Vamos", Annabeth me dijo. "Voy a mostrarte la cancha de voleibol."

"Ya la he visto".

"Vamos." Me agarró de la muñeca y me arrastró fuera. Podía oír a los niños de la cabaña once riéndose detrás de mí.

Cuando estábamos a pocos metros, Annabeth dijo, "Jackson, tienes que hacerlo mejor que eso."

"¿Qué?"

Ella rodó los ojos y murmuró entre dientes: "No puedo creer que pensé que eras el elegido".

"¿Cuál es tu problema?" Yo estaba enojado ahora. "Todo lo que sé es que maté a un minotauro"

"¡No hables así!" Annabeth me dijo. "¿Sabes cuántos niños en este campamento les gustaría haber tenido tu oportunidad?"

"¿Para matar?"

"¡Para luchar contra el Minotauro! ¿Para qué crees que nos entrenamos?"

Sacudí la cabeza. "Mira, si la cosa con la que luche era realmente el Minotauro, el mismo de las historias..."

"Sí".

"Entonces hay uno solo".

"Sí".

"Y se murió, como, hace un montón de años, ¿verdad? Teseo lo mató en el laberinto. Así que..."

"Los monstruos no mueren, Percy. Pueden ser asesinados. Pero no mueren".

"¡Oh, gracias. Eso lo explica!"

"Ellos no tienen alma, como tú y yo. Puedes ahuyentártelos por un tiempo, quizás hasta toda una vida si tienes suerte. Pero ellos son fuerzas primarias. Quirón los llama arquetipos.

Eventualmente, ellos se rehacen..."

Pensé en la señora Dodds. "Quieres decir que si mato a uno, accidentalmente, con una espada"

"La Fur... quiero decir, tu profesora de matemáticas. Es correcto. Todavía está por ahí. Sólo la pusiste muy, muy enojada."

"¿Cómo te enteraste de la Sra. Dodds?"

"Hablas dormido."

"Casi la llamaste algo. ¿Una furia? Son las torturadoras de Hades, ¿verdad?"

Annabeth miró nerviosamente al suelo, como si esperara que se

abriera y se la tragara.

"No se les debe llamar por su nombre, incluso aquí. Las llamamos las Benévolas, si tenemos que hablar de ellas en absoluto."

"Mira, ¿hay algo que podemos decir sin este estruendo?" sonaba quejumbroso, incluso para mí mismo, pero en ese momento no me importaba. "¿Por qué me tengo que quedar en la cabaña once, de todos modos? ¿Por qué están todos tan apiñados? Hay un montón de literas vacías allá".

Señalé a las primeras pocas cabañas, y Annabeth se puso pálida. "No sólo eliges una cabaña,

Percy. Depende de quiénes son tus padres. O... de tus padres. "

Se me quedó mirando, esperando a que yo entendiera.

"Mi mamá es Sally Jackson," le dije. "Ella trabaja en la tienda de dulces en la estación Grand Central.

Al menos, solía".

"Lamento lo de tu madre, Percy. Pero eso no es lo que quiero decir. Me refiero a tu otro progenitor. Tu papá".

"Está muerto. Nunca lo conocí."

Annabeth suspiró. Evidentemente, ella había tenido esta conversación antes con otros niños. "Tu padre no está muerto, Percy."

"¿Cómo puedes decir eso? ¿Lo conoces?"

"No, por supuesto que no."

"Entonces, ¿cómo puedes decir..."

"Porque te conozco. No estarías aquí si no fueras uno de nosotros".

"Tú no sabes nada de mí."

"¿No?" Ella arqueó una ceja. "Apuesto que te cambiabas de escuela a escuela. Apuesto a que fuiste expulsado de muchas de ellas."

"¿Cómo...?"

"Diagnosticado con dislexia. Probablemente el TDAH, también."

Traté de tragarme mi vergüenza. "¿Qué tiene eso que ver con nada?"

"En conjunto, es casi un signo seguro. Las letras flotan fuera de la página cuando lees, ¿verdad?

Eso es porque tu mente está cableada para el griego antiguo. Y el TDAH— eres impulsivo, no puedes quedarte quieto en el aula. Esos son tus reflejos en el campo de batalla. En una pelea real, ellos te

mantendrían vivo. En cuanto a los problemas de atención, es porque ves demasiado, Percy, no demasiado poco. Tus sentidos son mejores que los de un mortal regular. Por supuesto, los maestros te quieren medicado. La mayoría de ellos son unos monstruos. Ellos no quieren que los veas como lo que son. "

"Hablas como... ¿pasaste por lo mismo?"

"La mayoría de los niños de aquí lo hicieron. Si no fueras como nosotros, no podrías haber sobrevivido al Minotauro, y mucho menos la ambrosía y néctar."

"Ambrosía y néctar."

"La comida y la bebida que te estábamos dando para mejorarte. Esas cosas matarían a un chico normal. Esto habría regresado tu sangre al fuego y tus huesos a la arena y tú estarías muerto. Acéptalo. Tu eres un Mestizo."

Mestizo.

Yo estaba aturdido con tantas preguntas que no sabía por dónde empezar.

Entonces, una voz ronca gritó: "¡Bueno! ¡Un novato!"

Miré por encima. La niña grande de la fea cabaña roja estaba caminando hacia nosotros. Había otras tres chicas detrás de ella, todos grandes y feas y mirando amenazadoramente como ella, todas vestidas con chaquetas de camuflaje.

"Claris", Annabeth suspiró. "¿Por qué no te vas a pulir tu lanza o algo?"

"Claro, señorita princesa," la niña grande, dijo. "Así que puedo traspasarte con esto la noche del viernes."

"¡Erre es korakas!" Annabeth dijo, lo cual de alguna manera yo entendí que era el griego para "ivete al cuerno! aunque yo tuve la sensación de que era una peor maldición de lo que sonaba. "Ustedes no tienen ninguna oportunidad".

"Vamos a pulverizarte", dijo Clarisse, pero sus ojos parpadearon. Tal vez ella no estaba segura de poder seguir adelante con la amenaza. Ella se volvió hacia mí. ¿Quién es ese enano? "

"Percy Jackson", Annabeth dijo, "conoce a Clarisse, hija de Ares." parpadee. " ¿Al igual que... el dios de la guerra?"

Clarissee se burló. "¿Tienes algún problema con eso?"

"No", dije, recuperando el juicio. "Esto explica el mal olor."

Clarissee gruñó. "Tenemos una ceremonia de iniciación para los novatos, Prissy".

"Percy".

"Lo que sea. Vamos, te mostraré".

"Clarissee..." Annabeth trató de decir.

"mantente fuera de esto, chica sabia".

Annabeth pareció molesta, pero se quedó fuera de esto, y yo realmente no quise su ayuda. Yo era el chico nuevo. Tenía que ganarme mi propia reputación.

Le entregué mi cuerno de minotauro a Annabeth y me dispuse para pelear, pero antes de darme cuenta, Clarisse me tenía por el cuello y me arrastraba hacia un edificio de bloques de cemento que inmediatamente supe era el cuarto de baño.

Yo estaba dando patadas y puñetazos. Había estado en un montón de peleas antes, pero esta niña grande Clarisse tenía las manos como el hierro. Ella me arrastró hasta el baño de las niñas. Había una fila de retretes en un lado y una línea de cabinas de ducha al otro lado. Olía como cualquier baño público, y yo estaba pensando, tanto como yo podía pensar con Clarisse arrancando mi pelo, que si este lugar pertenecía a los dioses, ellos deberían haber sido capaces de permitirse algo con más clase Johns.

Las amigas de Clarisse estaban todas riéndose, y yo estaba tratando de encontrar la fuerza que había utilizado para luchar contra el Minotauro, pero simplemente no estaba allí.

"Como que él iba a ser material de los <<Tres Grandes>> ", Clarisse dijo mientras me empujaba hacia uno de los aseos.

"Sí, claro. El Minotauro probablemente se cayó de la risa, él era tan barbitonto".

Sus amigas rieron.

Annabeth se quedó en la esquina, observando a través de sus dedos.

Clarissee me dobló sobre mis rodillas y comenzó a empujar mi cabeza hacia la taza del inodoro. Olía como tuberías oxidadas y, así, como lo que entra en los inodoros. Me esforcé por mantener mi cabeza en

alto. Yo estaba mirando el agua sucia, pensando, yo no voy a entrar en eso. No lo haré.

Entonces sucedió algo. Sentí un tirón en la boca del estómago. Oí a la plomería retumbar, las tuberías estremeciéndose. El agarre de Clarisse sobre mi pelo se soltó. El agua salió por el inodoro, haciendo un arco recto sobre mi cabeza, y lo siguiente que supe, yo estaba tirado sobre las baldosas del cuarto de baño con Clarisse gritando detrás de mí.

Me volví cuando el agua bombardeo fuera del inodoro de nuevo, golpeando a Clarisse directamente a la cara con tanta fuerza que la derribo sobre su culo. El agua permaneció sobre ella como el rociador de una manguera contra incendios, empujándola hacia atrás dentro de una ducha.

Ella luchó, jadeando, y sus amigas empezaron a caminar hacia ella. Pero entonces los otros baños explotaron también, y seis corrientes más de agua del inodoro las bombardearon de nuevo. Las duchas comenzaron a funcionar mal, también, y juntas todas las instalaciones rociaron a las chicas camufladas justo fuera del cuarto de baño, dándoles vueltas como piezas de basura siendo arrastradas por la corriente.

Tan pronto como estuvieron fuera de la puerta, sentí el tirón en mi estómago disminuir, y el agua se apago tan rápido como había empezado.

El cuarto de baño entero estaba inundado. Annabeth no se había librado. Estaba empapada, pero ella no había sido empujada por la puerta. Estaba de pie en el mismo lugar, me miraba en estado de shock.

Miré hacia abajo y me di cuenta de que estaba sentado en el único lugar seco en toda la habitación. Había un círculo de piso seco a mí alrededor. Yo no tenía una gota de agua en mi ropa. Nada.

Me puse de pie, mis piernas temblorosas.

Annabeth dijo, "¿Cómo...?"

"No sé".

Caminamos hacia la puerta. Afuera, Clarisse y sus amigas estaban tendidas en el barro, y un montón de otros campistas se habían

reunido alrededor a curiosear. El pelo de Clarisse estaba aplastado en su cara. Su chaqueta de camuflaje estaba mojada y olía a aguas residuales. Ella me dio una mirada de odio absoluto. "Estás muerto, chico nuevo. Estás totalmente muerto."

Tal vez debí dejarlo pasar, pero dije, "¿Quieres hacer gárgaras con agua del inodoro de nuevo, Clarisse? Cierra la boca".

Sus amigos tuvieron que detenerla. Ellas la arrastraron hacia la cabaña cinco, mientras que los otros campistas abrían camino para evitar sus agitados pies.

Annabeth se me quedó mirando. Yo no podía decir si ya sea ella estaba sólo disgustada o enojada conmigo por empaparla.

"¿Qué?" exigí. "¿Qué estás pensando?"

"Estoy pensando", dijo, "que quiero que estés en mi equipo para capturar la bandera".

CAPITULO 7

CAPITULO7

MI CENA SE CONVIERTE EN HUMO

La noticia del accidente del baño se esparció inmediatamente. A donde quiera que fuera, los campistas me señalaban y murmuraban algo acerca de agua de inodoro. O quizás ellos solo veían a Annabeth, que estaba todavía bastante mojada.

Ella me mostró algunos otros lugares: la tienda de metal (donde los chicos hacían sus propias espadas), el cuarto de artes y oficios (donde los sátiro lanzaban chorros de arena a una estatua gigante de mármol de un fauno), y el muro de escalada, que de hecho consistía de dos paredes cara a cara que se sacudían con violencia, rocas caían, se esparcía lava, y chocaban la una con la otra si no llegabas a la cima con la suficiente rapidez.

Finalmente regresamos al lago, donde el camino llevaba de vuelta a las cabañas.

"Tengo entrenamiento que hacer," dijo Annabeth categóricamente. "La cena es a las siete treinta. Solo tienes que seguir de la cabaña el pasillo hacia el comedor.

"Annabeth, siento lo de los inodoros."

"Como sea."

"No fue mi culpa."

Ella me miró con escepticismo, y me di cuenta que si fue mi culpa. Yo había hecho salir el agua de los accesorios del baño. No entendía

como. Pero los inodoros habían respondido a mí. Me había convertido en uno con la tubería.

"Necesitas hablar con el Oráculo," dijo Annabeth.

"¿Quién?"

"No quién. Que. El Oráculo. Le preguntaré a Quirón."

Me quedé viendo el lago, deseando que alguien me diera una respuesta directa, por una vez.

No esperaba que nadie estuviera mirándome desde el fondo, así que mi corazón dio un vuelco cuando vi a dos chicas adolescentes con las piernas cruzadas en la base del muelle, unos veinte metros más abajo. Ellas usaban jeans azules y camisetas verde brillantes, y su cabello castaño flotaba alrededor de sus hombros, mientras pececillos entraban y salían. Ellas sonrieron y saludaron como si yo fuera un viejo amigo.

Yo no sabía qué más hacer. Saludé de regreso.

"No las alientes," me advirtió Annabeth. "Las Náyades son terribles coqueteando."

"Náyades," repetí, sintiéndome completamente abrumado. "Eso es todo. Quiero irme a casa ahora."

Annabeth frunció el ceño. "¿No lo entiendes, Percy? Estás en casa. Este es el único lugar seguro en la tierra para chicos como nosotros."

"¿Quieres decir, niños con trastornos mentales?"

"Quiero decir no humanos. No completamente. Medio humanos."

"¿Medio humano y medio qué?"

"Creo que lo sabes."

No quería admitirlo, pero me temía que si sabía. Sentí un hormigüeo en mis extremidades, una sensación que a veces tenía cuando mi mamá hablaba de mi papá.

"Dios," dije. "Mitad Dios."

Annabeth asintió. "Tú padre no está muerto, Percy. Es uno de los del

Olimpo."

"Eso es una locura."

"¿Lo es? ¿Que es lo más común que los dioses hacían en las viejas historias? Corrían a enamorarse de los humanos y tenían hijos con ellos. ¿Tú crees que han cambiado sus hábitos en los últimos milenios?"

"Pero esos son solo..." casi digo mitos otra vez. Luego recordé la advertencia de Quirón que en doscientos años, yo probablemente sería considerado un mito. "Pero si todos los chicos aquí son mitad dioses..."

"Semidioses," dijo Annabeth. "Ese es el término oficial. O mestizos."

"¿Entonces quien es tu papá?"

Sus manos se apretaron alrededor de la barandilla del muelle. Tuve la sensación de que acababa de abordar un tema delicado.

"Mi papá es un profesor en West Point," dijo ella. "No lo he visto desde que era pequeña. Él enseña historia americana."

"Él es humano."

"¿Qué? ¿Asumes que tiene que ser un hombre Dios que encuentre una mujer humana atractiva? ¿Cuan sexista es eso?"

"¿Quien es tu mamá, entonces?"

"Cabaña seis."

"¿Es decir?"

Annabeth se enderezó. "Atenea. La diosa de la sabiduría y la batalla."

Okey, pensé. ¿Por qué no?

"¿Y mi papá?"

"Indeterminado," dijo Annabeth, "Como te dije antes. Nadie sabe."

"Excepto mi madre. Ella sabía."

"Quizás no, Percy. Los Dioses no siempre revelan su identidad."

"Mi papá lo habría hecho. Él la amaba."

Annabeth me dio una mirada cautelosa. Ella no quería reventar mi burbuja. "Quizás tienes razón. Quizás él envíe una señal. Esa es la única forma de estar seguros: tu padre tiene que enviar una señal reclamándote como su hijo. A veces sucede."

"¿Quieres decir que a veces no pasa?"

Annabeth pasó su palma por la barandilla del muelle. "Los dioses están ocupados. Ellos tienen muchos hijos y ellos no siempre... bueno, a veces no se preocupan por nosotros, Percy. Nos ignoran."

Pensé en algunos chicos que había visto en la cabaña de Hermes, adolescentes que parecían sombríos y depresivos, como si estuvieran esperando por una llamada que nunca vendría. Yo había conocido chicos así en la academia Yancy, abandonados en una escuela por padres ricos que no tenían tiempo para lidiar con ellos. Pero los dioses deberían comportarse mejor.

"Entones estoy atascado aquí," dije. "¿Eso esto todo? ¿Por el resto de mi vida?"

"Depende," dijo Annabeth. "Algunos campistas solo se quedan por el verano. Si eres hijo de Afrodita o Deméter, probablemente no tienes una fuerza de gran alcance. Los monstruos puede que te ignoren, así que puedes pasar unos meses de entrenamiento de verano y vivir en el mundo mortal el resto del año. Pero para algunos de nosotros, es muy peligroso para vivir. Somos rondadores por año. En el mundo mortal, atraemos a los monstruos. Ellos nos sienten. Ellos vienen a retornos. La mayoría del tiempo nos ignoran hasta que somos lo suficientemente grandes como para causar problemas ,como de diez u once años, pero después de eso, la mayoría de los semidioses vienen aquí, o son asesinados. Algunos se las arreglan para sobrevivir en el mundo exterior y se vuelven famosos, créeme si te digo los nombres, los reconocerías. Algunos ni siquiera se dan cuenta que son semidioses. Pero son muy pocos."

"¿Entonces los monstruos no pueden entrar aquí?"

Annabeth sacudió su cabeza. "No a menos que sean intencionalmente atrapados en el bosque o convocados aquí por alguien."

"¿Por qué alguien invocaría monstruos?"

"Peleas de prácticas. Bromas."

"¿Bromas?"

"El punto es, los bordes están sellados para mantener a los monstruos y a los mortales afuera. Desde afuera, los mortales ven el valle y no ven nada inusual, solo una granja de fresas."

"Así que tu eres rondadora por año?"

Annabeth asintió. De debajo del cuello de su camiseta sacó un collar de cuero con cinco cuentas de barro de diferentes colores. Era tal como el de Luke, excepto que el de Annabeth también tenía un gran anillo de oro colgado de ella como un anillo de graduación.

"He estado aquí desde que tenía siete," dijo ella. "Cada agosto en el último día del periodo de verano, recibes una cuenta por sobrevivir otro año. He estado aquí más tiempo que la mayoría de los consejeros, y ellos están en la Universidad."

"¿Por qué viniste tan joven?"

Ella torció el anillo en su collar. "No es tu problema."

"Oh." Me quedé allí por un minuto incómodo de silencio. "Así que... ¿puedo salir caminando de aquí si quiero?"

"Sería suicidio, pero podrías, con el permiso del Señor D o Quirón. Pero ellos no te darán permiso hasta el final del verano a menos..."

"¿A menos...?"

"Se te conceda una búsqueda. Pero eso difícilmente sucede. La última vez..."

Su voz se apagó. Puede notar por su tono que la última vez no había ido bien.

"De vuelta a la enfermería," dije, "cuando me daban de comer esas cosas..."

"Ambrosía."

"Seee. Me preguntaste algo acerca del solsticio de verano."

Los hombros de Annabeth se tensaron. "¿Así que sabes algo?

"Bueno... no. En mi vieja escuela, escuché a Grover y Quirón hablando de eso. Grover mencionó el solsticio de verano. Él dijo algo como que no teníamos mucho tiempo, por la fecha límite. ¿Qué significa?"

Ella apretó su puño. "Ojala supiera. Quirón y los sátiros, ellos los saben, pero no me lo dirán. Algo está mal en el Olimpo, algo muy importante. La última vez que estuve allí, todo parecía demasiado normal."

"¿Has estado en el Olimpo?"

"Algunos de los rondadores por año -Luke, Clarisse y yo y algunos otros- hicimos un viaje de campo durante el solsticio de invierno. Ahí es cuando los dioses tienen su gran consejo anual.

"¿Pero como llegas allí?"

"El ferrocarril de Long Island, por supuesto. Te bajas en la estación Penn. El edificio Empire State, el ascensor especial al piso seiscientos." Ella me miró como si estuviera segura que yo ya debía saber eso. "Eres de New York, ¿verdad?"

"Oh, claro." Hasta donde yo sabía, había solo ciento dos pisos en el edificio Empire State, pero decidí no señalarlo.

"Justo después de nuestra visita," continuó Annabeth, "el clima se volvió extraño, como si los dioses hubieran comenzado a pelear. Un par de veces desde entonces, escuché a los sátiros hablando. Lo mejor que pude entender es que algo importante fue robado. Y si no es devuelto para el solsticio de verano, habrá problemas. Cuando viniste, yo esperaba... quiero decir, Atenea se lleva bien con todo el mundo a excepción de Ares. Y, por supuesto tiene una rivalidad con Poseidón. Pero, quiero decir, aparte de eso, pensé que podíamos trabajar juntos. Pensé que quizás sabías algo."

Sacudí mi cabeza. Deseé poder ayudarla, pero me sentía demasiado hambriento y mentalmente sobrecargado para preguntar algo más.

"Tengo que conseguir una búsqueda," murmuró Annabeth para sí misma. "No soy demasiado joven. Si ellos solo me contaran el problema..."

Pude sentir el olor de una barbacoa proveniente de un lugar cercano. Annabeth debió escuchar mi estómago gruñir. Ella me dijo que fuera,

que ella me alcanzaría después. La dejé en el muelle, deslizando sus dedos por la barandilla como si estuviera trazando el plan de batalla.

De vuelta a la cabaña once, todo el mundo estaba hablando, esperando por la cena. Por primera vez, noté que muchos de los campistas tenían facciones similares: nariz afilada, cejas arqueadas, sonrisas maliciosas. Eran la clase de chicos que los maestros clasificarían como problemáticos.

Afortunadamente, nadie me prestó mucha atención mientras caminaba a mi lugar y me sentaba junto a mi cuerno minotauro.

El consejero, Luke, se acercó. Él también tenía el aire de la familia de Hermes. Tenía una cicatriz en su mejilla derecha pero su sonrisa estaba intacta.

"Te encontré un saco de dormir," dijo él. "Y aquí, te robé algunos artículos de aseo de la tienda del campamento"

No puede notar si estaba bromeando en la parte de robar.

Dije, "Gracias."

"No hay problema." Luke se sentó junto a mí, apoyando su espalda contra la pared. "¿Primer día difícil?"

"No pertenezco aquí," dije. "Ni siquiera creo en dioses."

"Seeee," dijo él. "Así es como todos comenzamos. ¿Una vez que empieces a creer en ellos? No se vuelve más fácil.

La amargura en su voz me sorprendió, porque Luke me parecía un muchacho bastante transigente.

Él lucía como si pudiera manejar cualquier cosa.

"¿Así que tu padre es Hermes?" pregunté.

Sacó una navaja de su bolsillo, y por un segundo pensé que iba a apuñalarme, pero el solo raspó el barro de la suela de su sandalia. "Seeee. Hermes."

"El mensajero con pies alados."

"Ese es él. Mensajeros. Medicina. Viajeros, comerciantes, ladrones. Todos los que usan la carretera. Por eso es que estás aquí,

disfrutando la hospitalidad de la cabaña once. Hermes no es selectivo con los que auxilia."

Pensé que Luke no había querido llamarle un Don nadie. Él solo tenía mucho en su cabeza. "¿Has visto a tu papá?" pregunté.

"Una vez."

Esperé, pensando que él quería contarme, que me contaría. Aparentemente no era así. Me pregunté si la historia tenía que ver con como obtuvo su cicatriz.

Luke miró hacia arriba y esbozó una sonrisa. "No te preocupes, Percy. Los campistas aquí, son en su mayoría buena gente. Después de todo, somos una familia ampliada, ¿no? Cuidamos los unos de los otros."

Él parecía entender cuan perdido me sentía, y estuve agradecido por eso, porque un chico mayor como él- incluso si era consejero- debía evitar a un medio escolar nada sofisticado como yo.

Pero Luke me había dado la bienvenida a la cabaña. Incluso había robado unos artículos de aseo para mí, que era la cosa más amable que alguien había hecho por mí en todo el día.

Decidí hacerle una última gran pregunta, la que me había estado molestando todo el día.

"Claris, de Ares, estaba bromeando acerca de que yo tenía potencial para los <<Tres Grandes>>. Entonces Annabeth... dos veces, dijo ella que quizás yo sería <<el elegido>>. Dijo que debía hablar con el Oráculo. ¿Que era todo eso?"

Luke plegó su cuchillo. "Odio las profecías."

"¿Que quieres decir?"

Su rostro se contrajo alrededor de la cicatriz. "Digamos que eché las cosas a perder para los demás. Los últimos dos años, desde que mi viaje al jardín de las Hespérides salió mal, Quirón no ha permitido más búsquedas. Annabeth se moría de ganas por salir al mundo exterior. Ella presionó a Quirón hasta que él le dijo finalmente que él sabía su destino. Él tenía una profecía del Oráculo. Él no le contaría todo, pero dijo que Annabeth no estaba destinada a ir a una búsqueda todavía. Ella tenía que esperar hasta que... alguien especial viniera al campamento."

“¿Alguien especial?”

“No te preocupes por eso, chico,” dijo Luke. “Annabeth quiere pensar que cada nuevo campista que viene aquí es el presagio que ella ha estado esperando. Ahora, vamos, es hora de cenar.”

Al momento que lo dijo, un cuerno sonó en la distancia. De alguna manera supe que era una caracola, aunque no lo hubiera oído antes.

Luke gritó, “Once, formen filas!”

Toda la cabaña, como veinte de nosotros, se presentó en el patio común. Nos alineamos en orden de antigüedad, así que por supuesto yo era el último. Campistas vinieron de otras cabañas también, excepto de las tres cabañas vacías al final, y la cabaña ocho, que había lucido normal durante el día, pero ahora comenzaba a brillar color plata mientras el sol se ocultaba.

Caminamos sobre la colina hasta el pabellón del comedor. Los sátiros se nos unieron desde el prado. Náyades emergieron del lago. Algunas otras chicas salieron de los bosques- y cuando digo salieron de los bosques, quiero decir directamente de los árboles. Vi una chica, como de nueve o diez años, saliendo de un lado de un árbol de arce y venir saltando hasta la colina.

En total, había quizás cien campistas, algunas docenas de sátiros, y una docena entre ninfas de los árboles y Náyades.

En el pabellón, las antorchas ardían alrededor de las columnas de mármol. Un fuego central quemaba en un brasero de bronce del tamaño de una bañera. Cada cabaña tenía su propia mesa, cubierta de tela blanca adornada con púrpura. Cuatro mesas estaban vacías, pero la de la cabaña once estaba atestada de gente. Tuve que apretarme al borde de un banco con la mitad de mi trasero colgando.

Vi a Grover sentado en la mesa doce con el señor D, algunos sátiros, y un par de niños regordetes rubios que se parecían al señor D. Quirón se hizo a un lado, siendo la mesa de picnic demasiado pequeña para un centauro.

Annabeth se sentó en la mesa seis con un montón de atléticos de apariencia seria, todos con sus ojos grises y cabello rubio miel.

Clarisse se sentó detrás de mí en la mesa de los de Ares. Al parecer ella había superado lo de ser mojada, porque se estaba riendo y

eructando con sus amigos.

Finalmente, Quirón golpeó su pata contra el suelo de mármol del pabellón, y todo el mundo guardó silencio. Él levantó su copa. "¡Por los dioses!"

Todos los demás levantaron sus copas. "¡Por los dioses!"

Las ninfas se acercaron con platos de comidas: uvas, manzanas, fresas, queso, pan fresco, y si, ibarbacoa! Mi copa estaba vacía, pero Luke dijo, "Dilo. Lo que quieras, sin alcohol, por supuesto."

Dije, "Gaseosa de cereza."

El vaso se llenó con un caramelo líquido espumoso.

Luego tuve una idea. "Gaseosa de cereza azul."

La soda se volvió violentamente a un color cobalto.

Tomé un sorbo cauteloso. Perfecto.

Brindé por mi madre.

Ella no se ha ido, me dije a mí mismo. No permanentemente, de todas formas. Ella está en el submundo. Y si ese es un lugar real, entonces algún día...

"Aquí tienes, Percy," dijo Luke, entregándome un plato de carne ahumada.

Llené mi plato y estaba a punto de tomar un bocado cuando noté que todos se ponían de pie, y llevaban sus platos al fuego central del pabellón. Me pregunté si iban por el postre o algo.

"Vamos," me dijo Luke.

A medida que me acercaba, vi que todos tomaban una porción de su comida y la lanzaban al fuego, la fresa más madura, el más jugoso trozo de carne, el más cálido rollo de mantequilla.

Luke murmuró en mi oído, "Una ofrenda para los dioses. Les gusta el olor."

"Estás bromeando."

Su mirada me advirtió que no tomara esto a la ligera, pero no pude evitar preguntarme porque un inmortal, un ser todo poderoso le gustaría el olor de comida quemada.

Luke se aproximó al fuego, inclinó la cabeza, y arrojó un cúmulo de uvas grandes y rojas. "Hermes."

Yo era el siguiente.

Deseé saber que nombre de dios decir.

Finalmente, hice un llamado en silencio. Quien quiera que seas, dimelo. Por favor.

Lancé una rebanada grande de carne en las llamas.

Cuando tomé una bocanada de humo, no me tapé la boca.

No olía nada como comida quemada. Olía a chocolate caliente, brownies recién horneados, hamburguesas a la parrilla y flores del campo, y cientos de otras cosas deliciosas que no deberían ir bien juntas, pero lo hacían. Podía casi creer que los dioses podían vivir de ese humo.

Cuando todo el mundo había vuelto a sus asientos y terminado de comer, Quirón golpeó su pata contra el suelo de nuevo por nuestra atención.

El señor D se levantó con un gran suspiro. "Si, se supone que tengo que decir hola a todos ustedes mocosos. Bueno, hola. Nuestro director de actividades, Quirón, dice que la próxima captura la bandera es el viernes. La cabaña cinco actualmente tiene los laureles."

Un montón de feos vítores se levantaron en la mesa de Ares.

"Personalmente," continuó el señor D, "No me podría importar menos, pero felicitaciones. También, debería decirles que tenemos un nuevo campista hoy. Peter Johnson."

Quirón murmuró algo.

"Ermm, Percy Jackson," corrigió el señor D. "Eso es. Hurra, y todo eso. Ahora vayan a su tonta hoguera. Vamos."

Todo el mundo aplaudió. Todos caminamos al anfiteatro, donde la

cabaña de Apolo dirigió un canto con nosotros. Cantamos canciones de campamento acerca de los dioses y bromeamos, y lo gracioso era que no sentía que nadie se me quedaba viendo ya. Me sentía en casa.

Más tarde en la noche, cuando las chispas de la hoguera se encrespaban en un cielo estrellado, la caracola volvió a sonar, y todos volvimos a nuestras cabañas. No me di cuenta cuan exhausto estaba hasta que me desplomé en mi saco de dormir prestado.

Mis dedos se enrollaron alrededor del cuerno de Minotauro. Pensé en mi mamá, pero tuve buenos pensamientos: su sonrisa, las historias que me leía antes de dormir cuando eran un niño, la manera en que me decía no dejes que te piquen los chinches.

Cuando cerré los ojos, me dormí instantáneamente.

Ese fue mi primer día en el Campamento Mestizo.

Ojala hubiera sabido cuanto disfrutaría mi nuevo hogar.

CAPITULO 8

CAPITULO 8

CAPTURAMOS UNA BANDERA

Los próximos días me instalé en una rutina que se sentía casi normal, si no se cuenta el hecho de que estaba teniendo lecciones de sátiros, ninfas, y un centauro.

Cada mañana tomé Griego Antiguo con Annabeth, y hablamos acerca de los dioses y diosas en el tiempo presente, que era un poco extraño. Descubrí que Annabeth tenía razón acerca de mi dislexia: el griego antiguo no era tan difícil de leer para mí. Al menos, no más difícil que el Inglés. Después de un par de mañanas, podría tropezar con unas pocas líneas de Homero, sin demasiado dolor de cabeza.

El resto del día, tuve que alternar a través de las actividades al aire libre, en busca de algo en lo que fuera bueno. Quirón trató de enseñarme tiro con arco, pero nos dimos cuenta muy rápido que no era nada bueno con un arco y una flecha. No se quejaba, incluso cuando tuvo que sacar una flecha perdida de su cola.

¿Carreras? Tampoco era bueno. La ninfa del bosque instructora me dejó en el polvo. Me dijeron que no me preocupara por eso. Habían tenido siglos de práctica de huir de los dioses enfermos de amor. Pero aún así, fue un poco humillante ser más lento que un árbol.

¿Y la lucha libre? Olvídaloo. Cada vez que me subía a la colchoneta, Clarisse me pulverizaba.

"Hay más de donde vengo, punk," murmuraba en mi oído.

La única cosa en la que realmente destaqueó fue en canoa, y eso no era el tipo de habilidad heroica que esperaba ver hacer al chico que había vencido al Minotauro.

Sabía que los campistas superiores y consejeros me estaban mirando, tratando de decidir quién era mi papá, pero no tenían un tiempo fácil para eso. Yo no era tan fuerte como los niños Ares, o bueno en el tiro con arco como los niños Apolo. Yo no tenía la habilidad de Hefesto con el trabajo en metal—prohibición de los

dioses—el método de Dionisio con plantas de la vid. Luke me dijo que podía ser un hijo de Hermes, una especie de joven de todos los oficios, maestro de nada. Pero tengo la sensación de que sólo estaba tratando de hacerme sentir mejor. El realmente no sabía qué hacer conmigo tampoco.

A pesar de todo, me gustó el campamento. Me acostumbré a la niebla de la mañana encima de la playa, al olor de los campos calientes de fresa en la tarde, incluso a los ruidos extraños de los monstruos en el bosque por la noche. Me gustaba cenar con la cabaña once, raspar parte de mi comida en el fuego, y tratar de sentir alguna conexión con mi padre real. No pasó nada. Sólo esa sensación cálida que siempre había tenido, como el recuerdo de su sonrisa. Traté de no pensar mucho en mi mamá, pero no dejaba de preguntarme: si los dioses y monstruos eran reales, si toda esta cosa mágica era posible, seguramente había algún modo de salvarla, para traerla de vuelta....

Empecé a entender la amargura de Luke y cómo a él parecía molestarle su padre, Hermes. Así que bueno, tal vez los dioses tenían cosas importantes que hacer. Pero no podían llamar de vez en cuando, o un trueno, ¿o algo así? Dionisio podría hacer aparecer una Coca Cola Diet de la nada. ¿Por qué mi padre, quienquiera que fuese, no podía hacer aparecer un teléfono?

Jueves por la tarde, tres días después de que había llegado al Campamento Mestizo, tuve mi primera lección de espadas. Todo el mundo de la cabina once estaba reunido en el gran escenario circular, donde Luke sería nuestro instructor.

Empezamos con puñaladas básicas y rápidas, utilizando muñecos con un poco de relleno de paja en la armadura griega. Creo que lo hice bien. Al menos, entendí lo que debía hacer y mis reflejos eran buenos.

El problema era que no podía encontrar una espada que se sintiera bien en mis manos. O bien eran demasiado pesadas, o demasiado ligeras, o demasiado largas. Luke hizo lo posible para curarme, pero estaba de acuerdo en que ninguna de las espadas de práctica parecía funcionar para mí.

Pasamos a un duelo en parejas. Luke anunció que iba a ser mi pareja, ya que esta era mi primera vez.

"Buena suerte", uno de los campistas me dijo. "Luke es el mejor espadachín de los últimos trescientos años."

"Tal vez me lo ponga fácil", le dije.

El campista resopló.

Luke me enseñó golpes, paradas y bloques de escudo a la manera difícil. Con cada golpe, tenía un poco más maltratado y golpeado. "Mantén tu guardia, Percy", decía, a continuación, pegó en

mis costillas con la superficie plana de la espada. "No, no muy lejos!" Whap! "Muévete!" Whap! "Ahora, de vuelta!" Whap! En el momento en que él llamó a un descanso, estaba empapado en sudor. Todo el mundo pululaba por las bebidas frías. Luke echó agua helada en su cabeza, parecía una idea tan buena, que hice lo mismo. Al instante, me sentí mejor. La fuerza subió de nuevo en mis brazos. La espada no se sentía tan torpe.

"Está bien, todo el mundo al círculo!" Luke ordenó. "Si a Percy no le importa, quiero darle una pequeña demo".

Genial. Pensé. Vamos todos a ver como golpean Percy. Los chicos Hermes se reunieron alrededor. Ellos estaban sorprendentemente sonrientes. Me imaginé que habían estado en mis zapatos antes y no podían esperar a ver cómo Luke me usaba para saco de boxeo. Le dijo a todos que iba a demostrar una técnica de desarme: cómo girar la espada del enemigo con la superficie plana de su propia espada a fin de que no tuviera más remedio que soltar el arma.

"Esto es difícil", subrayó. "He tenido que utilizarlo en mi contra. No os riáis de Percy, ahora. La mayoría de los espadachines tienen que trabajar años para dominar esta técnica."

Demostró el movimiento en cámara lenta. Efectivamente, la espada se estrepitó fuera de mi mano.

"Ahora, en tiempo real", dijo, después de haber recuperado mi arma. "Seguimos en combate hasta que uno de nosotros se lo quita. ¿Listo, Percy?"

Yo asentí, y Luke me siguió. De alguna manera, le impedí conseguir un tiro en la empuñadura de mi espada. Mis sentidos se abrieron. Vi sus próximos ataques. Repliqué. Di un paso adelante y traté un empuje de la mía. Luke desvió fácilmente, pero vi un cambio en su rostro. Sus ojos entornados, y comenzó a presionarme con más fuerza.

La espada aumentó su peso en mi mano. El balance no era correcto. Yo sabía que era sólo cuestión de segundos antes de que Luke me tirara, así que pensé, Qué diablos?

Intenté la maniobra de desarme.

Mi espada golpeó la base de Luke y yo retorcido, poniendo todo mi peso en un empuje hacia abajo.

Clang

La espada de Luke se sacudió contra las piedras. La punta de mi

espada estaba a una pulgada de su pecho sin defensa.

Los otros campistas guardaron silencio.

Bajé la espada. "Um, lo siento."

Por un momento, Luke estaba demasiado aturdido para hablar.

"¿Lo siento?" Su rostro lleno de cicatrices se rompió en una sonrisa. "¡Por los dioses, Percy! ¿Por qué lo sientes? ¡Muéstrame otra vez!"

Yo no quería. La corta ráfaga de energía maníaca me había abandonado por completo. Pero Luke insistió.

Esta vez, no hubo concurso. En el momento en que nuestras espadas se conectaron, Luke golpeó mi puño y envió mi arma arrastrando por el piso.

Después de una larga pausa, alguien en la audiencia dijo: "¿Suerte del principiante?"

Luke se limpió el sudor de su frente. El me evaluó con un interés completamente nuevo. "Tal vez", dijo. "Pero me pregunto qué podría hacer Percy con una espada equilibrada..."

El viernes por la tarde, yo estaba sentado con Grover a orillas del lago, descansando de una experiencia cercana a la muerte en la pared de escalada. Grover había corrido a la parte superior como una cabra de montaña, pero la lava casi me había llegado. Mi camisa tenía agujeros de fumar en ella. Los pelos de mi antebrazo se habían chamuscado.

Nos sentamos en el muelle, viendo a las náyades¹ hacer tejidos de canastas bajo el agua, hasta que tuve el coraje de preguntarle a Grover cómo había ido su conversación con el Sr. D.

Su rostro se puso de un color amarillo enfermizo.

"Bien," dijo.

"Simplemente genial."

"¿Así que tu carrera sigue en camino?"

Me miró nerviosamente. "¿Quirón te...te dijo que quiero una licencia de investigador?"

¹ *Ninfa que reside en los ríos

"Bueno...no." No tenía idea de lo que era una licencia de buscador, pero no parecía el momento adecuado para preguntar. "Sólo me dijo que tenías grandes planes, ya sabes... y que necesitas crédito para completar la asignación de cuidador. ¿Así que la tienes?"

Grover miró las náyades. "El Sr. D suspendió el juicio. Me dijo que no había tenido éxito contigo o todavía no, sin embargo, nuestros destinos siguen unidos. Si tienes una misión y voy protegiéndote, y ambos regresamos vivos, tal vez el consideraría que el trabajo está completo."

Mi estado de ánimo se levantó. "Bueno, eso no es tan malo, ¿verdad?"

"¡Blaa-ha-ha! Él puede ser que también me haya trasladado a la rama estable de destino de limpieza. Las posibilidades de que tengas una búsqueda... y aun si lo hiciera, ¿por qué querrías ir conmigo?"

"¡Por supuesto que me gustaría tenerte conmigo!"

Grover miró con tristeza en el agua. "Cestería... Debe ser bueno tener una habilidad útil."

Traté de calmarlo y decirle que él tenía muchos talentos, pero eso sólo le daba un aspecto más miserable. Hablamos sobre el piragüismo² y el manejo de la espada por un tiempo, después volvimos a debatir los pros y los contras de los diferentes dioses. Por último, le pregunté acerca de las cuatro cabinas vacías.

"Número ocho, la plateada, pertenece a Artemisa", dijo. "Ella se comprometió a ser una soltera para siempre. Así que, por supuesto, sin hijos. La cabaña es, ya sabes, honoraria. Si ella no tenía una, ella estaría loca."

"Sí, está bien. Pero los otros tres, los que están al final. ¿Esas son las de los Tres Grandes?"

Grover se tensó. Nos acercábamos a un tema delicado. "No. Uno de ellos, la número dos, es de Hera", dijo. "Eso es otra cosa de honor. Ella es la diosa del matrimonio, así que por supuesto no iría en torno a los asuntos de los mortales. Ese es el trabajo de su marido. Cuando decimos los Tres Grandes, nos referimos a los tres hermanos poderosos, los hijos de Cronos."

"Zeus, Poseidón y Hades."

"Bien. Ya sabes. Después de la gran batalla con los Titanes, se adueñaron del mundo de su padre y sortearon para decidir quién tenía qué."

² *Deporte consistente en la competición de dos o más piraguas (parecida a la canoa), movidas a remo por sendos piragüistas, que pueden ir sentados o de rodillas.

"Zeus consiguió el cielo", me acordé. "Poseidón el mar y Hades el Inframundo."

"Uh-huh."

"Pero Hades no tiene una cabaña aquí".

"No. Él no tiene un trono en el Olimpo, tampoco. El tipo hace lo suyo en el Inframundo. Si él tuviera una cabaña aquí..." Grover se estremeció. "Bueno, no sería agradable. Vamos a dejarlo así."

"Pero Zeus y Poseidón ambos tenían, como, el trillón de niños en los mitos. ¿Por qué sus cabañas están vacías?"

Grover cambió sus cascós, incómodo. "Hace unos sesenta años, después de la Segunda Guerra Mundial, los Tres Grandes acordaron que no señor, no más héroes. Sus hijos eran demasiado fuertes. Ellos estaban afectando el curso de los acontecimientos humanos demasiado, causando demasiadas matanzas. Segunda Guerra Mundial, ya sabes, que era básicamente una lucha entre los hijos de Zeus y Poseidón, por un lado, y los hijos de Hades por otro. El equipo ganador, Zeus y Poseidón, hizo a Hades jurar con ellos: no más aventuras con mujeres mortales. Todos ellos juraron sobre el río Styx. "

Un trueno retumbó.

Le dije: "Ese es el juramento más serio que se puede hacer."

Grover asintió.

"Y los hermanos cumplieron con su palabra, ¿no hay niños?"

La cara de Grover se ensombreció. "Hace diecisiete años, Zeus se cayó de la carreta. Había una estrella de televisión con un gran peinado esponjoso de los años ochenta, él no podía ayudarse a sí mismo. Cuando su hijo nació, una pequeña niña llamada Thalía... bueno, el río Styx se toma en serio las promesas. Zeus bajó fácil porque él es inmortal, pero se trajo un terrible destino en su hija. "

"Pero eso no es justo. No fue culpa de la niña. "

Grover vaciló. "Percy, los niños de los Tres Grandes tienen más facultades que otros media sangre. Ellos tienen un aura fuerte, un aroma que atrae a los monstruos. Cuando Hades se enteró de la niña, no estaba muy contento con Zeus por romper su juramento. Hades dejó a los peores monstruos salir del Tártaro para atormentar a Thalía. Un sátiro fue asignado para ser su guardián cuando tenía doce

años, pero no había nada que él pudiera hacer. Intentó acompañarla aquí con un par de mestizos, con los que ella se había hecho amiga. Casi lo hicieron. Tenían todo el camino hasta la cima de esa colina".

Señaló a través del valle, al pino donde había combatido al Minotauro. "Todos los Tres Bondadosos (Kindly Ones) fueron detrás de ellos, junto con una horda de Perros del Infierno. Estaban a punto de ser invadidos, cuando Thalía le dijo a su sátiro que mantuviera a los otros dos mestizos fuera de peligro mientras ella detenía a los monstruos. Ella fue herida y cansada, y ella no quería vivir como un animal cazado. El sátiro no quería dejarla a ella, pero él no pudo cambiar su mente, y tenía que proteger a los demás. Así que Thalía hizo su postura final sola, en la cima de esa colina. Cuando ella murió, Zeus se compadeció de ella. Él la convirtió en ese pino. Su espíritu todavía ayuda a proteger las fronteras del valle. Es por eso que la colina se llama la Colina Mestiza."

Me quedé mirando el pino en la distancia.

La historia me hizo sentir hueco, y culpable. Una niña de mi edad se había sacrificado para salvar a sus amigos. Se enfrentó a todo un ejército de monstruos. Junto a esto, mi victoria sobre el Minotauro no parecía mucho. Me preguntaba, si hubiera actuado de otra manera, ¿podría haber salvado a mi madre?

"Grover", dije, "¿han ido realmente los héroes en misiones al Inframundo?"

"A veces", dijo. "Orfeo. Hércules. Houdini."

"¿Y alguna vez han regresado a alguien de entre los muertos?"

"No. Nunca. Orfeo se acercó.... Percy, no estás pensando seriamente..."

"No", mentí. "Me estaba preguntando. Así que... ¿un sátiro se asigna siempre para proteger a un semidiós?"

Grover me estudió con cautela. Yo no lo había convencido de que realmente había dejado excluida la idea del Inframundo. "No siempre. Vamos encubiertos a un montón de escuelas. Tratamos de olfatear a los mestizos que tienen los ingredientes de los grandes héroes. Si se encuentra uno con un aura muy fuerte, como un niño de los Tres Grandes, alertamos a Quirón. El trata de mantener un ojo en ellos, ya que podrían causar realmente enormes problemas".

"Y me has encontrado. Quirón dijo que pensaste que podría ser algo especial".

Grover parecía como si lo acabara de conducir a una trampa. "Yo no... Oh, escucha, no pienses así. Si fueras, ya sabes, nunca jamás te permitirían una misión, y yo nunca conseguiría mi licencia. Tú eres probablemente un hijo de Hermes. O tal vez uno de los dioses menores, como Némesis, el dios de la venganza. No te preocupes, ¿vale? "

Tuve la idea de que estaba tranquilizándose más a sí mismo que a mí.

Esa noche, después de la cena, había mucho más entusiasmo del habitual.

Por fin, llegó el momento de capturar la bandera.

Cuando los platos estuvieron fuera, la caracola sonó y nos quedamos todos en nuestras mesas.

Los campistas gritaron y aplaudieron cuando Annabeth y dos de sus hermanos corrieron en el pabellón con una bandera de seda. Era aproximadamente de tres metros de largo, gris brillante, con una pintura de una lechuza encima de un árbol de olivo. Desde el lado opuesto del pabellón, Clarisse y sus amigos corrieron con otra bandera, de idéntico tamaño, pero de un rojo llamativo, pintado con una lanza ensangrentada y una cabeza de jabalí.

Me volví a Luke y grité por encima del ruido, "¿Esas son las banderas?"

"Sí".

"¿Ares y Atenea siempre lideran los equipos?"

"No siempre", dijo. "Pero a menudo".

"Así que, si se capture otra cabaña, qué se hace, ¿pintar la bandera?"

Él sonrió. "Ya lo verás. En primer lugar tenemos que conseguir uno."

"¿De qué lado estamos?"

Él me dio una mirada socarrona, como si supiera algo que yo no sabía. La cicatriz en su rostro le hacía parecer malvado en la luz de las antorchas. "Hemos hecho una alianza temporal con Atenea. Esta noche, tendremos la bandera de Ares. Y vas a ayudar".

Los equipos fueron anunciados. Atenea había hecho una alianza con

Apolo y Hermes, las dos grandes cabañas. Al parecer, los privilegios habían sido comercializados, los horarios de ducha, los horarios de tarea, los mejores espacios para las actividades, con el fin de ganar apoyo.

Ares se habían aliado con todos los demás: Dionisio, Deméter, Afrodita, y Hefesto. De lo que yo había visto, los niños atletas de Dionisio eran realmente buenos, pero sólo había dos de ellos. Los niños de Deméter tenían el filo con habilidades naturales y otras cosas al aire libre pero no eran muy agresivos. Los hijos e hijas de Afrodita no estaban demasiado preocupados. En su mayoría permanecían sentados fuera de cada actividad y comprobando sus reflejos en el lago y su cabello y los chismes. Los niños de Hefesto no eran bastante bonitos, y sólo había cuatro de ellos, pero eran grandes y fornidos por trabajar en el taller de metal todo el día. Ellos podrían ser un problema. Eso, por supuesto, a la izquierda la cabaña de Ares: una docena de los más grandes, más feos, más humildes hijos en Long Island, o en cualquier otro lugar del planeta.

Quirón clavó sus pezuñas en el mármol.

"¡Héroes!", anunció. "Conocen las reglas. El arroyo es la línea divisoria. Todo el bosque es juego justo. Todos los objetos mágicos son permitidos. La bandera debe ser destacada, y no deben tener más de dos guardias. Los presos pueden ser desarmados, pero no pueden ser consolidados o amordazados. No está permitido matar o mutilar. Serviré como árbitro y médico del campo de batalla. ¡Ármense!"

Abrió las manos, y las tablas de repente estaban cubiertas con equipo: cascós, espadas de bronce, lanzas, escudos de metal recubiertos de cuero de buey.

"Whoa," dije. "¿Se supone que realmente tenemos que usar estos?"

Luke me miró como si estuviera loco. "A menos que deseas conseguir ser ensartado por tus amigos de la cabaña cinco. Aquí, Quirón pensó que estos se ajustarían. Estarás en la patrulla fronteriza."

Mi escudo era del tamaño de un tablero de la NBA, con un caduceo grande en el medio. Pesaba alrededor de un millón de libras. Podría haberme deslizado en la nieve bien en él, pero esperaba que nadie esperara seriamente que yo corriera rápido. Mi casco, como todos los cascós en el lado de Atenea, tenía una pluma de pelo de caballo azul en la parte superior. Ares y sus aliados tenían plumas rojas.

Annabeth gritó: "¡Equipo azul, adelante!"

Nos animamos y sacudimos nuestras espadas y la seguimos por la ruta de acceso a los bosques del sur. El equipo rojo nos gritó insultos, mientras ellos se dirigían hacia el norte.

Me las arreglé para mantener el paso de Annabeth sin tropezar con mi equipo. "Hey."

Ella siguió la marcha.

"Entonces, ¿cuál es el plan?", Le pregunté. "¿Tienes algún objeto mágico que puedas prestarme?"

Su mano se desvió hacia su bolsillo, como si temiera que yo hubiera robado algo.

"Sólo ve la lanza de Clarisse", dijo. "Tú no quieras esa cosa tocándote. De lo contrario, no te preocupes. Tomaremos la bandera de Ares. ¿Luke te ha dado tu trabajo?"

"Patrulla Fronteriza, lo que sea que significa."

"Es fácil. Párate por el arroyo, mantén a los Rojos fuera. Déjame el resto. Atenea siempre tiene un plan."

Ella siguió adelante, y me dejó en el polvo.

"Está bien", murmuré. "Me alegra de que me quieras en tu equipo."

Era una noche cálida y pegajosa. El bosque estaba oscuro, con luciérnagas dentro y fuera de vista. Annabeth estacionada junto a un pequeño arroyo que gorgoteaba sobre unas rocas, luego ella y el resto del equipo se dispersaron en los árboles.

De pie allí, solo, con mi gran casco azul de plumas y mi escudo enorme, me sentí como un idiota. La espada de bronce, al igual que todas las espadas que había intentado hasta ahora, parecía mal equilibrada. La empuñadura de cuero se puso en mi mano como una bola de bolos.

No había manera de que nadie realmente me atacara, ¿no? Quiero decir, el Olimpo ha de tener problemas de responsabilidad, ¿cierto? A lo lejos, la caracola soplaban. Oía gritos y alardos en el bosque, el tintineo del metal, niños luchando. Un aliado de plumas azules de Apolo corrió delante de mí como un ciervo, saltó a través del arroyo, y desapareció en territorio enemigo.

Genial, pensé. Voy a perderme toda la diversión, como de costumbre.

Entonces oí un sonido que envió un escalofrío por mi columna vertebral, un gruñido bajo canino, en algún lugar cerca.

Levanté mi escudo instintivamente, tuve la sensación de que algo me acechaba.

Entonces, el gruñido se detuvo. Sentí la presencia en retirada.

En el otro lado del arroyo, la maleza explotó. Cinco guerreros Ares llegaron gritando y gritando fuera de la oscuridad.

"¡Crema de punk!" Clarisse gritó.

Sus ojos de cerdo feo brillaban por las rendijas de su casco. Blandía un período de cinco metros de largo con lanza, la punta metálica de púas parpadeo con luz roja. Sus hermanos tenían sólo el estándar de emisión con espadas de bronce, no es que eso me hiciera sentir mejor.

Atacaron a través de la corriente. No hubo ayuda a la vista. Podía correr. O podría defenderme de la mitad de la cabaña de Ares.

Me las arreglé para eludir el primer niño, pero estos tipos no eran tan estúpidos como el Minotauro. Me rodearon, y Clarisse me empujó con su lanza. Mi escudo desvió el punto, pero sentí un hormigueo doloroso en todo mi cuerpo. Mis pelos de punta. Mi brazo protector estaba insensible, y el aire quemado.

Electricidad. Su estúpida lanza era electrizante. Me caí hacia atrás.

Otro tipo Ares me golpeó en el pecho con la culata de su espada y golpee la tierra.

Podría haberme dado una patada, pero estaban muy ocupados riendo.

"Dale un corte de pelo", dijo Clarisse. "Coge el pelo".

Me las arreglé para llegar a mis pies. Levanté mi espada, pero Clarisse golpeó a un lado con su lanza con chispas. Ahora, ambos brazos se sentían aturdidos.

"Oh, wow," dijo Clarisse. "Tengo miedo de este tipo. Mucho miedo."

"La bandera está por ese camino," le dije. Quería sonar enojado, pero me temo que no salió de esa manera.

"Sí," uno de sus hermanos, dijo. "Pero veras, no nos importa la bandera. Nos preocupamos por un tipo que hizo que nuestra cabaña pareciera estúpida".

"Lo hacen sin mi ayuda", les dije. Probablemente no fue la cosa más inteligente para decir.

Dos de ellos llegaron a mí. Me giré hacia el arroyo, traté de levantar el escudo, pero Clarisse era demasiado rápida. Su lanza se clavó fijamente en mis costillas. Si no hubiera tenido puesto un peto de armadura, habría sido una brocheta de mestizo. Como estaba, el punto de electricidad casi conmocionó los dientes fuera de mi boca. Uno de sus compañeros de cabaña deslizó su espada al otro lado de mi brazo, dejando un corte de buen tamaño.

Al ver mi propia sangre, me mareaba, caliente y frío al mismo tiempo.

"No mutilaciones," Me las arreglé para decir.

"Oops," dijo el tipo. "Creo que perdí mi privilegio de postre".

Él me empujó hacia el arroyo y aterricé con un chapoteo. Todos rieron. Pensé que tan pronto como se fueran a través de ser divertido, me iba a morir. Pero entonces ocurrió algo. El agua pareció despertar mis sentidos, como si hubiera tenido una bolsa doble de gominolas expreso de mi mamá.

Clarissey sus compañeros de cabaña entraron en el arroyo para llegar a mí, pero yo me quedé a su encuentro. Yo sabía qué hacer. Balanceé la superficie lisa de mi espada en la cabeza del primer tipo y golpee su casco limpiamente. Le pegué tan fuerte que podía ver sus ojos vibrar cuando se desplomó en el agua.

Feo número Dos y Feo número Tres vinieron hacia mí. Tiré un golpe fuerte en la cara de uno con mi escudo y usé mi espada para cortar la pluma de cola de caballo del otro tipo. Ambos respaldados rápido. Feo número Cuatro no se veía realmente ansioso de atacar, pero Clarisse se estaba acercando, la punta de su lanza con crujiente energía. Tan pronto como ella empujó, cogí el eje entre el borde de mi escudo y mi espada, y lo partí como una ramita.

"¡Ah!" gritó. "¡Idiota! ¡Tú gusano con aliento de cadáver!"

Probablemente hubiera dicho peor, pero yo le pegaba entre los ojos con la culata de mi espada y la envié tropezando hacia atrás fuera del arroyo.

Entonces oí gritar, gritos eufóricos, y vi correr a Luke hacia la línea fronteriza con la bandera del equipo rojo levantándola en alto. Estaba flanqueado por un par de tipos de Hermes para cubrir su retirada, y unos pocos de Apolo detrás de ellos, luchando contra los niños de Hefesto. La gente de Ares se levantó, y Clarisse murmuró una maldición.

"¡Un truco!" -gritó-. "Fue un truco".

Se tambaleó después de Luke, pero ya era demasiado tarde. Todo el mundo se reunió en el arroyo como Luke corriendo en territorio amigo. Nuestro lado estalló en aplausos. La bandera roja brillaba y se volvió plata. El jabalí y la lanza fueron sustituidos por un gran caduceo, el símbolo de la cabaña once. Todo el mundo en el equipo azul tomó a Luke y comenzaron a llevarlo alrededor sobre sus hombros. Quirón galopó hacia fuera de los bosques y sopló la caracola.

El juego había terminado. Habíamos ganado.

Yo estaba a punto de unirme a la celebración cuando la voz de Annabeth, justo a mi lado en el arroyo, dijo: "Nada mal, héroe".

Miré, pero ella no estaba allí.

"¿Dónde demonios has aprendido a pelear así?" -preguntó ella. El aire brillaba, y se materializó, con una gorra de béisbol de los Yankees, como si acabara de quitársela de la cabeza.

Me sentía enojado. Ni siquiera estaba nervioso por el hecho de que ella sólo había sido invisible. "Tú me pusiste", le dije. "Me pusiste aquí porque sabías que Clarisse vendría detrás de mí, mientras que a Luke lo enviaste por el flanco. Lo tenías todo calculado."

Annabeth se encogió de hombros. "Te lo dije. Atenea siempre, siempre tiene un plan."

"Un plan para que me pulvericen".

"He venido tan rápido como pude. Estuve a punto de saltar, pero..." Ella se encogió de hombros. "Pero no necesitabas ayuda."

Entonces se dio cuenta de mi brazo herido. "¿Cómo te hiciste eso?"

"Cuchillada", dije. "¿Qué te parece?"

"No. Es una estocada. Míralo".

La sangre se había ido. Cuando el corte había sido enorme, había una larga marca blanca, e incluso que se estaba desvaneciendo. Mientras observaba, se convirtió en una pequeña cicatriz, y desapareció.

"Yo-Yo no lo entiendo", Dije. Annabeth estaba pensando duro. Casi podía ver la caja de cambios girando. Miró hacia abajo a mis pies, luego a la lanza rota de Clarisse, y dijo, "Sal del agua, Percy."

"Que..."

"Solo hazlo."

Salí del arroyo y de inmediato me sentí cansado. Mis brazos empezaron a entumecerse de nuevo. Mi adrenalina me dejó. Casi me caí, pero Annabeth me tranquilizó.

"Oh, Styx", maldijo. "Esto no es bueno. Yo no quería... pensé que sería Zeus...."

Antes de que pudiera preguntarle qué quería decir, escuché ese gruñido canino de nuevo, pero mucho más cerca que antes. Un grito desgarrado a través del bosque.

La animación de los campistas murió instantáneamente. Quirón gritó algo en griego antiguo, que me daría cuenta, sólo más tarde, yo había entendido perfectamente: "¡Listos! ¡Mi arco!"

Annabeth sacó su espada.

Allí, sobre las rocas, justo por encima de nosotros había un perro negro del tamaño de un rinoceronte, con ojos rojos como lava y colmillos como puñales.

Estaba mirando directamente hacia mí.

Nadie se movió excepto Annabeth, quien gritó, "¡Percy, corre!"

Trató de pasar por delante de mí, pero el perro era demasiado rápido. Saltó por encima de ella—una sombra enorme con dientes—y así como me golpeó, como me tambaleé hacia atrás y sentí sus garras afiladas rasgado a través de mi armadura, había una cascada de sonidos, como cuarenta piezas de papel que se arrancan una después de la otra. Desde el cuello del perro surgió un grupo de flechas. El monstruo cayó muerto a mis pies.

Por algún milagro, yo todavía estaba vivo. Yo no quería mirar debajo de las ruinas de mi armadura rallada. Mi pecho se sentía caliente y

húmedo, y yo sabía que estaba seriamente cortado. Otro segundo, y el monstruo me hubiera convertido en un centenar de libras de carne de delicatessen.

Quirón se acercó a nuestro lado, el arco en una mano, y el rostro sombrío.

"¡Di inmortales!" Annabeth dijo. "Ese es un perro del infierno de los Campos de Castigo. No... No se supone que..."

"Alguien lo llamó", dijo Quirón. "Alguien dentro del campo."

Luke se acercó, la bandera en la mano olvidada, su momento de gloria se había ido.

Clarisé gritó: "¡La culpa es de Percy! ¡Percy lo convocó!"

"¡Cállate, niña!", le dijo Quirón.

Vimos el cuerpo del perro del infierno fundiéndose en la sombra, empapando el suelo hasta que desapareció.

"Estás herido", Annabeth me dijo. "Rápido, Percy, métete en el agua".

"Estoy bien".

"No, no lo estás", dijo. "Quirón, mira esto."

Yo estaba demasiado cansado para discutir. Di un paso atrás al arroyo, el campamento entero estaba a mí alrededor.

Al instante, me sentí mejor. Podía sentir los cortes en el pecho cerrándose. Algunos de los campistas con voz entrecortada.

"Mira, yo...yo no sé por qué", dije, tratando de disculparme. "Lo siento..."

Pero ellos no estaban viendo mis heridas sanar. Estaban mirando algo por encima de mi cabeza.

"Percy", Annabeth dijo, señalando. "Um..."

En el momento en que levanté la vista, el signo ya estaba desapareciendo, pero aún podía ver el holograma de luz verde, hilado y reluciente. Una punta de lanza de tres: un tridente.

"Tu padre", Annabeth murmuró. "Esto no es realmente bueno".

"Está decidido", Quirón anunció.

Todos a mi alrededor, los campistas comenzaron a arrodillarse, incluso la cabaña de Ares, aunque no parecían contentos.

"¿Mi padre?" Le pregunté, perplejo.

"Poseidón", dijo Quirón. "Agitador de la Tierra, Traedor de Tormentas, el Padre de los Caballos. Salve, Perseus Jackson, Hijo del Dios del Mar".

CAPITULO 9

CAPITULO 9

SE ME OFRECE UNA BUSQUEDA.

A la mañana siguiente, Quirón me trasladó a la cabaña tres.

No tenía que compartirla con nadie. Tenía toda una habitación para mis cosas: el cuerno del Minotauro, un set de ropa de repuesto, y una bolsa de aseo. Me sentaba en mi propia mesa, seleccionaba todas MIS actividades, mandaba apagar las luces cada vez que me daba la gana, y no escuchaba a nadie más.

Y era totalmente miserable.

Justo cuando había empezado a sentirme aceptado, a sentir que tenía un hogar en la cabaña once y que podía ser un chico normal – o tan normal como puede ser uno cuando es mestizo – me habían separado como si tuviera alguna rara enfermedad.

Nadie mencionó a Cancerbero (el perro guardián del infierno), pero tenía el presentimiento de que decían de toda por detrás mío. El ataque había espantado a todo el mundo. Envío dos mensajes: uno, que era el hijo del Dios del Mar; y dos, que los monstruos no pararían hasta matarme. Ellos podrían incluso invadir un campamento que siempre había sido considerado seguro.

Los otros campistas se mantenían alejados de mí tanto como les era posible. La cabaña once estaba demasiado alterada y nerviosa como para tener clase de espada conmigo después de lo que le había hecho a la gente de Ares en los bosques, así que mis lecciones con Luke resultaron ser uno contra uno. Él me empujaba más fuerte que nunca, y no temía que me contusionara en el proceso.

"Vas a necesitar todo el entrenamiento que puedas conseguir," prometió, mientras trabajábamos con espadas y antorchas

encendidas. "Ahora vamos a intentar ese golpe decapitador otra vez. Cincuenta repeticiones más."

Annabeth siguió enseñándome griego por la mañana, pero parecía distraída. Cada vez que decía algo, me fruncía el ceño, como si la hubiera atizado entre los ojos.

Después de las lecciones, se alejaba hablando para sí misma: "Buscar... ¿Poseidón? ... genial giro... Tengo que preparar un plan..."

Incluso Clarisse mantuvo las distancias, aunque sus miradas envenenadas dejaban claro que quería matarme por romper su lanza mágica. Deseaba que simplemente me gritara o me pegara o algo. Prefería entrar en combate cada día antes que ser ignorado.

Sabía que alguien en el campamento me guardaba rencor, porque una noche entré en mi cabaña y encontré un periódico de mortales tirado en la entrada, una copia del New York Daily News, abierto en la página de Metro. Me tomo una hora leer el artículo, de la rabia que sentía, ya que la mayoría de las palabras flotaban en la página.

EL CHICO Y SU MADRE SIGUEN DESAPARECIDOS DESPUÉS DEL TERRIBLE ACCIDENTE DE COCHE POR EILEEN SMYTHE

"Sally Jackson y su hijo Percy siguen desaparecidos una semana después de su misteriosa desaparición. El incendiado Camaro del 78 de la familia fue descubierto el pasado sábado en el norte de Long Island con el techo arrancado y el eje delantero roto. El coche había dado varias vueltas y había patinado unos cien pies antes de explotar.

Madre e hijo se habían ido de vacaciones de fin de semana a Montauk, pero desaparecieron bajo misteriosas circunstancias. Se encontraron pequeños rastros de sangre en el coche y cerca de la escena del siniestro, pero no había ningún otro signo de los desaparecidos Jacksons. Los residentes de la zona rural reportaron no haber visto nada extraño en el momento del accidente.

El marido de la Sra. Jackson, Gabe Ugliano, afirma que su hijastro, Percy Jackson, es una chico problemático que había sido expulsado de numerosos internados y que había mostrado conductas violentas en el pasado.

La policía no ha dicho si Percy es sospechoso de la desaparición de su madre, aunque no han descartado su posible implicación. Abajo se encuentran fotos recientes de Sally Jackson y Percy.

La policía insta que cualquiera que sepa algo llame al siguiente número de línea directa gratuita contra la delincuencia."

El número de teléfono estaba señalado con permanente negro.

Arrugué el papel y lo lancé lejos, después me dejé caer en mi litera en medio de mi cabaña vacía.

"Apaga la luz." me dije miserablemente.

Esa noche, tuve mi peor sueño.

Estaba corriendo por la playa en una tormenta. Esta vez, había una ciudad tras de mí. No era New York. La extensión era diferente: los edificios se extendían a lo lejos, con palmeras y colinas en la distancia.

Alrededor de unas cien yardas bajo el oleaje, dos hombres estaban peleando. Tenían la pinta de luchadores de televisión, musculosos, con barbas y el pelo largo. Ambos vestían largas túnicas griegas, una ribeteada en azul, la otra en verde. Forcejeaban el uno contra el otro, luchando, dándose patadas, y cabezazos, y cada vez que se unían, los rayos centelleaban por el cielo oscurecido, y la rosa de los vientos.

Tenía que pararlos. No sabía el por qué. Pero cuanto más corría, más me mandaba de vuelta el viento, hasta que me vi corriendo en el lugar, mis talones excavando inútilmente en la arena.

Por encima del estruendo de la tormenta, pude oír al que iba de azul gritando al de verde, ¡Devuélvemelo! ¡Devuélvemelo! como un niño de parvulario peleando por un juguete.

Las olas se hicieron más grandes, rompiendo en la playa, salpicándome de sal. Grité, ¡Basta! ¡Dejad de pelear!

La tierra tembló. La risa vino de algún lugar bajo tierra, y una voz tan profunda y malvada me hizo helar la sangre. Ven, pequeño héroe, canturreó la voz. ¡Baja!

La arena se dividió bajo mis pies, abriendo una grieta directa hacia al centro de la tierra. Mis pies se resbalaron, y la oscuridad me tragó.

Me desperté, seguro de estar cayendo.

Aún seguía en la cama en la cabaña tres. Mi cuerpo me decía que era

por la mañana, pero estaba oscuro allá fuera, y los truenos retumban al otro lado de las montañas. Se estaba formando una tormenta. Yo no había soñado eso. Escuché un ruido en la puerta, un casco golpeando en el umbral.

"¿Adelante?"

Grover trotó hacia dentro, se veía preocupado. "El Sr. D quiere verte."

"¿Por qué?"

"Él quiere matar...es decir, será mejor que te lo cuente él."

Nervioso, me vestí y le seguí, seguro de que estaba metido en un gran lío. Durante algunos días, había estado medio esperando una llamada de la Casa Grande. Ahora que fui declarado hijo de Poseidón, uno de los tres grandes dioses que se suponía que no debían tener hijos, me di cuenta de que era un crimen por mi parte el simple hecho de estar vivo. Los otros dioses probablemente habían estado debatiendo la mejor forma de castigarme por existir, y ahora el Sr. D estaba a punto de deliberar su veredicto.

Por encima de Long Island Sound, el cielo parecía una sopa a punto de hervir. Una cortina de lluvia venía en nuestra dirección. La pregunté a Grover si necesitaríamos un paraguas.

"No." dijo él. "Nunca llueve aquí si así no lo queremos."

Señalé la tormenta. "¿Qué demonios es eso, entonces?"

Alzó la vista hacia el cielo algo inquieto. "Va a pasar por nuestro lado. El mal tiempo siempre lo hace."

Me di cuenta de que tenía razón. En la semana que había estado aquí, nunca había estado cubierto. Las pocas nubes de lluvia que había visto habían bordeado las afueras del valle. Pero esta tormenta... esta era enorme.

En el hoyo de voley, los chicos de la cabaña de Apolo estaban jugando a un partido matinal contra los sátiros. Los gemelos Dionisos estaban caminando por el campo de fresas, haciendo crecer las plantas. Todo el mundo estaba con sus cosas habituales, pero parecían tensos. Mantuvieron sus ojos en la tormenta.

Grover y yo caminamos hasta el porche delantero de la Gran Casa.

Dionisos se sentó en la mesa de póker con sus camiseta hawaiana de rayas de tigre y con su Cola de Dieta, tal y como estaba en mi primer día. Quirón se sentó en la mesa en su silla de ruedas Falsa. Estaban jugando contra adversarios invisibles—dos sets de cartas flotaban en el aire.

"Bueno, bueno." Dijo el Sr. D sin alzar la vista. "Nuestra pequeña celebridad."

Esperé.

"Acércate." dijo el Sr. D. "Y no esperes que me doblegue ante ti, mortal, solo porque el viejo Barba Percebe sea tu padre."

Una red de rayos destellaron a través de las nubes. El trueno hizo temblar las ventanas de la casa.

"Bla, bla, bla." dijo Dionysus.

Quirón fingió interés en sus cartas. Grover se encogió por la barandilla, y sus cascos volvieron a hacer ruido entre sus idas y venidas.

"Si estuviera en mis manos." dijo Dionisos, "Haría que tus moléculas estallaran en llamas. Barreríamos las cenizas y se acabarían tantos problemas. Pero Quirón parece pensar que eso iría en contra de mi cometido en este maldito campamento: el mantenerlos a vosotros, mocosos, seguros de daños."

"La combustión espontánea es una forma de dañar, Sr. D." intercedió Quirón.

"Tonterías." dijo Dionisos. "El chico no sentiría nada. No obstante, he acordado contenerme. Estoy pensando en convertirte en delfín en lugar de eso, enviándote así de vuelta con tu padre."

"Sr. D." advirtió Quirón.

"Oh, esta bien." cedió Dionisos. "Hay una opción más. Pero es una locura mortal."

Dionisos se levantó, y las cartas del jugador invisible cayeron en la mesa. "Me voy al Olimpo por una reunión de emergencia. Si el chico sigue aquí cuando vuela, le convertiré en un delfín mular atlántico. ¿Entendido? Y Perseus Jackson, si eres lo bastante listo, verás que es una decisión mucho más razonable que lo que Quirón siente que

debes hacer."

Dionisos levantó una carta del juego, la giró, y la transformó en un rectángulo de plástico. ¿Una tarjeta de crédito? No. Un pase de seguridad. Chasqueó los dedos.

El aire pareció plegarse y rodearlo. Él se convirtió en un holograma, y a continuación en viento, después, se marchó, dejando solo el aroma de uvas frescas tras de él.

Quirón me sonrió, pero parecía cansado y algo tenso. "Siéntate, Percy, por favor. Y Grover."

Lo hicimos. Quirón dejó sus cartas sobre la mesa, había una mano ganadora que no había llegado a utilizar.

"Cuéntame, Percy." dijo él. "¿Qué se hizo del perro del infierno?" Solo escuchar el nombre me hizo estremecer. Quirón posiblemente quería que dijera, ¡Caray, no es nada! Como perros del infierno para desayunar. Pero no me sentía como un mentiroso.

"Me asustó." dije. "Si no le hubieras disparado, estaría muerto."

"Encontraras cosas peores, Percy. Mucho peores, antes que acabes."

"Acabar... ¿con qué?"

"Tu misión, por supuesto. ¿La aceptas?"

Miré a Grover, quien estaba cruzando los dedos.

"Esto, señor." dije, "Aún no me ha contado de que se trata."

Quirón hizo una mueca. "Bueno, esa es la parte difícil, los detalles."

Un trueno retumbó en todo el valle. Las nubes de lluvia habían alcanzado ya la orilla de la playa. Por lo que podía ver, el cielo y el mar estaban hirviendo juntos.

"Poseidón y Zeus." dije. "Ellos están luchando por algo valioso...algo que fue robado, ¿no es así?"

Quirón y Grover intercambiaron miradas.

Quirón se inclinó hacia delante en su silla de ruedas. "¿Cómo sabes eso?"

Mi cara se sentía arder. Deseé no haber abierto mi bocaza. "El tiempo desde Navidad ha sido raro, como si el mar y el cielo pelearan. Entonces hablé con Annabeth, y ella había oído algo sobre un robo. Y... he estado teniendo esos sueños."

"Lo sabía." dijo Grover.

"Calla, sátiro." ordenó Quirón.

"¡Pero es su misión!" Los ojos de Grover brillaron de emoción. "¡Debe serlo!"

"Solo el Oráculo puede determinarlo." Quirón acarició su barba erizada.

"No obstante, Percy, estas en lo cierto. Tu padre y Zeus están teniendo su peor disputa en siglos. Se están peleando por algo valioso que fue robado. Para ser precisos: por un rayo."

Me reí con nerviosismo. "¿Un qué?

"No te lo tomes a la ligera." advirtió Quirón. "Y no estoy hablando de un zigzag cubierto de papel de aluminio que verías en una obra de segunda. Estoy hablando de un cilindro de dos pies de largo de bronce celestial de alta calidad, coronados ambos extremos con explosivos a medida de dioses."

"Ah."

"El rayo maestro de Zeus." dijo Quirón, metiéndose en ello. "El símbolo de su poder, de donde es patrón de todos los otros rayos. La primer arma hecha por los Cíclopes para la Guerra contra los Titanes, el rayo que escarpó en la cima del Monte Etna y que arrojó a Cronos de su trono; el rayo maestro, el cual amontona suficiente poder como para hacer que las bombas de hidrógenos mortales parezcan fuegos artificiales."

"¿Y esta desaparecido?"

"Robado." dijo Quirón.

"¿Por quién?"

"Por quién*no" corrigió Quirón. Una vez eres profesor, lo serás por siempre. "Por ti."

*N. de la T.: -¿By who? -By whom
Whom sustituye a who cuando es un complemento directo o después de una preposición.

Abrí la boca.

"Al menos" Quirón alzó una mano "Eso es lo que Zeus cree. Durante el solsticio de invierno, en el último concilio de los dioses, Zeus y Poseidón tuvieron una discusión. Las tonterías de siempre: 'A la Madre Rea siempre le he gustado más,' Las catástrofes del aire son más espectaculares que las del mar,' etc. Después, Zeus se dio cuenta de que su rayo maestro no estaba, lo habían tomado de la sala del trono en sus mismas narices. Inmediatamente culpó a Poseidón. Eso sí, un dios no puede usurpar el símbolo de poder divino de otro directamente, eso esta prohibido por la más antigua de las leyes divinas. Pero Zeus cree que tu padre uso a un héroe humano para cogerlo."

"Pero yo no..."

"Paciencia y escucha, niño." dijo Quirón. "Zeus tienes buenas razones para sospechar. La forja de los Cíclopes se encuentra bajo el océano, lo que da a Poseidón algo de influencia sobre los fabricantes del rayo de su hermano. Zeus cree que Poseidón ha cogido el rayo, y que ahora en secreto los Cíclopes lo tienen para construir un arsenal de copias ilegales, lo que puede ser usado para derrocar a Zeus de su trono. Lo único de lo que Zeus no estaba seguro era qué héroe usaría Poseidón para robar el rayo. Y ahora Poseidón te ha reclamado abiertamente como hijo suyo. Tú estabas en New York durante las vacaciones de invierno. Fácilmente te podrías haber colado en el Olimpo. Zeus cree que ha encontrado a su ladrón."

"¡Pero yo nunca he estado en el Olimpo! ¡Zeus esta loco!"

Quirón y Grover alzaron la vista con nerviosismo hacia el cielo. Las nubes no parecían que fueran a pasar por nuestro lado, como había prometido Grover. Estas parecían estar acercándose a nuestro valle, sellándonos como una tapa de ataúd.

"Esto... ¿Percy...?" dijo Grover. "Nos usamos la palabra con I para describir al Señor del Cielo."

"Tal vez paranoico." sugirió Quirón. "Por otra parte, Poseidón ha intentado derrocar a Zeus antes. Creo que esa era la pregunta treinta y ocho en tu examen final...." Él me miró como si de verdad esperara

que me acordara de la pregunta treinta y ocho.

¿Como puede alguien acusarme de robar un arma divina? Ni siquiera pude robar una porción de pizza de la fiesta de póquer de Gabe sin que me pillaran. Quirón estaba esperando por una respuesta.

"¿Algo de una red dorada?" aventuré. "Poseidón, Hera y unos cuantos dioses más... ellos, como que, atraparon a Zeus y no le dejaron irse hasta que hubiera prometido ser un mejor gobernante, ¿cierto?"

"Correcto." dijo Quirón. "Y desde entonces Zeus no ha vuelto a confiar en Poseidón. Por supuesto, Poseidón niega haber robado el rayo. Él se tomó la acusación como una gran ofensa. Los dos llevan discutiendo de un lado a otro desde hace cuatro meses, amenazando con la guerra. Y ahora, tú has venido, el colmo proverbial."

"¡Pero solo soy un niño!"

"Percy." me cortó Grover "Si tú fueras Zeus, y tú ya pensases que tu hermano esta conspirando para derrocarte, y entonces tu hermano de repente admite que ha roto el sagrado juramento que tomó después de la Segunda Guerra Mundial, que ha engendrado a un nuevo héroe mortal que puede ser usado como arma contra ti... ¿No sería eso poner un nudo en tu toga?"

"Pero yo no hice nada. Poseidón, mi padre, en realidad él no tiene ese rayo maestro robado, ¿verdad?"

Quirón suspiró. "La mayoría de los observadores estarían de acuerdo en que el robo no es del estilo de Poseidón. Pero el Dios del Mar es demasiado orgulloso como para convencer a Zeus de eso. Zeus ha exigido que Poseidón le devuelva el rayo en el solsticio de verano. Eso es el veintiuno de Junio, dentro de diez días. Poseidón quiere una disculpa por haber sido llamado ladrón por la misma fecha. Esperaba que la diplomacia pudiera prevalecer, que Hera o Demeter o Hestia hicieran entrar en razón a los dos hermanos. Pero tu llegada ha inflamado el humor de Zeus. Ahora ningún dios retrocederá. A menos que alguien intervenga, a menos que el rayo maestro sea encontrado y devuelto a Zeus antes del solsticio, habrá una guerra. ¿Y sabes lo que una guerra de esas dimensiones podría parecer, Percy?"

"¿Malo?" sugerí.

"Imagina el mundo en el caos. La naturaleza en guerra consigo misma. Los Olímpicos obligados a escoger un bando entre Zeus y Poseidón. Destrucción. Una carnicería. Millones de muertes. La

civilización occidental se convertiría en un campo de batalla tan grande que haría que la Guerra de Troya pareciese una guerra de globos de agua."

"Malo." repetí.

"Y tú, Percy Jackson, serías el primero en sufrir la ira de Zeus."

Empezó a llover. Los jugadores de voley dejaron su partido y miraron atónitos en silencio al cielo. Yo había traído esa tormenta al Monte Mestizo. Zeus estaba castigando a todo el campamento por mi culpa. Estaba furioso.

"Así que tengo que encontrar el estúpido rayo." dije. "Y devolvérselo a Zeus."

"Qué mejor ofrenda de paz," dijo Quirón, "puede haber que el hijo de Poseidón le devuelva lo que es de su propiedad a Zeus"

"Si Poseidón no lo tiene, ¿dónde esta la cosa?"

"Creo saberlo." La expresión de Quirón era sombría. "Parte de una profecía de años atrás... bueno, algunas líneas han cobrado sentido para mí, ahora. Pero antes de poder decir más, debes oficialmente asumir la misión. Debes buscar el consejo del Oráculo."

"¿Por qué no puedes contarme de antemano donde está el rayo?"

"Porque si lo hago, estarías demasiado asustado para aceptar el desafío."

Tragué. "Es una buena razón."

"¿Entonces estas de acuerdo?"

Miré a Grover, quien asintió de forma alentadora. Fácil para él. Yo era a quien Zeus quería matar.

"Esta bien." dije. "Es mejor que ser convertido en un delfín."

"Entonces es el momento de que consultes al Oráculo." dijo Quirón. "Sube las escaleras, Percy Jackson, hasta la buhardilla. Cuando vuelvas a venir, suponiendo que aún sigues cuerdo, hablaremos más."

En cuatro tramos de subida, la escalera terminó bajo una trampilla verde. Tiré de la cuerda. La puerta se abrió hacia abajo, y una escalera

de madera ocupó su lugar estrepitosamente. El cálido aire proveniente de arriba olía a moho y a algo más... un olor que recordé de las clases de biología. Reptiles. El olor de las serpientes.

Contuve la respiración y subí.

La buhardilla estaba llena de porquerías de héroes griegos: la armadura estaba cubierta de telarañas; los escudos, una vez relucientes y brillantes, estaban picados de roña; viejos baúles de cuero cubiertos con etiquetas adhesivas que decían, ITHAKA, LA ISLA DEL CIRCE, y TIERRA DE LAS AMAZONAS. Una gran mesa repleta de tarros de cristal llenos de cosas encurtidas, garras peludas cortadas, enormes ojos amarillos, y otras partes diferentes de monstruos. Un trofeo montado y cubierto de polvo en la pared parecía la cabeza de una serpiente gigante. En la placa se leía, CABEZA DE HYDRA #1, WOODSTOCK, N.Y., 1969.

En la ventana, sentada en un taburete trípode de madera, estaba el recuerdo más truculento de todos: una momia. Esta no estaba envuelta en una especie de tela, sino en un cuerpo humano de mujer marchitándose en una cáscara. Llevaba puesto un vestido de verano desteñido, con muchos collares de cuentas, y una cinta sobre su largo y negro pelo. La piel de su cara era fina y curtida sobre su cráneo, y sus ojos eran rendijas blancas vidriosas, como si los verdaderos ojos hubieran sido remplazados por canicas; ella llevaba muerta desde hacía un largo, largísimo tiempo.

El mirarla me envió escalofríos en la espalda. Y eso fue antes de que se incorporase recta en su taburete y abriera la boca. Una neblina verde salió de la boca de la momia, enroscándose sobre el suelo en gruesos zarcillos, silbando como veinte mil serpientes. Me tropecé conmigo mismo intentando llegar a la trampilla, pero esta se cerró de golpe. Dentro de mi cabeza, escuché una voz, deslizándose por un oído y enroscándose alrededor de mi cerebro: "Soy el espíritu de Delfos, la oradora de las profecías de Febo Apolo, la asesina de la poderosa Python. Acércate, buscador, y pregunta." Yo quería decir, No gracias, puerta equivocada, solo buscaba el baño. Pero me obligué a inspirar profundamente. La momia no estaba viva. Era una especie de horrible recipiente de algo más, el poder que estaba ahora girando a mí alrededor en la neblina verde. Pero su presencia no se sentía mal, no como mi demoníaca profesora de mates, la Sra. Dodds o el Minotauro. Se sentía mucho más como las Tres Parcas que había visto tejiendo el hilo fuera de la caseta de frutas de la autopista: Antigua, poderosa, y, definitivamente, no humana. Pero no particularmente interesada en matarme, tampoco.

Tuve la valentía de preguntar "¿Cuál es mi destino?"

La neblina se arremolinó más densa, recogiéndose justo en frente de mí y alrededor de la mesa con las jarras de las partes de los monstruos. De pronto había cuatro hombres sentados alrededor de la mesa, jugando a las cartas.

Sus rostros se volvieron más claros. Eran Smelly Gabe y sus amigos.

Mis puños se cerraron, aunque ya sabía que esta fiesta de póquer no podía ser real. Era una ilusión, creada por la neblina. Gabe se giró hacia mí y habló con la voz ronca del Oráculo: Irás hacia el oeste, y verás al dios quien ha recurrido. Su amigo de la derecha alzó la vista y dijo con la misma voz: Encontrarás lo que ha sido robado, y lo devolverás de forma segura. El chico de la izquierda lanzó dos fichas de póquer, después dijo: Serás traicionado por el que te llama amigo. Por último, Eddie, nuestro genial constructor, sentenció la peor de todas las líneas: Y no salvarás lo que más importa, al final.

Las figuras empezaron a disolverse. Al principio yo estaba demasiado aturdido como para decir nada, pero cuando la neblina se retiró, enroscándose en una enorme serpiente y deslizándose de vuelta a la boca de la momia, grité, "¡Espera! ¿Qué quieres decir? ¿Qué amigo? ¿Qué no salvaré?" La cola de la neblina de la serpiente despareció en la boca de la momia. Ella se recostó de vuelta contra la pared. Tenía la boca bien cerrada, como si no la hubiera abierto en cientos de años. La buhardilla estaba de nuevo en silencio, como abandonada, nada más que una habitación llena de recuerdos. Tenía la sensación de que podía quedarme ahí parado hasta que tuviera telarañas, también, y no aprendería nada más.

Mi audiencia con el Oráculo había acabado.

"¿Y bien?" me preguntó Quirón.

Me dejé caer en una silla de la mesa de póquer. "Ella dijo que recuperaría lo que fue robado."

Grover se reclinó para delante, mascando con emoción los restos de una lata de cola de dieta.

"¡Eso es genial!"

"¿Qué es lo que dijo exactamente el Oráculo?" Presionó Quirón. "Eso es lo importante."

Mis oídos aún hormigueaban por la voz de reptil. "Ella... ella dijo que iría para el oeste y vería un dios quien ha recurrido. Recuperaría lo que fue robado y lo vería devuelto de forma segura."

"Lo sabía." dijo Grover.

Quirón no parecía satisfecho. "¿Algo más?"

No quise contárselo.

¿Qué amigo me traicionaría? No tenía muchos. Y la última línea "No salvaré lo que más importa". ¿Qué clase de Oráculo me mandaría a una misión y me diría, Ah, por cierto, fallarás? ¿Cómo podía confesar eso?

"No." dijo. "Eso es todo."

Él estudió mi rostro. "Muy bien, Percy. Pero debes saber esto: las palabras del Oráculo suelen tener doble significado. No te preocupes mucho por ello. La verdad no es siempre clara hasta que los acontecimientos tienen lugar."

Tenía la sensación de que él sabía que me estaba guardando algo malo, y que estaba intentando hacerme sentir mejor.

"Vale." dije, ansioso por cambiar de tema. "Así que, ¿A dónde voy? ¿Quién es ese dios del oeste?"

"Ah, piensa, Percy." dijo Quirón. "Si Zeus y Poseidón se debilitan el uno al otro en una guerra, ¿Quién saldría ganando?"

"¿Alguien más que quiere hacerse cargo?" aventuré.

"Sí, bastante. Alguien que guarda rencor, que ha sido infeliz con su suerte desde que el mundo fue dividido hace eones, cuyo reinado crecería poderoso con las muertes de millones. Alguien que odia a sus hermanos por obligarle con un juramento a no tener más niños, un juramento que ambos han roto ahora."

Pensé en mis sueños, la voz del mal había hablado desde abajo de la tierra. "Hades."

Quirón asintió. "El Señor de la Muerte es la única posibilidad."

Un trozo de aluminio se escurrió de la boca de Grover. "Whoa, espera. ¿Q-qué?"

"Una Furia vino tras de Percy," le recordó Quirón. "Ella vio al joven hasta que estuvo segura de su identidad, después intentó matarlo. Las Furias solo obedecen a un señor: Hades."

"Sí, pero—pero Hades odia a todos los héroes," protestó Grover. "Especialmente si se ha encontrado con que Percy es hijo de Poseidón..."

"Un perro del infierno se metió en el bosque," continuó Quirón. "Estos solo pueden ser convocados desde los Campos de Castigo, y tiene que ser convocado por alguien dentro del campamento. Hades debe de tener aquí un espía. Él debe esperar que Poseidón intente usar a Percy para limpiar su nombre. A Hades le gustaría mucho matar a ese joven mestizo antes de que este puede llevar a cabo su misión."

"Genial," murmuré. "Ya van dos dioses mayores que quieren matarme."

"Pero una misión..." tragó Grover. "Es decir, ¿No podría estar el rayo en algún lugar como Maine? Maine es muy bonito en esta época del año."

"Hades envió a un siervo a robar el rayo maestro," insistió Quirón. "Lo escondió en el Inframundo, a sabiendas de que Zeus culparía a Poseidón. No pretendo entender los motivos del Señor de la Muerte a la perfección, o porque eligió este momento para iniciar una guerra, pero una cosa es cierta. Percy debe ir al Inframundo, encontrar el rayo, y revelar la verdad."

Un extraño fuego ardió en mi estómago. Lo más raro era: no era por el miedo. Era de anticipación. El deseo de venganza. Hades había intentado matarme tres veces hasta ahora, con la Furia, el Minotauro, y el perro del infierno. Fue su culpa que mi madre hubiera desaparecido en un destello de luz.

Ahora estaba intentando envolvernos a mi padre y a mí en un robo que no habíamos cometido. Estaba listo para enfrentarle. Además, si mi madre estaba en el Inframundo... Whoa, chico, dijo la pequeña parte de mi cerebro que seguía cuerda. Eres un niño. Hades es un dios.

Grover estaba temblando. Había empezado a comerse las cartas como si fueran patatas fritas. El pobre necesitaba completar una misión conmigo para así poder conseguir su licencia de usuaria, lo que sea que fuera, pero ¿Cómo podía pedirle hacer esta misión,

especialmente cuando el Oráculo había dicho que mi destino era fracasar? Esto era un suicidio.

"Mira, si sabemos que es Hades," le dije a Quirón, "¿por qué no podemos decírselo a los otros dioses? Zeus o Poseidón podrían bajar al Inframundo y agarrar algunas cabezas."

"Sospechar y saber no son lo mismo," dijo Quirón. "Además, aunque los otros dioses sospechen de Hades—e imagino que Poseidón lo hace—ellos no pueden recuperar el rayo por si mismos. Los dioses no pueden atravesar los territorios de los otros sin ser invitados. Esa es otra antigua regla. Los héroes, por otra parte, tienen ciertos privilegios. Ellos pueden ir a cualquier parte, desafiar a quien sea, siempre y cuando sean lo suficientemente audaces y fuertes para hacerlo. Ningún dios puede dominar las acciones de un héroe. ¿Por qué crees que los dioses siempre operan a través de los humanos?"

"Estas diciendo que estoy siendo utilizado."

"Estoy diciendo que no es casualidad que Poseidón te haya reclamado ahora. Es una apuesta muy arriesgada, pero está en una situación desesperada. Te necesita."

Mi padre me necesita.

Las emociones rodaron dentro de mí como trozos de cristal en un caleidoscopio. No sabía siquiera si sentir resentimiento o agradecimiento, estar feliz o enfadado. Poseidón me había ignorado estos doce años. Ahora de repente me necesitaba.

Miré a Quirón. "Tú ya sabías que era el hijo de Poseidón en todo este tiempo, ¿no es así?"

"Tenía mis sospechas. Como ya dije... También he hablado con el Oráculo."

Tenía el presentimiento que había más que él no me estaba contando sobre su profecía, pero decidí que no podía preocuparme por eso justo ahora. Después de todo, yo también me estaba guardando información.

"Entonces déjame aclarar esto," dije. "Se supone que tengo que ir al Inframundo y enfrentarme al Señor de la Muerte."

"Correcto," dijo Quirón.

"Encontrar el arma más ponderosa del universo."

"Correcto."

"Y llevarla de nuevo al Olimpo antes del solsticio de verano, en diez días."

"Así es."

Miré a Grover, quien se tragó el as de corazones.

"¿He mencionado ya que Maine es muy bonito es esta época del año?" Preguntó con voz débil.

"No tienes que ir," le dije. "No puedo pedirte eso."

"Ah..." Se cambió sus cascós. "No... es solo que los sátiros y los lugares bajo tierra... bueno..." Inspiró profundamente, después se levantó, quitándose de encima los restos de las cartas y el aluminio de su camiseta.

"Me salvaste la vida, Percy. Si... si de verdad me quieres contigo, no te decepcionaré."

Me sentí tan aliviado que me entraron ganas de llorar, aunque no creo que eso fuera muy heroico. Grover era el único amigo que alguna vez había tenido por más de unos cuantos meses. No estaba seguro de que bien podía hacer un sátiro contra las fuerzas de la muerte, pero me sentí mejor sabiendo que él estaría conmigo.

"Hasta el final, G-man." Me volví hacia Quirón. "Así que, ¿A dónde vamos? El Oráculo solo dijo que fuera al oeste."

"La entrada del Inframundo siempre esta en el oeste. Se mueve de un año al otro, igual que el Olimpo. Justo ahora, por supuesto, esta en America."

"¿Dónde?"

Quirón se veía sorprendido. "Pensé que sería lo bastante obvio. La entrada al Inframundo esta en Los Ángeles."

"Ah." dije. "Naturalmente. Entonces solo tenemos que coger un avión..."

"¡No!" gritó Grover. "Percy, ¿En qué estas pensando? ¿Has estado alguna vez en tu vida en un avión?"

Sacudí mi cabeza, sintiéndome avergonzado. Mi madre nunca me había llevado a ninguna parte en avión. Siempre decía que no tenía dinero suficiente. Además, sus padres habían muerto en un accidente de avión.

"Percy, piensa." dijo Quirón. "Tú eres el hijo del Dios del Mar. El enemigo más letal de tu padre es Zeus, el Señor del Cielo. Tu madre sabía que era mejor no meterte en un avión. Estarías en el dominio de Zeus. Nunca regresarías con vida."

Encima de nosotros, un rayo iluminó el cielo, y un trueno retumbó.

"Está bien." dije, decidido a no mirar a la tormenta. "Entonces, viajaremos por tierra."

"Así es." Dijo Quirón. "Dos compañeros pueden acompañarte. Grover es uno. El otro se ha ofrecido voluntario, si es que quieres aceptar su ayuda."

"Caray." dije, fingiendo sorpresa. "¿Quién más sería lo bastante tonto como para ofrecerse voluntario para una misión como esta?"

El aire resplandeció detrás de Quirón. Annabeth se hizo visible, metiendo su gorra de los Yankees en su bolsillo trasero.

"He estado esperando mucho tiempo por una misión, cerebro de algas." dijo ella. "Atenea no es fan de Poseidón, pero si vas a salvar el mundo, soy la mejor persona para ayudarte a no echarlo todo a perder."

"Si te dices eso a ti misma," dije. "¿Debo suponer que tienes un plan, chica sabia?"

Sus mejillas se pusieron coloradas. "¿Quieres mi ayuda o no?"

La verdad era, que sí. Necesitaba toda la ayuda posible.

"Un trío." dije. "Eso funcionará."

"Excelente." dijo Quirón. "Esta tarde, os podemos llevar lo más lejos hasta la terminal de autobuses de Manhattan. Después de eso, vais por vuestra cuenta."

Un rayo rompió. La lluvia caía en los prados donde se suponía que

nunca tenían climas violentos.

"No hay tiempo que perder." dijo Quirón. "Creo que todos deberíais hacer las maletas."

CAPITULO 10 CAPITULO10

ECHE A PERDER UN PERFECTAMENTE BUEN BUS

No me tomó demasiado tiempo empacar. Decidí dejar el cuerno del Minotauro en mi cabaña, lo cual me dejó con sólo una muda de ropa y un cepillo de dientes para meter en la mochila que Grover había encontrado para mí.

La tienda del campamento me prestó cien dólares en dinero mortal y veinte dracmas de oro.

Estas monedas eran tan grandes como galletas de las chicas exploradoras y tenía imágenes de diversos dioses grabadas por uno de los lados y el Edificio del Empire State en el otro. Los antiguos dracmas mortales habían sido de plata, Quirón nos lo dijo, pero los Olímpicos nunca usaban nada inferior al oro puro. Quirón dijo que las monedas podrían ser útiles para las transacciones no mortales, significara lo que significara. Él nos dio a Annabeth y a mí una cantimplora llena de néctar y una bolsa de plástico con cierre hermético llena de ambrosía, para ser utilizados sólo en casos de emergencia, por si resultáramos gravemente heridos. Esto era comida de dioses, nos recordó Quirón. Nos curaría de casi cualquier lesión, pero era letal para los mortales. Demasiado pondría a un mestizo muy, muy caliente. Una sobredosis nos quemaría, literalmente.

Annabeth traía su mágica gorra de los Yankees, que me dijo que fue un regalo de su mamá en su doceavo cumpleaños. Llevaba un libro sobre la arquitectura clásica famosa, escrito en griego antiguo, para leer cuando se aburriera, y un largo cuchillo de bronce, escondido en la manga de su camisa. Estaba seguro de que el cuchillo nos jodería la primera vez que pasáramos a través de un detector de metales.

Grover usaba sus pies postizos y sus pantalones para pasar por

humano. Llevaba una gorra verde con rastas, porque, cuando llovía, su pelo rizado se aplastaba y tú justamente podías ver la punta de los cuernos. Su mochila de color naranja brillante estaba llena de chucherías y manzanas para merendar. En su bolsillo había un conjunto de flautillas de caña que su padre cabrío había tallado para él, aun así sólo sabía dos canciones: Concierto de piano de Mozart nº 12 y "So Yesterday" de Hilary Duff, cualquiera de las dos sonaba muy mal en flautillas de caña.

Dijimos adiós a los otros campistas, tomamos un último vistazo a los campos de fresas, al océano, y a la Casa Grande, luego subimos la Colina de los Mestizos hasta el alto pino que solía ser Thalía, la hija de Zeus.

Quirón nos estaba esperando en su silla de ruedas. Junto a él estaba el tipo surfista que había visto cuando me estaba recuperando en la habitación del enfermo. Según Grover, el hombre era el jefe de seguridad del campamento.

Se supone que tenía ojos en todo su cuerpo, así él nunca podría ser sorprendido. Hoy, sin embargo, vestía un uniforme de chófer, por lo que sólo podía ver ojos extra en sus manos, cara y cuello.

"Este es Argos." me dijo Quirón. "Él los llevará a la ciudad, y... bueno... esto, vigilará las cosas."

Oí pasos detrás de nosotros.

Luke subía corriendo la colina, con un par de zapatillas de baloncesto.

"¡Ey!" jadeó. "Me alegro de alcanzaros."

Annabeth se ruborizó, de la forma en que siempre lo hacía cuando Luke estaba allí.

"Sólo quería deciros buena suerte." Luke me dijo. "Y pensé... um, tal vez podrían utilizar estas."

Me dio las zapatillas, que parecían bastante normales. Incluso olían en cierto modo normal.

Luke dijo: "¡Maia!"

Alas blancas de pájaro brotaron de los talones, sorprendiéndome mucho, las dejé caer. Los zapatos se agitaban por el suelo hasta que las alas se plegaron y desaparecieron.

"¡Estupendo!" Dijo Grover.

Luke sonrió. "Esos me sirvieron de mucho cuando yo estaba en mi búsqueda. Regalo de papá. Por supuesto, yo no los uso mucho en

estos días...." Su expresión se volvió triste.

No sabía qué decir. Era bastante genial que Luke hubiera venido a decírnos adiós. Había estado temiendo que se molestara conmigo por obtener tanta atención en los últimos días. Pero aquí estaba dándome un regalo mágico.... Me hizo sonrojar casi tanto como a Annabeth.

"¡Oye, hombre!" le dije. "Gracias."

"Escucha, Percy..." Luke parecía incómodo. "Muchas de las esperanzas están puestas en ti. ... Así que mata a algunos monstruos por mí, ¿de acuerdo?"

Nos dimos la mano. Luke acarició la cabeza de Grover entre sus cuernos, y luego le dio un abrazo de despedida a Annabeth, que lucía como si se fuera a desmayar.

Después de que Luke se fuera, le dije a ella: "Estás hiperventilando."

"No lo estoy."

"Lo dejaste capturar la bandera en tu lugar, ¿no?"

"Oh... ¿por qué quiero ir a alguna parte contigo, Percy?" Ella bajó pisoteando por el otro lado de la colina, donde esperaba una camioneta blanca en la orilla de la carretera. Argos siguió, haciendo sonar las llaves de su coche.

Cogí los zapatos de vuelo y tuve repentinamente un mal presentimiento. Miré a Quirón. "No voy a ser capaz de utilizar estas, ¿verdad?"

Sacudió la cabeza. "Luke tenía buenas intenciones, Percy. Pero en el viento... eso no sería conveniente para ti."

Yo asentí, decepcionado, pero luego se me ocurrió una idea. "¡Oye, Grover! ¿Quieres un objeto mágico?"

Sus ojos se iluminaron. "¿Yo?"

Muy pronto nosotros ataríamos las zapatillas sobre sus pies falsos, y el primer niño cabra volador estaba listo para su lanzamiento.

"¡Maia!" gritó.

Él despegó bien, pero luego cayó hacia un lado de forma que su mochila se arrastró por la hierba. Los zapatos con alas se mantuvieron yendo arriba y abajo como pequeños potros.

"Práctica." Quirón lo llamó. "¡Sólo necesitas práctica!"

"¡Aaaa!" Grover salió volando de lado colina abajo como una

cortadora de césped poseída, en dirección a la camioneta.

Antes de que pudiera seguir, Quirón me cogió del brazo. "Te debería haber entrenado mejor, Percy." dijo. "Si tuviera más tiempo. Hércules, Jasón, todos tenían más formación."

"Está bien. Yo sólo quiero..."

Me detuve porque me estaba a punto de sonar como un niño consentido. Yo estaba deseando que mi padre me hubiera dado un objeto mágico genial para ayudar en la búsqueda, algo tan bueno como los zapatos de vuelo de Luke, o la gorra de invisibilidad de Annabeth.

"¿Qué estoy pensando?" Quirón exclamó. "No puedo dejarte ir sin esto."

Sacó un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta y me lo entregó. Se trataba de una pluma desechable ordinaria, de tinta negra, tapa extraíble. Probablemente costó treinta centavos.

"Caramba." le dije. "Gracias".

"Percy, este es un regalo de tu padre. Lo he mantenido durante años, sin saber que tú eras por el que yo estaba esperando. Sin embargo, la profecía es clara para mí. Tu eres el único".

Me acordé de la visita al Museo Metropolitano de Arte, cuando la Sra. Dodds se había transformado. Quirón había arrojado una pluma que se convirtió en una espada. ¿Podría ser...?

Le quité la tapa y la pluma se hizo más larga y más pesada en mi mano. En medio segundo, yo tenía una espada de bronce brillante con una hoja de doble filo, agarre forrado en cuero, y una empuñadura plana afianzada con clavos de oro. Era la primera arma que realmente sentía equilibrada en mi mano.

"La espada tiene una larga y trágica historia en la que no tenemos que entrar" Quirón me dijo. "Su nombre es Anaklusmos."

"Riptide." traduje, sorprendido de que el griego antiguo viniera tan fácilmente.

"Úsala sólo para emergencias." dijo Quirón "Y sólo contra los monstruos. Por supuesto que ningún héroe debe dañar a los mortales a menos que sea absolutamente necesario, pero esta espada no les haría daño, en cualquier caso".

Miré la perversa hoja afilada. "¿Quéquieres decir con que no dañaría a los mortales? ¿Cómo no podría?"

"La espada es de bronce celestial. Forjada por los Cíclopes, templada en el corazón del volcán Etna, enfriada en el río Leteo. Es mortal para los monstruos, para cualquier criatura del inframundo, siempre que no te maten a ti primero. Pero la hoja pasará a través de los mortales como una ilusión. Simplemente no son lo suficientemente importantes para que la hoja los mate. Y debería advertirte: como un semidiós, puedes ser asesinado por cualquiera de las armas celestiales o normales. Eres dos veces más vulnerable."

"Bueno saberlo."

"Ahora, vuelve a tapar la pluma."

Toqué con la tapa de la pluma la punta de la espada y al instante Riptide se redujo a un bolígrafo de nuevo. Lo metí en mi bolsillo, un poco nervioso, porque yo era famoso por perder plumas en la escuela.

"No puedes." dijo Quirón.

"¿No qué?"

"Perder la pluma." dijo. "Está encantada. Siempre va a reaparecer en tu bolsillo. Pruébalo."

Estaba indeciso, pero tiré la pluma tan lejos como pude colina abajo y vi como se perdía en la hierba.

"Puede tomar unos momentos." me dijo Quirón. "Ahora comprueba tu bolsillo."

Efectivamente, la pluma estaba allí.

"Bueno, eso es muy cool." dije. "¿Pero que si un mortal me ve sacando una espada?"

Quirón sonrió. "La Niebla es algo muy poderoso, Percy."

"¿Niebla?"

"Sí. Lee La Ilíada. Está llena de referencias de esas cosas. Siempre que los elementos divinos o monstruosos se mezclan con el mundo de los mortales, generan la Niebla, que oscurece la visión de los seres humanos. Veras las cosas igual que ellos, siendo un mestizo, pero los humanos interpretan las cosas de manera muy diferente. Notables, en realidad, los extremos a los que los seres humanos se van para adaptar las cosas en su versión de la realidad".

Puse a Riptide en mi bolsillo.

Por primera vez, la búsqueda se sintió real. En realidad estaba

dejando la Colina de los Mestizos. Me dirigía hacia el oeste, sin la supervisión de un adulto, sin ningún plan de apoyo, ni siquiera un teléfono celular. (Quirón dijo que los teléfonos celulares eran rastreados por los monstruos, y si usamos uno, sería peor que lanzar una bengala.) No tenía ningún arma más fuerte que una espada para luchar contra los monstruos y llegar a la Tierra de los Muertos.

"Quirón..." Dije. "Cuando dices que los dioses son inmortales... quiero decir, hubo un tiempo antes que ellos, ¿verdad?"

"Cuatro épocas antes que ellos, en realidad. El tiempo de los Titanes fue la Cuarta Edad, a veces llamada la Edad de Oro, que es definitivamente un nombre inapropiado. Este, el tiempo de la civilización occidental y el imperio de Zeus, es la Quinta Edad".

"Entonces, ¿Cómo fue... antes de los dioses?"

Quirón frunció los labios. "Aún yo no soy lo bastante viejo para recordar eso, niño, pero sé que fue una época de oscuridad y salvajismo de los mortales. Cronos, el señor de los Titanes, llamó a su reino de la Edad de Oro, porque los hombres vivían inocentes y libres de todo conocimiento. Pero eso fue mera propaganda. El rey de los Titanes no se preocupaba por tu especie, excepto como aperitivo o una fuente de entretenimiento barato. Fue sólo en el principio del reinado del Señor Zeus, cuando el titán Prometeo trajo el fuego a la humanidad, que tu especie comenzó a progresar, y aun así Prometeo fue catalogado como un pensador radical. Zeus lo castigó severamente, como recordarás. Por supuesto, eventualmente los dioses se hicieron más afectuosos con los seres humanos, y la civilización occidental nació".

"Pero los dioses no pueden morir, ¿verdad? Quiero decir, siempre que la civilización occidental esté viva, ellos estarán vivos. ... Así que incluso si fallo, nada tan malo podría suceder que estropearía todo, ¿verdad? "

Quirón me dio una sonrisa melancólica. "Nadie sabe cuánto tiempo la Edad de Occidente va a durar, Percy. Los dioses son inmortales, sí. Pero entonces, también lo eran los Titanes. Ellos todavía existen, encerrados en sus diferentes cárceles, obligados a soportar dolor sin fin y castigo, reducidos en poder, pero todavía muy vivos. Pueden los Sinos prohibir que los dioses alguna vez deberían sufrir tal castigo, o que alguna vez debemos volver a la oscuridad y el caos del pasado. Todo lo que podemos hacer, hijo, es seguir nuestro destino."

"Nuestro destino... suponiendo que sepamos cuál es."

"Relájate." me dijo Quirón. "Mantén la cabeza despejada. Y recuerda, que puedes estar a punto de evitar la mayor guerra de la historia

humana."

"Relajado." le dije. "Estoy muy relajado".

Cuando llegué al extremo de la colina, miré hacia atrás. Bajo el árbol de pino que solía ser Thalía, hija de Zeus, Quirón estaba de pie en forma de hombre-caballo, con su arco alto en señal de saludo. Justo tú típica despedida del campamento de verano por tu típico centauro.

* * *

Argos nos sacó en coche del campo y entro en el oeste de Long Island. Se sentía raro estar en una carretera de nuevo, con Annabeth y Grover sentados a mi lado como si estuviéramos en un viaje compartido normal. Después de dos semanas en la Colina de los Mestizos, el mundo real parecía una fantasía. Me encontré mirando a cada McDonald's, a cada niño en el coche de sus padres, a todas las vallas publicitarias y el centro comercial.

"Hasta ahora todo bien." le dije a Annabeth. "Diez millas y ni un solo monstruo."

Ella me miró irritada. "Tae mala suerte hablar de esa manera, cerebro de alga."

"Recuérdame otra vez, ¿por qué me odias tanto?"

"Yo no te odio."

"Podrías haberme engañado".

Ella dobló su gorra de invisibilidad. "Mira... nosotros sólo no se supone que nos llevemos bien, ¿de acuerdo? Nuestros padres son rivales".

"¿Por qué?"

Ella suspiró. "¿Cuántas razones quieres? Una vez mi mamá pescó a Poseidón con su novia en el templo de Atenea, lo cual es muy irrespetuoso. Otra vez, Atenea y Poseidón competían por ser el dios patrono de la ciudad de Atenas. Tu papá creó algún estúpido manantial de agua salada como su regalo. Mi madre creó el olivo. La gente vio que su regalo era mejor, así que ellos nombraron la ciudad así por ella."

"Realmente les deben gustar los olivos".

"Oh, olvídaloo."

"Ahora, si ella hubiera inventado la pizza, eso podría entenderlo."

"Dije, iolvídalo!"

En el asiento delantero, Argos sonrió. Él no dijo nada, pero un ojo azul en la parte posterior de su cuello me guiñó el ojo.

El tráfico nos retrasó en Queens. En el momento en que entramos en Manhattan fue la puesta de sol y empezó a llover.

Argos nos dejó en la estación de Greyhound en el Upper East Side, no lejos del apartamento de Gabe y mi mamá. Pegado a un buzón de correo estaba un volante empapado con mi foto: ¿HAS VISTO A ESTE MUCHACHO? Lo rasgue antes de que Annabeth y Grover pudieran notarla.

Argos descargó nuestras maletas, se aseguró de que teníamos nuestros tiquetes de autobús, y luego se alejó, el ojo en la parte posterior de su mano se abrió para vernos cuando salió del estacionamiento.

Pensé en lo cerca que estaba de mi viejo apartamento. En un día normal, mi mamá estaría en casa desde la tienda de dulces por ahora. El Apestoso Gabe estaba probablemente allí ahora mismo, jugando al póquer, ni siquiera extrañándola.

Grover se hecho su mochila al hombro. Miró por la calle en dirección a donde yo estaba mirando.

"¿Quieres saber por qué se casó con él, Percy?"

Me quedé mirándolo. "¿Estabas leyendo mi mente o algo así?"

"Sólo tus emociones." Se encogió de hombros. "Se me había olvidado decirte que los sátiros pueden hacer eso. Estabas pensando acerca de tu mamá y tu padrastro, ¿verdad?"

Asentí, preguntándome qué otra cosa podría haber olvidado de decirme Grover.

"Tu madre se casó con Gabe por ti." me dijo Grover. "Tú lo llamas El Apestoso, pero no tienes idea. El tipo tiene esa aura.... qué asco. Lo hueles desde aquí. Puedo oler rastros de él en ti, y no has estado cerca de él por una semana."

"Gracias." dije. "¿Dónde está la ducha más cercana?"

"Deberían estar agradecido, Percy. Tu padrastro huele tan repulsivamente a humano que podría ocultar la presencia de

cualquier semidiós. Tan pronto como olí el interior de su Camaro, lo supe: Gabe ha estado cubriendo tu aroma durante años. Si no hubieras vivido con él cada verano, probablemente habrías sido encontrado por los monstruos hace mucho tiempo. Tu madre se quedó con él para protegerte. Era una chica inteligente. Debió haberte querido mucho para soportar a ese tipo, si eso te hace sentir mejor."

No, pero me obligué a no mostrarlo. Voy a verla de nuevo, pensé. No se ha ido.

Me preguntaba si Grover todavía podía leer mis emociones, tan mezcladas como estaban. Me alegré de que él y Annabeth estuvieran conmigo, pero me sentía culpable de no haber sido franco con ellos. No les había dicho la verdadera razón de que hubiera dicho sí a esta loca búsqueda.

La verdad era que no me importaba recuperar el rayo de Zeus, o salvar al mundo, o incluso ayudar a mi padre a salir del problema. Cuanto más pensaba en ello, más me molestaba que Poseidón nunca me visitara, que nunca ayudara a mi mamá, ni siquiera enviando a un cheque de sustento. Sólo me había reclamado, porque necesitaba un trabajo hecho.

Lo único que me importaba era mi mamá. Hades se la había llevado injustamente, y Hades iba a regresarla.

Serás traicionado por uno que te llama amigo, el Oráculo susurró en mi mente. No podrás salvar lo que más importa al final.

Cállate, le dije.

La lluvia seguía cayendo.

Estábamos inquietos esperando el autobús y decidimos jugar un poco al Hacky Sack con una de las manzanas de Grover. Annabeth era increíble. Podía rebotar la manzana contra su rodilla, su codo, su hombro, o lo que fuera. Yo no eran tampoco malo.

El juego terminó cuando tire la manzana a Grover y esta se acercó demasiado a su boca. En una mega mordedura de cabra, nuestro Hacky Sack desapareció, el corazón, el tallo, y todo.

Grover se ruborizó. Él intentó disculparse, pero Annabeth y yo estábamos demasiado ocupados enloqueciéndonos.

Por último, el autobús llegó. Mientras estábamos en la línea de embarque, Grover comenzó a mirar alrededor, olfateando el aire como si oliera su golosina favorita de la cafetería de la escuela, enchiladas.

"¿Qué es?" Le pregunté.

"No sé." dijo con nerviosismo. "Tal vez no es nada."

Pero me di cuenta que no era nada. Empecé a mirar por encima del hombro, también.

Me sentí aliviado cuando por fin llegamos a bordo y nos sentamos juntos en la parte trasera del autobús.

Guardamos nuestras mochilas. Annabeth mantuvo golpeando su gorra de los Yankees nerviosamente contra su muslo.

Cuando los últimos pasajeros subieron, Annabeth apretó su mano en mi rodilla. "Percy."

Una anciana acababa de abordar el autobús. Llevaba un vestido de terciopelo arrugado, guantes de encaje, y un sombrero naranja sin forma que ensombrecía su rostro, y llevaba un bolso grande de Paisley. Cuando alzó su cabeza, sus ojos negros brillaban, y mi corazón dio un vuelco.

Era la señora Dodds. Más vieja, más ajada, pero definitivamente el mismo rostro maligno.

Me acurruqué en mi asiento.

Detrás de ella llegaron dos viejas más: una con un sombrero verde, otra con un sombrero púrpura. Por lo demás, eran exactamente iguales a la Sra. Dodds — mismas manos nudosas, bolsos de mano Paisley, arrugados vestidos de terciopelo. Triple abuelas demonio.

Se sentaron en la primera fila, justo detrás del conductor. Las dos en el pasillo cruzaron las piernas sobre la calzada, haciendo una X. era suficiente casual, pero envió un mensaje claro: nadie sale.

El autobús salió de la estación, y nos dirigimos por las pulidas calles de Manhattan. "Ella no se quedó mucho tiempo muerta." dije, tratando de mantener mi voz sin temblar. "Pensé que habías dicho que podían ser desvanecidas por una vida."

"Dije si tienes suerte." Annabeth dijo. "Obviamente no la tienes."

"Tres de ellas." Grover gimió. "¡Di Inmortales!"

"Está bien." Annabeth dijo, pensando evidentemente duro. "Las Furias. Tres de los peores monstruos del inframundo. No hay problema. No hay problema. Vamos a salir inadvertidamente por las ventanas."

"No se abren." se quejó Grover.

"¿Una salida trasera?" sugirió.

No había una. Incluso si hubiera estado allí, no habría ayudado. Para ese momento, estábamos en la Novena Avenida, en dirección al Túnel Lincoln.

"Ellas no atacaran con testigos alrededor." le dije. "¿Lo harían?"

"Los mortales no tienen buenos ojos." Annabeth me recordó. "Sus cerebros sólo pueden procesar lo que ven a través de la Niebla."

"Van a ver tres viejas matarnos, ¿no?"

Ella lo pensó. "Es difícil de decir. Pero no podemos contar con los mortales por ayuda. ¿Tal vez una salida de emergencia en el techo...?"

Alcanzamos el Túnel Lincoln, y el autobús quedó a oscuras a excepción de las luces de marcha por el pasillo. Estaba extrañamente tranquilo sin el sonido de la lluvia.

La Sra. Dodds se levantó. En una voz apagada, como si lo hubiera ensayado, anunció a todo el autobús: "Tengo que usar el baño."

"Yo también." dijo la segunda hermana.

"Yo también." dijo la tercera hermana.

Todas ellas empezaron a venir por el pasillo.

"Ya lo tengo." Annabeth dijo. "Percy, toma mi gorra."

"¿Qué?"

"Tú eres al que quieren. Vuélvete invisible y ve por el pasillo. Déjalas pasarte. Tal vez puedas llegar a la parte delantera y salir."

"Pero vosotros, chicos."

"Hay una posibilidad de que no pudieran notarnos." Annabeth dijo. "Eres hijo de uno de los Tres Grandes. Tu olor puede ser abrumador."

"No puedo simplemente dejarlos."

"No te preocupes por nosotros." dijo Grover. "¡Vete!"

Me temblaban las manos. Me sentía como un cobarde, pero tomé la gorra de los Yankees y me la puse.

Cuando miré hacia abajo, mi cuerpo ya no estaba allí.

Empecé a arrastrarme por el pasillo. Conseguí avanzar diez filas, después, me zambullí en una silla vacía justo cuando las Furias

pasaron.

La Sra. Dodds se detuvo, olfateando, y miró en mi dirección. Mi corazón latía.

Al parecer, no vio nada. Ella y sus hermanas siguieron su camino.

Era libre. Llegué a la parte delantera del autobús. Estábamos casi a través del Túnel Lincoln ahora.

Estaba a punto de presionar el botón de parada de emergencia cuando oí horribles lamentos de la fila de atrás.

Las viejas ya no eran viejas damas. Sus rostros eran los mismos — supongo que no podrían conseguir ser más feos — pero sus cuerpos se habían arrugado en correosos marrones cuerpos de bruja con alas de murciélago y las manos y los pies como garras de gárgola. Sus bolsos se habían convertido en látigos de fuego.

Las Furias rodeaban a Grover y Annabeth, empuñaban sus látigos, silbando: "¿Dónde está? ¿Dónde?"

Las otras personas en el autobús, gritaban de miedo en sus asientos. Ellos veían algo, está bien.

"¡Él no está aquí!" Annabeth gritó. "¡Se ha ido!"

Las Furias alzaron sus látigos.

Annabeth sacó su cuchillo de bronce. Grover tomó una lata de su bolsa de aperitivos y se preparó para lanzarla.

Lo que hice a continuación fue tan impulsivo y peligroso que debería haber sido nombrado el niño TDAH anunciate del año.

El conductor del autobús estaba distraído, tratando de ver lo que estaba pasando en su espejo retrovisor.

Todavía invisible, le quite el volante y tire de él hacia la izquierda. Todo el mundo gritaba cuando fueron arrojados a la derecha, y yo oí lo que esperaba fuera el sonido de tres Furias golpeando violentamente contra las ventanas.

"¡Oye!" -gritó el conductor. "¡Oye, whoa!"

Luchamos por el volante. El autobús se estrelló contra la pared del túnel, rechinando metal, arrojando chispas a una milla detrás de nosotros.

Salimos alocadamente del túnel Lincoln y de nuevo en la tormenta, las personas y los monstruos arrojados alrededor del autobús, coches

removidos de lado como si fueran bolos.

De alguna manera el conductor encontró una salida. Salimos disparados de la carretera, a través de media docena de luces de tráfico, y terminamos embarrilados por uno de los caminos rurales de Nueva Jersey donde no puedes creer que haya más que nada a través del río de Nueva York. Había bosques a nuestra izquierda, el río Hudson a nuestra derecha, y el conductor parecía estar virando hacia el río.

Otra gran idea: tire del freno de emergencia.

El autobús gimió, giró en un círculo completo en el asfalto mojado, y se estrelló contra los árboles. Las luces de emergencia se encendieron. La puerta se abrió. El conductor del autobús fue el primero en salir, los pasajeros a gritar como en estampida después de él. Entré en el asiento del conductor y los dejé pasar.

Las Furias recuperaron el equilibrio. Azotaron sus látigos hacia Annabeth mientras ella blandía su cuchillo y gritaba en griego antiguo, diciéndoles que retrocedieran. Grover lanzaba latas.

Miré a la puerta abierta. Era libre de salir, pero no podía dejar a mis amigos. Me quité la gorra de invisibilidad. "¡Hey!"

Las Furias se volvieron, descubriendo sus colmillos amarillos ante mí, y la salida de repente me pareció una excelente idea. La Sra. Dodds acechaba por el pasillo, como solía hacer en clase, a punto de entregar mi examen con una F de matemáticas. Cada vez que aleteaba su látigo, llamas rojas bailaban a lo largo de la piel de púas.

Sus dos hermanastras saltaron por encima de los asientos en cada lado de ella y se arrastraban hacia mí como enormes lagartos peligrosos.

"Perseo Jackson." dijo la Sra. Dodds, con un acento que era definitivamente de alguna parte más al sur de Georgia. "Has ofendido a los dioses. Vas a morir."

"Me gustabas más como profesora de matemáticas." le dije.

Gruñó.

Annabeth y Grover avanzaron detrás de las Furias con cautela, buscando una apertura.

Tomé el bolígrafo de mi bolsillo y lo destape. Riptide se alargó en una reluciente espada de doble filo.

Las Furias vacilaron.

La Sra. Dodds había sentido la hoja de Riptide antes. Era evidente que no le gustaba verla de nuevo.

"Ríndete ahora." dijo entre dientes "Y no sufrirás el tormento eterno."

"Buen intento." le dije.

"Percy, ¡cuidado!" Annabeth gritó.

La Sra. Dodds azotó su látigo alrededor de la mano con la espada, mientras las Furias a cada lado se abalanzaron sobre mí.

Mi mano se sentía como si estuviera envuelta en plomo fundido, pero logré no soltar a Riptide. Golpee con la empuñadura en la Furia de la izquierda, enviándola a tumbarse hacia atrás en un asiento. Me volví y corte en rodajas a la Furia de la derecha. Tan pronto como la hoja se conectó con su cuello, gritó y estalló en polvo. Annabeth tenía a la Sra. Dodds en un agarre de luchador y tiró de ella hacia atrás mientras Grover arrancaba el látigo de las manos.

"¡Ay!" gritó. "¡Ay! ¡Caliente! ¡Caliente!"

La Furia que golpee con la empuñadura vino hacia mí de nuevo, con las garras listas, pero balancee a Riptide y ella se rompió como una piñata.

La Sra. Dodds estaba tratando de quitarse a Annabeth de su espalda. Ella dio patadas, arañó, silbó y mordió, pero Annabeth la sujetó bien mientras que Grover tenía atadas las piernas de la Sra. Dodds en su propio látigo. Por último, ellos la empujaron hacia atrás en el pasillo. La Sra. Dodds intentó levantarse, pero no tenía espacio para batir sus alas de murciélago, por lo que se mantuvo tumbada.

"¡Zeus te destruirá!" prometió. "¡Hades tendrá tu alma!"

"¡Braccas meas vescimini!" Grité.

No estaba seguro de donde venía el Latín. Creo que significa "¡Comete mis pantalones!"

Una explosión sacudió el autobús. El cabello se erizo en la parte de atrás de mi cuello.

"¡Fuera!" Annabeth me gritó. "¡Ahora!" Yo no necesitaba ningún estímulo.

Corrimos afuera y encontramos a los demás pasajeros deambulando en un estupor, discutiendo con el conductor, o dando vueltas en círculos gritando: "¡Vamos a morir!" Un turista de camisa hawaiana con una cámara chasqueó mi fotografía antes de que pudiera recubrir mi espada.

"¡Nuestras bolsas!" Grover realidad. "Dejamos nuestras..."

¡BOOOOOM!

Cuando las ventanas del autobús explotaron los pasajeros se pusieron a cubierto. Un relámpago hizo un enorme cráter en el techo, pero un furioso grito desde el interior me dijo que la Sra. Dodds aún no estaba muerta.

"¡Corre!" Annabeth dijo. "¡Ella está pidiendo refuerzos! ¡Tenemos que salir de aquí!"

Nos sumergimos en los bosques mientras llovía, con el autobús en llamas detrás de nosotros, y nada más que oscuridad por delante.

CAPITULO 11

CAPITULO 11

VISITAMOS EL JARDÍN EL EMPORIO DEL GNOMO

En cierto modo, es lindo saber que hay dioses griegos allí afuera, porque tienes alguien para culpar cuando las cosas salgan mal. Por ejemplo, cuando te alejas de un autobús que recién ha sido atacado por una monstruosa vieja y explotado por un relámpago, y está lloviendo encima de todo lo demás, la mayoría de la gente podría pensar que es solo realmente mala suerte; cuando eres un mestizo, tienes por entendido que alguna fuerza divina realmente intenta arruinar todo tu día.

Así que ahí estábamos, Annabeth, Grover y yo, pasando en medio del bosque a lo largo de la rivera de New Jersey, el resplandor de la ciudad de Nueva York poniendo amarillo el cielo de noche detrás de nosotros, y el olor del Hudson apestando en nuestras narices.

Grover estaba temblando y rebuznando, sus grandes ojos de cabra se volvieron rendijas de pupila y llenos de terror. "Tres Benévolas. Las tres de una vez."

Estaba bastante en estado de shock yo también. La explosión de las ventanas del autobús todavía sonaba en mis oídos. Pero Annabeth se mantuvo arrastrándonos, diciendo: "¡Vamos adelante! Mientras más lejano lleguemos, mejor."

"Todo nuestro dinero estaba allí." Le recordé a ella. "Nuestra comida y nuestras ropas. Todo."

"Bueno, puede que si tu no hubieras decidido saltar en la pelea..."

"¿Qué querías que hiciera? ¿Dejar que te mataran?"

"No necesitabas protegerme, Percy. Yo habría estado bien."

"Rebanada como pan de emparedado." Grover agregó. "Pero bien."

"Cállate, niño cabra." Annabeth dijo.

Grover rebuznó tristemente. "Latas de estaño... una bolsa perfectamente buena de latas de estaño."

Caminamos haciendo ruido a lo largo de tierra blanda, a través de desagradables árboles torcidos que olían a agria lavandería.

Luego de algunos minutos, Annabeth se colocó a mi lado. "Mira, yo..." Su voz vaciló. "Aprecio que regresaras por nosotros, ¿de acuerdo? Eso fue en realidad valiente."

"Somos un equipo, ¿correcto?"

Ella guardó silencio por algunos pasos más. "Es solo que si mueres... aparte del hecho que eso realmente apestaría para ti, querría decir que la búsqueda se terminó. Ésta puede ser mi única oportunidad para ver al mundo real."

La tormenta eléctrica finalmente se había aplacado. El resplandor de la ciudad se desvaneció detrás de nosotros, dejándonos en casi total oscuridad. No podía ver nada de Annabeth excepto un destello de luz de su cabello rubio.

"¿No has dejado el Campamento Mestizo desde que tienes siete?" Le pregunté a ella.

"No... sólo viajes breves del campo. Mi papá..."

"El profesor de historia."

"Sí. No me resultó vivir en casa. Digo, el Campamento Mestizo es mi casa." Ella sacaba rápidamente sus palabras ahora, como si temiera que alguien pudiese intentar detenerla. "En el campamento entrenas y entrenas. Y eso es todo genial y todo, pero el mundo real es donde los monstruos están. Es ahí donde aprendes si eres algo bueno o no."

Si no lo supiera mejor, no podría jurar que oí duda en su voz.

"Eres muy buena con ese cuchillo." Dije.

"¿Lo piensas así?"

"Alguien que puede mandar a paseo a una Furia está bien para mí."

Realmente no podía ver, pero pensé que ella pudo haber sonreído.

"Sabes" Dijo. "Tal vez debería decirte... Algo divertido en el autobús..."

Cualquier cosa que ella quiso decir fue interrumpido por un chillón toot-toot-toot, como el sonido de un búho siendo torturado.

"¡Hey, mi flautilla todavía funciona!" Grover gritó. "Si sólo pudiera recordar una canción de 'ruta de descubrimiento', ipodríamos salir de este bosque!"

Él sacó algunas notas, pero la melodía todavía sonaba suspicazmente como a Hilary Duff.

En lugar de encontrar una ruta, inmediatamente me estrellé contra un árbol y obtuve un chichón de un buen tamaño en mi cabeza.

Agregar a la lista de súper poderes. No tengo: Vista infrarroja.

Después de tropezar y maldecir y generalmente sentirse miserable por otra milla más o menos, empecé a ver luz adelante: los colores de una señal de neón. Podía oler comida. Frita, grasienta, excelente comida. Me di cuenta de que no había comido nada poco saludable desde que había llegado a la colina Mestiza, donde vivimos de uvas, pan, queso, y barbacoa de corte extra de carne sin grasa preparada por ninjas. Este chico necesita una hamburguesa doble de queso.

Nos mantuvimos caminando hasta que vi un camino desierto de dos vías a través de los árboles. En el otro lado había una gasolinera cerrada, un cartel publicitario destrozado para una película de 1990, y un negocio abierto, el cuál era la fuente del tubo neón y el buen olor.

No era un restaurante de comida rápida como había esperado. Era una de esas extrañas tiendas de curiosidades a un lado de la carretera que vende flamencos de césped y los indios de madera y osos pardos de cemento y cosas por el estilo. El edificio principal era un almacén largo, bajo, rodeado por acres de estatuas. La señal de neón arriba de la entrada era imposible para mí leerla, porque si hay algo peor para mi dislexia que el inglés regular, es el inglés en letras cursivas de neón rojo.

Para mí, luce como: ATNYU MES GDERAN GOMEN MEPROUIM.

"¿Qué diablos dice eso?" Pregunté.

"No sé." Annabeth dijo.

Ella ama leer mucho, había olvidado que era disléxica, también.

Grover tradujo: "Tía Em Jardín del Emporio de los Gnomos".

Flanqueando la entrada, como anuncio, había dos gnomos de jardín de cemento, enanos feos barbados, sonriendo y saludando, como si estuvieran a punto de sacárselas una foto.

Crucé la calle, siguiendo el olor de las hamburguesas.

"Oye..." Grover advirtió.

"Las luces están encendidas adentro." Annabeth dijo. "Tal vez está abierto."

"Cafetería." Dije melancólicamente.

"Cafetería." Ella estuvo de acuerdo.

"¿Están los dos locos?" Grover dijo. "Este lugar es extraño."

Le ignoramos.

El lote delantero era un bosque de estatuas: animales de cemento, niños de cemento, incluso a un sátiro de cemento tocando la flauta, que puso la carne de gallina a Grover.

"¡Bla-ha-ha!" Baló. "¡Se parece a mi Tío Ferdinand!"

Nos paramos en la puerta del almacén.

"No toques." Grover imploró. "Huelo a monstruos."

"Tu nariz está obstruida por las Furias." Annabeth le dijo. "Todo lo que huelo es hamburguesas. ¿No estás hambriento?"

"¡Carne!" Dijo desdenosamente. "Soy vegetariano."

"Tu comes enchiladas de queso y latas de aluminio." Le recordé.

"Esas son verduras. Vamos. Salgamos de aquí. Estas estatuas están... mirándome."

Entonces la puerta rechinó al abrirse, y parada en frente de nosotros había una mujer alta del Oriente Medio – al menos, asumí que ella era del Oriente Medio, porque ella usaba un vestido negro largo que cubría todo menos sus manos, y su cabeza estaba cubierta. Sus ojos destellaron detrás de una cortina de gasa negra, pero eso era todo lo que podía distinguir. Sus manos coloreadas de café se veían viejas, pero buena manicura y elegantes, así que imaginé que ella era una abuela que una vez había sido una señora bella.

Su acento sonó vagamente del Oriente Medio, también. Ella dijo. "Niños, es muy tarde para estar solos afuera. ¿Dónde están sus padres?"

"Ellos están... um..." Annabeth comenzó a decir.

"Somos huérfanos." Dije.

"¿Huérfanos?" La mujer dijo. La palabra sonó alienígena en su boca. "¡Pero, mis amores! ¡Seguramente no!"

"Nos quedamos separados de nuestra caravana." Dije. "Nuestra caravana del circo. El director de pista nos dijo que lo encontráramos en la gasolinera si nos perdiéramos, pero él pudo haberse olvidado, o tal vez él quiso decir una gasolinera diferente. De cualquier manera, nos perdimos. ¿Es eso comida lo que hueles?"

"Oh, mis amores." La mujer dijo. "Ustedes deben entrar, pobres niños. Soy la Tía Eme. Vayan directamente a través por la parte trasera del almacén, por favor. Hay un área de comedor."

Le agradecimos y entramos.

Annabeth masculló hacia mí, "¿Caravana del circo?"

"¿Siempre ten una estrategia, correcto?"

"Tu cabeza está llena de alga marina."

El almacén estaba lleno de más estatuas – personas en todas las poses diferentes, llevando puesto todo tipo de trajes diferentes y con expresiones diferentes en sus caras. Pensaba que tendrías que tener un jardín bastante enorme para encajar una de estas estatuas,

porque eran todas de tamaño natural. Pero en su mayor parte, estaba pensando acerca de comida.

Adelante, llámenme un idiota por entrar en la tienda de una señora extraña como ella solamente porque estoy hambriento, pero yo hago cosas impulsivas a veces. Además, tu nunca has oido las hamburguesas de la Tía Eme. El aroma era como gas hilarante en la silla de la clínica dental – hacia que todo lo demás se fuera. Apenas noté los quejidos nerviosos de Grover, o la manera en que los ojos de las estatuas parecían seguirme a mí, o el hecho de que la Tía Eme había cerrado la puerta detrás de nosotros.

Todo por lo que me preocupé era encontrar el área del comedor. Y de seguro, estaba al fondo del almacén, un mostrador de comida rápida con una parrilla, una fuente de sodas, un calentador de Pretzel, y un dispensador de nachos de queso. Todo lo que podrías querer, más algunas mesas de picnic de acero adelante.

"Por favor, siéntense." Dijo la Tía Eme.

"Estupendo." Dije.

"Um." Grover dijo a regañadientes. "No tenemos nada de dinero, señora."

Antes de que le pudiera golpear en las costillas, Tía Eme dijo. "No, no, niños. Nada de dinero. Esto es un caso especial, ¿si? Es mi regalo, para tales agradables huérfanos."

"Gracias, señora." Annabeth dijo.

Tía Eme se puso tensa, como si Annabeth hubiera hecho algo mal, pero luego la anciana se relajo igual de rápido, así que pensé que había sido mi imaginación.

"Muy bien, Annabeth." Ella dijo. "Tienes tan hermosos ojos grises, niña." Sólo más tarde me pregunté cómo supo ella el nombre de Annabeth, si bien nunca nos habíamos presentado.

Nuestra anfitriona desapareció detrás del mostrador de bocadillos y comenzó a cocinar. Antes de que lo supiéramos, ella nos había traído bandejas plásticas acopiadas con hamburguesas dobles de queso, batidos de vainilla, y porciones XXL de papas fritas a la francesa.

Estaba a la mitad de mi hamburguesa antes de recordar de respirar.

Annabeth sorbió su batido.

Grover picó un poco de las papas fritas, y observaba el forro encerado del papel de la bandeja como si él pudiese ir por eso, pero él todavía se veía demasiado nervioso para comer.

"¿Qué es ese ruido de siseo?" Preguntó.

Escuché, pero no oí nada. Annabeth negó con la cabeza.

"¿Siseo?" Tía Eme preguntó. "Quizá escuchas el aceite de la freidora. Tienes oídos agudos, Grover."

"Tomo vitaminas. Para mis oídos."

"Eso es admirable." Dijo ella. "Pero por favor, tranquilo."

La tía Eme no comió nada. Ella no se había sacado su tocado, incluso para cocinar, y ahora ella se sentó adelante y entrelazó sus dedos y nos observaba comer. Era un poco inquietante, tener a alguien clavándose los ojos cuando no le podía ver el rostro, pero me sentía satisfecho tras la hamburguesa, y con un poco de sueño, y pensé que lo mínimo que podría hacer era intentar tener una charla con nuestra anfitriona.

"Entonces, usted vende gnomos." Dije, intentando sonar interesado.

"Oh, si." Tía Eme dijo. "Y animales. Y personas. Cualquier cosa para el jardín. Hechos por encargo. La estatua es muy popular, sabes."

"¿Mucho trabajo en esta vía?"

"Ni tanto, no. Desde que la carretera principal fue construida... la mayoría de autos, no van por aquí ahora. Yo debo apreciar mucho cada cliente que consigo."

Mi cuello sintió hormigueo, como si alguien más me estuviera mirando. Di la vuelta, pero era simplemente una estatua de una jovencita sujetando una canasta de Semana Santa. El detalle era increíble, mucho mejor de lo que uno ve en la mayoría de las estatuas de jardín. Pero algo estaba mal con su cara. Lucía como si ella estuviera alarmada, o incluso aterrada.

"Ah." Tía Eme dijo tristemente. "Notaste que algunas de mis creaciones no salen bien. Están estropeadas. No venden. La cara es lo más difícil para lograr bien. Siempre la cara."

"¿Hace estas estatuas usted misma?" Pregunté.

"Oh, si. Hace un tiempo, tuve a dos hermanas para ayudarme en el negocio, pero han fallecido, y Tía Eme está sola. Tengo sólo mis estatuas. Esto es por qué las hago, veras. Son mi compañía." La tristeza en su voz sonó tan intensa y tan real que no podía evitar sentirme apenado por ella.

Annabeth había dejado de comer. Se sentó hacia delante y dijo.
"¿Dos hermanas?"

"Es una terrible historia." Tía Eme dijo. "No una para niños, realmente. Veras, Annabeth, una mala mujer estaba celosa de mí, hace mucho tiempo, cuando era joven. Tenía un... un novio, sabes, y esta mala mujer estaba decidida a separarnos. Ella causó un terrible accidente. Mis hermanas permanecieron juntas a mí. Compartieron mi mala fortuna tanto como pudieron, pero eventualmente fallecieron. Se desvanecieron. Yo sola he sobrevivido, pero a un precio. Tal precio."

No estaba seguro de lo que ella quiso decir, pero me dio pena por ella. Mis párpados continuaban poniéndose más pesados, mi estómago lleno me hacia adormecer. Pobre anciana. ¿Quién quería lastimar a alguien tan agradable?

"¿Percy?" Annabeth me sacudía para obtener mi atención. "Tal vez deberíamos irnos. Digo, el director de pista estará esperando."

Ella sonó tensa. No estaba seguro por qué. Grover comía el papel encerado fuera de la bandeja ahora,
Pero si Tía Eme encontraba eso extraño, ella no dijo nada.

"Que bellos ojos grises." Tía Eme le dijo a Annabeth otra vez. "Ay, si, ha pasado mucho tiempo desde que he visto ojos grises como esos."

Ella se estiró como si quisiera acariciar la mejilla de Annabeth, pero Annabeth se puso de pie abruptamente.

"Nosotros en realidad deberíamos irnos."

"¡Si!" Grover se tragó su papel encerado y se puso de pie. "¡El director de pista está esperando! ¡Correcto!"

No quería irme. Me sentía lleno y contento. Tía Eme era tan agradable. Quería quedarme con ella un rato.

"Por favor, amores." Tía Eme imploró. "Es tan raro pasar un rato con niños. Antes de que se vayan, ¿al menos se sentarían para una pose?"

"¿Una pose?" Annabeth preguntó previdamente.

"Una foto. Lo usaré para modelar un nuevo set de estatua. Los niños son tan populares, ven. Todo el mundo ama a los niños."

Annabeth desvió su peso de pie a pie. "No pienso que podamos, señora. Vamos, Percy..."

"Claro que podemos." Dije. Estaba irritado con Annabeth por ser tan mandona, tan ruda con una señora mayor quien acababa de alimentarnos gratis. "Es simplemente una foto, Annabeth. ¿Cuál es el daño?"

"Sí, Annabeth." La mujer ronroneó. "Ningún daño."

Podría decir que a Annabeth no le gustó eso, pero ella dejó a Tía Eme llevarnos de regreso afuera por la puerta del frente, hacia el jardín de estatuas.

Tía Eme nos guió a un banco del parque junto al sátiro de piedra. "Ahora." Ella dijo. "Simplemente los posicionare correctamente. La jovencita en el medio, pienso, y los dos jóvenes caballeros a cada lado."

"Poca iluminación para una foto." Comenté.

"Oh, suficiente." Tía Eme dijo. "Suficiente para que nosotros nos veamos el uno al otro, ¿si?"

"¿Dónde está su cámara?" Grover preguntó.

Tía Eme dio un paso atrás, como si admirara la foto. "Ahora, la cara es lo más difícil. ¿Pueden sonreír para mí por favor, todos? ¿Una sonrisa amplia?"

Grover miró hacia el sátiro de cemento junto a él, y habló entre dientes. "Ese seguro luce como el Tío Ferdinand."

"Grover." Tía Eme reprendió. "Mira hacia aquí, amor."

Ella todavía no tenía una cámara en sus manos.

"Percy..." Annabeth dijo.

Algún instinto me advirtió de que escuchara a Annabeth, pero combatía esta sensación de sueño, el confortable momento de calma que venia de la comida y la voz de la señora mayor.

"Sólo será un momento." Tía Eme dijo. "Saben, no los puedo ver muy bien con éste maldito velo...."

"Percy, algo está mal." Annabeth insistió.

"¿Mal?" Tía Eme dijo, estirándose para deshacer la envoltura alrededor de su cabeza. "De ningún modo, querida. Yo tengo tal compañía noble esta noche. ¿Qué puede estar mal?"

"¡Ese es Tío Ferdinand!" Grover jadeó.

"¡Aparten la vista de ella!" Annabeth gritó. Ella golpeó su gorra de los yanquis encima de su cabeza y se desvaneció. Sus manos invisibles empujaron a Grover y a mí fuera del banco.

Estaba en el suelo, mirando los pies con sandalias de Tía Eme.

Podría oír a Grover gateando en una dirección, Annabeth en otra. Pero yo estaba demasiado aturdido para moverme.

Entonces oí un extraño, áspero sonido encima de mí. Mis ojos se elevaron a la altura de las manos de Tía Eme, las cuáles se habían vuelto nudosas y verrugosas, con afiladas garras de bronce como uñas.

Casi miro más alto, pero en alguna parte lejos a mi izquierda Annabeth gritaba. "¡No! ¡No lo hagas!"

Más raspado – el sonido de serpientes diminutas, justo encima de mí, de... de donde la cabeza de Tía Eme estaría.

"¡Corre!" Grover baló. Le oí corriendo a través de la grava, gritando, "¡Maia!" Para arrancar sus zapatillas voladoras.

No podía moverme. Clavé los ojos en las garras nudosas de la Tía Eme, e intenté combatir el trance de aturdimiento que la vieja mujer había puesto sobre mí.

"Una pena destruir una cara joven tan bien parecida." Me dijo apaciguadoramente. "Quédate conmigo, Percy. Todo lo que tienes que hacer es mirar hacia arriba."

Combatí el deseo para obedecer. En lugar de eso miré hacia un lado y vi una de esas esferas de cristal que las personas ponen en los jardines – una esfera reflejante. Podría ver el reflejo oscuro de la Tía Eme en el cristal naranja; su tocado no estaba, revelando su cara como un círculo pálido brillante. Su pelo se movía, contorsionándose como serpientes.

Tía Eme

Tía "M".

¿Cómo podía ser tan estúpido?

Piensa, me dije a mí mismo. ¿Cómo murió Medusa en el mito?

Pero no podría pensar. Algo me dijo que en el mito Medusa había estado dormida cuando ella fue atacada por mi tocayo, Perseus. Ella no estaba ni cerca de estar dormida ahora. Si ella quisiera, ella podría tomar esas garras ahora mismo y remover mi cara.

"La de ojos grises me hizo esto a mí, Percy." Medusa dijo, y ella no sonaba nada como un monstruo. Su voz me invitaba a mirar hacia arriba, para compadecerme con una vieja abuela. "La madre de Annabeth, la maldita Atenea, me convirtió de una mujer hermosa en esto."

"¡No la escuches!" La voz de Annabeth gritó, en alguna parte de la estatua. "¡Corre, Percy!"

"¡Silencio!" Medusa gruñó. Luego su voz se moduló de regreso a un ronroneo reconfortante. "Ves porque debo destruir a la chica, Percy. Ella es la hija de mi enemiga. Aplastaré su estatua haciéndola polvo. Pero tu, querido Percy, no necesitas sufrir."

"No." Murmuré. Intenté hacer que mis piernas se movieran.

"¿Quieres en realidad ayudar a los dioses?" Medusa preguntó. "¿Entiendes que te espera en esta búsqueda tonta, Percy? ¿Qué ocurrirá si alcanzas el inframundo? No seas un peón de los olímpicos, mi amor. Estarías mejor como una estatua. Menos dolor. Menos dolor."

"¡Percy!" Detrás de mí, oí un sonido zumbante, se escuchaba, como un colibrí de doscientas libras en una bajada en picada. Grover gritó. "¡Agáchate!"

Di la vuelta, y allí estaba él en el cielo nocturno, entrando desde las doce con sus zapatillas aladas revoloteando, Grover, sosteniendo una rama de árbol del tamaño de un bate de béisbol. Sus ojos estaban bien cerrados, su cabeza moviéndose de un lado para otro. Él navegaba por oídos y nariz solo.

"¡Agáchate!" Gritó otra vez. "¡Yo la golpearé!"

Eso finalmente me sacudió en la acción. Conociendo a Grover, estaba seguro de que él habrá fallado a Medusa y me golpearía a mí. Me tiré hacia un lado.

¡Un golpe fuerte!

Al principio me imaginé que fue el sonido de Grover golpeando un árbol. Entonces Medusa rugió con ferocidad.

"Miserable sátiro." Gruñó. "¡Te agregaré a mi colección!"

"¡Eso fue por el tío Ferdinand!" Grover gritó en respuesta.

Gateé alejándome y me escondí en la estatua mientras Grover bajó en picado por otra pasada.

¡Zas- un golpe fuerte!

"¡Arrgh!" Medusa gritó, su pelo de serpiente siseando y escupiendo.

Junto a mí, la voz de Annabeth dijo. "¡Percy!"

Me sobresalté tanto que mis pies casi quitan a un gnomo del jardín. "¡Cielos! ¡No hagas eso!"

Annabeth se quitó su gorra de los yanquis y se volvió visible. "Tienes que cortarle la cabeza."

"¿Qué? ¿Estás loca? Salgamos de aquí."

"Medusa es una amenaza. Ella es mala. La mataría yo misma, pero..." Annabeth tragó, como si ella estuviera a punto de hacer una admisión difícil. "Pero tu tienes una mejor arma. Además, yo nunca

me acercaría a ella. Me cortaría en rodajas por mi madre. Tu... tu tienes una oportunidad."

"¿Qué? No puedo..."

"Mira, ¿quieres que ella continúe convirtiendo personas inocentes en estatuas?"

Ella señaló a un par de amantes de estatua, un hombre y una mujer con sus brazos alrededor del otro, vueltos en piedra por el monstruo.

Annabeth agarró una esfera verde reflejante de un pedestal cercano. "Un escudo pulido sería mejor." Ella estudió la esfera críticamente. "La convexidad causará alguna distorsión. El tamaño de la reflexión debería ser menos por un factor de..."

"¿Podrías hablar inglés?"

"¡Lo hago!" Ella me lanzó la esfera de cristal. "Sólo mírala en el cristal. Nunca la mires directamente."

"¡Hey, chicos!" Grover gritó en alguna parte encima nosotros. "¡Creo que ella está inconsciente!"

"¡Rugido!"

"Puede que no." Grover corrigió. Él fue por otro pase con la rama del árbol.

"Apresúrate." Annabeth me dijo. "Grover tiene una gran nariz, pero él eventualmente chocará."

Saqué mi pluma y la destapé. La hoja de bronce de Contracorriente se expandió en mi mano.

Seguí el siseo y escupir del pelo de Medusa.

Mantuve mis ojos fijos en la esfera reflejante así sólo vislumbraría el reflejo de Medusa, no la cosa real. Entonces, en el cristal teñido de verde, la vi.

Grover venía por otra vuelta con el bate, pero esta vez él voló un poco demasiado bajo. Medusa agarró el palo y lo empujó fuera de curso. Él dio vueltas a través del aire y chocó violentamente contra los brazos de un oso pardo de piedra con un doloroso "¡Ummph!"

Medusa estaba a punto de lanzarse sobre él cuando grité. "¡Hey!"

Me acerqué a ella, lo cual no fue fácil, sujetando una espada y una esfera de cristal. Si ella cargara, tendría mucho trabajo defendiéndome.

Pero ella me dejó acercarme – veinte pies, diez pies.

Podría ver el reflejo de su rostro ahora. Sin duda alguna no era en realidad tan fea. La forma verde espiral de la esfera reflejante debía de estar distorsionándola, haciéndola verse peor.

"No dañarías a una mujer vieja, Percy." Ella canturreó. "Sé que no lo harías."

Vacilé, fascinado por la cara que vi reflejada en el cristal – los ojos que parecían quemar directamente a través de la tinta verde, haciendo mis brazos más débiles.

Desde el oso pardo de cemento, Grover gimió. "¡Percy, no la escuches!"

Medusa rió. "Demasiado tarde."

Ella se lanzó sobre mí con sus garras.

Acuchillé hacia arriba con mi espada, oí un repugnante ishlock! Entonces un siseo como viento apresurándose a salir de una caverna – el sonido de un monstruo desintegrándose.

Algo se cayó al suelo junto a mi pie. Tomó toda mi fuerza de voluntad no mirar. Podía sentir sangre caliente remojar mi calcetín, pequeñas cabezas de serpientes agonizantes tirando de mis cordones de los zapatos.

"Oh, que asco." Grover dijo. Sus ojos estaban todavía cerrados fuertemente, pero supongo que él podía oír la cosa gorjeando y humeando. "Mega-asco."

Annabeth vino junto a mí, sus ojos fijos en el cielo. Ella sujetaba el velo negro de Medusa. Ella dijo. "No se muevan."

Muy, muy cuidadosamente, sin mirar hacia abajo, ella se arrodilló y cubrió la cabeza del monstruo con la tela negra, luego lo levantó. Estaba todavía goteando jugo verde.

"¿Estás bien?" Ella me preguntó, su voz temblaba.

"Sí." Decidí, aunque sentí ganas de vomitar mi hamburguesa doble de queso. "¿Por qué no... por qué no se evaporó la cabeza?"

"Una vez que la cortaste, se convierte en un botín de guerra." Dijo ella. "Tal como tu cuerno del Minotauro. Pero no desenvuelvas la cabeza. Todavía te puede petrificar."

Grover gimió al bajar de la estatua del oso. Él tenía un gran golpe en la frente. Su gorra rastafari verde colgaba de uno de sus cuernos pequeños de cabra, y sus pies falsos habían sido sacados de sus pezuñas. Los zapatos mágicos volaban sin rumbo fijo alrededor de su cabeza.

"El Barón Rojo." Dije. "Buen trabajo, hombre."

Él manejó una tímida sonrisa. "Eso realmente no fue divertido, sin embargo. Bien, la parte de golpearla a ella con un palo, esa fue divertida. ¿Pero chocar violentamente contra un oso en concreto? No divertido."

Él atrapó sus zapatos en el aire. Yo recubrí mi espada. Juntos, nosotros tres tropezamos de regreso al almacén.

Encontramos algunas viejas bolsas plásticas de comestibles detrás del mostrador de bocadillos y envolvimos doblemente la cabeza de Medusa. Nos tiramos en la mesa donde habíamos cenado y sentado alrededor, demasiado exhaustos para hablar.

Finalmente dije. "¿Así es que tenemos que agradecerle a Atenea por este monstruo?"

Annabeth me relampagueó una mirada irritada. "Tu papá, en realidad. ¿No lo recuerdas? Medusa era la novia de Poseidón. Decidieron reunirse en el templo de mi madre. Por eso Atenea la convirtió en un monstruo. Medusa y sus dos hermanas quienes la habían ayudado a meterse en el templo, se convirtieron en las tres gorgonas. Por eso es que Medusa quiso cortarme en rodajas, pero ella quería conservarte como una bonita estatua. Ella está todavía enamorada de tu papá. Tu probablemente le recordabas a él."

Mi cara se incendiaba. "Oh, conque ahora es mi culpa que nos encontráramos con Medusa."

Annabeth se enderezó. En una mala imitación de mi voz, ella dijo:
"Es simplemente una foto, Annabeth.
¿Cuál es el daño?"

"Olvídalo." Dije. "Eres imposible."

"Tu eres insufrible."

"Tu eres..."

"¡Hey!" Grover interrumpió. "Ustedes dos me están dando una migraña, y los sátiros ni siquiera tienen migrañas. ¿Qué vamos a hacer con la cabeza?"

Clavé los ojos en la cosa. Una pequeña serpiente estaba colgando de un hueco en el plástico. Las palabras impresas a un lado de la bolsa decían: ¡APRECIAMOS SU COMPRA!

Estaba enojado, no sólo con Annabeth o su mamá, sino con todos los dioses por toda esta búsqueda, por sacarnos fuera de rumbo y dentro de dos peleas grandes el primer día fuera del campamento. A este paso, nunca lograríamos llegar a Los Ángeles vivos, mucho menos antes del solsticio de verano.

¿Qué fue lo que Medusa dijo?

No seas un peón de los olímpicos, mi amor. Estarías mejor como una estatua.

Me levanté. "Regresaré."

"Percy." Annabeth me llamó. "¿Qué estás...?"

Busqué en la parte trasera del almacén hasta que encontré la oficina de Medusa. Su libro de cuentas mostraba sus seis ventas más recientes, todos enviados al inframundo para decorar el jardín de Hades y Perséfone. Según una cuenta de transporte, la dirección de cobro del inframundo era Estudios de Grabación DOA, Hollywood Oeste, California. Plegué la cuenta y la metí en mi bolsillo.

En la caja registradora encontré veinte dólares, algunas dracmas de oro, y algunas notas de empaque para Expreso Nocturno Hermes, cada una con una bolsa pequeña de cuero para colocar monedas. Rebusqué alrededor del resto de la oficina hasta que encontré una caja del tamaño correcto.

Regresé a la mesa de picnic, recogí la cabeza de Medusa, y llené una nota de envío:

Los Dioses
Monte Olimpo
Piso 600,
Edificio Empire State
Nueva York, Nueva York

Con deseos de felicidad,
PERCY JACKSON

"No va a gustarles eso." Grover advirtió. "Pensarán que eres impertinente."

Coloqué algunos dracmas de oro en la bolsa. Tan pronto como lo cerré, hubo un sonido como de una caja registradora. El paquete flotó fuera de la mesa y desapareció con un ipop!

"Soy impertinente." Dije.

Miré a Annabeth, desafiándola a que me criticara.

Ella no lo hizo. Ella pareció resignada por el hecho de que tengo un talento para enfurecer a los dioses. "Vamos." Ella masculló.
"Necesitamos un plan nuevo."

CAPITULO 12

CAPITULO12

.Traducido por Jen Masen.

RECIBIMOS CONSEJO DE UN CANICHE

Estábamos muy mal esa noche.

Acampamos en el bosque, a unas cien yardas de la carretera principal, en un claro pantanoso del bosque que los niños de la localidad habían usado obviamente para fiestas. El suelo estaba lleno de latas de refresco aplastadas y envoltorios de comida rápida.

Habíamos tomado un poco de comida y algunas mantas de la Tía Eme, pero no nos atrevíamos a encender un fuego para secar la ropa húmeda. Las Furias y Medusa habían proporcionado suficiente emoción por un día. No queríamos atraer otra cosa.

Decidimos dormir por turnos. Me ofrecí para tomar la primera guardia.

Annabeth se acurrucó en las mantas y estaba roncando tan pronto como su cabeza golpeó el suelo. Grover se agitó con sus zapatos alados a la rama menor de un árbol, puso su espalda en el tronco, y se quedó mirando el cielo nocturno.

"Adelante, duerme." le dije. "Te despertaré si hay problemas."

Él asintió con la cabeza, pero no cerró todavía sus ojos. "Me entristece, Percy."

"¿Qué? ¿El hecho de que te registraste en esta estúpida búsqueda?"

"No. Esto me pone triste." Señaló a toda la basura en el suelo. "Y el cielo. No puedes incluso ver las estrellas. Han contaminado el cielo. Este es un momento terrible para ser un sátiro."

"Oh, sí. Supongo que serías un ecologista."

Me miró. "Sólo un humano no lo sería. Tu especie está destruyendo el mundo tan rápido...ah, no importa. Es inútil dar lecciones a un humano. Al ritmo que van las cosas, nunca encontraré a Pan."

"¿Pan? ¿Igual que el spray para cocinar?"

"¡Pan!" exclamó indignado. "P-A-N. ¡El gran dios Pan! ¿Para qué crees que quiero una licencia de investigador?"

Un viento extraño se movía a través del claro, de manera temporal el hedor de la basura y suciedad se hizo abrumador. Trajo el olor de las bayas y flores silvestres y del agua de lluvia limpia, las cosas que podrían haber estado una vez en estos bosques. De repente estaba nostálgico por algo que nunca había conocido.

"Háblame de la búsqueda." le dije.

Grover me miró con cautela, como si temiera que yo estuviera haciéndome el divertido. "El Dios de los lugares salvajes desapareció hace dos mil años." me dijo. "Un marinero de la costa de Éfeso escuchó una voz misteriosa gritando desde la orilla, '¡Diles que el gran dios Pan ha muerto!' Cuando los humanos escucharon la noticia, lo creyeron. Ellos han estado saqueando el reino de Pan desde entonces. Pero para los sátiros, Pan fue nuestro Señor y Maestro. Él nos protegió y a los lugares salvajes de la tierra. Nos negamos a creer que murió. En cada generación, el más valiente de los sátiros compromete su vida a encontrar a Pan. Ellos buscan la tierra, explorando todos los lugares más salvajes, esperando encontrar dónde está escondido, y despertarlo de su sueño."

"Y tú quieres ser un buscador."

"Es el sueño de mi vida." dijo. "Mi padre era un buscador. Y mi tío Ferdinand...la estatua que viste allí..."

"Oh, bien, lo siento."

Grover sacudió la cabeza. "El Tío Ferdinand conocía los riesgos. Lo mismo hizo mi padre. Pero voy a tener éxito. Yo seré el primer buscador en regresar con vida."

"Espera... ¿el primero?"

Grover tomó su flauta de su bolsillo. "Ningún buscador ha regresado

jamás. Una vez establecidos, desaparecen. Nunca son vistos con vida de nuevo."

"¿Ni una sola vez en dos mil años?"

"No."

"¿Y tu papá? ¿No tienes idea de lo que pasó con él? "

"Ninguna."

"Pero todavía quieres ir." Le dije, sorprendido. "Quiero decir, ¿realmente crees que vas a ser el que encuentre a Pan?"

"Tengo que creer eso, Percy. Cada buscador lo hace. Es lo único que nos mantiene de la desesperación cuando vemos lo que los humanos han hecho al mundo. Tengo que creer que Pan todavía puede ser despertado."

Me quedé mirando la niebla de color naranja del cielo y traté de entender cómo Grover podría perseguir un sueño que parecía tan desesperado. Por otra parte, ¿yo era mejor?

"¿Cómo vamos a entrar en el Inframundo?" Le pregunté. "Quiero decir, ¿qué posibilidades tenemos contra un dios?"

"No sé." admitió. "Pero de regreso a Medusa, cuando estabas buscando su oficina. Annabeth estaba diciéndome..."

"Oh, olvidé. Annabeth tendrá un plan todo resuelto."

"No seas tan duro con ella, Percy. Ella ha tenido una vida dura, pero es una buena persona. Después de todo, ella me perdonó...." Su voz se quebró.

"¿Qué quieres decir?" Le pregunté. "¿Te perdonó por qué?"

De repente, Grover parecía muy interesado en tocar notas en su flauta.

"Espera un minuto," dije. "Tu primer trabajo guardián fue hace cinco años. Annabeth ha estado en el campamento cinco años. Ella no...quiero decir, tu primera tarea que hiciste mal..."

"No puedo hablar de ello." dijo Grover, y su tembloroso labio inferior sugirió que él se echaría a llorar si lo presionaba. "Pero como decía, de vuelta a Medusa, Annabeth y yo coincidimos en que algo extraño está pasando con esta búsqueda. Algo no es lo que parece."

"Bueno, duh. Estoy siendo acusado de robar un rayo que Hades tomó."

"Eso no es lo que quiero decir." dijo Grover. "Las Fur... las Benévolas eran un tipo de contenedor. Al igual que la Sra. Dodds en la Academia Yancy... ¿Por qué se esperó tanto para tratar de matarte? Luego en el autobús, ellas no fueron tan agresivas como podrían haber sido."

"Ellas parecían bastantes agresivas para mí."

Grover sacudió la cabeza. "Ellas nos estaban gritando a nosotros: '¿Dónde está? ¿Dónde?'"

"Preguntando acerca de mí." dije.

"Tal vez... pero Annabeth y yo, a ambos nos dio la sensación de que no estaban preguntando por una persona. Dijeron: '¿Dónde está?' Parecían estar preguntando acerca de un objeto."

"Eso no tiene sentido."

"Lo sé. Pero si hemos entendido algo acerca de esta búsqueda, y sólo tenemos nueve días para encontrar el rayo maestro...." Me miró como si estuviera esperando respuestas, pero yo no tenía ninguna.

Pensé en lo que Medusa había dicho: que estaba siendo utilizado por los dioses. Lo que me esperaba era peor que la petrificación. "No he estado con vosotros" Le dije a Grover. "No me importa el rayo maestro. Estuve de acuerdo en ir al inframundo para poder traer a mi madre."

Grover sopló una nota suave en su flauta. "Lo sé, Percy. ¿Pero estás seguro de que esa es la única razón?"

"No lo estoy haciendo para ayudar a mi padre. Él no se preocupa por mí. Yo no me preocupo por él."

Grover miró abajo desde su rama del árbol. "Mira, Percy, no soy tan inteligente como Annabeth. No soy tan valiente como tú. Pero yo soy bastante bueno leyendo las emociones. Estás contento de que tu

padre está vivo. Sientes bien que te haya reclamado, y parte de ti quiere hacerlo sentir orgulloso. Es por eso que enviaste la cabeza de Medusa al Olimpo. Querías que observara lo que habías hecho. "

"¿Si? Bueno tal vez las emociones de los sátiros trabajan de manera diferente a las emociones humanas. Porque estás equivocado. No me importa lo que él piensa."

Grover puso los pies en la rama. "Está bien, Percy. Lo que sea."

"Además, no he hecho alarde que valga la pena. Apenas salimos de Nueva York y estamos atrapados aquí, sin dinero y sin camino al oeste."

Grover miró al cielo de la noche, como si estuviera pensando en ese problema. "¿Qué tal si tomo la primera guardia, huh? Deberías dormir un poco."

Quise protestar, pero él comenzó a tocar Mozart, suave y dulce, y me volví, mi ojos ardiendo. Después de unos compases de concierto para piano nº 12, me quedé dormido.

En mis sueños, me encontraba en una cueva oscura antes de una fosa abierta. Criaturas neblinosas grises batidas todas a mi alrededor, susurrando trapos de humo que de algún modo supe eran los espíritus de los muertos.

Tiraron de mi ropa, intentando tirar de mí hacia atrás, pero me sentí obligado a caminar hacia el borde mismo del abismo.

Mirando hacia abajo, me mareaba.

El hoyo se abría tan amplio y tan completamente negro, yo sabía que debía ser sin fondo. Sin embargo, yo tenía la sensación de que algo estaba tratando de salir del abismo, algo enorme y malo.

El pequeño héroe, una voz divertida resonó lejos en la oscuridad. Demasiado débil, demasiado joven, pero tal vez lo hará.

La voz se sentía antigua...fría y pesada. Envuelta a mí alrededor como hojas de plomo.

Ellos te han engañado, muchacho, dijo. Haz un trueque conmigo. Te daré lo que quieras.

Una idea brillante se cernía sobre el vacío: mi madre, congelada en el momento en que se había disuelto en una lluvia de oro. Su cara estaba deformada por el dolor, como si el Minotauro siguiera

apretando su cuello. Sus ojos me miraron fijamente, rogando: ¡Vete!

Traté de gritar, pero mi voz no iba a funcionar.

Una fría risa se hizo eco del profundo vacío.

Una fuerza invisible me empujó hacia adelante. Me arrastraría en el pozo a menos que me mantuviera firme.

Ayúdame a subir, muchacho. La voz se hizo más hambrienta. Tráeme el rayo. ¡Asesta un golpe contra los dioses traidores!

Los espíritus de los muertos susurraron a mí alrededor, ¡No! ¡Despierta!

La imagen de mi madre comenzó a desvanecerse. La cosa en el hoyo estrechó el cerco invisible que me rodeaba. Me di cuenta que no estaba interesado en empujarme. Me estaba usando para sacarse a sí mismo.

Bueno, murmuró. Bueno.

¡Despierta! Los muertos murmuraban. ¡Despierta!

Alguien me sacudía.

Mis ojos se abrieron, y era de día.

“Bueno.” Annabeth dijo, “el zombie vive.”

Yo estaba temblando del sueño. Todavía podía sentir las garras del monstruo del abismo alrededor de mi pecho. “¿Cuánto tiempo estuve dormido?”

“Lo suficiente para mí, para preparar el desayuno.” Annabeth me arrojó una bolsa de Nachos con sabor a maíz del bar de la tía Eme. “Y Grover estuvo explorando. Mira, se encontró con un amigo.”

Mis ojos tenían problemas para concentrarse.

Grover estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una manta con algo difuso en su regazo, un sucio animal de peluche de color rosa, no natural.

No. No era un animal de peluche. Era un caniche de color rosa.

El caniche me ladró con recelo. Grover dijo: “No, no lo es.”

Parpadeé. "¿Estás... hablando con esa cosa?"

El caniche gruñó.

"Esta cosa," Grover advirtió, "es nuestra entrada al oeste. Sé amable con él."

"¿Puedes hablar con los animales?"

Grover ignoró la pregunta. "Percy, conoce a Gladiola. Gladiola, Percy."

Me quedé mirando a Annabeth, pensando que estaría nerviosa en esta broma pesada que estaban jugando conmigo, pero se veía muy seria.

"No le diré hola a un caniche rosa." le dije. "Olvídalos."

"Percy." Annabeth dijo. "Yo saludé al caniche. Saluda al caniche."

El caniche gruñó.

Saludé.

Grover, explicó que había llegado a través de Gladiola en el bosque y habían entablado una conversación. El caniche se había escapado de una familia rica, quien había fijado una recompensa de 200 dólares por su regreso. Gladiola realmente no quería volver con su familia, pero estaba dispuesta si eso significaba ayudar a Grover.

"¿Cómo sabe Gladiola sobre la recompensa?" Le pregunté.

"Lee los signos." dijo Grover. "Duh."

"Por supuesto." dije. "Tonto de mí."

"Así que regresemos a Gladiola." Annabeth explicó con su mejor voz de estrategia. "Obtenemos dinero, y compramos los billetes para Los Ángeles. Simple."

Pensé en mi sueño...el murmullo de las voces de los muertos, la cosa en el abismo, y el rostro de mi madre, brillando mientras se disolvía en oro. Todo lo que me podía estar esperando en el Oeste.

"No otro autobús." dije con cautela.

"No." Annabeth estuvo de acuerdo.

Ella señaló hacia abajo, hacia la vías del tren que no había sido capaz de ver anoche en la oscuridad. "Hay una estación de Amtrak de media milla en ese camino. De acuerdo con Gladiola, el tren hacia el oeste se va al mediodía."

CAPITULO 13

CAPITULO13

ME SUMERJO A MI MUERTE

Pasamos dos días en el tren desde Amtrak, dirigiéndonos hacia el oeste a través de las colinas, sobre ríos, pasando ondas de granos color ámbar.

No fuimos atacados ni una vez, pero no me relajé. Sentí que estábamos viajando dentro de una vitrina, siendo observados por algo desde arriba y quizás desde abajo. Ese algo estaba esperando la oportunidad adecuada.

Traté de mantener un bajo perfil porque mi nombre y foto estaban esparcidos en las primeras páginas de varios periódicos de la Costa Este. El Treton Registres-News mostraba una foto tomada por un turista mientras yo me bajaba del autobús Greyhound. Tenía una mirada salvaje en mis ojos. Mi espada era un borrón metálico en mis manos. Quizás había sido un bate de beisbol o un palo de lacrosse.

La leyenda de la foto decía:

Percy Jackson de doce años, buscado para ser interrogado por la desaparición de su madre en Long Island hace dos semanas, se muestra aquí saliendo del autobús donde acosó varias pasajeras de edad madura. El autobús explotó en una carretera al este de Nueva Jersey poco después que Jackson huyera de la escena. Basado en relatos de testigos visuales, la policía cree que el chico puede estar viajando con dos cómplices adolescentes. Su padrastro, Gabe Ugliano, ha ofrecido recompensa por información que conduzca a su captura.

"No te preocupes." me dijo Annabeth. "La policía mortal nunca nos encontrará." Pero no sonaba segura.

El resto del día lo pasé alternativamente paseándome por el tren (porque me costaba mucho quedarme quieto) o mirando por las ventanas.

Una vez, divisé una familia de centauros galopando a través de un campo de trigo, los arcos listos, y cazaban el almuerzo. El pequeño chico centauro, que tenía el tamaño de un pony de segundo grado, captó mi mirada y saludó. Miré a los otros pasajeros, pero nadie más lo había notado. Los pasajeros adultos todos tenían sus rostros enterrados en portátiles o revistas.

En otra ocasión, hacia el atardecer, vi algo grande moviéndose a través de los bosques. Podría haber jurado que era un león, excepto que los leones salvajes no viven en América, y esta cosa era del tamaño de un Hummer. Su pelaje dorado brillaba con la luz del atardecer. Luego saltó entre los árboles y desapareció.

Nuestro dinero de recompensa por devolver a Gladiola solo había sido suficiente para comprar los tickets hasta Denver. No pudimos conseguir plazas en los coches camas, así que dormimos en nuestros asientos. Mi cuello se puso rígido. Traté de no babear durmiendo ya que Annabeth estaba sentada junto a mí.

Grover siguió roncando y gimiendo y despertándose. Una vez se dio la vuelta y su pie falso cayó, Annabeth y yo tuvimos que colocarlo de nuevo antes de que los otros pasajeros lo notaran.

"Así que." me preguntó Annabeth, una vez que hubimos reajustado las zapatillas de Grover. "¿Quien quiere tu ayuda?"

"¿Que quieres decir?"

"Cuando estabas dormido hace rato, murmuraste, 'No te ayudaré.' ¿Con quien soñabas?"

Yo estaba renuente a decir nada. Era la segunda vez que soñaba con la voz malvada de la fosa. Pero me molestaba tanto que finalmente le conté.

Annabeth se quedó callada un largo rato. "Eso no suena como Hades. Él siempre aparece en un trono negro, y nunca se ríe."

"Él me ofreció a mi madre como comercio. ¿Quien más podría haber hecho eso?"

"Supongo...si él quería decir, 'Ayúdame a levantar el inframundo.' Si él quería guerra con los Olímpicos. ¿Pero por qué pedirte que le lleves el rayo maestro si ya lo tiene?"

Sacudí mi cabeza, deseando saber la respuesta. Pensé en lo que Grover me había dicho, que las Furias en el autobús parecían estar buscando algo. ¿Dónde está? ¿Donde?

Quizás Grover sentía mis emociones. Resopló en medio de su sueño, murmuró algo sobre vegetales, y volteó su cabeza.

Annabeth reajustó su gorra de modo que cubriera sus cuernos. "Percy, no puedes comerciar con Hades. ¿Lo sabes, verdad? Él es falso, cruel y codicioso. No me importa si sus Benévolas no fueron tan agresivas esta vez."

"¿Está vez?" pregunté. "¿Quieres decir que te has encontrado con ellas antes?"

Su mano se deslizó hasta su collar. Tocó una perla vidriada con la imagen de un pino, una de sus cuentas de arcilla de final del verano. "Solo digamos que no le guardo aprecio al señor de la muerte. Puedes estar tentado a hacer un trato por tu mamá."

"¿Que harías si fuera tu papá?"

"Eso es fácil." dijo ella. "Lo dejaría que se pudriera."

"¿Hablas en serio?"

Los ojos grises de Annabeth se fijaron en mí. Llevaba la misma expresión que tenía en el bosque del campamento, en el momento que dirigió su espada contra el perro del infierno. "Mi papá me odiaba desde que nací, Percy." dijo ella. "Él nunca quiso un bebé. Cuando me tuvo, le pidió a Atenea que me llevara de regreso al Olimpo porque él estaba muy ocupado con su trabajo. Ella no estaba feliz con eso. Ella le dijo que los héroes debían ser criados por su padre mortal."

"Pero como...quiero decir, supongo que no naciste en un hospital..."

"Aparecí en la entrada de mi padre, en una cuna dorada, cargada desde el Olimpo por Céfiro el viento del oeste. ¿Creerías que mi padre recordaría eso como un milagro, no? Como, que quizás debería haber tomado algunas fotos digitales o algo. Pero él siempre hablaba de mi llegada como si fuera la cosa más inconveniente que jamás le había sucedido. Cuando yo tenía cinco él se casó y se olvidó completamente de Atenea. Él obtuvo una vida mortal 'normal', y tuvo dos niños mortales 'normales', y trató de pretender que yo no existía.

Me quedé viendo por la ventana del tren. La luces de una ciudad a

punto de dormir. Quería hacer sentir mejor a Annabeth, pero no sabía cómo.

"Mi mamá se casó con un tipo en verdad horrible." le dije. "Grover dijo que lo hizo para protegerme, para esconderme en la esencia de una familia humana. Quizás eso es lo que tu papá estaba pensando."

Annabeth siguió sacudiendo su collar. Estaba apretando el anillo de oro que colgaba del conjunto de cuentas. Se me ocurrió que el anillo quizás sería de su padre. Me pregunté por qué lo usaba si lo odiaba tanto.

"Yo no le importaba." dijo ella. "Su esposa -mi madrastra- me trataba como a un fenómeno. No me dejaba jugar con los niños. Mi papá se puso de su lado. Cuando algo peligroso sucedía- tú sabes, algo con monstruos- los dos me miraban con resentimiento, como, 'Como te atreves a poner a nuestra familia en riesgo.' Finalmente agarré la señal. Yo no era querida. Huí."

"¿Cuantos años tenías?"

"La misma edad de cuando empecé el campamento. Siete."

"Pero... no pudiste haber recorrido todo el camino al campamento de los mestizos sola."

"No, sola no. Atenea me cuidaba, me guiaba ayudándome. Hice un par de amigos inesperados que se hicieron cargo de mi por un corto tiempo."

Quería preguntar qué sucedió, pero Annabeth parecía perdida en sus tristes recuerdos. Así que escuché el sonido de los ronquidos de Grover mirando por más ventanas del tren mientras los oscuros campos de Ohio pasaban.

Hacia el final de nuestro Segundo día en el tren, el 13 de junio, ocho días antes del solsticio de verano, pasamos a través de las colinas doradas y sobre el río Mississippi en San Luis. Annabeth estiró el cuello para ver el Arco de Gateway, que para mí lucía como una gran bolsa de compras pegada a la ciudad.

"Quiero hacer eso." susurró ella.

"¿Que?" pregunté.

"Construir algo como eso. ¿Has visto el Partenón alguna vez, Percy?"

"Solo en fotos."

"Algún día, voy a verlo en persona. Voy a construir el monumento a los dioses, más grande de todos. Algo que va a durar mil años."

Me reí. "¿Tú? ¿Una arquitecta?"

No sé por qué pero lo encontré gracioso. La sola idea de tratar que Annabeth se sentara tranquila y dibujara todo el día.

Sus mejillas se sonrojaron. "Si, una arquitecta. Atenea espera que sus hijos creen cosas, no solo las destruyan, como cierto dios de los terremotos que podría mencionar."

Observé el agua parda agitada del Mississippi debajo.

"Lo siento." Annabeth dijo. "Eso fue malvado."

"¿Podemos trabajar juntos un poco?" Supliqué. "¿Quiero decir, no cooperaban Atenea y Poseidón?"

Annabeth tuvo que pensar en ello. "Supongo... el carroaje." dijo ella pensativamente. "Mi madre lo inventó, pero Poseidón creó los caballos de las crestas de las olas. Así que tuvieron que trabajar juntos para completarlo."

"Entonces, ¿nosotros podemos cooperar también, verdad?"

Entramos en la ciudad. Annabeth observó como el Arco desaparecía detrás del hotel.

"Supongo." dijo ella al final.

Nos metimos en la estación del centro de Amtrak. El intercomunicador nos dijo que tendríamos una parada temporal de tres horas antes de partir hacia Denver.

Grover se estiró. Antes de que estuviera completamente despierto, dijo "Comida."

"Vamos, chico cabra." dijo Annabeth. "Turismo."

"¿Turismo?"

"El Arco Gateway." dijo ella. "Esta podría ser mi única oportunidad de

subir a la cima. ¿Venís o no?"

Grover y yo intercambiamos miradas.

Quería decir no, pero me imagine que si Annabeth iba, no haríamos bien dejándola sola.

Grover se encogió de hombros. "Mientras haya un bar sin monstruos."

El Arco estaba como a una milla de la estación del tren. A final del día las colas para entrar no eran tan largas. Hicimos nuestro camino hacia el museo subterráneo, mirando vagones cubiertos y otra basura del siglo XVIII. No era tan interesante, pero Annabeth seguía contándonos hechos interesantes acerca de cómo fue construido el arco, y Grover continuó pasándome caramelos de goma, así que estaba bien.

Seguí mirando alrededor, a las otras personas en la línea. "¿Hueles algo?" Le murmuré a Grover.

Él sacó su nariz de los caramelos de goma lo suficiente para oler. "Subterráneo." dijo con disgusto. "El aire del metro siempre huele a monstruos. Probablemente no significa nada."

Pero para mí algo se sentía mal. Tenía la sensación de que no deberíamos estar ahí.

"Chicos." dije. "¿Conocen los símbolos de poder de los dioses?"

Annabeth estaba en el medio de una lectura sobre el equipo de construcción usado para construir el Arco, pero levantó la mirada.

"¿Sí?"

"Bueno, Hades..."

Grover se aclaró la garganta. "Estamos en un lugar público... ¿quieres decir nuestros amigos escaleras abajo?"

"Um, correcto." dije. "Nuestro amigo allá abajo. ¿No tiene un sombrero como el de Annabeth?"

"Te refieres al Yelmo de la Oscuridad." dijo Annabeth. "Si, ese es su símbolo de poder. Lo vi junto a su asiento durante la reunión del consejo en el solsticio de invierno."

"¿Estaba él ahí?" pregunté.

Ella asintió. "Es el único momento en que se le permite visitar el Olimpo, el día más oscuro del año. Pero su yelmo es mucho más poderoso que mi sombrero de invisibilidad, si lo que oído es verdad..."

"Le permite convertirse en oscuridad." confirmó Grover. "Puede derretir las sombras o atravesar las paredes. No puede ser tocado, o visto, o oido. Y puede irradiar un miedo tan intenso que puede volverte loco o detener tu corazón. ¿Por qué crees que todas las criaturas racionales le temen a la oscuridad?"

"Pero entonces... ¿cómo sabemos que él no está aquí ahora, observándonos?" pregunté a Annabeth y Grover intercambiaron miradas.

"No lo sabemos." dijo Grover.

"Gracias, eso me hace sentir mucho mejor." dije. "¿Queda algún caramelo de goma?"

Casi me habían dominado los nervios cuando vi el pequeño ascensor por el que íbamos a subir al tope del Arco, y supe que estaba en problemas. Odio los espacios confinados. Me vuelven loco.

Nos metimos con esta señora gorda y su perro, un chihuahua con un collar de imitación de diamantes. Me supuse que el perro era un chihuahua lazillo. Porque ninguno de los guardias dijo nada.

Empezamos a subir, dentro del Arco. Nunca había estado en un ascensor que fuera en línea curva, y mi estómago no estaba muy feliz por eso.

"¿Sin padres?" nos preguntó la señora gorda.

Ella tenía los ojos pequeños y puntiagudos, dientes manchados de café; un sombrero de mezclilla, y un vestido de tela vaquera que sobresalía mucho, ella lucía como un dirigible de vaquero.

"Están abajo." le dijo Annabeth. "Miedo a las alturas."

"Oh, pobres dulzuras."

El chihuahua gruñó. La mujer dijo. "Ahora, Ahora, Sonny. Compórtate." El perro tenía ojos brillantes como su dueña,

inteligentes y viciosos.

Yo dije. "Sonny. ¿Es ese su nombre?"

"No." me dijo la señora.

Ella sonrió como si eso aclarara todo.

En la cima del arco, la plataforma de observación me recordó a una lata de estaño con moqueta. Las filas de pequeñas ventanas daban a la ciudad en un lado y al río en la otra. La vista estaba bien, pero si hay algo que me guste menos que un espacio confinado, es un espacio confinado de seiscientos pies en el aire. Estaba listo para irme bastante rápido.

Annabeth siguió hablando sobre los soportes estructurales, y de cómo ella habría hecho las ventanas más grandes, y diseñado una vista a través del piso. Ella probablemente podría haberse quedado allí arriba por horas, pero por suerte para mí el guardia del parque anunció que la plataforma de observación se cerraría en unos minutos.

Dirigí a Grover y Annabeth hacia la salida, llevándolos dentro del elevador, y estaba a punto de meterme cuando me di cuenta que ya había otros dos turistas adentro. No había espacio para mí.

El guardia del parque dijo "En el próximo, señor."

"Saldremos." dijo Annabeth. "Esperaremos contigo."

Pero eso iba a enredar a todo el mundo y tomaría más tiempo, así que dije "No, está bien. Los veré abajo."

Grover y Annabeth lucían nerviosos, pero dejaron que la puerta del ascensor se deslizara y se cerrara. Su elevador desapareció por la rampa.

Ahora los únicos que quedaban en la plataforma de observación éramos yo, un niño pequeño con sus padres, el guardia del parque, y la señora gorda con su chihuahua.

Le sonréí incómodo a la señora gorda. Su lengua bífida oscilaba entre sus dientes.

Espera un minuto.

¿Lengua bífida?

Antes de que pudiera decidir si en verdad había visto eso, su chihuahua saltó y empezó a ladrarme.

"Ahora no. Ahora no Sonny." dijo la señora. "¿Parece este un buen momento? Tenemos todas estas buenas personas aquí."

"¡Perrito!" dijo el niño pequeño. "¡Mira, un perrito!"

Sus padres tiraron de él.

El chihuahua me mostró sus dientes, la espuma goteaba de sus labios negros. "Bueno, Son." la señora gorda suspiró. "Si tu insistes."

Hielo comenzó a formarse en mi estómago. "Umm, ¿Acaba de llamar al chihuahua Son?"

*Son en inglés es hijo y Sonny significaría hijito.

"Querido es Quimera." Me corrigió la señora gorda. "No un es chihuahua. Es fácil equivocarse."

Ella enrolló sus mangas de mezclilla, revelando que la piel de sus brazos era escamosa y verde.

Cuando sonrió, vi que sus dientes eran colmillos. Las pupilas de sus ojos eran rendijas, como las de los reptiles.

El chihuahua ladró más fuerte, y con cada ladrido, crecía. Primero al tamaño de un doberman, luego al de un león. El ladrido se convirtió en un rugido.

El niño pequeño gritó. Sus padres tiraron de él hacia la salida. Directos hacia donde el guardia del parque estaba parado, quien se quedó allí, paralizado, mirando boquiabierto al monstruo.

Quimera era tan alto que su espalda rozaba el techo. Tenía la cabeza de un león con una melena cubierta de sangre, el cuerpo y las patas de una cabra gigante, y la cola de una serpiente, de diez metros de largo sobresaliendo mucho detrás de su dueño tras de él. El collar de perro aún colgaba de su cuello, y por el tamaño de la placa ahora era fácil de leer: QUIMERA-RABIOSO, ALIENTO DE FUEGO- VENENOSO- SI LO ENCUENTRA POR FAVOR LLAME AL TÁRTARO- EXT.954

Me di cuenta que ni siquiera había alargado la espada. Mis manos estaban entumecidas. Estaba a diez pies de la melena sangrante de

la Quimera, y sabía que tan pronto me moviera, la criatura arremetería.

La señora serpiente hizo un ruido silbante que debió haber sido una risa. "Siéntete honrado, Percy Jackson, El señor Zeus rara vez me permite probar a un héroe con una de mis crías. ¡Porque soy la madre de los monstruos, la terrible Equidna!"

Me la quedé mirando. Todo lo que pude pensar decir fue: "¿No es eso una especie de oso hormiguero?"

Ella gritó, su cara de reptil se volvió marrón y verde de la rabia. "¡Odio cuando la gente dice eso! ¡Odio Australia! Llamar a ese animal ridículo después de mí. ¡Por eso, Percy Jackson, mi hijo te destruirá!"

Quimera se precipitó, sus dientes de león rechinaron. Me las arreglé para saltar a un lado y esquivar su mordida.

Terminé junto a la familia y el guardia del parque, que estaban todos gritando ahora, tratando de abrir las puertas de emergencia.

No podía permitir que los lastimaran. Desenvainé mi espada, corrí al otro lado de la plataforma, y grité. "¡Hey, chihuahua!" Quimera se dio la vuelta más rápido de lo que yo pensé posible.

Antes de poder balancear mi espada, abrió su boca, emitiendo un olor como a la barbacoa más grande del mundo, y lanzó una columna de fuego directamente hacia mí.

Me tiré a través de la explosión. Las alfombras ardieron en llamas; el calor era tan intenso, que casi quemó mis cejas.

Donde había estado parado un momento antes había un agujero irregular a un lado del Arco, con metal derretido echando vapor por los bordes.

Genial, pensé. Acabamos de arruinar un monumento nacional.

Contracorriente era ahora de bronce brillante en mis manos, y mientras Quimera se acercaba, fui a su cuello.

Eso fue mi error fatal. La hoja se precipitó contra el collar sin causar daño. Traté de recuperar mi equilibrio, pero la cola de serpiente se enrolló alrededor de mis tobillos y me desequilibró, y la hoja salió volando de mi mano, dando vueltas por el agujero en el Arco hacia el río Mississippi.

Me las arreglé para levantarme, pero supe que estaba perdido. Estaba desarmado. Podía sentir el mortal veneno recorriendo mi pecho. Recordé a Quirón diciendo que Anaklusmos siempre volvería a mí, pero no había bolígrafo en mi bolsillo. Tal vez había caído muy lejos. Quizás solo volvería cuando estuviera en forma de bolígrafo. No lo sabía, y no iba a vivir lo suficiente para averiguarlo.

Retrocedí hacia el hoyo de la pared. Quimera avanzó, gruñendo, mientras el humo salía de sus labios. La señora serpiente, Equidna, cacareó. "¿No hacen héroes como solían, eh, hijo?"

El monstruo rugió. No parecía tener apuro en acabar conmigo ahora que ya estaba vencido.

Miré al guardia del parque y la familia. El pequeño niño estaba escondiéndose detrás de las piernas de su padre.

Tenía que proteger a esta gente. No podía simplemente...morir. Traté de pensar, pero todo mi cuerpo estaba en llamas.

Mi cabeza se sentía mareada. No tenía espada. Estaba enfrentándose a un enorme monstruo con aliento de fuego y su madre.

Y estaba asustado.

No había lugar a donde ir, así que di un paso hacia el borde del hoyo, lejos muy lejos por debajo, el río brillaba.

¿Si muero, se irán los monstruos? Dejarán tranquilos a los humanos.

"Si eres hijo de Poseidón." susurró Equidna, "No le temerías al agua. Salta, Percy Jackson. Muéstrame que el agua no te hace daño. Salta y recupera tu espada. Prueba tu línea de sangre."

Sí, claro, pensé. Había leído en alguna parte que saltar al agua desde un par de pisos era como saltar sobre asfalto sólido. Desde aquí, esparciría el impacto.

La boca de Quimera brillaba roja, enviando calor por otra explosión.

"No tienes fe." me dijo Equidna. "No confías en los dioses. No puedo culparte, pequeño cobarde. Mejor que mueras ahora. Los dioses son desleales. El veneno está en tu corazón."

Ella tenía razón: yo iba a morir. Podía sentir mi respiración disminuyendo. Nadie podía salvarme, ni siquiera los dioses.

Me eché para atrás y miré el agua. Recordé el cálido resplandor de la sonrisa de mi padre cuando yo era un bebé. Él debe haberme visto. Él debe haberme visitado cuando yo estaba en mi cuna.

Recordé el tridente verde de remolino que apareció sobre mi cabeza la noche de captura la bandera, cuando Poseidón me reclamó como su hijo.

Pero este no era el mar. Este era el Mississippi, en pleno centro de EEUU. No había ningún Dios del Mar aquí.

"Muere, infiel." dijo Equidna con tono áspero, Y Quimera envió una columna de humo hacia mi cara.

"Padre ayúdame." rogué.

Me giré y salté. Mi ropa en llamas, el veneno corriendo por mis venas, y yo me desplomé hacia el río.

CAPITULO 14

CAPITULO14

ME CONVIERTO EN UN CONOCIDO FUGITIVO

Me gustaría decirles que tuve una revelación profunda en mi caída, que llegue a un acuerdo con mi propia mortalidad, que me reí ante la muerte, etcétera, etc.

¿La verdad? Mi único pensamiento era: ¡Aaaaaggghhhh!

El río venía hacia mí a la velocidad de un camión. El viento arrancó el aliento de mis pulmones. Agujas, rascacielos y puentes caían dentro y fuera de mi visión.

Y luego: ¡Flaaaa – booom!

Un centenar de burbujas. Me hundí en la oscuridad, seguramente estaba a punto de terminar atrapado en el fango y perdido para siempre.

Pero mi choque contra el agua no dolió. Ahora caía lentamente, las burbujas se filtraban a través de mis dedos. Se asentaron en el fondo del río sonoramente. Un pez gato del tamaño de mi padrastro se alejó en la penumbra. Nubes de polvo y basura repugnante — botellas de cerveza, zapatos viejos, bolsas de plástico — se arremolinaron a mí alrededor.

En ese punto, me di cuenta de algunas cosas: primero, no había sido aplastado como una tortita. No había sido asado. Ya no sentía más el veneno de quimera en las venas. Estaba vivo, lo cual era bueno.

Segundo descubrimiento: No estaba mojado. Quiero decir, podía sentir la humedad del agua. Pude ver los lugares en mi ropa donde el fuego había sido apagado. Pero cuando toqué mi camiseta, se sentía perfectamente seca.

Miré la basura que allí flotaba y tomé una vieja colilla de cigarrillo.

No puede ser, pensé.

Tomé el encendedor. Chispeó. Una pequeña llama apareció, justo allí en el fondo del Mississippi.

Agarré un contenedor de hamburguesa que flotaba fuera de la corriente e inmediatamente el envase se secó. Podía iluminarlo sin ningún problema. Pero tan pronto como lo soltaba, las llamas lo pulverizaron. El contenedor volvió a ser algo asqueroso. Extraño.

Me paré en el profundo y resbaloso fango. Me temblaban las piernas. Mis manos estaban temblorosas. Debería estar muerto. El hecho de no estarlo parecía... bueno, un milagro. Imaginé la voz de una mujer, sonaba un poco como a mi madre: ¿Qué dices Percy?

"Um... gracias." Bajo el agua, sonaba como lo hacía en grabaciones, como un chico mayor. "Gracias... padre."

No hubo respuesta. Sólo la oscura basura a la deriva del río, un bagre enorme deslizándose, la luz de la puesta de sol en la superficie del agua más arriba, volviendo todo de tonos amarillentos.

¿Por qué Poseidón me había salvado? Mientras más lo pensaba, más apenado me sentía. Así que había tenido algo de suerte minutos antes. Contra una cosa como Quimera, nunca hubiera tenido una oportunidad. Esas pobres personas en el Arco probablemente habían sido calcinadas. No pude protegerlos. No era un héroe. Tal vez debía quedarme allí abajo con el bagre y tomar los anzuelos.

Fump, fump, fump. Un bote en el río pasaba sobre mí, arremolinando el agua alrededor.

Allí, a no más de cinco pies de mí, estaba mi espada, su empuñadura reluciente de bronce sobresalía del lodo.

Oí de nuevo aquella voz de mujer: "Percy, toma la espada. Tu padre cree en ti." Esta vez, supe que la voz no estaba en mi cabeza. No la estaba imaginando. Sus palabras parecían venir de todos lados,

irrumriendo en el agua como el sonar de un delfín.

“¿Dónde estás?” llamé fuertemente.

Luego, entre la penumbra, la vi — una mujer del color del agua, un fantasma en la corriente, flotando justo sobre mi espada. Tenía el cabello largo y ondulado, y sus ojos, apenas visibles, eran verdes como los míos.

Un nudo se formó en mi garganta. Y dije “¿Mamá?”

“No pequeño, sólo una mensajera, aunque no tan desesperada como la esperanza de tu madre. Ve a la playa en Santa Mónica.”

“¿Qué?”

“Es la voluntad de tu padre. Antes de que desciendas al Inframundo, debes ir a Santa Mónica. Por favor, Percy, no puedo quedarme mucho. Este río es demasiado débil para mi presencia.”

“Pero...” Estaba seguro de que esa mujer era mi madre, o una visión de ella, de cualquier manera. “¿Quién...? ¿Cómo es que tu...?”

Había mucho que quería preguntar, las palabras se agolparon en mi boca.

“No me puedo quedar, valiente.” dijo la mujer. Se acercó, y sentí su roce en mi rostro como una caricia. “¡Debes ir a Santa Mónica! Y Percy, no confíes en los dones...”

Su voz se apagó.

“¿Dones?” Pregunté “¿Qué dones? ¡Espera!”

Hizo un intento más por hablar, pero no había sonido. Su imagen se disolvió. Si era mi madre, la había perdido de nuevo.

Sentí que me ahogaba. El único problema: era inmune a ahogarme.

“Tu padre cree en ti.” dijo.

Además me llamó valiente... a menos que hablara del bagre.

Caminé con dificultad hasta Contracorriente y la tomé por la empuñadura, Quimera quizás aun estaría allí arriba con su asquerosa gorda madre, esperando para acabarme. Casi al final, la policía mortal llegaría, tratándose de explicar quien había creado un hoyo en

el Arco. Si me encontraban, tendrían algunas preguntas.

Tomé mi espada, y guardé la pluma en mi bolsillo. "Gracias, Padre" dije de nuevo a la oscura agua.

A continuación, me deshice del lodo y nadé a la superficie.

Salí a la superficie junto a un envase de McDonal's que allí flotaba.

A una calle, cada vehículo de emergencia en St. Louis estaba rodeando el Arco. Helicópteros de la policía sobrevolaban la zona. La multitud de espectadores me recordó a Times Square en la víspera de Año Nuevo.

Una niña pequeña dijo "¡Mama! Ese chico salió del agua."

"Que bien cariño" dijo su madre, giró su cuello para ver las ambulancias.

"¡Pero está seco!"

"Que bien, cariño."

Una reportera hablaba para la cámara "Probablemente no es un ataque terrorista, nos dijeron, pero aun es muy pronto en la investigación. El daño, como pueden ver, es muy serio. Estamos tratando de llegar a alguno de los supervivientes, para cuestionarlos acerca de los reportes de testigos que vieron a alguien caer del Arco."

Supervivientes. Sentí una especie de alivio. Quizá el policía del parque y esa familia lograron salvarse. Esperaba que Annabeth y Grover estuvieran bien.

Traté a empujones entre la multitud de ver que estaba sucediendo en la línea policiaca.

"... Un adolescente." Decía otro reportero "El canal cinco sabe que las cámaras de vigilancia muestran a un chico enloqueciendo en el piso de observación, de algún modo provocando esta extraña explosión. Difícil de creer, John, pero es lo que hemos escuchado. De nuevo, no hay muertes confirmadas..."

Retrocedí, tratando de mantener la cabeza baja. Tenía que salir lejos del área de la policía. Los oficiales uniformados y reporteros estaban por todos lados.

Casi pierdo la esperanza de encontrar a Annabeth y Grover cuando una voz familiar llamó "¡Perrcy!"

Giré y fui abordado por el abrazo de oso de Grover –o abrazo de cabra. Dijo "Pensamos que habías ido hasta Hades, de la manera difícil."

Annabeth se colocó tras él, tratando de parecer molesta, pero parecía que estaba tratando de verme a mí. "¡No podemos dejarte solo ni cinco minutos! ¿Qué pasó?"

"Una especie de derrumbe."

"¡Percy! ¿Seiscientos treinta pies?"

Tras nosotros, un policía gritó "¡Abran paso!" La multitud se hizo a un lado, y un par de paramédicos pasaron, llevando a una mujer en una camilla. La reconocí de inmediato, como la madre del niño pequeño que estaba en el piso de observación. Ella decía "Y luego ese enorme perro, ese gran chihuahua escupe fuego..."

"Está bien, señora." dijo el paramédico "Sólo cálmese. Su familia está bien. El medicamento esta haciendo efecto."

"¡No estoy loca! Ese chico saltó en el hueco y el monstruo desapareció." Luego ella me miró "¡Allí esta! ¡Ese es el chico!"

Me giré rápidamente y llevé a Annabeth y Grover tras de mí. Desaparecimos entre la multitud.

"¿Qué está pasando?" Exigió Annabeth "¿Acaso hablaba del chihuahua del elevador?"

Les conté toda la historia acerca de Quimera, de Equidna, mi arriesgado acto, y el mensaje bajo el agua de aquella dama.

"Whoa" dijo Grover. "¡Tenemos que llevarte a Santa Mónica! No puedes ignorar los mandatos de tu papá."

Antes de que Annabeth pudiera contestar, pasamos a otro reportero haciendo un anuncio de noticias, y casi me quedo congelado al escuchar lo que decía. "Percy Jackson. Así es, Dan. El Canal Doce tiene información de que el chico que pudo haber causado la explosión coincide con la descripción de un joven buscado por las autoridades por un serio accidente de autobús en Nueva Jersey hace

unos días. Y se cree que el chico viaja hacia el oeste. Para nuestros televidentes, aquí está la foto de Percy Jackson."

Nos escabullimos detrás de la camioneta del noticiero y nos deslizamos a un callejón.

"Primero lo primero" le dije a Grover "Tenemos que salir de este lugar."

De algún modo, logramos llegar de regreso a la estación de Amtrak sin ser detenidos. Abordamos el tren justo antes de que se fuera a Denver. El tren avanzaba hacia el oeste conforme caía la oscuridad, las luces de la policía todavía brillaban en el horizonte de St. Louis tras nosotros.

CAPITULO 15 CAPITULO15

UN DIOS NOS COMPRA HAMBURGUESAS

La mañana siguiente, 14 de Junio, siete días antes del solsticio, nuestro tren pasó por Denver. No habíamos comido desde esa noche en el vagón del restaurante, en algún lugar de Kansas. No habíamos tomado una ducha desde la Colina Mestiza, pero estoy seguro que eso era obvio.

"Intentemos contactar a Quirón. " Dijo Annabeth. "Quiero decirle sobre tu charla con el espíritu del río. "

"¿No podemos usar teléfonos, verdad?"

"No estoy hablando de teléfonos"

Vagamos por el centro por aproximadamente media hora, aunque no estaba seguro de lo que estaba buscando Annabeth. El aire era caliente y seco, lo que se sintió raro después de la humedad de St. Louis. En todas partes donde pasamos, las rocosas montañas parecían estar mirándome, como una ola a punto de estrellarse contra la ciudad.

Finalmente encontramos un 'hazlo tu mismo', para lavar autos. Giramos hacia el puesto más alejado de la calle, manteniendo los ojos abiertos en busca de patrullas. Éramos tres adolescentes en un puesto para lavar autos sin un auto, cualquier policía digno de su donut sabría que no estabas en nada bueno.

"¿Que hacemos aquí exactamente?" Pregunté, mientras Grover tomaba la pistola rociadora.

"Son setenta y cinco centavos, " él murmuró. "Solo me quedan dos cuartos, ¿Annabeth?"

"El vagón del restaurante me dejó sin nada. "

Me saqué lo que me quedaba de cambio y se lo pase a Grover, lo que me dejó con tan solo dos monedas de cinco y un dracma del lugar de Medusa.

"Excelente, " Dijo Grover. "Podríamos hacerlo con una botella de aerosol, por supuesto, pero la conexión no es buena, y mis brazos se cansan de tanto bombar. "

"¿De qué estás hablando?"

El metió los dos cuartos y puso la perilla en BUENA NIEBLA. "Y...Yo"

"¿Mensajes instantáneos?"

"Mensajería-Iris, " Me corrigió Annabeth. "La diosa Iris lleva los mensajes a los dioses. Si sabes cómo preguntar, y ella no está demasiado ocupada, ella hará lo mismo para los mestizos. "

"¿Sometes a una diosa con una pistola rociadora?"

Grover señaló la boquilla en el aire y el agua salió en una gruesa niebla blanca. "A menos que tengas una mejor idea para hacer un arco iris. "

Bastante seguro, la luz del atardecer se filtró a través del vapor y rompió en colores.

Annabeth puso su palma frente a mí. "Dracma, por favor. "

Se lo pasé.

Ella levantó la moneda por encima de su cabeza. "Diosa, acepta nuestra ofrenda. "

Ella tiró el Dracma hacia el arco iris. El cual desapareció en una luz dorada.

"Colina Mestiza" solicitó Annabeth.

Por un momento, no pasó nada.

Entonces mire a través de la neblina hacia los campos de fresas, y el sonido de Long Island en la distancia. Al parecer estábamos en el frente de una casa muy grande. Parado dándonos la espalda se encontraba un tipo con pelo rubio en pantalones cortos y una camiseta naranja.

“¡Luke!” Le llamé.

Se giró, con los ojos bien abiertos. Podría jurar que estaba parado a solo tres pies delante de mí, excepto que solo podía ver una parte de él que apareció en el arco iris.

“¡Percy!” la cara de susto fue remplazada por una gran sonrisa. “¿Esa es Annabeth? ¡Dioses gracias! ¿Están bien?”

“Estamos... bien.” Annabeth tartamudeo. Parecía como loca mientras arreglaba su camisa sucia, y tratando de peinar el pelo fuera de su cara. “Nosotros pensamos... Quirón... quiero decir...”

“Está abajo en las cabañas.” La sonrisa de Luke desapareció. “Estamos teniendo problemas con los campistas. Mira, ¿está todo bien contigo? ¿Grover esta bien?”

“Estoy aquí.” Respondió Grover. Mantuvo la boquilla hacia un lado y se paró en donde Luke pudiera verlo. “¿Que tipo de problemas?”

En ese momento un gran Lincoln Continental se detuvo en el lavado de autos con el estéreo a todo volumen y música de hip-hop. El coche se deslizo en el puesto siguiente, el bajo de los altavoces vibraba tanto, que sacudió el pavimento.

“Quirón tuvo... ¿que es ese sonido?” Gritó Luke.

“Yo me encargo de eso.” Annabeth gritó en respuesta, viéndose muy aliviada de tener una excusa para poder salir del camino. “¡Grover, camina!”

“¿Que?” Grover dijo. “Pero...”

“¡Dale la boquilla a Percy y camina!” le ordenó.

Grover murmuró algo sobre como “las chicas son difíciles de entender mucho más que el Oráculo de Delfos,” después me puso la pistola rociadora y siguió a Annabeth.

Reajusté la boquilla para poder mantener el arco iris y ver a Luke.

"Quirón tuvo que detener una pelea," Luke me gritó sobre la música. "Las cosas están muy tensas aquí, Percy. Se corrió el rumor sobre el enfrentamiento de Zeus y Poseidón. Todavía no estamos seguros como, pero es posible que haya sido el mismo que convoco al perro del infierno. Ahora los campistas están tomando bandos. Es como la guerra troyana otra vez. Afrodita, Ares, y Apolo están de parte de Poseidón, más o menos. Atenea está de parte de Zeus."

Me estremecía pensar que la cabaña de Clarisse nunca estaría del lado de mi padre en nada. Desde el comportamiento próximo, pude escuchar a Annabeth y a un tipo discutiendo y la música disminuyó drásticamente.

"¿Y cual es tu posición?" me pregunta Luke. "Quirón esta arrepentido, te extraño."

Le conté básicamente todo, incluyendo los sueños. Me sentía tan bien de verlo, de sentir que estaba de vuelta aunque fuera por solo unos minutos; no me había dado cuenta de cuánto había hablado hasta que el zumbido del rociador de agua se fue, ahí me di cuenta que solo tenía un minuto antes de que se acabara el agua.

"Desearía poder estar ahí," me dijo Luke. "No somos de gran ayuda desde aquí, tengo miedo, pero escucha tuvo que haber sido Hades quien tomo el rayo. El se encontraba allí, en el Olimpo para el solsticio de invierno. Yo estaba de acompañante en una excursión, nosotros lo vimos."

"Pero Quirón dijo que los dioses no podían tomar otras cosas mágicas directamente."

"Es cierto." Dijo Luke, parecía confundido. "Pero aun así, Hades tiene el yelmo de la oscuridad. ¿De que manera hubiese entrado otra persona en el cuarto del trono y robar el rayo? Tendrías que ser invisible."

Los dos estábamos en silencio, y Luke pareció haberse dado cuenta de lo que había dicho.

"Pero oye," dijo empezando a protestar. "No quise decir Annabeth. Nos conocemos desde siempre. Ella nunca...digo, ella es como una hermanita para mí."

Me pregunto si a Annabeth le hubiese gustado esa descripción. En el

compartimiento de al lado nuestro, la música paró completamente. Un hombre gritó con horror, las puertas de un vehículo se estrellaron, y el Lincoln salió del auto-lavado.

"Deberías ir a ver que fue eso," dijo Luke. "¿Estas usando los zapatos voladores? Me sentiría mejor si supiera que te han servido de algo."

"¡Eh, si claro!" Trate de no sonar como un gran mentiroso. "Si, han sido muy útiles."

"¿De verdad?" el dijo con una gran sonrisa. ¿Te sirven y todo eso?"

La manguera de agua se cerró, y la neblina empezó a evaporarse.

"Bueno, cuídate allá en Denver," Me gritó Luke mientras su voz se desvanecía. "¡Y dile a Grover que será mejor esta vez! Nadie será convertido en una mata de pino si el solo..."

Pero la niebla desapareció, y la imagen de Luke también. Me quede solo, en un puesto para lavar autos.

Annabeth y Grover venían por la esquina, riendo, pero pararon al ver la expresión de mi rostro. La sonrisa de Annabeth desapareció y pregunto, "¿Que paso, Percy? ¿Que dijo Luke?"

"No mucho," Mentí, con el estomago vacío. "Vamos, encontraremos la cena."

Unos minutos después, estábamos sentados en un puesto de comida. A nuestro alrededor se encontraban familias comiendo hamburguesas y bebiendo malteadas o soda.

Finalmente la camarera se acerco. Ella levantó la ceja con escepticismo. "¿Y entonces?"

Le dije, "Nosotros, estamos aquí para ordenar la cena."

"¿Y ustedes niños tienen con que pagar?"

El labio inferior de Grover tembló. Tenía miedo de que se embalara, o peor, que empezaría a comerse el linóleo. Annabeth, por otra parte, estaba lista para desmayarse del hambre.

Estaba intentando de inventar una historia triste para la camarera cuando un estruendo sacudió todo el edificio, una motocicleta del tamaño de un elefante bebé se parqueo en la acera.

Todas las conversaciones en el local pararon. El faro de la motocicleta estaba rojo. El tanque de gas tenía llamas pintadas, y una funda de balas para escopetas clavados en ambos lados, completados con una escopeta. El asiento de cuero, pero el cuero parecía...bueno, piel humana caucásica.

El hombre de la moto hubiese hecho un gran trabajo como luchador para Mama. Estaba vestido con una camisa y pantalones negros y un trapo de cuero negro, con un cuchillo de caza atado a su muslo. Llevaba tonos rojos envolventes, y tenía la más cruel, la cara más brutal que había visto, buen mozo quizás, pero a la vez perverso; con un corte de pelo graso color negro y con las mejillas marcadas de tantas peleas. Lo raro era que sentía como que lo había visto antes.

Mientras entraba al local, una caliente, y seca brisa entró al lugar. Todas las personas se levantaron, como si estuvieran hipnotizados, pero el motorista levantó la mano despectivamente y todos tomaron asiento. Todos volvieron a iniciar sus conversaciones. La camarera parpadeó como si alguien le hubiese dado al botón de reinicio para que su cerebro trabajara de nuevo. Ella volvió a preguntar, “¿Y ustedes niños tienen con que pagar?”

El motorista dijo, “Yo invito.” Dijo deslizándose en nuestra mesa, la cual era muy pequeña para él, lo que llevó a Annabeth a quedar pegada contra la ventana.

El miró hacia la camarera, quien lo miraba, y le dijo, “¿Sigues aquí?”

Señaló hacia ella, lo que hizo que se ruborizara. Se giró como si la hubiesen movido, y después se marchó hacia la cocina.

El motorista me miro. No pude ver sus ojos entre las sombras, pero malos sentimientos hirvieron en mí. Enfado, resentimiento, amargura. Quería pegarle a una pared. Quería poder pelear con alguien. ¿Quién se creía este tipo?

Me dijo con una sonrisa torcida. “¿Entonces tu eres el chico del viejo Alga Marina, verdad?”

Pude haber estado sorprendido, o asustado, pero en vez de eso sentí como si estuviera viendo a mi padrastro Gabe. Le quería arrancar la

cabeza a este tipo. "¿Y a ti que te importa?"

Annabeth me dio una mirada amenazadora. "Percy, él es..."

El motociclista levantó la mano.

"Esta bien," dijo. "No me molesta un poco de actitud. Mientras tú recuerdes quien es el jefe. ¿Sabes quién soy, primito?"

Entonces ahí entendí porque se me hacia tan familiar. Tenia la misma mueca maligna de algunos de los chicos del Campamento Mestizo, los de la cabaña 5.

"Eres el papa de Clarisse," le dije. "Ares, el dios de la guerra."

Ares sonrió y se quito la capa. Donde se encontraban sus ojos, solo había fuego, cuencas vacías brillando como pequeñas bombas nucleares. "Así es, moco. Escuché que le rompiste la lanza a Clarisse."

"Ella se lo buscó."

"Probablemente. Pero está bien. No peleo en las batallas de mis hijos, ¿sabes? Estoy aquí para... escuché que estabas en el pueblo. Y te tengo una pequeña proposición."

La camarera regresó con un montón de bandejas llenas de comida, hamburguesas, papas, cebollas y malteadas de chocolate.

Ares le dio unos cuantos dracmas de oro.

Ella miró nerviosamente a las monedas. "Pero estas no son..."

Ares sacó su cuchillo y empezó a limpiarse las uñas con él. "¿Algún problema, corazón?"

"No puedes hacer eso," empecé a decirle. "No puedes amenazar a la gente con un cuchillo."

Ares se rió. "¿Estás de broma? Adoro este país. El mejor lugar desde Esparta. ¿Acaso no llevas un arma contigo, moco? Pues deberías. Hay un mundo peligroso allí afuera. Lo que nos regresa a mi proposición. Necesitó que me hagas un favor."

"¿Que clase de favor podría hacerle yo a un dios?"

"Algo para lo que un dios no tiene tiempo. No es nada en verdad. Deje mi escudo abandonado en el parque acuático aquí en el pueblo. Estaba en una pequeña... cita con mi novia. Pero fuimos interrumpidos. Y dejé mi escudo atrás. Me gustaría que tú me lo trajeras de vuelta. "

"¿Porque no lo haces tu mismo?"

El fuego en sus ojos brillaba más fuerte.

"¿Porque no te convierto en perro de la pradera y corro sobre ti con mi Harley? Porque no se me antoja. Un dios te esta dando la oportunidad para probarte a ti mismo, Percy Jackson. ¿Te probaras como un cobarde?" Se acerco a mí. "¿O quizás solo peleas donde halla un río donde bucear, para que tu padre te proteja?"

Quería golpear a este tipo, pero de algún modo, sabia que él lo esperaba. El poder de Ares estaba causando mi rabia. A él le encantaría que yo atacara. Y yo no iba a darle tal satisfacción.

"No estamos interesados," le dije. "Ya tenemos una misión. "

Los ojos llenos de furia de Ares me hicieron ver cosas que no quería ver... sangre, humo y los cadáveres en el campo de batalla. "Se todo sobre tu misión, mocoso. Cuando ese artefacto fue recién robado, Zeus mandó a sus mejores para que los buscaran: Apolo, Atenea, Artemisa, y yo, naturalmente. Si yo no pude olfatear un arma tan poderosa..." se lamió los labios, como si todo pensamiento sobre el rayo lo enfadara. "Bueno, si yo no pude encontrarlo, tu no tienes esperanza. Sin embargo, estoy tratando de darte el beneficio de la duda. Tu padre y yo vamos camino de regreso. Después de todo, yo fui el que le comentó mis sospechas sobre el viejo Aliento de Cadáver."

"¿Tu le dijiste que Hades robó el rayo?"

"Claro. Inculpar a alguien para empezar una guerra. El truco más viejo del libro. Lo reconocí inmediatamente. En cierto modo, tienes que agradecerme por tu pequeña misión. "

"Gracias," murmuré.

"Oye, soy un hombre generoso. Solo hazme este trabajo, y yo te ayudaré en tu camino. Organizaré un viaje al oeste para ti y tus amigos. "

"Estamos bien nosotros solos. "

"Si, como no. No tienen dinero. No tienen coche. No tienen idea de a lo que se enfrentan. Ayúdame y quizás te diga algo que necesitas saber. ¿Algo sobre tu madre?"

"¿Mi madre?"

El sonrió. "Eso atrajo tu atención. El parque acuático esta a una milla al oeste de Delancy. No puedes perdértelo. Busca el túnel del amor. "

"¿Qué interrumpió tu cita?" pregunto. "¿Algo te asusto?"

Ares mostró sus dientes, pero había visto su mirada amenazadora antes, en Clarisse. Había algo falso sobre eso, era como si estuviera nervioso.

"Considérate con suerte por haberme conocido, mocoso, y no a algunos de los otros Olímpicos. Ellos no perdonan las groserías así como yo. Nos encontraremos aquí cuando termines. Pero no me desilusiones. "

Después de eso me tuve que haber desmayado, o caído en un trance, porque cuando abrí los ojos Ares ya se había ido. Pude haber pensado que la conversación fue un sueño, pero las expresiones de Annabeth y Grover me demostraron lo contrario.

"Esto no es bueno, " Dijo Grover. "Ares te está buscando, Percy. Esto no es bueno. "

Miré por la ventana, la motocicleta ya no estaba.

¿De verdad Ares sabía algo de mi mama, o solo estaba jugando conmigo? Ahora que se había ido, toda la furia que tenía había desaparecido. Me di cuenta de que a Ares le encantaba jugar con las emociones de los demás. Ese era su poder, poniendo tus pasiones tan mal, que nublan tus capacidades para pensar.

"Probablemente es algún tipo de truco, " Empecé a decir. "Olvidemos a Ares. Solo vámonos. "

"No podemos, " Dijo Annabeth. "Mira, odio a Ares como todo el mundo, pero no podemos ignorar a un dios al menos que quieras una muy mala fortuna. No estaba jugando cuando dijo que te convertiría en un perro. "

Miré mi hamburguesa la que de repente no se veía tan apetitosa.
"¿Porque nos necesita?"

"Quizás es un problema que requiera cerebro," Respondió Annabeth.
"Ares tiene fuerza. Eso es todo lo que tiene. Incluso la fuerza tiene
que someterse a sabiduría a veces."

"Pero este parque acuático, actúo casi asustado. ¿Que haría que un
dios de la guerra corra así?"

Annabeth y Grover se miraron nerviosamente.

"Me temo que tendremos que averiguarlo." Contestó Annabeth.

El sol ya se estaba escondiendo tras las ventanas para cuando
llegamos al parque. Juzgando por el cartel que alguna vez se llamó
WATERLAND, pero algunas de las letras fueron destruidas con el
tiempo, y se leía WAT R A D.

La puerta principal estaba cerrada con candado y alambre de púas.
En el interior, enormes toboganes de agua seca y los tubos rizados en
todas partes, llegando a unas piscinas vacías. Viejas taquilleras y
anuncios revoloteaban alrededor del asfalto.

"Si Ares trajo a su novia aquí para una cita," Dije mirando los
alambres de púas, "Odiaría ver lo que ella parece."

"Percy," advirtió Annabeth. "Se mas respetuoso."

"¿Porque? Pensé que odiabas a Ares."

"Sigue siendo un dios, y su novia es muy temperamental."

"No querrás insultar su apariencia," Agregó Grover.

"¿Quien es ella? Equidna?"

"No, es Afrodita," dijo Grover con tono soñador. "Diosa del amor."

"Pensé que estaba casada con alguien," Dije. "Hefesto."

"¿Cual es el punto?" Me preguntó.

"Ohh." De repente sentí la necesidad de cambiar de tema. "¿Entonces,
como entramos?"

“¡Maia!” De repente de los zapatos de Grover brotaron alas.

Voló sobre la cerca, haciendo unas volteretas indeseadas en el aire y tropezando al aterrizar al otro lado. Limpio sus pantalones como si hubiese planeado todo. “¿Van a venir?”

Annabeth y yo entramos de la forma tradicional, agarrándonos de los alambres de púas.

Las sombras crecían mientras caminábamos por el parque, comprobando las atracciones. Había La Isla del Calzador del Tobillo, Los calzoncillos sobre la cabeza, y tío, ¿Dónde está mi bañador?

Ningún monstruo se acercó a nosotros. No había nada más que silencio.

Encontramos una tienda de recuerdos que habían dejado abierta. Las mercancías seguían ordenadas en sus estantes: globos de nieve, lápices, tarjetas, y percheros de...

“Ropa,” Dijo Annabeth. “Ropa limpia.”

“Sí,” dije. “Pero no puedes simplemente...”

“Obsérvame.”

Tomo un estante completo de ropa y desapareció dentro de un vestidor. Unos minutos después regreso con unos shorts de Waterland con flores imprentas, una camiseta roja de Waterland y unos zapatos conmemorativos de Waterland, también.

“Hay que más da.” Dijo Grover encogiendo los hombros. En cuestión de minutos estábamos completamente vestidos con ropa publicitaria del parque.

Continuamos nuestra búsqueda del Túnel del Amor. Me dio la impresión del que el parque entero aguantaba la respiración. “Entonces, Ares y Afrodita,” dije, manteniendo mi mente lejos del hecho de que la oscuridad crecía, “¿Ellos tienen algo?”

“Eso es chisme viejo, Percy,” Me dijo Annabeth. “Un chisme de tres mil años.”

“¿Y que hay con el esposo de Afrodita?”

“Bueno, ya sabes, ” Ella dijo. “Hefesto. El heredero. Era inválido

cuando bebe, arrojado fuera del Monte Olimpo por Zeus. Así que no es exactamente guapo. Habil con sus manos, y todo, pero Afrodita no se fija en el cerebro y el talento, ¿sabes?"

"Le gustan los motoristas."

"Como sea."

"¿Hefesto lo sabe?"

"Pues claro," Respondió Annabeth. "los encontró juntos una vez. Quiero decir, literalmente los encontró juntos, en una red de oro, e invito a todos los dioses para que se rieran de ellos. Hefesto siempre intenta avergonzarlos .Por eso se encuentran en lugares apartados, como..."

Ella paro, mirando justo al frente. "Como ese."

En frente de nosotros se encontraba una piscina vacía que hubiese sido un gran lugar para una pista de patinaje. Era por lo menos de cincuenta metros de ancho y tenia la forma de un tazón.

Alrededor del borde, había una docena de estatuas con forma de Cupido que montaban guardia con las alas extendidas y arcos listos para disparar. En el lado opuesto se encontraba un túnel abierto, probablemente, por donde salía el agua cuando la piscina estaba llena. El cartel de arriba decía, ESTREMEZCASE CON EL PASEO DEL AMOR: ¡ESTE NO ES EL TÚNEL DEL AMOR DE TUS PADRES!

Grover se deslizó hacia el borde. "Chicos miren."

Abandonado en el fondo de la piscina había algo rosado y blanco, un barco de dos plazas con un dosel por arriba con pequeños corazones. En el asiento izquierdo, brillando en la penumbra de la tarde, estaba el escudo de Ares, un círculo de bronce pulido.

"Esto fue muy fácil," dije. "¿Entonces podemos simplemente bajar y conseguirlo?"

Annabeth pasó sus dedos sobre la base del Cupido más cercano.

"Hay una carta griega tallada aquí," ella dijo. "Me pregunto..."

"Grover," dije, "¿Hueles algún monstruo?"

Empezó a olfatear el viento. "Nada."

"¿Nada, como en el Arco que no oliste nada, o realmente nada?"

Grover se veía realmente herido por mi comentario. "Te lo dije, eso fue bajo tierra."

"Ok, lo siento." Respiré hondo y dije, "Voy a bajar."

"Iré contigo." Grover no sonaba muy entusiasmado, pero tuve el presentimiento de que quería compensar lo que pasó en St. Louis.

"No," le dije. "Quiero que te quedes aquí con los zapatos voladores. Eres el Barón Rojo, un as volando, ¿recuerdas? Cuento contigo para que me cuides las espaldas, en caso de que algo salga mal."

Grover infló el pecho solo un poco. "Claro. ¿Pero qué podría salir mal?"

"No lo sé. Es un presentimiento. Annabeth ven conmigo..."

"¿Es una broma?" Me miro como si hubiese bajado de la luna. Sus mejillas con un rojo claro.

"¿Cuál es el problema ahora?" Le pregunte.

"¿Yo, ir contigo... al 'Túnel del Amor'? ¿Qué tan embarazoso sería eso? ¿Qué pasaría si alguien me ve?"

"¿Quién te va a ver?" Pero ahora también mi cara estaba de color rojo. Déjaselo a una chica para que lo haga todo complicado. "Está bien," le dije. "Lo haré yo solo." Pero cuando empecé a caminar, ella me siguió, murmurando algo sobre como los chicos lo arruinan todo.

Llegamos al bote. El escudo estaba apoyado en un asiento y al lado había una bufanda de seda para mujer. Traté de imaginar a Ares y Afrodita aquí, una pareja de dioses en una chatarra de parque de diversiones. ¿Porque? Entonces me di cuenta de que no había mirado hacia arriba; había espejos por todos los lados de la piscina, apuntando a este punto. Podíamos vernos sin importar la dirección en la que miráramos. Eso debía ser. Mientras Ares y Afrodita se besaban y se daban cariño podrían ver a sus personas favoritas: ellos mismos.

Levanté la bufanda. Era rosada, y tenía un perfume indescriptible, rosas o laurel de montaña. Algo bueno, sonreí algo soñador, estaba a punto de pasármela por la mejilla cuando Annabeth me la arrebató de las manos y la guardó en su bolsillo. "Oh, no lo harás. Aléjate de esa

magia del amor."

"¿Que?"

"Solo coge el escudo, cerebro de alga, y salgamos de aquí."

En el momento que toque el escudo, supe que estábamos en problemas. Mi mano rompió a través de algo que había sido conectado al tablero. Una telaraña, pensé, pero entonces me vi la palma de la mano y vi una especie de metal, tan fino que era casi invisible. Un cable de viaje.

"Espera," Dijo Annabeth.

"Demasiado tarde."

"Hay otra letra griega en el borde del bote, otra Eta. Esto es una trampa." Un ruido estalló a nuestro alrededor, millones de equipos uniéndose, como si la piscina se estuviera convirtiendo en una maquina gigante.

"¡Chicos!" grito Grover.

Arriba en la orilla, las estatuas de Cupido estaban alineándose y preparándose para disparar. Antes de que pudiera sugerir con cubrirnos, dispararon, pero no a nosotros. Ellos se dispararon unos a otros, a través de la orilla de la piscina. Cables de seda atravesaban las flechas, formando un arco sobre la piscina y el anclaje de donde desembarcaron para formar un asterisco dorado enorme. Luego, más hilos metálicos pequeños comenzaron a tejerse mágicamente formando una red.

"Tenemos que salir de aquí," Dije.

"Pues claro." Dijo Annabeth.

Agarré el escudo y salimos corriendo, pero subir por los lados de la piscina no era tan fácil como bajar.

"¡Vamos!" gritó Grover.

El estaba intentando agarrar una parte de la red manteniéndola abierta, pero cada vez que la tocaba, los alambres dorados se ataban a sus brazos.

La cabeza de los Cupidos se abrieron. Y salieron cámaras de videos.

Focos se levantaron alrededor de la piscina, cegándonos con la iluminación, y un altavoz tronó: "En vivo para el Olimpo en un minuto... cincuenta y nueve segundos, cincuenta y ocho..."

"¡Hefesto!" Gritó Annabeth. "Soy tan estúpida. Eta es H. Él creó esta trampa para atrapar a su esposa con Ares. ¡Ahora seremos transmitidos en vivo para el Olimpo y pareceremos un par de tontos!"

Casi logramos ir hacia la orilla cuando la fila de espejos se abrió como escotillas y miles de piezas de metal más pequeñas... empezaron a salir.

Y Annabeth gritó.

Era como un ejército de bichos raros: cuerpos hechos de engranaje color bronce, patas delgadas, bocas pequeñas, todos con prisa hacia nosotros como una ola de repiqueteo.

"¡Arañas!" Dijo Annabeth. "¡Ar—ar—aaaah!"

Nunca la había visto así. Ella cayó de espaldas con terror y casi fue abrumada por las arañas robots antes de que yo la levantara y la arrastrara hacia el bote.

Esas cosas estaban saliendo por todos los bordes ahora, millones de ellas, inundando nuestros alrededores y dejándonos rodeados. Me dije a mí mismo que probablemente no estaban diseñadas para matar, solo para acorralarnos y hacernos parecer unos estúpidos. Pero ahora que lo pienso bien, esta trampa fue hecha para dioses. Nosotros no somos dioses.

Annabeth y yo nos subimos al bote. Empecé a patear las arañas mientras intentaban subir. Le pedí ayuda a Annabeth pero estaba tan paralizada por el miedo que no hacia otra cosa que no fuese gritar.

"Treinta, veintinueve," dijo el altavoz.

Las arañas comenzaron a escupir hebras de hilos de metal, tratando de atarnos. Los hilos fueron fáciles de romper al principio, pero había demasiados, las arañas solo seguían llegando. Pateé una lejos de la pierna de Annabeth y sus tenazas arrancaron un pedazo de mis zapatos de surf nuevos.

Grover luchaba encima de la piscina con los zapatos voladores, tratando de romper la red, pero esta ni se movía.

Piensa, me dije a mí mismo. Piensa.

La entrada del Túnel del Amor estaba bajo la red. Podríamos usarla como salida, pero estaba cubierta por millones de arañas robots.

"Quince, catorce," empezó a decir el altavoz de nuevo.

Aqua, pensé. ¿De donde viene el agua de esta atracción?

Entonces los vi, tubos de agua gigantes a través de los espejos, de donde habían salido las arañas. Y arriba de la red, al lado de uno de los Cupidos, había una cabina la que debía ser la estación de controles.

"¡Grover!" grité. "¡Entra a esa cabina! ¡Y encuentra el botón de encendido!"

"Pero..."

"¡Solo hazlo!" Era una esperanza loca, pero era nuestra única opción. Las arañas estaban alrededor de la proa del barco. Annabeth estaba gritando como loca. Tenía que sacarnos de aquí.

Grover estaba dentro de la cabina, dándoles a todos los botones.

"Cinco, cuatro..."

Grover me miró desesperadamente, levantando sus manos. Me estaba diciendo que ningún botón daba efecto.

Cerré los ojos y pensé en olas, en la corriente del agua, el río Mississippi. Sentí un tirón familiar en el estómago. Me imaginé que yo arrastraba el océano hacia Denver.

"¡Dos, uno, cero!"

Agua salió desde las tuberías. Ésta llenó la piscina, llevándose con ella a las arañas. Jalé a Annabeth y la senté junto a mí, poniéndole el cinturón justo cuando la ola golpeó el bote, pasando sobre nosotros, arrastrando las arañas lejos y empapándonos completamente, pero sin revolcar el barco. El barco flotó, comenzando a girar en círculos alrededor de la piscina.

El agua estaba llena de arañas con corto circuitos, algunas de ellas chocando con la pared de concreto de la piscina.

Focos de luz apuntando en nuestra dirección. Las cámaras de Cupido estaban grabando en vivo hacia el Olimpo. Pero solo me podía concentrar en controlar el bote. Quise manejarlo contra la corriente, alejándolo de la pared. Tal vez era mi imaginación pero el barco parecía responder. Al menos, no se rompió en mil pedazos. Este dio la vuelta una última vez y el agua ya casi lo suficientemente alta como para triturarnos contra la red. Entonces la parte delantera del bote giró en dirección al túnel, adentrándonos en la oscuridad.

Annabeth y yo nos sujetamos fuerte, los dos gritando mientras el bote remontó olas, pasando pegado a las esquinas y se escoró cuarenta y cinco grados al paso de imágenes de Romeo y Julieta junto a otro montón de tonterías del día de San Valentín.

Después estábamos fuera del túnel, el aire de la noche silbando a través de nuestro pelo mientras el bote fue directamente hacia la salida.

Si la atracción hubiese estado trabajando, hubiésemos navegado por una rampa entre las doradas Puertas del Amor y salpicados en la piscina de salida sin problema. Pero había un problema. Las Puertas del Amor estaban selladas. Dos botes que habían sido usados estaban apilados contra la barricada; uno sumergido y el otro con una grieta.

"Quítate el cinturón," Le grité a Annabeth.

"¿Estás loco?"

"A menos que quieras ser aplastada hasta la muerte." Tomé el escudo de Ares en mis brazos. "Tendremos que saltar." Mi idea era simple y demente. Cuando el bote choque, usaríamos su fuerza para saltar la verja. He oído hablar de gente que sobrevive a accidentes automovilísticos de esta manera, siendo lanzados a treinta o cuarenta pies lejos del accidente. Con algo de suerte, caeríamos en la piscina.

Al parecer Annabeth lo entendió. Apretó mi mano mientras nos acercábamos a las puertas.

"A mi señal," Le dije.

"¡No! A mi señal."

"¿Qué?"

"Simple física," Ella grito. "Fuerza por el ángulo de trayectoria,"

"Esta bien." Le interumpi. "¡A tu señal!"

Ella calculó, murmuró y luego gritó, "¡Ahora!"

¡Crack!

Annabeth tenía razón. De haber saltado cuando yo lo tenía pensado, nos hubiésemos estrellado contra las puertas. Ella nos dio una elevación máxima.

Desafortunadamente, eso fue un poco más de lo que necesitamos. Nuestro bote chocó contra la pila de escombros y salimos volando, sobre las puertas, sobre la piscina y directamente hacia el sólido asfalto.

Algo nos agarró por detrás.

"¡Ouch!" Gritó Annabeth.

¡Grover!

Nos atrapó en el aire, me agarró por la camiseta, y a Annabeth por el brazo, estaba intentando llevarnos lejos de la pista de accidentes, pero Annabeth y yo teníamos todo el impulso.

"¡Son demasiado pesados!" Dijo Grover. "¡Caeremos!"

Caímos en espiral mientras Grover hacia lo posible por disminuir la velocidad.

Chocamos contra un lugar para sacar fotos, la cabeza de Grover fue directamente hacia un agujero donde los turistas ponen sus caras, fingiendo ser Noo-Noo la ballena amigable. Annabeth y yo caímos al piso, doloridos pero vivos. El escudo de Ares seguía en mis manos.

Una vez que pudimos respirar, Annabeth y yo ayudamos a Grover y le agradecimos por salvarnos. Miré hacia el Túnel del Amor. El agua estaba disminuyendo. Nuestro bote hecho trizas.

Unos cien kilómetros de distancia, en la entrada de la piscina, los Cupidos todavía estaban filmando. Las estatuas se movieron, arreglando la cámara para que nos dieran de frente, los faros de luz en nuestras caras.

"¡Se acabó el programa!" Grité. "Gracias y buenas noches."

Los Cupidos volvieron a sus posiciones originales. Las luces se apagaron. El parque se volvió tranquilo y oscuro otra vez, excepto por la gotera que venía del Túnel del Amor. Me pregunté si el Olimpo había ido a publicidad, o si nuestras puntuaciones fueron buenas.

Odiaba ser objeto de burla. Odiaba ser engañado. Y tenía mucha experiencia manejando a los matones que me hacían eso. Palpé el escudo en mis manos y luego miré a mis amigos. "Necesitamos tener una pequeña charla con Ares."

CAPITULO 16

CAPITULO16

CEBRA HASTA LAS VEGAS

El dios de la guerra nos esperaba en el aparcamiento del restaurante.

"Bueno, bueno" dijo. "No os han matado."

"Sabías que era una trampa." le espeté.

Ares sonrió maliciosamente.

"Seguro que ese herrero lisiado se sorprendió al ver en la red a un par de críos estúpidos. Das el pego en la tele, chaval."

Le arrojé su escudo. "Eres un cretino."

Annabeth y Grover contuvieron el aliento.

Ares agarró el escudo y lo hizo girar en el aire como una masa de pizza. Cambió de forma y se convirtió en un chaleco antibalas. Se lo colocó por la espalda.

"¿Ves ese camión de ahí?" Señaló un tráiler de dieciocho ruedas en la calle junto al restaurante. "Es vuestro vehículo. Os conducirá directamente a Los Ángeles con una parada en Las Vegas."

El camión llevaba un cartel en la parte trasera, que pude leer sólo porque estaba impreso al revés en blanco sobre negro, una buena combinación para la dislexia: "AMABILIDAD INTERNACIONAL: TRANSPORTE DE ZOOS HUMANOS. PELIGRO: ANIMALES SALVAJES VIVOS."

"Estás de broma." Dije.

Ares chasqueó los dedos. La puerta trasera del camión se abrió.

"Billete gratis, pringado. Deja de quejarte. Y aquí tienes estas cosillas por hacer el trabajo."

Sacó una mochila de nailon azul y me la lanzó. Contenía ropa limpia para todos, veinte pavos en metálico, una bolsa llena de dracmas de

oro y una bolsa de galletas Oreo con relleno doble.

"No quiero tus cutres..."empecé.

"Gracias, señor Ares" saltó Grover, dedicándome su mejor mirada de alerta roja. "Muchísimas gracias."

Me rechinaron los dientes. Probablemente era un insulto mortal rechazar algo de un dios, pero no quería nada que Ares hubiese tocado. A regañadientes, me eché la mochila al hombro. Sabía que mi ira se debía a la presencia del dios de la guerra, pero seguía teniendo ganas de aplastarle la nariz de un puñetazo. Me recordaba a todos los abusones a los que me había enfrentado: Nancy Bobofit, Clarisse, Gabe el Apestoso, profesores sarcásticos; todos los cretinos que me habían llamado "idiota" en la escuela o se habían reído de mí cada vez que me expulsaban.

Miré el restaurante, que ahora tenía sólo un par de clientes. La camarera que nos había servido la cena nos miraba nerviosa por la ventana, como si temiera que Ares fuera a hacernos daño. Sacó al cocinero de la cocina para que también mirase. Le dijo algo. Él asintió, levantó una cámara y nos sacó una foto.

"Genial." pensé. "Mañana otra vez en los periódicos. "Ya me imaginaba el titular: Delincuente juvenil propina paliza a motorista indefenso."

"Me debes algo más." le dije a Ares. "Me prometiste información sobre mi madre."

"¿Estás seguro de que la soportarás?" Arrancó la moto. "No está muerta."

Todo me dio vueltas.

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir que la apartaron de delante del Minotauro antes de que muriese. La convirtieron en un resplandor dorado, ¿no? Pues eso se llama metamorfosis. No muerte. Alguien la tiene."

"¿La tiene? ¿Qué quieres decir?"

"Necesitas estudiar los métodos de la guerra, pringado. Rehenes. . . Secuestras a alguien para controlar a algún otro."

"Nadie me controla."

Se rió.

"¿En serio? Mira alrededor, chaval."

Cerré los puños.

"Sois bastante presuntuoso, señor Ares, para ser un tipo que huye de estatuas de Cupido."

Tras sus gafas de sol, el fuego ardió. Sentí un viento cálido en el pelo.

"Volveremos a vernos, Percy Jackson. La próxima vez que te pelees, no descuides tu espalda."

Aceleró la Harley y salió con un rugido por la calle Delancy.

"Eso no ha sido muy inteligente, Percy" dijo Annabeth.

"Me da igual."

"No quieras tener a un dios de enemigo. Especialmente ese dios."

"Eh, chicos" intervino Grover. "Detesto interrumpiros, pero..."

Señaló al comedor. En la caja registradora, los dos últimos clientes pagaban la cuenta, dos hombres vestidos con idénticos monos negros, con un logo blanco en la espalda que coincidía con el camión: "AMABILIDAD INTERNACIONAL."

"Si vamos a tomar el expreso del zoo." prosiguió Grover "debemos darnos prisa."

No me gustaba, pero no tenía otra opción. Además, ya había tenido suficiente Denver. Cruzamos la calle corriendo, subimos a la parte trasera del camión y cerramos las puertas.

Lo primero que me llamó la atención fue el olor. Parecía la caja de arena para gatos más grande del mundo.

El interior del camión estaba oscuro, hasta que destapé a Anaklusmos. La espada arrojó una débil luz broncínea sobre una escena muy triste. En una fila de jaulas asquerosas había tres de los animales del zoo más patéticos que había visto jamás: una cebra, un león albino y una especie de antílope raro.

Alguien le había tirado al león un saco de nabos que claramente no quería comerse. La cebra y el antílope tenían una bandeja de polis pan de carne picada. Las crines de la cebra tenían chicles pegados, como si alguien se hubiera dedicado a escupírselos. Por su parte, el antílope tenía atado a uno de los cuernos un estúpido globo de cumpleaños plateado que ponía: "¡Al otro lado de la colina!"

Al parecer, nadie había querido acercarse lo suficiente al león, y el pobre bicho se movía inquieto sobre unas mantas raídas y sucias, en un espacio demasiado pequeño, entre jadeos provocados por el calor que hacía en el camión. Tenía moscas zumbando alrededor de los ojos enrojecidos, y los huesos se le marcaban.

"¿Esto es amabilidad?" Exclamó Grover. "¿Transporte zoológico

humano?"

Seguro que habría salido otra vez a sacudirles a los camioneros con su flauta de juncos, y desde luego yo le habría ayudado, pero justo entonces el camión arrancó y el tráiler empezó a sacudirse, así que nos vimos obligados a sentarnos o caer al suelo.

Nos apiñamos en una esquina junto a unos sacos de comida mohosos, intentando hacer caso omiso al hedor, el calor y las moscas. Grover intentó hablar con los animales mediante una serie de balidos, pero se lo quedaron mirando con tristeza. Annabeth estaba a favor de abrir las jaulas y liberarlos al instante, pero yo señalé que no serviría de nada hasta que el camión parara. Además, me daba la sensación de que teníamos mucho mejor aspecto para el león que aquellos nabos.

Encontré una jarra de agua y les llené los cuencos, después usé a Anaklusmos para sacar la comida equivocada de sus jaulas. Les di la carne al león y los nabos a la cebra y el antílope.

Grover calmó al antílope, mientras Annabeth le cortaba el globo del cuerno con su cuchillo. Quería también cortarle los chicles a la cebra, pero decidimos que sería demasiado arriesgado con los tumbos que daba el camión. Le dijimos a Grover que les prometiera a los animales que seguiríamos ayudándolos por la mañana, después nos preparamos para pasar la noche.

Grover se acurrucó junto a un saco de nabos; Annabeth abrió una caja de nuestras Oreos con relleno doble y mordisqueó una sin ganas; yo intenté alegrarme pensando que ya estábamos a medio camino de Los Ángeles. A medio camino de nuestro destino. Sólo estábamos a 14 de junio. El solsticio no era hasta el 21. Teníamos tiempo de sobra.

Por otro lado, no tenía ni idea de qué debía esperar. Los dioses no paraban de jugar conmigo. Por lo menos Hefesto había tenido la decencia de ser honesto: había puesto cámaras y me había anunciado como entretenimiento. Pero incluso cuando aquéllas aún no estaban rodando, había tenido la impresión de que mi misión era observada. Yo no era más que una fuente de diversión para los dioses.

"Oye" me dijo Annabeth "siento haber perdido los nervios en el parque acuático, Percy."

"No pasa nada."

"Es que..." Se estremeció."¿Sabes?, las arañas..."

"¿Por la historia de Aracne?" Supuse. "Acabó convertida en araña por desafiar a tu madre a ver quién tejía mejor, ¿verdad?"

Annabeth asintió.

"Los hijos de Aracne llevan vengándose de los de Atenea desde

entonces. Si hay una araña a un kilómetro a la redonda, me encontrará. Detesto a esos bichejos. De todos modos, te la debo."

"Somos un equipo, ¿recuerdas?" Dije. "Además, el vuelo molón lo ha hecho Grover."

Pensaba que estaba dormido, pero desde la esquina murmuró:

"¿A que he estado total?"

Annabeth y yo nos reímos. Sacó una Oreo y me dio la mitad.

"En el mensaje Iris... ¿de verdad Luke no dijo nada?"

Mordisqueé mi galleta y pensé en cómo responder. La conversación del arco iris me había tenido preocupado durante toda la tarde.

"Luke me dijo que él y tú os conocéis desde hace mucho. También dijo que Grover no fallaría esta vez. Que nadie se convertiría en pino."

Al débil resplandor de la espada era difícil leer sus expresiones.

Grover baló lastimeramente.

"Debería haberte contado la verdad desde el principio." Le tembló la voz. "Pensaba que si sabías lo lobo que era, me querrías a tu lado."

"Eras el sátiro que intentó rescatar a Thalía, la hija de Zeus."

Asintió con tristeza.

"Y los otros dos mestizos de los que se hizo amiga Thalía, los que llegaron sanos y salvos al campamento..." Miré a Annabeth. "Erais tú y Luke, ¿verdad?"

Annabeth dejó su Oreo sin comer.

"Como tú dijiste, Percy, una mestiza de siete años no habría llegado muy lejos sola. Atenea me guió hacia la ayuda. Thalía tenía doce; Luke catorce. Los dos habían huido de casa, como yo. Les pareció bien llevarme. Eran... unos luchadores increíbles contra los monstruos, incluso sin entrenamiento. Viajamos hacia el norte desde Virginia, sin ningún plan real, evitando monstruos hasta que Grover nos encontró."

"Se suponía que tenía que escoltar a Thalía al campamento" dijo Grover entre sollozos. "Sólo a Thalía. Tenía órdenes estrictas de Quirón: no hagas nada que ralentice el rescate. Verás, sabíamos que Hades le iba detrás, pero no podíamos dejar a Luke y Annabeth solos. Pensé. . .que podría llevarlos a los tres sanos y salvos. Fue culpa mía que nos alcanzaran las Benévolas. Me quedé que el sitio. Me asusté de vuelta al campamento y me equivoqué de camino. Si hubiese sido un poquito más rápido..."

"Ya basta" lo interrumpió Annabeth. "Nadie te echa la culpa. Thália tampoco te culpaba."

"Se sacrificó para salvarnos. Murió por mi culpa. Así lo dijo el Consejo de los Sabios Ungulados."

"¿Por qué no pensabas dejar a otros dos mestizos atrás?" Dije. "Eso es injusto."

"Percy tiene razón" convino Annabeth. "Yo no estaría aquí hoy de no ser por ti, Grover. Ni Luke. No nos importa lo que diga el Consejo."

Grover siguió sollozando en la oscuridad.

"¡Menuda suerte tengo! Soy el sátiro más torpe de todos los tiempos y voy a dar con los dos mestizos más poderosos del siglo, Thália y Percy."

"No eres torpe" insistió Annabeth. "Y eres más valiente que cualquier otro sátiro que haya conocido. Nómbrame alguno que se atreva a ir al inframundo. Seguro que Percy también se alegra de que estés aquí."

Me dio una patada en la espinilla.

"Sí" contesté, aunque lo habría dicho incluso sin la patada. "No fue la suerte lo que nos encontraras a Thália y a mí, Grover. Eres el sátiro con más buen corazón del mundo. Eres un buscador nato. Por eso serás el que encuentre a Pan."

Oí un hondo suspiro de satisfacción. Esperé que Grover dijera algo, pero sólo volvió más pesada su respiración. Cuando empezó a roncar, me di cuenta de que se había dormido.

"¿Cómo lo hará?" Me asombré.

"No lo sé" repuso Annabeth. "Pero ha sido muy bonito eso que le has dicho."

"Hablabía en serio."

Guardamos silencio varios kilómetros, zarandeados contra los sacos de comida. La cebra comía nabos. El león lamía lo que quedaba de carne picada y me miraba esperanzado.

Annabeth se frotó el collar como si estuviera concentrada pensando.

"Esa cuenta del pino" le pregunté "¿es del primer año?"

Miró el collar. No se había dado cuenta de lo que estaba haciendo.

"Sí" contestó. "Cada agosto, los consejeros eligen el evento más importante del verano y lo pintan en las cuentas de ese año. Tengo el pino de Thália, un trirreme griego en llamas, un centauro con traje de

graduación... Bueno, ése sí que fue un verano raro..."

"¿Y el anillo universitario es de tu padre?"

"Eso no es asunto..." Se detuvo. "Sí. Sí que lo es."

"No....No pasaba nada." Inspiró con dificultad. "Mi padre me lo envió metido en una carta, hace dos veranos. El anillo era... En fin, su mayor recuerdo de Atenea. No habría superado su doctorado en Harvard sin ella... Bueno, es una larga historia. En cualquier caso, dijo que quería que lo tuviera. Se disculpó por haber sido un estúpido, dijo que me quería y me echaba de menos. Quería que volviera a casa y viviera con él."

"Eso no suena tan mal."

"Sí, bueno... El problema es que me lo creí. Intenté volver a casa aquel año académico, pero mi madrastra seguía como siempre. No quería que sus hijos corrieran peligro por vivir con un bicho raro. Los monstruos atacaban. Peleábamos. Los monstruos atacaban. Peleábamos. No llegué a las vacaciones de Navidad. Llamé a Quirón y volví directamente al Campamento Mestizo."

"¿Crees que podrás vivir con tu padre otra vez?"

No me miraba a los ojos.

"Por favor. Paso de auto infligirme daño."

"No deberías desistir" le dije. "Deberías escribirle una carta o algo así."

"Gracias por el consejo" me dijo fríamente, "pero mi padre ha escogido con quién quiere vivir."

Guardamos silencio durante unos cuantos kilómetros.

"Así que si los dioses pelean" dije al cabo, "¿se alinearán del mismo modo que en la guerra de Troya? ¿Irá Atenea contra Poseidón?"

"No sé qué hará mi madre. Sólo sé que yo lucharé en tu bando."

"¿Por qué?"

"Porque eres mi amigo, sesos de alga. ¿Alguna otra pregunta idiota?"

No se me ocurría qué decir. Afortunadamente no tuve que hacerlo. Annabeth se había dormido.

Yo tuve problemas para seguir su ejemplo, con Grover roncando y un león albino mirándome hambriento, pero al final cerré los ojos.

La pesadilla se inició como algo que había soñado antes un millón de

veces: me obligaban a realizar un examen oficial metido en una camisa de fuerza. Los demás chicos estaban saliendo al patio y el profesor no paraba de decir: "Venga, Percy. No eres tonto ¿verdad? Agarra el lápiz."

Y entonces el sueño se desviaba de su camino habitual.

Miraba hacia el pupitre de al lado y veía a una chica sentada allí. También con camisa de fuerza. Tenía mi edad, el pelo negro y revuelto, peinado a lo punk, los ojos verdes y tormentosos pintados con lápiz oscuro, y pecas en la nariz. De algún modo, sabía quién era: Thálía, hija de Zeus.

Ella forcejeaba con la camisa de fuerza, me lanzaba una airada mirada de frustración y espetaba:

"Bueno, sesos de alga. Uno de los dos tendrá que salir de aquí."

"Tienes razón" pensaba yo en el sueño. "Voy a volver a esa cueva. Voy a darle a Hades mi opinión."

La camisa de fuerza se desvanecía. Caía a través del suelo de la clase. La voz del maestro se volvía fría y malvada, resonando desde las profundidades de un gran abismo.

"Percy Jackson" decía. "Sí, veo que el intercambio ha funcionado."

Estaba otra vez en la caverna oscura, los espíritus de los muertos vagaban alrededor. Oculta en el foso, la cosa monstruosa hablaba, pero esta vez no se dirigía a mí. El poder entumecedor de su voz parecía dirigido hacia otro lugar.

"¿Y no sospecha nada?" Preguntaba.

Otra voz, una que me resultaba conocida, respondía a mi espalda:

"Nada, mi señor. Está totalmente en la inopia."

Yo miraba, pero no había nadie. El que hablaba era invisible.

"Un engaño tras otro" musitaba la cosa del foso. "Excelente."

"En serio, mi señor" decía la voz a mi lado, "hacen bien en llamaros el Retorcido, pero ¿era esto realmente necesario? Podría haberlos traído lo que robé directamente..."

"¿Tú?" Se burlaba el monstruo. "Has mostrado tus límites con creces. Me habrías fallado por completo de no haber intervenido yo."

"Pero, mi señor..."

"Haya paz, pequeño sirviente. Estos seis meses no han rendido mucho. La ira de Zeus ha aumentado. Poseidón ha jugado su carta más

desesperada. Ahora la usaremos contra él. Pronto obtendrás la recompensa que deseas, y tu venganza. En cuanto ambos objetos me sean entregados... Pero espera. Está aquí."

"¿Qué?" El sirviente invisible de repente parecía tensarse. "¿Lo habéis invocado, mi señor?"

"No." El monstruo centraba toda la fuerza de su atención en mí, dejándome inmóvil en el sitio." Maldita sea la sangre de su padre: es demasiado voluble, demasiado impredecible. El chico ha venido solo."

"¡Imposible!" Gritaba el sirviente.

"¡Para un débil como tú, puede!" Rugía la voz. Entonces su frío poder se volvió hacia mí. "Así que... ¿quieres soñar con tu misión, joven mestizo? Pues te lo concederé."

La escena cambiaba.

Estaba de pie en un enorme salón del trono con paredes de mármol negro y suelos de bronce. El trono, vacío y horrendo, estaba hecho de huesos humanos soldados. De pie, junto al pedestal, estaba mi madre, helada en una luz reluciente, con los brazos extendidos.

Intentaba acercarme a ella, pero las piernas no me respondían. Estiraba los brazos para alcanzarla, pero sólo para comprobar que se me estaban secando hasta los huesos. Esqueletos sonrientes con armaduras griegas se cernían sobre mí, me envolvían en una túnica de seda y me coronaban con laureles que olían como el veneno de Quimera y me quemaba la piel.

La voz malvada se echaba a reír.

"¡Salve, héroe conquistador!"

Desperté con un sobresalto.

Grover me sacudía por el hombro.

"El camión ha parado" dijo." Creemos que vendrán a ver los animales."

"¡Escóndete!" Susurró Annabeth.

Ella lo tenía fácil. Se puso la gorra de invisibilidad y desapareció. Grover y yo tuvimos que escondernos detrás de unos sacos de comida y confiar en parecer nabos.

Las puertas traseras chirriaron al abrirse. La luz del sol y el calor se colaron dentro.

"¡Qué asco!" Rezongó uno de los camioneros mientras sacudía la mano

por delante de su fea nariz." Ojala transportáramos electrodomésticos." Subió y echó agua de una jarra en los platos de los animales." ¿Tienes calor, chaval?" le preguntó al león, y le vació el resto del cubo directamente en la cara.

El león rugió, indignado.

"Vale, vale, tranquilo" dijo el hombre.

A mi lado, bajo los sacos de nabos, Grover se puso tenso. Para ser un herbívoro amante de la paz, parecía bastante mortífero, la verdad.

El camionero le lanzó al antílope una bolsa de Happy Meal aplastada. Le dedicó una sonrisita malévolamente encantadora.

"¿Qué tal te va, Rayas? Al menos de ti nos deshacemos en esta parada. ¿Te gustan los espectáculos de magia? Éste te va a encantar. ¡Van a serrarte por la mitad!"

La cebra, aterrorizada y con los ojos como platos, me miró fijamente.

No emitió sonido alguno, pero la oí decir con nitidez: "Por favor, señor, libérame." me quedé demasiado conmocionado para reaccionar. Se oyeron unos fuertes golpes a un lado del camión.

El camionero gritó:

"¿Quéquieres, Eddie?"

Una voz desde fuera sería la de Eddie, gritó:

"¿Maurice? ¿Qué dices?"

"¿Para qué das golpes?"

Toc, toc, toc.

Desde fuera, Eddie gritó:

"¿Qué golpes?"

Nuestro tipo, Maurice, puso los ojos en blanco y volvió fuera, maldiciendo a Eddie por ser tan imbécil.

Un segundo más tarde, Annabeth apareció a mi lado. Debía de haber dado los golpes para sacar a Maurice del camión.

"Este negocio de transporte no puede ser legar" dijo.

"No me digas" contestó Grover. Se detuvo, como si estuviera escuchando" ¡El león dice que estos tíos son contrabandistas de animales!

"Es verdad", me dijo la voz de la cebra en mi mente.

"¡Tenemos que liberarlos!" Sugirió Grover, y tanto él como Annabeth se quedaron mirándome, esperando que los dirigiera.

Había oido hablar a la cebra, pero no al león. ¿Por qué? Quizá se debiera a otra disfunción cognitiva. . . Quizá solo podía entender a las cebras. Entonces pensé: caballos. ¿Qué había dicho Annabeth sobre que Poseidón había creado los caballos? ¿Se parecía una cebra lo suficiente a un caballo? ¿Por eso era capaz de entenderla?

La cebra dijo: "Ábrame la jaula, señor. Por favor. Después yo me las apañaré por mi cuenta."

Fuera, Eddie y Maurice aún seguían gritándose, pero sabía que volverían en cualquier momento para atormentar otra vez a los animales. Empuñé la espada y destrocé el cerrojo de la jaula de la cebra. El pobre animal salió corriendo. Se volvió y me hizo una reverencia con la cabeza. "Gracias, señor."

Grover levanto las manos y le dijo algo a la cebra en idioma cabra, una especie de bendición.

Justo cuando Maurice volvía a meter la cabeza dentro para ver qué era aquel ruido, la cebra saltó por encima de él y salió a la calle. Se oyeron gritos y bocinas. Nos abalanzamos sobre las puertas del camión a tiempo de ver a la cebra galopar por un ancho bulevar lleno de hoteles, casinos y letreros de neón a cada lado. Acabábamos de soltar una cebra en Las Vegas.

Maurice y Eddie corrieron detrás de ella, y a su vez unos cuantos policías detrás de ellos, que gritaban:

"¡Eh, para eso necesitan un permiso!"

"Éste sería un buen momento para marcharnos" dijo Annabeth.

"Los otros animales primero" intervino Grover.

Rompí los cerrojos con la espada. Grover levantó las manos y les indicó la misma bendición caprina que a la cebra.

"Buena suerte" les dije a los animales. El antílope y el león salieron de sus jaulas con ganas y se lanzaron juntos a la calle.

Algunos turistas gritaron. La mayoría solo se apartaron y sacaron fotos, probablemente convencidos de que era algún espectáculo publicitario de los casinos.

"¿Estarán bien los animales?" Le pregunté a Grover." Quiero decir, con el desierto y tal..."

"No te preocupes" me contestó. "Les he puesto un santuario de sátiro."

"¿Qué significa?2

"Significa que llegarán a la espesura a salvo" dijo. "Encontrarán agua, comida, sombra, todo lo que necesiten hasta hallar un lugar donde vivir a salvo."

"¿Por qué no nos echas una bendición de éas a nosotros?" Le pregunté.

"Solo funciona con animales salvajes."

"Así que sólo afectaría a Percy" razonó Annabeth.

"¡Eh!" Protesté.

"Es una broma" contestó. "Vamos, salgamos de este camión asqueroso."

Salimos a trompicones a la tarde en el desierto. Debía de haber cuarenta y cinco grados, así que seguramente parecíamos vagabundos refritos, pero todo el mundo estaba demasiado interesado en los animales salvajes para prestarnos atención.

No estaba seguro de qué íbamos buscando. Tal vez sólo un lugar donde librarnos del calor por unos instantes, encontrar un sándwich y un vaso de limonada y trazar un nuevo plan para llegar a Los Ángeles.

Debimos de girar en el lugar equivocado, porque de repente nos encontramos en un callejón sin salida, delante del Hotel Casino Loto. La entrada era una enorme flor de neón cuyos pétalos se encendían y parpadeaban. Nadie salía ni entraba, pero las brillantes puertas cromadas estaban abiertas, y del interior emergía un aire acondicionado con aroma de flores: flores de loto, quizá. Jamás las había oido, así que no estaba seguro.

El portero nos sonrió.

"Ey, chicos. Parecéis cansados. ¿Queréis entrar y sentaros?2

Durante la última semana había aprendido a sospechar. Suponía que cualquiera podía ser un monstruo o un dios. No se podía saber. Pero aquel tipo era normal. Saltaba a la vista. Además, me sentí tan aliviado de oír a alguien que parecía comprensivo que asentí y le dije que nos encantaría entrar. Dentro, echamos un vistazo y Grover exclamó:

"¡Uau!"

El recibidor entero era una sala de juegos gigante. Y no me refiero a los come cocos cutres o las máquinas tragaperras. Había un tobogán de agua que rodeaba el ascensor de cristal como una serpiente, de una altura de por lo menos cuarenta plantas. Había un muro de escalar a un lado del edificio, así como un puente desde el que hacer puenting. Y

cientos de videojuegos, cada uno del tamaño de una televisión gigante. Básicamente, tenía todo lo que se te puede ocurrir. Vi. a otros chicos jugando, pero no muchos. No había que esperar para ningún juego. Por todas partes se veían camareras y bares que servían todo tipo de comida.

"¡Eh!" Dijo un botones. Por lo menos eso me pareció. Llevaba una camisa hawaiana blanca y amarilla con dibujos de lotos, pantalones cortos y chanclas." Bienvenidos al Casino Loto. Aquí tienen la llave de su habitación."

"Esto, pero..."mascullé.

"No, no" dijo sonriendo." La cuenta está pagada. No tienen que pagar nada ni dar propinas. Sencillamente suban a la última planta, habitación cuatro mil uno. Si necesitan algo, como más burbujas para la bañera caliente, o platos en el campo de tiro, lo que sea, llamen a recepción. Aquí tienen sus tarjetas Lotus Cash. Funcionan en los restaurantes y en todos los juegos y atracciones."

Nos entregó a cada uno una tarjeta de crédito verde.

Sabía que tenía que ser un error. Evidentemente pensaba que éramos hijos de algún millonario. Pero acepté la tarjeta y pregunté:

"¿Cuánto hay aquí?"

"¿Qué quiere decir?" Inquirió con ceño.

"Quiero decir que... ¿cuánto se puede gastar aquí?"

Se rió.

"Ah, estaba bromeando. Bueno, eso mola. Disfruten de su estancia."

Subimos al ascensor y buscamos nuestra habitación. Era una suite con tres dormitorios separados y un bar lleno de caramelos, refrescos y patatas. Línea directa con el servicio de habitaciones. Toallas mullidas, camas de agua y almohadas de plumas. Una gran pantalla de televisión por satélite e Internet de alta velocidad. En el balcón había otra bañera de agua caliente y, como había dicho el botones, una máquina para disparar al plato y una escopeta, así que se podía lanzar palomas de arcilla por encima del horizonte de Las Vegas y llenarlas de plomo. Yo no creía que aquello fuera legal, pero desde luego molaba. La vista de la Franja, la calle principal de la ciudad, y el desierto eran alucinantes, aunque dudaba que tuviera tiempo para admirar la vista con una habitación como aquélla.

"¡Madre mía!" Exclamó Annabeth." Este sitio es..."

"Genial .concluyó Grover." Absolutamente genial.

Había ropa en el armario, de mi talla. Puse cara de extrañeza.

Tiré la mochila de Ares a la basura. Ya no iba a necesitarla. Cuando nos marcháramos, podría apuntar otra a mi cuenta en la tienda del hotel. Me di una ducha, que me sentó fenomenal tras una semana de viaje mugriento. Me cambié de ropa, comí una bolsa de patatas, bebí tres Coca colas y acabé sintiéndome mejor que en mucho tiempo. En el fondo de mi mente, algún problemilla seguía incordiándome. Habría tenido un sueño o algo. . .tenía que hablar con mis amigos. Pero estaba seguro de que podía esperar.

Salí de la habitación y descubrí que Annabeth y Grover también se habían duchado y cambiado de ropa. Grover comía patatas con fruición, mientras Annabeth encendía el canal del National Geographic.

"Con todos los canales que hay" le dije, "y tú pones el National Geographic. ¿Estás majara?"

"Emiten programas interesantes."

"Me siento Bien" comentó Grover. "Me encanta este sitio."

Sin que reparara siquiera en ello, las alas de sus zapatillas se desplegaron y por un momento lo levantaron treinta centímetros del suelo.

"¿Y ahora qué?" Preguntó Annabeth." ¿Dormimos?"

Grover y yo nos miramos y sonreímos. Ambos levantamos nuestras tarjetas de plástico verde Lotus Cash.

"Hora de jugar" dije.

No recordaba la última vez que me lo había pasado tan bien. Venía de una familia relativamente pobre. Nuestra idea de derrochar era salir a comer a un Burguer King y alquilar un vídeo. ¿Un hotel de Las Vegas de cinco estrellas? Ni hablar.

Hice puenting en el recibidor cinco o seis veces, bajé por el tobogán, practiqué snowboard en la ladera de nieve artificial y jugué a un juego de realidad virtual con pistolas láser y a otro de tiro al blanco del FBI. Vi a Grover unas cuantas veces, pasando de juego en juego. Le encantó el cazador cazado: donde el ciervo sale a disparar a los sureños. Vi a Annabeth jugar a juegos de trivial y otras cosas para cerebritos. Tenían un juego enorme de simulación en 3D en el que construías tu propia ciudad y, de hecho, veías los edificios holográficos levantarse en el tablero. A mí no me pareció gran cosa, pero a ella le encantó.

No sé en qué momento me di cuenta de que algo iba mal.

Probablemente fue cuando reparé en el chico que tenía a mi lado en el

tiro al blanco de realidad virtual. Tendría unos trece años, pero llevaba ropa muy rara. Pensé que sería hijo de algún imitador de Elvis. Vestía vaqueros de campana y una camiseta roja con estampado de tubos negros, y llevaba el pelo repeinado con gomina como un chico de Nueva Jersey en la fiesta de principio de curso.

Jugamos una partida juntos y dijo:

"Cómo enrolla, colega. Llevo aquí dos semanas y los juegos no dejan de mejorar."

"¿Cómo enrolla?"

Más tarde, mientras hablábamos, dije que algo "desentonaba" y me miró sorprendido, como si nunca hubiera oído la palabra. Se llamaba Darrin, pero en cuanto empecé a hacerle preguntas, se aburrió de mí y regresó a la pantalla.

"Eh, Darrin."

"¿Qué?"

"¿En qué año estamos?" Le pregunté.

Puso ceño.

"¿En el juego?"

"No. En la vida real."

Tuvo que pararse a pensarlo.

"En mil novecientos setenta y siete."

"No" dije, empecé a preocuparme." En serio."

"Oye, tío, me das malas vibraciones. Tengo una partida que atender"

Después de eso, me ignoró por completo.

Empecé a hablar con los demás, y descubrí que no era fácil. Estaban pegados a la pantalla del televisor, o al videojuego, o a su comida, o a lo que fuera. Encontré un tipo que me dijo que estábamos en 1985; otro en 1993. Todos aseguraban que no llevaban demasiado tiempo, sólo unos días, como mucho unas semanas. En realidad ni lo sabían ni les importaba.

Entonces se me pasó por la cabeza: ¿cuánto tiempo llevaba yo allí? Parecía solo un par de horas, pero ¿cuánto había sido? Intenté recordar por qué estábamos allí. íbamos a Los Ángeles. Teníamos que encontrar la entrada del inframundo. Mi madre. . . Por un horrible instante me costó recordar su nombre. Sally. Sally Jackson. Tenía que dar con ella. Tenía que evitar que Hades causara la Tercera Guerra Mundial.

Encontré a Annabeth aún construyendo su ciudad.

"Venga" le dije." Nos marchamos."

No hubo respuesta. La sacudí por los hombros.

"¿Annabeth?" Pareció molestarse.

"¿Qué?"

"Tenemos que irnos."

"¿Irnos? ¿De qué estás hablando? Si acabo de construir las torres..."

"Este sitio es una trampa."

No respondió hasta que volví a sacudirla.

"¿Qué pasa?"

"Escucha. Tenemos una misión, ¿recuerdas?"

"Oh, Percy, sólo unos minutos más."

"Annabeth, aquí hay gente desde mil novecientos setenta y siete. Niños que no han crecido más. Te inscribes y te quedas para siempre."

"¿Y qué?" Replicó." ¿Te imaginas un lugar mejor?"

La agarré de la muñeca y la aparté del juego.

"¡Eh!" Me gritó, e intentó pegarme, pero nadie se molestó siquiera en mirarnos. Estaban demasiado absortos.

La obligué a mirarme a los ojos.

"Arañas. Enormes arañas peludas" le dije.

Eso la estremeció y le aclaró la mirada.

"Oh, santo Olimpo" musitó." ¿Cuánto tiempo llevamos...?"

"No lo sé, pero tenemos que encontrar a Grover."

Tras buscar un buen rato, lo vimos jugando al cazador virtual.

"¡Grover!" Llamamos.

El contestó:

"¡Muere, humano!; ¡Muere, asquerosa y contaminante persona!"

"¡Grover!"

Se volvió con la pistola de plástico y siguió apretando el gatillo, como si fuera otra imagen en la pantalla.

Miré a Annabeth, y entre los dos lo agarramos por los brazos y lo apartamos. Sus zapatos voladores desplegaron las alas y empezaron a tirar de sus piernas en la otra dirección mientras gritaba:

"¡No! ¡Acabo de pasar otro nivel! ¡No!"

El botones del Loto se acercó presuroso.

"Bueno, bueno, ¿están listos para las tarjetas platino?"

"Nos vamos" le dije.

"Qué lástima" repuso él, y me dio la sensación de que era sincero, como si nuestra partida le doliera en el alma." Acabamos de abrir una sala nueva entera, llena de juegos para los poseedores de la tarjeta platino."

Nos mostró las tarjetas. Sabía que si aceptaba una, jamás me iría. Me quedaría allí, feliz para siempre, jugando para siempre, y pronto olvidaría a mi madre, mi misión e incluso mi propio nombre. Jugaría al francotirador virtual con Darrin el Enrollado por los siglos de los siglos.

Grover tendió un brazo hacia la tarjeta, pero Annabeth le pegó un tirón y la rechazó.

"No, gracias."

Caminamos hacia la puerta y, a medida que nos acercábamos, el olor a comida y los sonidos de los videojuegos parecían más atractivos. Pensé en nuestra habitación del piso de arriba. Podíamos quedarnos sólo por esa noche, dormir en una cama cómoda y mullida por una vez. . .

Salimos a toda prisa del Casino Loto y corrimos por la acera. Era por la tarde, aproximadamente la misma hora del día que habíamos entrado en el casino, pero algo no cuadraba. El clima había cambiado por completo. Había tormenta y el desierto rielaba por el calor.

Llevaba la mochila que me había dado Ares colgada del hombro, cosa rara, pues estaba seguro de que la había desecharido en la habitación 4001, pero de momento tenía otros problemas de que preocuparme.

Fui hasta el quiosco más cercano, miré la fecha de un periódico. Gracias a los dioses, seguía siendo el mismo año en que habíamos entrado. Después reparé en la fecha: 20 de junio. Habíamos pasado cinco días en el Casino Loto.

Sólo nos quedaba un día para el solsticio de verano. Un día para llevar a buen puerto nuestra misión.

CAPÍTULO 17

CAPITULO17

COMPRAMOS UNAS CAMAS DE AGUA

La idea fue de Annabeth.

Ella nos metió en la parte trasera de un taxi de las Vegas como si realmente tuviéramos dinero, y le dijo al conductor, "Los Ángeles, por favor."

El taxista mordió el puro y nos miro. "Son trescientas millas. Para eso, tienes que pagar por adelantado".

"¿Aceptas tarjetas de débito de los casinos?" Annabeth preguntó.

Él se encogió de hombros. "Algunas de ellas. Igual que las tarjetas de crédito. Tengo que verificarlas primero."

Annabeth le entregó su tarjeta verde de Lotus Cash.

Él la miró con escepticismo.

"Verifícala." Annabeth lo invitó.

Él lo hizo.

Su máquina de medidor comenzó a hacer ruidos. Las luces brillaban. Por último, un símbolo de infinito se acercó junto al signo de dólar.

El cigarro se le cayó de la boca al conductor. Volvió a mirar a nosotros, sus ojos muy abiertos. "¿Dónde, en Los Ángeles... uh, Altezas?"

"Al muelle de Santa Mónica." Annabeth se sentó un poco más recta. Me di cuenta de que le gustaba la cosa de 'Altezas'. "Llévanos ahí rápido, y puedes quedarte con el cambio".

Tal vez ella no debió de haber dicho eso. El indicador de velocidad de la cabina no cayó por debajo de noventa y cinco todo el camino por el desierto de Mojave.

En el camino, tuvimos mucho tiempo para hablar. Le dije a Annabeth y Grover acerca de mi último sueño, pero los detalles se volvían más difusos cada vez que trataba de recordar. El Casino Lotus parecía haber hecho cortocircuito en mi memoria. No podía recordar como sonaba la voz del criado invisible, aunque estaba seguro que era alguien que conocía. El sirviente había llamado al monstruo del pozo algo más que "mi señor"... un nombre o un título especial....

"¿El Silencioso?" Annabeth sugirió. "¿El rico? Ambos son apodos para Hades.

"Tal vez..." Dije "Aunque no los escuche muy bien."

"Eso suena como la sala del trono de Hades", dijo Grover. "Esa es la forma en que suele describirse."

Sacudí la cabeza. "Algo anda mal. El salón del trono no era la parte principal del sueño. Y esa voz de la fosa... No lo sé. Simplemente no se sentía como la voz de un Dios".

Los ojos de Annabeth se agrandaron como platos.

"¿Qué?" Le pregunté.

"Oh... nada. Yo estaba... No, tiene que ser Hades. Tal vez él envió este ladrón, esta persona invisible, para obtener el rayo maestro, y algo salió mal..."

"¿Como qué?"

"Yo... Yo no lo sé." dijo ella. "Pero si se robó el símbolo de poder de Zeus del Olimpo, y los dioses trataban de cazarlo, quiero decir, un montón de cosas pueden ir mal. Así que este ladrón tenía que ocultar el rayo, o él lo perdió de alguna manera. De todos modos, él no pudo llevarlo a Hades. Eso es lo que dijo la voz en tu sueño, ¿verdad? El hombre frasaso. Eso explicaría lo que las Furias estaban buscando cuando fueron tras nosotros en el autobús. Tal vez pensaron que habíamos recuperado el rayo."

No estaba seguro de lo que estaba mal con ella. Se la veía pálida.

"Pero si yo ya hubiera recuperado el rayo." dije, "¿Por qué habría de

estar viajando al infierno?"

"Para amenazar a Hades." Grover sugirió. "Sobornar o chantajearlo para que te devuelva a tu mamá."

Silbé. "Tienes pensamientos malos para ser una cabra."

"Por que, gracias."

"Pero la cosa en la fosa dijo que estaba esperando dos cosas." dije.
"Si el rayo maestro es uno, ¿Cuál es el otro?"

Grover sacudió la cabeza, claramente desconcertado.

Annabeth me miraba como si supiera mi siguiente pregunta, y fue el deseo silencioso de no preguntarla.

"Tienes una idea de lo que podría estar en esa fosa, ¿no?" Le pregunté. "¿Quiero decir, si no es Hades?"

"Percy... no vamos a hablar de ello. Porque si no es Hades... No. Tiene que ser Hades."

Pasando por Wasteland. Pasamos un cartel que decía: LÍNEA DEL ESTADO DE CALIFORNIA, 19,31 kilómetros.

Tengo la sensación de que faltaba una pieza, simple y fundamental de información. Es como cuando miraba una palabra común que debería saber, pero yo no podía darle sentido porque una o dos letras estaban flotando alrededor. Cuanto más pensaba en mi búsqueda, más estaba seguro de que enfrentar a Hades no era la respuesta real. Había algo más en el juego, algo mucho más peligroso.

El problema era: nos precipitamos hacia el inframundo a noventa y cinco millas por hora, apostando a que Hades tenía el rayo maestro. Si llegamos ahí y descubrimos que estamos equivocados, no tendríamos tiempo para corregirnos. La fecha límite del solsticio pasaría y la guerra comenzaría.

"La respuesta está en los infiernos." Annabeth me aseguró. Viste los espíritus de los muertos, Percy. Sólo hay un lugar que podría ser. Estamos haciendo lo correcto."

Ella trató de subirnos la moral al sugerir estrategias inteligentes para entrar en la Tierra de la Muerte, pero mi corazón no estaba en esto. Había demasiados factores desconocidos. Era como estudiar para una

prueba sin conocer el tema. Y créanme, yo lo había hecho bastantes veces.

El taxi aceleró al oeste. Cada ráfaga de viento a través del Valle de la Muerte sonaba como un espíritu de la muerte. Cada vez que los frenos silbaban en un camión de dieciocho ruedas, me recordó la voz reptil de Equidna.

Al atardecer, el taxi nos dejó en la playa de Santa Mónica. Tenía exactamente la forma en que las playas de L. A. se veían en las películas, sólo que olía peor. Hubo juegos de carnaval que recubrían el muelle, con palmeras que bordean las aceras, chicos sin hogar durmiendo en las dunas de arena, y chicos surfistas esperando la ola perfecta.

Grover, Annabeth, y yo caminamos hasta el borde de las olas.

"¿Y ahora qué?" Annabeth preguntó.

El Pacífico se estaba convirtiendo en oro cuando el sol se ocultaba. Pensé en cuánto tiempo había pasado desde que había estado en la playa de Montauk, en el lado opuesto del país, mirando a un mar diferente.

¿Cómo podría haber un dios que pudiera controlar todo eso? ¿Qué es lo que mi profesor de ciencias solía decir, dos tercios de la superficie de la tierra estaba cubierta de agua? ¿Cómo podría ser el hijo de alguien tan poderoso?

Entré a las olas.

"¿Percy?" Annabeth dijo. "¿Qué estás haciendo?"

Seguí caminando, hasta la cintura, entonces mi pecho.

Ella me llamó: "¿Sabes cuán contaminada está el agua? Hay todo tipo de tóxicos..."

Ahí es cuando mi cabeza se hundió.

Yo contuve la respiración en un principio. Es difícil de inhalar agua intencionadamente. Por último, no podía soportarlo más. Exclamé. Efectivamente, yo podía respirar normalmente.

Bajé entre los bancos. No debería haber podido ver a través de la oscuridad, pero de alguna manera podría decir dónde estaba todo.

Podía sentir la textura ondulada del fondo. Podría hacer colonias de dólares de arena que salpicaban los bancos de arena. Podía ver las corrientes, corrientes calientes y corrientes frías girando juntas.

Sentí que algo se frotaba contra mi pierna. Miré hacia abajo y casi me tiro fuera del agua como un misil balístico. Deslizándose por mi lado estaba un tiburón mako de cinco pies de largo.

Pero la cosa no estaba atacando. Se acurrucaba conmigo. Como un perro. En principio, toqué su aleta dorsal. Se resistió un poco, como si me invitara a sujetarlo más fuerte. Agarré la aleta con ambas manos. Se despegó, tirando de mí a lo largo. El tiburón me llevó hacia la oscuridad. Me depositó en el borde del océano adecuado, cuando el banco de arena caía en un abismo enorme. Era como estar de pie en el borde del Gran Cañón, a medianoche, no siendo capaz de ver mucho, pero sabiendo el vacío que estaba justo ahí.

La superficie brillaba tal vez unos cincuenta metros más arriba. Yo sabía que debería haber sido aplastado por la presión. Por otra parte, no debería haber sido capaz de respirar. Me preguntaba si había un límite a cuán profundo podía ir, si pudiera hundirme hacia el fondo del Pacífico.

Entonces vi algo que brillaba en la oscuridad, a continuación, cada vez más grande y brillante, mientras que subía hacia mí. Una voz de mujer, como mi madre, llamaba: "Percy Jackson".

A medida que ella se acercaba, su figura se hizo más clara. Tenía cabello negro, un vestido hecho de seda verde. Luz parpadeaba a su alrededor, y sus ojos eran distraídamente hermosos que casi no noté el tamaño del caballito de mar en que viajaba.

Ella desmontó. El caballito de mar y el tiburón mako se retiraron rápidamente y comenzaron a jugar a algo que parecía identificativo. La dama bajo el agua me sonrió. "Has venido de muy lejos, Percy Jackson. Bien hecho."

Yo no estaba muy seguro de qué hacer, así que hice una reverencia. "Eres la mujer que me habló en el Río Mississippi."

"Sí, hijo. Yo soy una Nereida, el espíritu del mar. No fue fácil aparecer hasta río arriba, pero las náyades, mis primas de agua dulce, me ayudaron a mantener mi fuerza vital. Ellas honran al Señor Poseidón, aunque ellas no sirvan en su corte."

"¿Y... tu sirves en la corte de Poseidón?"

Ella asintió. "Ha pasado muchos años desde que un hijo del dios del mar ha nacido. Te hemos observado con gran interés."

De repente, me acordé de caras en las olas de la playa de Montauk cuando yo era un niño, reflexiones de una mujer sonriendo. Al igual que muchas de las cosas extrañas en mi vida, nunca había pensado mucho en eso antes.

"Si mi padre está tan interesado en mí", le dije, "¿por qué no está aquí? ¿Por qué no me habla?"

Una corriente fría surgió de las profundidades.

"No juzgues al Señor del Mar con demasiada dureza", me dijo Nereida. "Él esta al borde de una guerra no deseada. Tiene mucho en lo que ocupar su tiempo. Además, le está prohibido ayudarte directamente. Los dioses no pueden mostrar tal favoritismo."

"¿Incluso a sus propios hijos?"

"Sobre todo a ellos. Los dioses pueden trabajar sólo por influencia indirecta. Por eso te doy una advertencia, y un regalo".

Ella le tendió la mano. Tres perlas blancas brillaban en su palma.

"Sé que viajaras al reino de Hades", dijo. "Pocos mortales han hecho esto y sobrevivido: Orfeo, que tenía una gran habilidad musical, Hércules, que tenía una gran fuerza, Houdini, que pudo escapar hasta las profundidades del Tártaro. ¿Tienes estos talentos?"

"Mmm... no, señora."

"Ah, pero tu tienes algo más, Percy. Tienes regalos que sólo has comenzado a conocer. Los oráculos han anunciado un gran y terrible futuro para ti, debes sobrevivir a la edad adulta. Poseidón no querrá que mueras antes de tiempo. Por lo tanto, toma estos, y cuando estés en necesidad, aplasta una perla a tus pies."

"¿Qué sucederá?"

"Eso", dijo ella, "depende de la necesidad. Pero recuerda: lo que pertenece al mar, siempre volverá al mar".

"¿Qué pasa con la advertencia?"

Sus ojos titilaban con luz verde. "Ve con lo que te dice tu corazón, o perderás todo. Hades se alimenta de la duda y la desesperanza. Él te engañará si puede, te hace desconfiar de tu propio juicio. Una vez que estés en su reino, él nunca tendrá la voluntad de dejarte. Mantén la fe. Buena suerte, Percy Jackson".

Ella llamó a su caballo de mar y se dirigió hacia el vacío.

"¡Espera!" Llamé. "En el río, dijiste que no confiara en los regalos. ¿Qué regalos?"

"Adiós, joven héroe," me llamó, su voz perdiéndose en las profundidades. "Debes escuchar a tu corazón." Ella se convirtió en una mancha de color verde brillante, y luego se fue.

Quería seguirla en la oscuridad. Quería ver a la corte de Poseidón. Pero miré a la puesta de sol oscureciéndose en la superficie. Mis amigos estaban esperando. Teníamos tan poco tiempo....

Di una patada hacia arriba, hacia la orilla.

Cuando llegué a la playa, mi ropa se secó al instante. Le dije a Grover y Annabeth lo que había sucedido, y les mostré las perlas.

Annabeth hizo una mueca. "Ningún regalo viene sin un precio."

"Estas eran gratis."

"No." Sacudió la cabeza. "No hay tal cosa como un almuerzo gratis. Eso es un antiguo dicho griego diciendo que se traduce muy bien en Estados Unidos. Habrá un precio. Espera".

Con esa feliz idea, dimos la espalda al mar.

Con algún cambio de repuesto de la mochila de Ares, tomamos el autobús en el Oeste de Hollywood. Mostré al conductor la dirección del Inframundo que había tomado del Jardín de la Tía Eme Emporio de Gnomos, pero nunca había oído hablar de DOA Estudio de Grabación.

"Me recuerdas a alguien que vi en televisión", me dijo. "¿Eres un niño actor o algo así?"

"Uh... soy un doble... de un montón de niños actores."

"¡Oh!, eso lo explica."

Le dimos las gracias y nos bajamos rápidamente a la siguiente parada.

Anduvimos por kilómetros a pie, en busca de DOA. Nadie parecía saber dónde estaba. No aparecía en la guía telefónica.

Dos veces, nos metimos en los callejones para evitar los coches de policía.

Me quedé inmóvil delante de la ventana de una tienda de aparatos porque la televisión mostraba una entrevista con alguien que me parecía muy familiar -mi padrastro, Gabe El Apestoso. Estaba hablando con Barbará Walters, quiero decir, como si él fuera una especie de gran celebridad. Ella lo estaba entrevistando a él en nuestro apartamento, en medio de un juego de póquer, y había una mujer joven rubia sentada junto a él, estrechando sus manos.

Una falsa lágrima brillaba en la mejilla. Él estaba diciendo: "Honestamente, Sra. Walters, si no fuera por Sugar, mi consejera de dolor, yo sería un desastre. Mi hijastro se llevó todo lo que me importaba. Mi esposa... mi Camaro... Yo... Lo siento. Me cuesta hablar de ello."

"Ahí lo tienen, Estados Unidos." Barbará Walters volvió a la cámara. "Un hombre destrozado. Un adolescente con problemas graves. Permítame mostrarle, de nuevo, la última foto conocida de este problemático joven fugitivo, tomada hace una semana en Denver."

La pantalla dio una toma granulada de mí, Annabeth, y Grover de pie fuera del restaurante de Colorado, hablando con Ares.

"¿Quiénes son los otros niños en esta foto?" Barbará Walters le preguntó dramáticamente. "¿Quién es el hombre con ellos? ¿Percy Jackson es un delincuente, un terrorista, o tal vez la víctima de un nuevo culto de lavado de cerebro espantoso? Cuando regresemos, charla con un psicólogo infantil. Estén atentos, Estados Unidos".

"Vamos", me dijo Grover. Él me llevó lejos antes de que pudiera hacer un agujero en la ventana de la tienda.

Se hizo de noche, y personajes con miradas hambrientas empezaron a salir a jugar en la calle. Ahora, no me malinterpreten. Soy un neoyorquino. No me asusto fácilmente. Pero L. A. es totalmente diferente de Nueva York. De vuelta a casa, todo parecía cercano. No importa lo grande que la ciudad fuese, podrías llegar a cualquier

parte sin perderte. El patrón de la calle y el metro tienen sentido. Allí había un sistema de cómo funcionaban las cosas. Un niño podía estar seguro, siempre y cuando no fuera estúpido.

L. A. no era así. Se extendía, caótica, difícil de moverse. Me recordó a Ares. No era lo suficientemente grande para Los Ángeles, sino que tenía que probar que era lo suficientemente fuerte y extraña y difícil de navegar, también. Yo no sabía cómo alguna vez íbamos a encontrar la entrada del Inframundo antes de mañana, el solsticio de verano.

Caminamos pasando pandilleros, vagos, y los vendedores ambulantes, que nos miraban como si trataran de entender si valía la pena de asaltarnos.

A medida que pasábamos corriendo a la entrada de un callejón, una voz desde la oscuridad, dijo: "Oye, tú."

Como un idiota, me detuve.

Antes de darme cuenta, estábamos rodeados. Un grupo de niños nos habían rodeado. Seis de ellos en todo -los niños de color blanco con ropa cara y medias en la cara-. Al igual que los chicos de la Academia Yancy: mocosos ricos jugando a ser los chicos malos.

Instintivamente, saqué a Contracorriente. Cuando la espada apareció de la nada, los niños se retiraron, pero su líder fue realmente estúpido o muy valiente, porque él seguía viéndome hacia mí con una navaja.

Cometí el error de mover la espada.

El niño gritó. Pues debía de haber sido 100% mortal, porque la hoja le atravesó derecha a su pecho sin causar daño. Él miró hacia abajo. "Que es lo..."

Pensé que habían pasado unos tres segundos antes de que su shock se convirtiera en rabia. "¡Corre!" Le grité a Annabeth y Grover.

Empujamos a dos niños fuera de nuestro camino y corrimos por la calle, sin saber donde estábamos yendo. Giramos en una esquina.

"¡Ahí!" Annabeth gritó.

Sólo una tienda en el bloque parecía abierta, las ventanas mirando con luces de neón. La señal por encima de la puerta decía algo así

como WATRE CRSTUY'S BDE ALPACE.

"¿El Palacio de las Camas de Agua de Crusty?" Grover tradujo.

No sonaba como un lugar que iría a salvo en una emergencia, pero estaba definitivamente calificado.

Atravesamos las puertas, corrimos detrás de una cama de agua, y nos agachamos. Una fracción de segundo más tarde, los niños pandilleros corrieron pasándonos.

"Creo que los hemos perdido," Grover dijo jadeando.

Una voz detrás de nosotros estaba en auge, "¿Perder a quién?"

Todos saltamos.

De pie detrás de nosotros había un tipo que parecía un ave de rapiña en un traje. Él era por lo menos de siete pies de altura, sin pelo. Tenía piel gris áspera, párpados gruesos, y una fría, sonrisa de reptil. Él se movía lentamente hacia nosotros, pero tengo la sensación de que podría actuar con rapidez si quisiera. Su traje podría haber llegado desde el Casino de Lotus. Pertenecía a los años setenta, gran tiempo.

La camisa era de seda, desabrochada hasta la mitad de su pecho lampiño. Las solapas de su chaqueta de terciopelo estaban tan alejadas como pistas de aterrizaje. Las cadenas de plata alrededor de su cuello, -no podía siquiera contarlas-.

"Soy Crusty", dijo con una sonrisa con sarro amarillo.

Yo me resistí las ganas de decir: Sí, lo eres.

"Perdón por entrar," le dije. "Estábamos... navegando".

"¿Te refieres a esconderte de esos niños malos?", refunfuñó. "Ellos están cada noche. Consigo un montón de gente aquí, gracias a ellos. Ejemplo tu, ¿deseas mirar una cama de agua?"

Yo estaba a punto de decir "No, gracias", cuando él puso una mano enorme en mi hombro y me dirigió dentro de la sala de exposición.

Había todo tipo de camas de agua que se puedan imaginar: diferentes tipos de madera, diferentes patrones de sabanas, queen-size, king-size, el tamaño emperador del universo.

"Este es mi modelo más popular." Crusty extendió las manos con orgullo sobre una cama cubierta con sábanas de satén negro, con una función de lámparas de lava en la cabecera. El colchón vibraba, por lo que parecía gelatina con sabor a aceite.

"Millones de manos de masaje," Crusty nos dijo. "Vamos, pruébalo. Diablos, toma una siesta. No me importa. No hay negocios hoy, de todas maneras."

"Um." le dije, "No creo que..."

"¡Millones de manos dando masajes!" Grover gritó, y se zambulló "¡Oh, chicos! Esto es genial."

"Hmm," Crusty dijo, acariciando la barbilla de cuero. "Casi, casi."

"¿Casi qué?" Le pregunté.

Él miró a Annabeth. "Hazme un favor y prueba esta de aquí, cariño. Podrías encajar".

Annabeth dijo, "Pero, qué..."

Él le dio unas palmaditas tranquilizadoras en el hombro y la llevó hacia el modelo de lujo Safari con leones tallados en madera de teca en el marco y un edredón estampado de leopardo. Cuando Annabeth no quiso acostarse, Crusty la empujó.

"¡Hey!" protestó ella.

Crusty chasqueó los dedos. "¡Ergo!"

Cuerdas surgieron de los lados de la cama, amarrándose alrededor de Annabeth, sujetándola al colchón.

Grover intentó levantarse, pero las cuerdas saltaron de la cama de negro, también, y le azotó abajo.

"¡N-no c-c-cool!", gritó, su voz vibrante de millones de masajeadores. "¡N-no c-cool d-del todo!"

El gigante miró a Annabeth y luego se volvió hacia mí y me sonrió. "Casi, caramba."

Traté de escaparme, pero su mano salió disparada y se sujetó en la

parte trasera de mi cuello. "Whoa, niño. No te preocupes. Nosotros te ayudaremos a encontrar una en un segundo."

"Deja a mis amigos."

"Oh, seguro que sí. Pero tengo que hacerlos encajar, en primer lugar".

"¿Quéquieres decir?"

"Todas las camas son exactamente de seis pies, ¿no? Tus amigos son demasiado cortos. Tengo que hacerlos aptos".

Annabeth y Grover continuaron luchando.

"No soporto las medidas imperfectas" Crusty murmuró. "¡Ergo!"

Un nuevo conjunto de cuerdas saltó desde la parte superior e inferior de las camas, envolviendo a Grover y a Annabeth los tobillos, y luego alrededor de sus axilas. Las cuerdas comenzaron apretando, tirando de mis amigos desde ambos extremos.

"No te preocupes," Crusty me dijo: "Estos son trabajos de estiramiento. Tal vez tres pulgadas adicionales en sus espinas. Incluso podrían vivir. Ahora, ¿por qué no encontramos una cama que te guste?, ¿eh?"

"¡Percy!" Grover gritó.

Mi mente estaba corriendo. Yo sabía que no podía luchar solo con este gigante vendedor de camas de agua. Él rompería mi cuello antes de que yo pudiera sacar mi espada.

"Tu verdadero nombre no es Crusty, ¿verdad?" Le pregunté.

"Legalmente, es Procrusto", admitió.

"El Estirador", le dije. Me acordé de la historia: el gigante que había intentado matar a Teseo, con el exceso de hospitalidad en su camino a Atenas.

"Sí," dijo el vendedor. "Pero ¿quién puede pronunciar Procrusto? Malo para el negocio. Ahora 'Crusty', todos pueden decir eso".

"Tienes razón. Es un buen reclamo."

Sus ojos se iluminaron. "¿Tú crees?"

"Oh, absolutamente", dije. "¿Y la mano de obra en estas camas? ¡Fabuloso!"

Él sonrió enormemente, pero sus dedos no aflojaban mi cuello. "Yo les digo a mis clientes eso. Todo el tiempo. Nadie se molesta en mirar la mano de obra. Cuantas cabeceras integradas con lámparas de lava ¿has visto?"

"No demasiadas."

"¡Eso es!"

"¡Percy!" Annabeth gritó. "¿Qué estás haciendo?"

"No te preocunes por ella," le dije a Procrusto. "Es imposible".

El gigante se rió. "Todos mis clientes lo son. Nunca dos metros exactamente. Tan desconsiderado. Y luego se quejan de la instalación."

"¿Qué haces si son más de seis pies?"

"Oh, eso pasa todo el tiempo. Es una solución simple."

Se soltó de mi cuello, pero antes de que pudiera reaccionar, llegó detrás de un escritorio cerca de ventas y llevó a cabo una enorme hacha de doble hoja de latón. Él dijo, "Solo centro el sujeto lo mejor que pueda y cerceno lo que cuelgue en cualquier parte final".

"Ah", dije, tragando saliva. "Razonable".

"¡Estoy tan contento de haberme cruzado con un cliente inteligente!"

Las cuerdas en realidad estiraban a mis amigos ahora. Annabeth estaba palideciendo. Grover hizo gorgoteo, como un ganso estrangulado.

"Así que, Crusty..." Le dije, tratando de mantener la luz de mi voz. Eché un vistazo a la etiqueta de venta especial de San Valentín en forma de luna de miel. "¿Esto realmente tiene estabilizadores dinámicos para detener el movimiento ondulatorio?"

"Absolutamente. Pruébalo".

"Sí, tal vez lo haré. Pero, ¿trabajara, incluso para un hombre como tú? ¿Sin olas en absoluto?"

"Garantizado".

"De ninguna manera."

"Sí".

"Demuéstrame".

Él se sentó con entusiasmo en la cama, dio unas palmaditas en el colchón. "No hay olas. ¿Ves?" Choqué los dedos. "Ergo".

Cuerdas azotaron alrededor de Crusty y aplastándolo contra el colchón.

"¡Hey!" gritó.

"Céntrenlo bien", dije.

Las cuerdas se reajustaron a mi mando. Toda la cabeza de Crusty se salió la parte superior. Sus pies pegados a la parte inferior.

"¡No!" dijo él. "¡Espera! Esto es sólo una demostración."

Desenvainé a Contracorriente. "Algunos simples ajustes..."

Yo no tenía reparos en lo que iba a hacer. Si Crusty era humano, no podría hacerle daño de todos modos. Si era un monstruo, merecía convertirse en polvo por un tiempo.

"Manejo un negocio duro," me dijo. "Te daré el treinta por ciento de descuento en el piso de modelos seleccionados".

"Creo que voy a empezar con la parte superior." Levanté mi espada.

"¡No hay dinero abajo! ¡No habrá intereses por seis meses!"

Levanté la espada. Crusty dejó de hacer ofertas.

Corte las cuerdas en las otras camas. Annabeth y Grover se pusieron de pie, gimiendo y haciendo muecas y maldiciéndome mucho.

"Te ves más alta," dije.

"Muy divertido", Annabeth dijo. "Se más rápido la próxima vez."

Miré el tablero de anuncios tras el mostrador de ventas de Crusty. Había un anuncio de Hermes de prestación de servicios, y otro para el Nuevo Compendio de Monstruos en el área de L. A. - "¡Las únicas Páginas Amarillas monstruosas, que jamás hayan visto!" En virtud de que, un volante de color naranja brillante para DOA Estudios de grabación, ofreciendo comisiones por las almas de los Héroes. "Siempre estamos buscando nuevos talentos" la dirección de DOA estaba justo debajo con un mapa.

"Vamos", les dije a mis amigos.

"Danos un minuto", se quejó Grover. "Casi nos estiraron hasta la muerte".

"Entonces, estás listo para el inframundo," le dije. "Está sólo a una calle de aquí."

CAPITULO 18

CAPITULO18

ANNABETH SI ATIENDE EN LA ESCUELA

Nosotros estuvimos de pie en las sombras del Boulevard Valencia, mirando hacia arriba a las letras doradas grabadas en mármol negro: DOA ESTUDIOS DE GRABACIÓN.

Deabajo, grabado en las puertas de vidrio: NO ABOGADOS. NO VAGANCIA. NO SERES VIVOS. Era casi media noche, pero el vestíbulo estaba bien iluminado y lleno de gente. Detrás del escritorio de seguridad estaba sentado un guardia de seguridad de mirada dura con lentes de sol y un auricular.

Me giré hacia mis amigos. "Ok. Recuerden el plan."

"El plan," Grover balbuceo. "Seeh. Yo amo el plan."

Annabeth dijo, "¿Qué pasa si el plan no funciona?"

"No pienses en negativo."

"Correcto," ella dijo. "Nosotros estamos entrando a la Tierra de la Muerte, y yo no debería pensar en negativo."

Saque las perlas de mi bolsillo, las tres esferas lechosas que Nereida me había dado en Santa Mónica. No parecían de mucho refuerzo en caso de que algo saliera mal.

Annabeth puso su mano en mi hombro. "Lo siento, Percy. Tienes razón, lo conseguiremos. Todo estará bien."

Ella le dio a Grover un codazo.

"¡Oh, correcto!" el intervino. "Llegamos así de lejos. Encontraremos el rayo maestro y salvaremos a tu mamá. No hay problema."

Yo mire a ambos, y me sentí realmente agradecido. Solo unos pocos minutos antes, casi los había mandado directo hasta la muerte en camas de agua de lujo, y ahora ellos estaban intentando ser valientes por mi causa, tratando de hacerme sentir mejor.

Deslice las perlas de vuelta a mi bolsillo. "Vamos a patear algunos traseros del inframundo."

Caminamos hacia dentro del vestíbulo DOA.

Mozart sonaba suavemente en los altavoces ocultos. La alfombra y paredes eran gris acero. Cactus de lápiz crecían en las esquinas como manos de esqueleto. Los muebles eran de cuero negro, y todos los asientos estaban ocupados. Había gente sentada en sofás, gente parada, gente mirando hacia afuera por las ventanas o esperando por el ascensor. Nadie se movía, o hablaba, o hacia mucho de nada. Por el rabillo de mi ojo, podía verlos a todos perfectamente bien, pero si me enfocaba en cualquiera de ellos en particular, ellos empezaban a verse...transparentes. Podía ver directo a través de sus cuerpos.

El escritorio del guardia de seguridad era un pódium alzado, así que tuvimos que mirar hacia arriba.

El era alto y elegante, con piel chocolate coloreada y cabello rubio blanquecino rapado al estilo militar. El vestía en tonos de carey y un traje de seda italiana que combinaba con su cabello. Una rosa negra estaba colgada de su solapa debajo de una etiqueta de nombre plateada.

Leí el nombre en la etiqueta, entonces lo mire con asombro. "¿Su nombre es Quirón?"

El se inclinó a través del escritorio. No podía ver nada en sus lentes excepto mi propio reflejo, pero su sonrisa era dulce y fría, como la de una pitón, justo antes de comerte.

"Que precioso joven muchacho." El tenía un extraño acento inglés, tal vez, pero también como si él hubiera aprendido inglés como segundo lenguaje. "Dime, compañero, ¿me veo como un centauro?"

"N-no."

"Señor," el agrego suavemente.

"Señor," yo dije.

El pincho el nombre en la etiqueta y corrió su dedo debajo de las letras. "¿Puedes leer esto, compañero? Dice C-A-R-O-N-T-E. Dilo conmigo."

"Caronte."

"¡Sorprendente! Ahora: Sr. Caronte."

"Sr. Caronte." dije.

"Bien hecho." El se sentó de nuevo. "Odio ser confundido con ese viejo centauro. Y ahora, ¿Cómo puedo ayudarlos a ustedes pequeños muertos?"

Su pregunta cayó en mi estomago como una bola rápida. Miré a Annabeth por apoyo.

"Nosotros queremos ir al inframundo," ella dijo.

La boca de Caronte se torció. "Bueno, eso es refrescante."

"¿Lo es?" ella preguntó.

"Directa y honestamente. Sin gritar. Sin Debe haber un error, Sr. Caronte" el miro hacia nosotros. "¿Cómo murieron, entonces?"

Le di un codazo a Grover.

"Oh," el dijo. "Um... ahogados... en la bañera."

"¿Los tres?" Caronte preguntó. Nosotros nos codeamos.

"Gran bañera." Caronte se veía medianamente impresionado. "Supongo que no tienen monedas para el pasaje. Normalmente, con adultos, verán, yo podría cargarlo a su American Express, o adherir el precio del ferry a su última factura del cable. Pero con niños...por desgracia ustedes nunca mueren preparados. Supongamos que ustedes tendrán que tomar asiento por unos pocos siglos."

"Oh, pero nosotros tenemos monedas." Conté tres dracmas doradas en el mostrador, parte del alijo que encontré en el escritorio de la oficina de Crusty.

"Bueno, ahora..." Caronte humedeció sus labios. "Dracmas reales. Dracmas dorados reales. Yo no había visto esto en..."

Sus dedos se cernían con avidez por encima de las monedas.

Nosotros estábamos tan cerca.

Entonces Caronte me miró. Esa Mirada fría detrás de sus lentes parecía hacer un agujero a través de mi pecho. "Aquí ahora," el dijo. "Tú no pudiste leer mi nombre correctamente. ¿Eres disléxico, muchacho?"

"No," dije. "Estoy muerto."

Caronte se inclinó hacia adelante y tomo una inhalación. "Tú no estas muerto. Debería haberlo sabido. Tu eres un Diosecillo."

"Nosotros tenemos que llegar al inframundo," insistí.

Caronte hizo un sonido de gruñir profundo con su garganta. Inmediatamente toda la gente en la habitación de espera se paró y empezaron a andar, agitados, prendiendo cigarrillos, corriendo las manos a través de su cabello, o chequeando sus relojes de pulsera.

"Váyanse mientras puedan," Caronte nos dijo. "Yo solo tomaré estas y olvidare que los vi."

El comenzó a ir por las monedas, pero yo se las arrebate de regreso.

"Sin viaje, sin propina" intenté sonar más valiente de lo que me sentía.

Caronte gruñó de nuevo, un profundo, sonido helador de sangre. Los espíritus de la muerte empezaron a golpear en las puertas del ascensor.

"Es una pena, también" suspiré. "nosotros teníamos más que ofrecer."

Yo sostuve hacia arriba la bolsa entera de los alijos de Crusty. Saqué un puñado de dracmas y dejé que las monedas se derramaran a través de mis dedos.

El gruñido de Caronte cambio a algo más parecido al ronroneo de un león. "¿Piensas que puedo ser comprado, diosecillo? Eh... solo por curiosidad, ¿Cuánto tienes ahí?"

"Un montón," dije. "Apuesto a que Hades no te paga lo suficiente por tanto trabajo duro."

"Oh, tú no sabes ni la mitad de eso. ¿A quién le gustaría ser la niñera de estos espíritus todo el día? Siempre es 'Por favor no dejes que este muerto' o 'Por favor déjame cruzar gratis.' Yo no he tenido un aumento de sueldo en trescientos años. ¿Imaginan que trajes como este son baratos?"

"Tu mereces algo mejor," acordé. "Un poco de apreciación. Respeto. Buena paga."

Con cada palabra, yo introduje otra moneda de oro en el contador.

Caronte lanza una mirada abajo hacia su chaqueta de seda italiana, como si se imaginara a sí mismo en algo incluso mejor. "Debo decir, muchacho, que tu estas diciendo algo con sentido ahora. Solo un poco."

Introduje algunas monedas más. "Podría mencionar un aumento de sueldo cuando hable con Hades." El suspiró. "El bote esta casi lleno, de todos modos. Yo podría añadirlos a ustedes tres y estar fuera de eso."

El se paró, recogió nuestro dinero, y dijo, "Vamos."

Nos empujamos entre la multitud de espíritus esperando, quienes se empezaron a agarrar a nuestras ropas como el viento, sus voces susurrando cosas que no podía descifrar. Caronte los empujo fuera del camino, gruñendo, "Cargas libres."

Nos escoltó dentro del ascensor, que ya estaba repleto de almas de la muerte, cada una sosteniendo un pasaje de embarque verde. Caronte agarro dos espíritus que estaban intentando seguir con nosotros y los empujo de regreso al vestíbulo.

"Correcto. Ahora, nadie se haga ilusiones mientras no estoy," anunció a la sala de espera. "Y si alguien mueve el dial de mi estación escucha suave de nuevo, me aseguraré de que ustedes estén aquí por otros mil años. ¿Entendido?"

El cerró las puertas. Puso una tarjeta llave dentro de una ranura en el panel del ascensor y nosotros empezamos a descender.

"¿Qué les pasa a los espíritus que esperan en el vestíbulo?" Annabeth preguntó.

"Nada," Caronte dijo.

"¿Por cuánto tiempo?"

"Para siempre, o hasta que yo me sienta generoso."

"Oh," ella dijo. "Eso es...justo."

Caronte enarco una ceja. "¿Quién dijo que la muerte era justa, joven señorita? Espera hasta que sea tu turno. Ustedes morirán lo suficientemente pronto, por el camino en que van."

"Nosotros saldremos vivos," dije.

"Ja."

Tuve una sensación de mareo repentino. Ya no estábamos yendo más hacia abajo, si no hacia adelante. El aire se volvió brumoso. Los espíritus alrededor de mi empezaron a cambiar de forma. Sus ropas modernas parpadeaban, volviéndose unas capas con capucha grises. El piso del ascensor comenzó a balancearse.

Pestañee con fuerza. Cuando abrí mis ojos, el traje italiano cremoso de Caronte fue remplazado por una larga capucha negra. Sus lentes de carey se habían ido. Donde sus ojos deberían estar había cuencas vacías, como los ojos de Ares, excepto que Caronte era completamente oscuro, lleno de noche y muerte y desesperación. El me vio mirándolo, y dijo, "¿Entonces?"

"Nada," logré decir.

Pensé que él estaba sonriendo, pero no era eso. La carne de su cara se estaba volviendo transparente, dejándose ver derecho a través de su cráneo.

El piso seguía balanceándose.

Grover dijo, "Yo creo que estoy mareado."

Cuando pestañee de nuevo, el ascensor ya no era un ascensor. Nosotros estábamos parados en un barco de madera. Caronte nos estaba llevando a través de un oscuro, aceitoso río, atestado con huesos, pescados muertos, y otras, cosas extrañas, muñecas de plástico, claveles aplastados, diplomas esponjosos con bordes dorados.

"El río Styx," Annabeth murmuró. "Es tan..."

"Contaminado," dijo Caronte. "Por miles de años, ustedes humanos han estado tirando todo con lo que se topan, esperanzas, sueños, deseos que nunca se hicieron realidad. Irresponsable perdida de administración, si me preguntan."

La niebla se ondulaba hacia afuera del agua sucia. Por encima de nosotros, casi perdido en la oscuridad, había un techo de estalactitas. Más adelante, la otra orilla brillaba con luz verdosa, el color del veneno.

El pánico cerró mi garganta. ¿Qué estaba haciendo ahí? Esta gente alrededor de mi... ellos estaban muertos.

Annabeth sostuvo mi mano. Bajo circunstancias normales, esto me daría vergüenza, pero entendía como ella se sentía. Ella quería asegurarse de que alguien mas estaba vivo en el bote.

Me encontré a mi mismo murmurando una plegaria, aunque no estaba muy seguro a quien le estaba rezando. Aquí abajo, solo un Dios importaba, y el era el que yo tenía que confrontar.

La orilla del inframundo se pudo visualizar. Rocas escarpadas y arena volcánica negra se extendían tierra adentro aproximadamente a cien yardas de la base de una alta pared de piedra, la cual se marchaba en cualquier dirección tan lejos como podíamos ver. Un sonido vino de algún lugar cercano de la penumbra verde, haciendo eco en las piedras, el aullido de un animal grande.

"El viejo tres caras tiene hambre," Caronte dijo. Su sonrisa se volvió esquelética en la luz verdecida. "Mala suerte para ustedes, Diosecillos."

La parte inferior de nuestro barco se deslizo en la arena negra. La muerte empezó a desembarcar. Una mujer sosteniendo la mano de una pequeña niña. Un hombre viejo y una mujer vieja cojeando brazo con brazo. Un niño no más viejo de lo que yo soy, arrastrando los pies silenciosamente solo en su túnica gris.

Caronte dijo, "Te deseo suerte, muchacho, pero no hay ninguna de ella aquí abajo. Eso sí, no te olvides de mencionar mi aumento de sueldo."

El contó nuestras monedas de oro dentro de su bolsa, luego tomó su mástil. El gorgoreaba algo que sonaba como la canción de Barry Manilow mientras trasladaba el barco vacío de vuelta a través del río.

Nosotros seguimos a los espíritus a través de un buen desgastado camino.

No estoy seguro de que estaba esperando, puertas perladas, o un gran rastrillo negro, o algo. Pero la entrada al inframundo se veía como una mezcla entre la seguridad de un aeropuerto y la autopista de peaje de Jersey.

Ahí había tres entradas separadoras debajo de un enorme arco negro que decía USTED ESTA ENTRANDO AHORA EN EREBO. Cada entrada tenía un pasador de metales con cámaras de seguridad montadas en la parte de arriba. Más allá de estas había cabinas de peajes manejadas por espíritus crueles vestidos de negro como Caronte.

Los aullidos del animal hambriento estaban muy fuertes ahora, pero yo no podía ver de donde provenían. El perro de tres cabezas, Cerbero, quien se suponía que tenía que cuidar la puerta de Hades, estaba en ningún lugar para ser visto.

Los muertos hacían fila en las tres líneas, dos marcadas como OPERADORA DE SERVICIOS, y una marcada como EZ MUERTE. La línea EZ MUERTE se estaba moviendo derecho sola. Las otras dos estaban acaudaladas.

"¿Qué te preguntas?" le pregunto a Annabeth.

"La línea rápida debe ir derecho a los Campos de Asfódelos," ella dijo. "Sin concurso. Ellos no quieren arriesgarse a una sentencia de la corte, porque eso tal vez valla en contra de ellos."

"¿Hay una corte para gente muerta?"

"Sí, tres jueces. Ellos cambian de lugar acerca de quien se sienta en el banquito. El rey Minos, Thomas Jefferson, Shakespeare, gente como esa. Algunas veces ellos miran una vida y deciden que esa persona necesita una recompensa especial, los Campos Elíseos. Algunas veces ellos deciden el castigo. Pero la mayoría de la gente, bueno, ellos solo viven. Nada especial, bueno o malo. Así que ellos van a los Campos Asfódelos."

"¿Y hacen qué?"

Grover dijo, "Imagínate estar parado en un campo húmedo en Kansas. Para siempre."

"Duro," dije.

"No tan duro como eso," Grover murmuró. "Mira."

Una pareja de espíritus crueles vestidos de negro habían empujado hacia un lado a un espíritu y estaban registrándolo en el escritorio de seguridad. La cara del hombre muerto me parecía vagamente familiar.

"Es ese predicador que hacia las noticias, ¿recuerdan?" Grover preguntó.

"Oh, sí." Yo recordaba ahora. Nosotros lo vimos en la TV un par de veces en la residencia de la academia Yancy. Era ese molesto televangelista del norte del estado de Nueva York quien crió millones de doladores por orfanatos y luego fue atrapado gastando el dinero en cosas para su mansión, como tapas de oro para las tazas del baño, y un puesto de golf interior. El murió en una persecución policial cuando su "Lamborghini para el señor" se salió de un acantilado.

Dije, "¿Qué están haciendo con él?"

"Castigo especial de Hades," Grover adivinó. "La gente realmente mala consigue esta atención personal tan pronto como llegan. Las Fur... las Benévolas prepararon una eterna tortura para él."

El pensamiento de las Furias me hizo estremecer. Me di cuenta de que estaba en su territorio ahora. La vieja Sra. Dodds estaría lamiendo sus labios con anticipación.

"Pero si él es un predicador," yo dije, "y él cree en un infierno diferente..."

Grover se encogió de hombros. "¿Quién dice que él está viendo este lugar de la manera en que nosotros lo hacemos? Los humanos ven lo que ellos quieren ver. Tu eres muy testarudo... ermm, persistente, en esa manera."

Nosotros estábamos más cerca de las puertas.

El gruñido era tan ruidoso ahora que sacudió el piso en mis pies, pero todavía no podía averiguar de dónde provenía.

Entonces, como a quince pies en frente de nosotros, la niebla verde brillaba. Parado justo donde el camino se dividía en tres caminos estaba un enorme monstruo sombrío.

No lo había visto antes porque era mitad transparente, como la muerte. Hasta que se movió, se mezclo con lo que sea que estaba detrás de él. Solo sus ojos y dientes se veían sólidos. Y estaba mirando derecho hacia mí.

Mi mandíbula colgó abierta. Todo lo que podía pensar en decir era, "Es un Rottweiler."

Siempre imaginé a Cerbero como un gran negro mastín. Pero el era obviamente un Rottweiler pura raza, excepto por supuesto de que él era dos veces del tamaño de un lanudo mamut, casi invisible, y tenía tres cabezas.

La muerte camino directo hacia él, sin nada de miedo. Las filas de OPERADORA DE SERVICIOS se separaban a cada lado de él. Los espíritus de EZ MUERTE caminaban derecho entre sus patas delanteras y debajo de su vientre, cosa que podían hacer sin siquiera agacharse.

"Estoy empezando a verlo mejor," murmuré. "¿Por qué será eso?"

"Yo creo..." Annabeth humedeció sus labios. "Me temo que es porque estamos más cerca de estar muertos."

La cabeza de en medio del perro se estiró hacia nosotros. Olisqueó el aire y gruñó.

"Puede oler lo que vive," dije.

"Pero eso está bien," Grover dijo, estremeciéndose al lado mío. "Porque nosotros tenemos un plan."

"Correcto," Annabeth dijo. Nunca escuché su voz sonar tan pequeña. "Un plan."

Nos movimos hacia el monstruo.

La cabeza del medio nos gruñó, luego ladró tan fuerte que mis ojos se sacudieron.

"¿Puedes entenderlo?" le pregunté a Grover.

"Oh si," dijo. "Puedo entenderlo."

"¿Qué dice?"

"No creo que los humanos tengan una palabra de cuatro letras que lo traduzca, exactamente."

Tomé el gran palo fuera de mi mochila, un poste de una cama que yo rompí del modelo Safari de lujo de Crusty. Lo sostuve hacia arriba, e intente canalizar pensamientos felices de perro hacia Cerbero, comerciales Alpo, adorables pequeños cachorros, bocas de incendio. Intenté sonreír, como si no estuviera a punto de morir.

"Hey, gran compañero," lo llamé, "apuesto a que ellos no juegan mucho contigo."

"¡GROWWWLLLL!"

"Buen chico," dije débilmente.

Balanceé el palo. La cabeza de en medio del perro siguió el movimiento. Las otras dos cabezas seguían con sus ojos en mí, ignorando completamente a los espíritus. Tenía la atención completa de Cerbero. No estaba seguro de que eso fuera una cosa buena.

"¡Búscalas!" tiré el palo hacia la penumbra, una buena sólida tirada. Escuché el sploosh que hizo al caer en el río Styx.

Cerbero me miró, nada impresionado. Sus ojos estaban tétricos y fríos.

Adiós al plan.

Cerbero ahora estaba haciendo un nuevo tipo de gruñido, más profundo abajo en sus tres gargantas.

"Um," Grover dijo. "¿Percy?"

"¿Sí?"

"Solo pensé que tu querrías saber."

"¿Sí?"

"¿Cerbero? Está diciendo que tenemos diez segundos para rezarle al Dios de nuestra elección. Después de eso...bueno...tiene hambre."

"¡Esperen!" Annabeth dijo. Ella empezó a registrar a través de su bolso.

Uh-oh. Pensé.

"Cinco segundos," Grover dijo. "¿Corremos ahora?"

Annabeth sacó una pelota de goma roja del tamaño de una uva. En la etiqueta decía WATERLAND, DENVER, CO. Antes de que pudiera detenerla, ella levantó el balón y se dirigió directamente a Cerbero.

Ella gritó, "¿Ves la pelota? ¿Quieres la pelota, Cerbero? ¡Siéntate!"

Cerbero se veía tan petrificado como lo estábamos nosotros.

Sus tres cabezas se inclinaron hacia los lados. Seis narices dilatadas.

"¡Siéntate!" Annabeth llamó de nuevo.

Estaba seguro de que en cualquier momento ella se convertiría en la galleta para perros huesos de leche más larga del mundo.

Pero en cambio, Cerberos lamió sus tres conjuntos de labios, se movió sobre sus patas traseras, y se sentó, inmediatamente aplastando a una docena de espíritus quienes estaban pasando por debajo de él en la línea de EZ MUERTE.

Los espíritus hicieron amortiguados silbidos mientras ellos se disipaban, como el aire fuera de las llantas.

Annabeth dijo, "¡Buen chico!"

Ella le tiro a Cerbero la pelota.

La atrapó con su boca del medio. Era apenas lo suficientemente grande para que el la masticara, y las otras cabezas empezaron a golpear a la del medio, intentando conseguir el nuevo juguete.

"Suéltala." Annabeth ordenó.

Las cabezas de Cerbero dejaron de pelear y la miraron. La pelota estaba húmeda entre dos de sus dientes como un pequeño pedazo de chicle. El hizo un ruidoso, escalofriante lloriqueo, entonces soltó la pelota, ahora babosa y mordida casi hasta la mitad, en los pies de Annabeth.

"Buen chico." Recogió la pelota, ignorando la baba de monstruo que la rodeaba por todos lados.

Ella se giró hacia nosotros. "Váyanse ahora. Por la línea EZ MUERTE, es más rápida."

Dije, "Pero..."

"Ahora." Ella ordenó, en el mismo tono que estaba usando con el perro.

Grover y yo avanzamos un poco con cautela.

Cerbero empezó a gruñir.

"¡Quédate!" Annabeth le ordenó al monstruo. "Si tu quieres la pelota, quédate!"

Cerbero gimió, pero se quedó donde estaba.

"¿Qué hay de ti?" le pregunté a Annabeth mientras la pasábamos.

"Sé lo que estoy haciendo, Percy," murmuró. "Al menos, estoy bastante segura..."

Grover y yo caminamos entre las piernas del monstruo.

Por favor Annabeth, recé. No le digas que se siente de nuevo.

Lo conseguimos. Cerbero no era ni un poco menos aterrador visto desde atrás.

Annabeth dijo, "¡Buen perro!"

Ella sostuvo hacia arriba la pelota roja hecha jirones, y probablemente llegó a la misma conclusión que yo, si ella recompensaba a Cerbero, ahí no quedaría nada más para ningún truco.

Ella tiró la pelota de todos modos. La boca izquierda del monstruo inmediatamente la agarró, solo para ser atacado por la cabeza del medio, mientras la cabeza derecha se quejó en señal de protesta.

Mientras el monstruo estaba distraído, Annabeth caminó a paso vivo debajo de su barriga y se unió a nosotros en el detector de metales.

"¿Cómo hiciste eso?" le pregunte, maravillado.

"Atendiendo en la escuela," dijo sin aliento, y estaba sorprendido de ver que ahí habían lagrimas en sus ojos. "Cuando era pequeña, en la casa de mi papá, teníamos un Doberman..."

"Olvida eso," Grover dijo, tirando de mi camisa. "¡Vamos!"

Nosotros estábamos a punto de huir a través de la línea EZ MUERTE cuando Cerbero gimió ruidosamente de sus tres bocas. Annabeth se detuvo.

Ella se volteo para encarar al perro, que había hecho un giro de ciento ochenta grados para mirarnos.

Cerbero jadeaba expectante, la pequeña pelota roa en pedazos en un charco de baba a sus pies.

"Buen chico," Annabeth dijo, pero su voz sonaba melancólica e insegura.

Las cabezas del monstruo se voltearon a ambos lados, como si estuvieran preocupadas por ella.

"Les traeré otra pelota pronto," Annabeth prometió ligeramente. "¿Les gustaría eso?"

El monstruo gimió. Yo no necesitaba hablar perro para saber que Cerbero todavía estaba esperando por la pelota.

"Buen perro. Vendré a visitarte pronto. Yo... yo lo prometo." Annabeth se volteo hacia nosotros. "Vámonos."

Grover y yo nos empujamos a través del detector de metales, el cual inmediatamente gritó y prendió luces rojas parpadeantes. "¡Posesiones sin autorización! ¡Magia detectada!"

Cerberos empezó a ladear.

Nosotros irrumpimos a través de la puerta EZ MUERTE, la cual tenía incluso más alarmas a todo volumen, y corrimos hacia el inframundo.

Unos pocos minutos después, estábamos escondidos, sin aliento, en el tronco podrido de un inmenso árbol negro mientras los espíritus crueles de seguridad se hundían al pasar, gritando por refuerzos de las Furiás.

Grover murmuró, "Bueno, Percy, ¿Qué hemos aprendido hoy?"

“¿Qué los perros de tres cabezas prefieren pelotas de plástico rojas sobre los palos?”

“No,” Grover me dijo. “Nosotros aprendimos que tus planes realmente, irealmente apestan!”

No estaba seguro acerca de eso. Pensé que tal vez Annabeth y yo teníamos los dos la idea correcta. Incluso aquí en el inframundo, todo el mundo —incluso monstruos— necesitaban un poco de atención de vez en cuando.

Pensé acerca de eso mientras esperábamos por que las almas crueles pasaran. Pretendí no ver a Annabeth limpiarse una lagrima de su mejilla mientras ella escuchaba el lloriqueo fúnebre de Cerbero en la distancia, anhelando por su nueva amiga.

CAPITULO 19

CAPITULO 19

DESCUBRIMOS LA VERDAD, MAS O MENOS

Imagínate el concierto más multitudinario que hayas visto jamás, un campo de futbol lleno con un millón de fans.

Ahora imagina un campo un millón de veces más grande, lleno de gente, e imagina que se ha ido la electricidad y no hay ruido, ni luz, ni globos gigantes rebotando sobre el gentío. Algo trágico ha ocurrido tras el escenario. Multitudes susurrantes que sólo pululan en las sombras, esperando un concierto que nunca empezará.

Si puedes imaginarte eso, te harás una buena idea del aspecto que tenían los Campos de Asfódelos. La hierba negra llevaba millones de años siendo pisoteada por pies muertos. Soplaba un viento cálido y pegajoso como el hálito de un pantano" aquí y allá crecían árboles negros, y Grover me dijo que eran álamos.

El techo de la caverna era tan alto que bien habría podido ser un gran nubarrón, pero las stalactitas emitían leves destellos grises y tenían puntas afiladísimas. Intenté no pensar que se nos caerían encima en cualquier momento, aunque había varias de ellas desperdigadas por el suelo, incrustadas en la hierba negra tras derrumbarse. Supongo que los muertos no tenían que preocuparse por nimiedades como que te despanzurrara una stalactita del tamaño de un misil.

Annabeth, Grover y yo intentamos confundirnos entre la gente, pendientes por si volvían los demonios de seguridad. No pude evitar buscar rostros familiares entre los que deambulaban por allí, pero los muertos son difíciles de mirar. Sus rostros brillan. Todos parecen enfadados o confusos. Se te acercan y te hablan, pero sus voces suenan a un traqueteo, como un chillido de murciélagos. En cuanto advierten que no puedes entenderlos, fruncen el entrecejo y se apartan.

Los muertos no dan miedo. Sólo son tristes.

Seguimos abriéndonos camino, metidos en la fila de recién llegados que serpenteaba desde las puertas principales hasta un pabellón cubierto de negro con un estandarte que rezaba: "Juicios para el Elíseo y la condenación eterna. ¡Bienvenidos, muertos recientes!"

Por la parte trasera había dos filas más pequeñas.

A la izquierda, espíritus flanqueados por demonios de seguridad marchaban por un camino pedregoso hacia los Campos de Castigo, que brillaban y humeaban en la distancia, un vasto y agrietado erial con ríos de lava, campos de minas y kilómetros de alambradas de espino que separaban las distintas zonas de tortura. Incluso desde tan lejos, veía a la gente perseguida por los perros del infierno, quemada en la hoguera, obligada a correr desnuda a través de campos de cactus o a escuchar ópera. Vislumbré más que vi una pequeña colina, con la figura diminuta de Sísifo dejándose la piel para subir su roca hasta la cumbre. Y vi torturas peores; cosas que no quiero describir.

La fila que llegaba al lado derecho del pabellón de los juicios era mucho mejor. Esta conducía pendiente abajo hacia un pequeño valle rodeado de murallas: una zona residencial que parecía el único lugar feliz del inframundo. Más allá de la puerta de seguridad había vecindarios de casas preciosas de todas las épocas, desde villas romanas a castillos medievales o mansiones victorianas. Flores de plata y oro lucían en los jardines. La hierba ondeaba con los colores del arco iris. Oí risas y olor a barbacoa.

El Elíseo.

En medio de aquel valle había un lago azul de aguas brillantes, con tres pequeñas islas como una instalación turística en las Bahamas. Las islas Bienaventuradas, para la gente que había elegido renacer tres veces y tres veces habían alcanzado el Elíseo. De inmediato supe que aquél era el lugar al que quería ir cuando muriera.

"De eso se trata." me dijo Annabeth como si me leyera el pensamiento". Ése es el lugar para los héroes."

Pero entonces pensé que había muy poca gente en el Elíseo, que parecía muy pequeño en comparación con los Campos de Asfódelos o incluso los Campos de Castigo. Qué poca gente hacía el bien en sus vidas. Era deprimente.

Abandonamos el pabellón del juicio y nos adentramos en los Campos de Asfódelos. L oscuridad aumentó. Los colores se desvanecieron de nuestras ropas. La multitud de espíritus parlanchines empezó a menguar.

Tras unos kilómetros caminando, empezamos a oír un chirrido familiar en la distancia. En el horizonte cernía un reluciente palacio de obsidiana negra. Por encima de las murallas merodeaban tres criaturas parecidas a murciélagos: las Furias. Me dio la impresión de que nos esperaban.

"Supongo que es un poco tarde para dar media vuelta." comentó Grover, esperanzado.

"No va a pasarnos nada." Intenté aparentar seguridad.

"A lo mejor tendríamos que buscar en otros sitios primero." sugirió Grover. "Como el Elíseo, por ejemplo

"Venga, pedazo de cabra." Annabeth lo agarró del brazo.

Grover emitió un gritito. Las alas de sus zapatillas se desplegaron y lo lanzaron lejos de Annabeth. Aterrizó dándose una buena costalada.

"Grover" lo regañó Annabeth". Basta de hacer el tonto."

"Pero si yo no..."

Otro gritito. Sus zapatos revoloteaban como locos. Levitaron unos centímetros por encima del suelo y empezaron a arrastrarlo.

"¡Maia!" gritó pero la palabra mágica parecía no surtir efecto". ¡Maia! ¡Por favor! ¡Llamad a emergencias! ¡Socorro!"

Evité que su brazo me noqueara e intenté agarrarle la mano, pero llegué tarde. Empezaba a cobrar velocidad y descendía por la colina como un trineo.

Corrimos tras él.

"¡Desátate los zapatos!" vociferó Annabeth.

Era una buena idea, pero supongo que no muy factible cuando tus zapatos tiran de ti a toda velocidad. Grover se revolvió, pero no alcanzaba los cordones.

Lo seguimos, tratando de no perderlo de vista mientras zigzagueaba entre las piernas de los espíritus, que lo miraban molestos. Estaba seguro de que Grover iba a meterse como un torpedo por la puerta del palacio de Hades, pero sus zapatos vibraron bruscamente a la derecha y lo arrastraron en la dirección opuesta.

La ladera se volvió más empinada. Grover aceleró. Annabeth y yo tuvimos que apretar el paso para no perderlo. Las paredes de la caverna se estrecharon a cada lado, y yo reparé en que habíamos entrado en una especie de túnel. Ya no había hierba ni árboles

negros, sólo roca desnuda y la tenue luz de las estalactitas encima.

"¡Grover!" grité, y el eco resonó". ¡Agárrate a algo!"

"¿Qué?" gritó su voz a su vez.

Se agarra a la gravilla, pero no había nada lo bastante firme para frenarlo.

El túnel se volvió aún más oscuro y frío. Se me erizó el vello de los brazos y percibí una horrible fetidez. Me hizo pensar en cosas que ni siquiera había experimentado nunca: sangre derramada en un antiguo altar de piedra, el aliento repulsivo de un asesino.

Entonces vi lo que teníamos delante y me quedé clavado en el sitio.

El túnel se ensanchaba hasta una amplia y oscura, en caverna cuyo centro se abría un abismo del tamaño de un cráter.

Grover patinaba directamente hacia el borde.

"¡Venga, Percy!" chilló Annabeth, tirándome de la muñeca.

"Pero eso es..."

"¡Ya lo sé!" gritó. " ¡Es el lugar que describiste en tu sueño!" Pero Grover va a caer dentro si no lo alcanzamos." Tenía razón, por supuesto. La situación de Grover me puso otra vez en movimiento.

Gritaba y manoteaba el suelo, pero las zapatillas aladas seguían arrastrándolo hacia el foso, y no parecía que pudiéramos llegar a tiempo.

Lo que lo salvó fueron sus pezuñas.

Las zapatillas voladoras siempre le habían quedado un poco sueltas, y al final Grover le dio una patada a una roca grande y la izquierda salió disparada hacia la oscuridad del abismo. La derecha seguía tirando de él, pero Grover pudo frenarse aferrándose a la roca y utilizándola como anclaje.

Estaba a tres metros del borde del foso cuando lo alcanzamos y tiramos de él hacia arriba. La otra zapatilla salió sola, nos rodeó enfadada y, a modo de protesta, nos propinó un puntapié en la cabeza antes de volar hacia el abismo para unirse con su gemela.

Nos derrumbamos todos, exhaustos, sobre la gravilla de obsidiana. Sentía las extremidades como de plomo. Incluso la mochila me pesaba más, como si alguien la hubiese llenado de rocas.

Grover tenía unos buenos moratones y le sangraban las manos. Las

pupilas se le habían vuelto oblongas, estilo cabra, como cada vez que estaba aterrorizado.

"No sé cómo..." dije. "Escucha."

Oí algo: un susurro profundo en la oscuridad.

"Percy, este lugar..." dijo Annabeth al cabo de unos segundos.

"Chist." Me puse en pie.

El sonido se volvía más audible, una voz malévola y susurrante que surgía desde abajo, mucho más debajo de donde estábamos nosotros. Provenía del foso.

Grover se incorporó. "¿Q...

qué es ese ruido?"

Annabeth también los oía.

"El Tártaro. Ésta es la entrada al Tártaro."

Destapé Anaklusmos. La espada de bronce se extendió, emitió una débil luz en la oscuridad y la voz malvada remitió por un momento, antes de retomar su letanía. Ya casi distinguía palabras, palabras muy, muy antiguas, más antiguas que el propio griego. Como si...

"Magia." dije.

"Tenemos que salir de aquí." repuso Annabeth.

Juntos pusimos a Grover sobre sus pezuñas y volvimos sobre nuestros pasos, hacia la salida del túnel. Las piernas no me respondían lo bastante rápido. La mochila me pesaba. A nuestras espaldas, la voz sonó más fuerte y enfadada, y echamos a correr.

Y no nos sobró tiempo.

Un viento frío tiraba de nuestras espaldas, como si el foso estuviera absorbiéndolo todo. Por un momento terrorífico perdí el equilibrio y los pies me resbalaron por la gravilla. Si hubiésemos estado más cerca del borde, nosabría tragado.

Seguimos avanzando con gran esfuerzo, y por fin llegamos al final del túnel, donde la caverna volvía a ensancharse en los Campos de Asfódelos. El viento cesó. Un aullido iracundo retumbó desde el fondo del túnel. Alguien no estaba muy contento de que hubiésemos escapado.

"¿Qué era eso?" musitó Grover, cuando nos derrumbamos en la relativa seguridad de una alameda". ¿Una de las mascotas de Hades?

Annabeth y yo nos miramos. Estaba claro que tenía alguna idea, probablemente la misma que se le había ocurrido en el taxi que nos había traído a Los Ángeles, pero le daba demasiado miedo para compartirla. Eso bastó para asustarme aún más.

Cerré la espada y me guardé el bolígrafo.

"Sigamos." Miré a Grover. "¿Puedes caminar?"

Tragó saliva.

"Sí, sí, claro" suspiró. "Bah, nunca me gustaron esas zapatillas."

Intentaba mostrarse valiente, pero temblaba tanto como nosotros. Fuera lo que fuese lo que había en aquel foso, no era la mascota de nadie. Era inenarrablemente arcaico y poderoso. Ni siquiera me había dado aquella sensación. Casi me alivió darle la espalda al túnel y encaminarme hacia el palacio de Hades.

Casi.

Envueltas en sombras, las Furias sobrevolaban en círculo las almenas. Las murallas externas de la fortaleza relucían negras, y las puertas de bronce de dos pisos de altura estaban abiertas de par en par. Cuando estuve más cerca, aprecié que los grabados de dichas puertas reproducían escenas de muerte. Algunas eran de tiempos modernos –una bomba atómica explotando encima de una ciudad, una trinchera llena de soldados con máscaras antigás, una fila de víctimas de hambrunas africanas, esperando con cuencos vacíos en la mano–, pero todas parecían labradas en bronce hacía miles de años. Me pregunté si eran profecías hechas realidad.

En el patio había el jardín más extraño que he visto en mi vida. Setas multicolores, arbustos venenosos y raras plantas luminosas que crecían sin luz. En lugar de flores había piedras preciosas, pilas de rubíes grandes como mi puño, macizos de diamantes en bruto. Aquí y allí, como invitados a una fiesta, estaban las estatuas de jardín de Medusa: niños, sátiros y centauros petrificados, todos esbozando sonrisas grotescas.

En el centro del jardín había un huerto de granados cuyas flores naranjas neón brillaban en la oscuridad.

"Éste es el jardín de Perséfone" explicó Annabeth. "Seguid andando."

Entendí por qué quería avanzar. El aroma ácido de aquellas granadas era casi embriagador. Sentí un deseo repentino de comérmelas, pero recordé la historia de Perséfone: un bocado de la comida del inframundo y jamás podríamos marcharnos. Tiré de Grover para evitar que agarrara la más grande.

Subimos por la escalinata de palacio, entre columnas negras y a través de un pórtico de mármol negro, hasta la casa de Hades. El zaguán tenía suelo de bronce pulido, que parecía hervir a la luz reflejada de las antorchas. No había techo, sólo el de la caverna, muy por encima. Supongo que allí abajo no les preocupa la lluvia.

Cada puerta estaba guardada por un esqueleto con indumentaria militar. Algunos llevaban armaduras griegas; otros, casacas rojas británicas; otros, camuflaje de marines. Cargaban lanzas, mosquetones o M-16. Ninguno nos molestó, pero sus cuencas vacías nos siguieron mientras recorrimos el zaguán hasta las enormes puertas que había en el otro extremo.

Dos esqueletos con uniforme de marine custodiaban las puertas. Nos sonrieron. Tenían lanzagranadas automáticos cruzados sobre el pecho.

"¿Sabéis?" murmuró Grover, "apuesto lo que sea a que Hades no tiene problemas con los vendedores puerta a puerta."

La mochila me pesaba una tonelada. No se me ocurría por qué. Quería abrirla, comprobar si había recogido por casualidad alguna bala de cañón por ahí, pero no era el momento.

"Bueno, chicos" dije." Creo que tendríamos que. . .llamar."

Un viento cálido recorrió el pasillo y las puertas se abrieron de par en par. Los guardias se hicieron a un lado.

"Supongo que eso significa entre-vous" comentó Annabeth.

La sala era igual que en mi sueño, salvo que en esta ocasión el trono de Hades estaba ocupado. Era el tercer dios que conocía, pero el primero que me pareció realmente divino.

Para empezar, medía por lo menos tres metros de altura, e iba vestido con una túnica de seda negra y una corona de oro trenzado. Tenía la piel de un blanco albino, el pelo por los hombros negro azabache. No estaba musculoso como Ares, pero irradiaba poder. Estaba repantigado en su trono de huesos humanos soldados, con aspecto vivaz y alerta. Tan peligroso como una pantera.

Inmediatamente tuve la certeza de que él debía dar las órdenes: sabía más que yo y por tanto debía ser mi amo. Y a continuación me dije que cortase el rollo. El aura hechizante de Hades me estaba afectando, como lo había hecho la de Ares. El Señor de los Muertos se parecía a las imágenes que había visto de Adolph Hitler, Napoleón y los líderes terroristas que teledirigen a los hombres bomba. Hades tenía los mismos ojos intensos, la misma clase de carisma malvado e hipnotizador.

"Eres valiente para venir aquí, hijo de Poseidón." articuló con voz empalagosa. "Después de lo que me has hecho, muy valiente a decir verdad. O puede que seas sólo muy insensato."

El entumecimiento se apoderó de mis articulaciones, tentándome a tumbarme en el suelo y echarme una siestecita a los pies de Hades. Acurrucarme allí y dormir para siempre.

Luché contra la sensación y avancé. Sabía qué tenía que decir.

"Señor y tío, vengo a haceros dos peticiones."

Hades levantó una ceja. Cuando se inclinó hacia delante, en los pliegues de su túnica aparecieron rostros en sombra, rostros atormentados, como si la prenda estuviera hecha de almas atrapadas en los Campos de Castigo que intentaran escapar. La parte de mí afectada por el THDA se preguntó, distraída, si el resto de su ropa estaría hecho del mismo modo. ¿Qué cosas horribles había que hacer en la vida para acabar convertido en ropa interior de Hades?

"¿Sólo dos peticiones?" preguntó Hades. "Niño arrogante. Como si no te hubieras llevado ya suficiente. Habla entonces. Me divierte no matarte aún."

Tragué saliva. Aquello iba tan mal como me había temido.

Miré el trono vacío, más pequeño que el que había junto al de Hades. Tenía forma de flor negra ribeteada con oro. Deseé que la reina Perséfone estuviera allí. Recordaba que en los mitos sabía cómo calmar a su marido. Pero era verano. Claro, Perséfone estaría arriba, en el mundo de la luz con su madre, la diosa de la agricultura, Deméter. Sus visitas, no la traslación del planeta, provocan las estaciones.

Annabeth se aclaró la garganta y me hincó un dedo en la espalda.

"Señor Hades" dije. "Veréis, señor, no puede haber una guerra entre los dioses. Sería... chungo."

"Muy chungo" añadió Grover para echarme una mano.

"Devolvedme el rayo maestro de Zeus." dije. "Por favor, señor. Dejadme llevarlo al Olimpo."

Los ojos de Hades adquirieron un brillo peligroso.

"¿Odas venirme con esas pretensiones, después de lo que has hecho?"

Miré a mis amigos, tan confusos como yo.

"Esto...tío." dije. "No paras de decir "después de lo que has hecho." ¿Qué he hecho exactamente?"

El salón del trono se sacudió con un temblor tan fuerte que probablemente lo notaron en Los Ángeles. Cayeron escombros del techo de la caverna. Las puertas se abrieron de golpe en todos los muros, y los guerreros esqueléticos entraron, docenas de ellos, de todas las épocas y naciones de la civilización occidental. Formaron en el perímetro de la sala, bloqueando las salidas.

"¿Crees que quiero la guerra, diosecillo?" Espetó Hades.

Quería contestarle "bueno, estos tipos tampoco parecen activistas de la paz", pero la consideré una respuesta peligrosa.

"Sois el Señor de los Muertos." dije con cautela". Una guerra expandiría vuestro reino, ¿no?"

"¡La típica frasecita de mis hermanos! ¿Crees que necesito más súbditos? Pero ¿es que no has visto la extensión de los Campos de Asfódelos?"

"Bueno..."

"¿Tienes idea de cuánto ha crecido mi reino sólo en este último siglo? ¿Cuántas subdivisiones he tenido que abrir?"

Abrí la boca para responder, pero Hades ya se había lanzado.

"Más demonios de seguridad." se lamentó". Problemas de tráfico en el pabellón del juicio. Jornada doble para todo el personal. . . antes era un dios rico, Percy Jackson. Controlo todos los metales preciosos bajo tierra. Pero iy los gastos!"

"Caronte quiere que le subáis el sueldo." aproveché para decirle, porque me acordé en ese instante. Pero al punto deseé haber tenido la boca cosida.

"¡No me hagas hablar de Caronte!" bramó Hades". ¡Está imposible desde que descubrió los trajes italianos! Problemas en todas partes, y tengo que ocuparme de todos personalmente. ¡Sólo el tiempo que tardo en llegar desde palacio hasta las puertas me vuelve loco! Y los muertos no paran de llegar. No, diosecillo. ¡No necesito ayuda para conseguir súbditos! Yo no he pedido esta guerra."

"Pero os habéis llevado el rayo maestro de Zeus."

"¡Mentiras!" Más temblores. Hades se levantó del trono y alcanzó una enorme estatura." Tu padre puede que engañe a Zeus, chico, pero yo no soy tan tonto. Veo su plan."

“¿Su plan?”

“Tú robaste el rayo durante el solsticio de invierno.” dijo”. Tu padre pensó que podría mantenerte en secreto. Te condujo hasta la sala del trono en el Olimpo y te llevaste el rayo maestro y mi casco. De no haber enviado a mi furia descubrirte en la academia Yancy, Poseidón habría logrado ocultar su plan para empezar una guerra. Pero ahora te has visto obligado a salir a la luz. ¡Tú confesarás ser el ladrón del rayo, y yo recuperaré mi yelmo!”

“Pero. . .”terció Annabeth, desconcertada.“Señor Hades, ¿vuestro yelmo de oscuridad también ha desaparecido?”

“No te hagas la inocente, niña. Tú y el sátiro habéis estado ayudando a este héroe, habéis venido aquí para amenazarme en nombre de Poseidón, sin duda habéis venido a traerme un ultimátum. ¿Cree Poseidón que puede chantajearme para que lo apoye?”

“¡No! –repliqué. “ ¡Poseidón no ha. . .no ha. . .!”

“No he dicho nada de la desaparición del yelmo.” gruñó Hades,” porque no alberga ilusiones de que nadie en el Olimpo me ofreciera la menor justicia ni la menor ayuda. No puedo permitirme que se sepa que mi arma más poderosa y temida ha desaparecido. Así que te busqué, y cuando quedó claro que venías a mí para amenazarme, no te detuve.”

“¿No nos detuviste? Pero...”

“Devuélveme mi casco ahora, o abriré la tierra y devolveré a los muertos al mundo.” amenazó Hades. “Convertiré vuestras tierras en una pesadilla. Y tú, Percy Jackson, tu esqueleto conducirá mi ejército fuera del Hades.”

Los soldados esqueléticos dieron un paso al frente y prepararon sus armas.

En este momento supongo que debería haber estado aterrorizado. Lo raro fue que me ofendió. Nada me enoja más que me acusen de algo que no he hecho. Tengo mucha experiencia en eso.

“Sois tan chungo como Zeus.” le dije”. ¿Creéis que os he robado? ¿Por eso enviasteis a las Furias por mí?”

“Por supuesto.”

“¿Y los demás monstruos?”

“Hades torció el gesto.”

“De eso no sé nada. No quería que tuvieras una muerte rápida:

quería que te trajieran vivo ante mí para que sufrieras todas las torturas de los Campos de Castigo. ¿Por qué crees que te he permitido entrar en mi reino con tanta facilidad?"

"¿Tanta facilidad?"

"¡Devuélveme mi yelmo!"

"Pero yo no lo tengo. He venido por el rayo maestro."

"¡Pero si ya lo tienes!" gritó Hades. " ¡Has venido aquí con él, pequeño insensato, pensando que podrías amenazarme!"

"¡No lo tengo!"

"Abre la bolsa que llevas."

"Me sacudió un presentimiento horrible. Mi mochila pesaba como una bala de cañón. . . No podía ser. Me descolgué la mochila y abrí la cremallera. Dentro había un cilindro de metal de medio metro, con pinchos a ambos lados, que zumbaba por la energía que contenía.

"Percy..." dijo Annabeth", ¿cómo. . .?"

"N...no lo sé. No lo entiendo."

"Todos los héroes sois iguales" apostilló Hades." Vuestro orgullo os vuelve necios. . . Mira que creer que podías traer semejante arma ante mí. No he pedido el rayo maestro de Zeus, pero, dado que está aquí, me lo entregarás. Estoy seguro de que se convertirá en una excelente herramienta de negociación. Y ahora. . .mi yelmo. ¿Dónde está?"

Me había quedado sin habla. No tenía ningún yelmo. No tenía idea de cómo había acabado el rayo maestro en mi mochila. De alguna forma, Hades me la estaba jugando. Él era el malo. Pero de repente el mundo se había puesto patas arriba. Reparé en que estaban jugando conmigo. Zeus, Poseidón y Hades se enfrentaban entre sí, pero azuzados por alguien más. El rayo maestro estaba en la mochila, y la mochila me la había dado. . .

"Señor Hades, esperad" dije. "Todo esto es un error."

"¿Un error?" rugió.

Los esqueletos apuntaron sus armas. Desde lo alto se oyó un aleteo, y las tres Furias descendieron para posarse sobre el respaldo del trono de su amo. La que tenía cara de la señora Dodds me sonrió, ansiosa, e hizo restallar su látigo.

"No se trata de ningún error" prosiguió Hades. " Sé por qué has

venido; conozco el verdadero motivo por el que has traído el rayo. Has venido a cambiarlo por ella."

De la mano de Hades surgió una bola de fuego. Explotó en los escalafones frente a mí, y allí estaba mi madre, congelada en un resplandor dorado, como en el momento en que el Minotauro empezó a asfixiarla.

No podía hablar. Me acerqué para tocarla, pero la luz estaba tan caliente como una hoguera.

"Sí" dijo Hades con satisfacción. "Yo me la llevé. Sabía, Percy Jackson, que al final vendrías a negociar conmigo. Devuélveme mi casco y puede que la deje marchar. Ya sabes que no está muerta. Aún no. Pero si no me complaces, eso puede cambiar."

Pensé en las perlas en mi bolsillo. A lo mejor podrían sacarme de esta. Si pudiera liberar a mi madre. . .

"Ah, las perlas" prosiguió Hades, y se me heló la sangre. "Sí, mi hermano y sus truquitos. Tráemelas, Percy Jackson."

Mi mano se movió en contra de mi voluntad y sacó las perlas.

"Sólo tres" comentó Hades. "Qué pena. ¿Te das cuenta de que cada perla solo protege a una persona? Intenta llevarte a tu madre, pues diosecillo. ¿A cuál de tus amigos dejarás atrás para pasar la eternidad conmigo? Venga, elige. O dame la mochila y acepta mis condiciones."

Miré a Annabeth y Grover. Sus rostros estaban sombríos. "Nos han engañado" les dije. "Nos han tendido una trampa." "Sí, pero ¿por qué?" Preguntó Annabeth. "Y la voz del foso..." "Aún no lo sé" contesté. "Pero tengo intención de preguntarlo."

"¡Decídete, chico!" me apremió Hades.

"Percy" Grover me puso una mano en el hombro. "No puedes darle el rayo."

"Eso ya lo sé."

"Déjame aquí" dijo. "Usa la tercera perla para tu madre."

"¡No!"

"Soy un sátiro." repuso Grover. "No tenemos almas como los humanos. Puede torturarme hasta que muera, pero no me tendrá para siempre. Me reencarnaré en una flor o en algo parecido. Es la mejor solución."

"No." Annabeth sacó su cuchillo de bronce. "Id vosotros dos. Grover, tú debes proteger a Percy. Además, tienes que sacarte la licencia para buscar a Pan. Sacad a su madre de aquí. Yo os cubriré. Tengo intención de caer luchando."

"Ni hablar." respondió Grover. "Yo me quedo."

"Piénsatelo, pedazo de cabra." replicó Annabeth.

"¡Basta ya!" Me sentía como si me partieran en dos el corazón. Ambos me habían dado mucho. Recordé a Grover bombardeando a Medusa en el jardín de estatuas, y a Annabeth salvándonos de Cerbero; habíamos sobrevivido a la atracción de Waterland preparada por Hefesto, al arco de San Luis, al Casino Loto. Había pasado cientos de kilómetros preocupado por un amigo que me traicionara, pero aquellos amigos jamás podrían hacerlo. No habían hecho otra cosa que salvarme, una y otra vez, y ahora querían sacrificar sus vidas por mi madre.

"Sé qué hacer." Dije. "Tomad estas dos." Le di una perla a cada uno.

"Pero Percy. . ." protestó Annabeth.

Quería sacrificarme y usar con ella la última perla, pero ella jamás lo permitiría. Me diría que mi deber era devolver el rayo al Olimpo, contarle a Zeus la verdad y detener la guerra. Nunca me perdonaría si yo optaba por salvarla a ella. Pensé en la profecía que me habían hecho en la colina Mestiza, parecía haber transcurrido un millón de años: "Al final, no conseguirás salvar lo más importante."

"Lo siento." Susurré. "Volveré. Encontraré algún modo."

La mirada de suficiencia desapareció del rostro de Hades.

"¿Diósecillo...?"

"Encontraré vuestro yelmo, tío." le dije. "Os lo devolveré. No olvidéis de aumentarle el sueldo a Caronte."

"No me desafíes..."

"Y tampoco pasaría nada si jugaras un poco con Cerbero de vez en cuando. Le gustan las pelotas de goma roja."

"Percy Jackson, no vas a. . ."

"¡Ahora, chicos!" grité.

"¡Destruídlos!" exclamó Hades.

El ejército de esqueletos abrió fuego, los fragmentos de perlas

explotaron a mis pies con un estallido de luz verde y una ráfaga de aire fresco. Quedé encerrado en una esfera lechosa que empezó a flotar por encima del suelo.

Annabeth y Grover estaban justo detrás de mí. Las lanzas y las balas emitían inofensivas chispas al rebotar contra las burbujas nacaradas mientras seguíamos elevándonos. Hades aullaba con una furia que sacudió la fortaleza entera, y supe que no sería una noche tranquila en Los Ángeles.

“¡Mirad arriba!” gritó Grover “¡Vamos a chocar!”

Nos acerábamos a toda velocidad hacia las stalactitas, que supuse pincharían nuestras pompas y nos ensartarían como brochetas.

“¿Cómo se controlan estas cosas?” preguntó Annabeth a voz en cuello.

“¡No creo que puedan controlarse!” me desgañité.

Gritamos a medida que las burbujas se estampaban contra el techo y... de pronto todo fue oscuridad.

¿Estábamos muertos?

No, aún tenía sensación de velocidad. Subíamos a través de la roca sólida con tanta facilidad como una burbuja en el agua. Caí en la cuenta de que ése era el poder de las perlas: “Lo que es del mar, siempre regresará al mar.”

Por un instante no vi nada fuera de las suaves paredes de mi esfera, hasta que mi perla brotó en el fondo del mar. Las otras dos esferas lechosas, Annabeth y Grover, seguían mi ritmo mientras ascendíamos hacia la superficie. Y de pronto. . .estallaron al irrumpir en la superficie, en medio de la bahía de Santa Mónica, derribando a un surfero de su tabla, que exclamó indignado:

“¡Eh, tío!”

Agarré a Grover y tiré de él hasta una boyá de salvamento. Fui por Annabeth e hice lo propio. Un tiburón de más de tres metros daba vueltas alrededor, muerto de curiosidad.

“¡Largo!” le ordené.

El escualo se volvió y se marchó a todo trapo.

El surfero gritó no sé qué de unos hongos chungos y se largó, pataleando tan rápido como pudo.

De algún modo, sabía qué hora era: primera de la mañana del 21 de

}

junio, el día del solsticio de verano.

En la distancia, Los Ángeles estaban en llamas, columnas de humo se alzaban desde todos los barrios de la ciudad. Había habido un terremoto, y había sido culpa de Hades. Probablemente acababa de enviar a un ejército de muerto detrás de mí. Pero de momento el inframundo era el menor de mis problemas.

Tenía que llegar a la orilla. Tenía que devolverle el rayo maestro a Zeus en el Olimpo. Y sobre todo, tenía que mantener una conversación importante con el dios que me había engañado.

CAPITULO 20 CAPITULO20

PELEA CON MI PARIENTE

Un barco de la guardia costera nos recogió, pero estaban demasiado ocupados para tenernos ahí por mucho, o para preguntarse como tres niños en ropas callejeras habían salido en medio de la bahía. Había un desastre que limpiar. Sus radios estaban abarrotadas de llamadas de socorro.

Ellos nos dejaron en el muelle de Santa Mónica con toallas en nuestros hombros y con botes de agua que decían SOY UN GUARDIA COSTERO JUNIOR y partieron a salvar más personas.

Nuestra ropa estaba empapada, incluso la mía. Cuando el barco de la Guardia Costera había aparecido, silenciosamente había rezado para que ellos no me sacaran del agua y me encontraran absolutamente seco, podría haber levantado algunas cejas. Así que me esforcé en mojarme. Y efectivamente, mi habitual magia a prueba de agua me había abandonado. También estaba descalzo, porque le había dado mis zapatos a Grover. Era mejor que la Guardia Costera se preguntara por qué uno de nosotros estaba descalzo que preguntarse por qué uno de nosotros tenía pezuñas.

Después de llegar a tierra firme, nos encontramos en la playa, mirando la ciudad quemarse en contra de un hermoso amanecer. Me sentía como si acabara de regresar de entre los muertos, y así fue. Mi mochila estaba pesada con el rayo maestro de Zeus. Mi corazón estaba incluso más pesado por haber visto a mi madre.

"Yo no lo creo", Annabeth dijo. "Fuimos todo el camino..."

"Fue un truco", dije. "Una estrategia digna de Atenea."

"Oye", advirtió.

"Lo entiendes, ¿no?"

Ella bajó los ojos, su ira desapareciendo. "Sí. Lo entiendo. "

"¡Bueno, yo no!" Grover se quejó. "¿Podría alguien, explicarme?"

"Percy..." Annabeth dijo. "Lamento lo de tu madre. Lo siento mucho..."

Pretendí no escucharla. Si me hablaban de mi madre, yo iba a empezar a llorar como un niño pequeño.

"La profecía era correcta", dije. "Tu debes ir hacia el oeste y afrontar al Dios que se ha convertido". Pero no era Hades. Hades no quería la guerra entre los Tres Grandes. Alguien robó el rayo maestro de Zeus, y el yelmo de Hades, y me ha incriminado porque soy hijo de Poseidón. Poseidón será culpado por ambas partes. Al atardecer de hoy, habrá una guerra de tercios. Y yo la habré causado.

Grover, sacudió la cabeza, desconcertado. "Pero, ¿quién sería el astuto? ¿Quién querría una guerra así de mala?

Me detuve en seco, mirando hacia la playa. "Oye, déjame pensar."

Allí estaba, esperando por nosotros, en su guardapolvo de cuero negro y sus gafas de sol, un bate de béisbol de aluminio apoyado en el hombro. Su motocicleta retumbó junto a él, su faro de inflexión convirtió la arena roja.

"Oye, chico", dijo Ares, que parecía realmente contento de verme. "Se suponía que tenías que morir."

"Me engañaste", dije. "Tu robaste el yelmo y el rayo maestro."

Ares sonrió. "Bueno, ahora, yo no los robe personalmente. Dioses que toman los símbolos de poder de otros, eso es un gran no-no. Pero tú no eres el único héroe en el mundo que puede hacer los mandados".

"¿A quién has utilizado? ¿Clarisé? Ella estaba allí en el solsticio de invierno".

La idea parecía divertirle. "No importa. El punto es, chico, estás impidiendo el esfuerzo de guerra. Mira, tú tenías que morir en el Inframundo. Entonces el viejo alga marina se va a enojar con Hades por haberte matado. Aliento de cadáver tendría el rayo maestro de Zeus, de manera que Zeus se enojara con él. Y Hades seguirá buscando esto... "

De su bolsillo, sacó una gorra de esquí del tipo ladrones de banco y la colocó entre los manillares de su moto. Inmediatamente, se transformó en un complicado casco de bronce de guerra.

"El yelmo de la oscuridad," Grover dijo con voz entrecortada.

"Exactamente", Ares dijo. "Ahora, ¿dónde estaba? Oh, sí, Hades se va a enojar tanto con Zeus como Poseidón, porque él no sabe quién tomó esto. Muy pronto, tendremos tres bonitas vías de peleas".

"¡Pero ellos son tu familia!" Annabeth protestó.

Ares se encogió de hombros. "El mejor tipo de guerra. Siempre el más sangriento. Nada como ver a tus familiares luchando, como yo siempre digo".

"Me diste la mochila en Denver," dije. "El rayo maestro estaba allí todo el tiempo".

"Sí y no, ", dijo Ares. "Probablemente sea demasiado complicado para tu pequeño cerebro mortal, pero la mochila es la vaina del rayo maestro, sólo se transformó un poco. El rayo está conectado a ella, una especie de, como la espada que tienes, chico. Siempre vuelve a su bolsillo, ¿verdad? "

Yo no estaba seguro de cómo Ares sabía de eso, pero supongo que un dios de la guerra tenía que hacer su negocio, saber acerca de las armas.

"De todos modos," Ares continuó, "experimenté con la magia un poco, así el rayo sólo volvería a la vaina una vez que llegaran al Inframundo. Te acercas a Hades.... ¡Bingo, y tienes correo! Si mueres en el camino, no hay pérdida. Yo todavía tenía el arma. "

"Pero ¿por qué no mantener el rayo maestro para ti mismo?" Dije.
"¿Por qué enviarlo a Hades?"

Ares tenía un tic en la mandíbula. Por un momento, era casi como si estuviera escuchando a otra voz, profunda en su cabeza. "¿Por qué no puedo... sí... con ese tipo de poder de fuego..."

El se mantuvo en trance por un segundo... dos segundos....

Intercambié miradas nerviosas con Annabeth.

La cara de Ares se despejó. "No quería problemas. Es mejor que te cojan a ti in fraganti, sosteniendo la cosa. "

"Estás mintiendo", dije. "Enviar el rayo al Inframundo no era tu idea, ¿verdad?"

"¡Por supuesto que lo era!" Salió humo por encima de sus gafas de sol, como si estuvieran a punto de incendiarse.

"Tu no ordenaste el robo", supuse. "Alguien envió un héroe para robar los dos objetos. Después, cuando Zeus te envió a darle caza, capturaste al ladrón. Pero no lo entregaste a Zeus. Algo que te

convención de dejarlo ir. Ha mantenido los elementos hasta que otro héroe podría venir y completar la entrega. Esa cosa en el hoyo te está ordenando por aquí. "

"¡Soy el dios de la guerra! ¡No recibo órdenes de nadie! No tengo sueños!"

Dudé. "¿Quién dijo algo acerca de los sueños?"

Ares se veía agitado, pero él trató de cubrirlo con una sonrisa.

"Volvamos al problema en la mano, chico. Estás vivo. No puedo dejar que lleves ese rayo al monte Olimpo. Tú sólo podrías conseguir que esos idiotas cabezas duras te escuchen. Así que tengo que matarte. No es nada personal. "

Hizo chasquear los dedos. La arena explotó a sus pies y fuera cargó a un jabalí, aunque más grande y más feo que el de la cabeza que colgaba sobre la puerta de la cabaña siete del Campamento Mestizo. La bestia pateaba la arena, mirándome con ojos saltones, bajó sus colmillos agudos de navaja de afeitar, y esperó a la orden de matar.

Entré en el oleaje. "Lucha conmigo tu mismo, Ares."

Se rió, pero oí un rastro de su risa... un malestar. "Tu sólo tienes un talento, muchacho, escapar. Huiste de la Quimera. Huiste del Inframundo. No tienes lo que se necesita".

"¿Miedo? "

"Ni en tus sueños adolescentes." Pero las gafas de sol comenzaban a derretirse con el calor de sus ojos. "No hay participación directa. Lo siento, muchacho. Tú no estás a mi nivel".

Annabeth dijo: "¡Percy, corre!"

El jabalí gigante cargo.

Pero estaba harto de correr de los monstruos. O Hades, o Ares, o nadie.

Como el jabalí se precipitó, nivelé mi pluma y eludí. Contracorriente apareció en mis manos. Yo acuchillé hacia arriba. El colmillo derecho cortado del jabalí cayó a mis pies, mientras que el animal desorientado cargo en el mar.

Yo grité: "¡Ola!"

Inmediatamente, una ola surgió de la nada y envolvió el jabalí, envolviéndolo a su alrededor, como una manta. La bestia gritó una vez con terror. Luego desapareció, tragado por el mar.

Me volví a Ares. "¿Vas a pelear conmigo ahora?", Le pregunté. "¿O vas a ocultarte detrás de otro animal de compañía?"

La cara de Ares era de color morado con rabia. "¡Cuidado, muchacho. Yo podría convertirte en..."

"Una cucaracha", le dije. "O una solitaria. Sí, estoy seguro. Eso te salvaría para conseguir esconderte de una paliza divina, ¿no? "

Llamas danzaban en la parte superior de sus gafas. "Oh, hombre, estás realmente pidiendo que te estrelle en una mancha de aceite".

"Si pierdo, me conviertes en todo lo que quieras. Toma el rayo. Si gano, el yelmo y el rayo son míos y tú tienes que irte".

Ares se mofó.

El movió el bate de béisbol del hombro. "¿Cómo te gustaría ser aplastado: a lo clásico o moderno?"

Le mostré mi espada.

"Eso está bien, chico muerto", dijo. "Clásico será". El bate de béisbol se convirtió en una enorme espada doble. La empuñadura era una calavera de plata con un rubí en su boca.

"Percy", Annabeth dijo. "No hagas esto. Él es un dios."

"Es un cobarde", le dije.

Tragó saliva. "Usa esto, al menos. Por suerte".

Se quitó el collar, con el valor de sus cinco años de cuentas de campamento y el anillo de su padre, y lo ató alrededor de mi cuello.

"Reconciliación", dijo. "Atenea y Poseidón juntos".

Mi cara se sentía un poco caliente, pero logré una sonrisa. "Gracias".

"Y toma esto", dijo Grover. Me dio una lata aplastada puede que probablemente la había estado guardando en el bolsillo por miles de kilómetros. "Los sátiros están contigo"

"Grover... no sé qué decir."

Me dio una palmadita en el hombro. Metí la lata en mi bolsillo trasero.

"¿Ya terminaste de decir adiós?" Ares se acercó a mí, su guardapolvo de cuero negro viajando detrás de él, su espada brillaba como el fuego en la salida del sol. "He estado luchando por toda la eternidad, chico. Mi fuerza es ilimitada y no puedo morir. ¿Qué tienes? "

Un ego pequeño, pensé, pero no dije nada. Tengo los pies en las olas, el apoyo en el agua hasta los tobillos. Volví a pensar en lo que Annabeth había dicho en la cena de Denver, hace mucho tiempo: Ares tiene fuerza. Eso es todo lo que tiene. Incluso la fuerza tiene que saber de la sabiduría a veces.

Hendió hacia abajo a mi cabeza, pero yo no estaba allí.

Mi cuerpo pensó por mí. El agua parecía empujarme en el aire y me catapultó por encima de él, pero Ares era igual de rápido. Se torció, y el golpe que debería haberlo atrapado directamente en la columna fue desviado por el final de la empuñadura de su espada.

Él sonrió. "No está mal, no está mal."

Se redujo de nuevo y me vi obligado a saltar a tierra firme. Traté de dejar de lado, para volver al agua, pero Ares parecía saber lo que quería. Se burló de mí, apretó tan fuerte que tuve que poner toda mi concentración en no terminar cortado en pedazos. Seguí alejandome de la ola. Yo no pude encontrar ninguna abertura de ataque. Su espada tenía un alcance de varios pies de más que Anaklusmos.

Ponte cerca, Luke me había dicho una vez, de nuevo en nuestra clase de espada. Cuando tienes la menor hoja, ponte cerca.

Entré con un empuje, pero Ares estaba esperando eso. Me quitó la espada de las manos y me dio una patada en el pecho. Me fui en el aire veinte, quizá treinta pies. Me habría roto mi espalda de no haberme estrellado en la suave arena de una duna.

"¡Percy!" Annabeth gritó. "¡Los policías!"

Yo estaba viendo doble. Mi pecho se sentía como que había sido golpeado con un ariete, pero había logrado ponerme de pie.

No podía apartar la mirada de Ares por temor a que él me cortara a la mitad, pero con el rabillo del ojo, vi luces rojas intermitentes en la avenida costera. Las puertas de coches golpeando.

"¡No, oficial!" Gritó alguien. "¿Ves?"

Una voz ronca de policía: "Parece que ese chico de la televisión... ¿Qué diablos...?"

"Ese tipo está armado", dijo otro policía. "Llama por refuerzos."

Me di la vuelta a un lado cuando la espada de Ares golpeo la arena.

Corré hacia mi espada, la recogí y lance un golpe a la cara de Ares, sólo para encontrar mi ataque desviado de nuevo.

Ares parecía saber exactamente lo que yo iba a hacer el momento antes de que lo hiciera.

Di un paso atrás hacia la ola, obligándole a seguir.

"Admítelo, chico", dijo Ares. "No tienes esperanza. Sólo estoy jugando contigo."

Mis sentidos estaban trabajando horas extras. Ahora entiendo lo que Annabeth había dicho sobre el TDAH te mantiene vivo en la batalla. Yo estaba despierto, observando cada detalle.

Pude ver donde Ares se tensaba. Podía saber por dónde iba a atacar. Al mismo tiempo, era consciente de Annabeth y Grover, a diez metros a mi izquierda. Vi el segundo coche de policía arrancar, el lamento de la sirena. Los espectadores, personas que habían estado vagando por las calles a causa del terremoto. Entre la multitud, me pareció ver a unos pocos que iban con la extraña, la marcha al trote de disfrazados sátiros. Hay formas brillantes de espíritus, también, como si los muertos se hubieran levantado del inframundo para ver la batalla. Oí el batir de alas de cuero dando vueltas en alguna parte de arriba.

Más sirenas.

Me acerqué más en el agua, pero Ares era rápido. La punta de su espada rasgó mi manga y rozó mi antebrazo.

Una voz en un megáfono de la policía dijo, "Suelten las armas." Colóquenlas en el suelo. ¡Ahora! "

¿Armas?

Miré al arma de Ares, que parecía estar parpadeando, a veces parecía una escopeta, a veces una espada de dos filos. Yo no sabía lo que los humanos estaban viendo en mis manos, pero yo estaba bastante seguro de que no les agradaría.

Ares se volvió para mirar a nuestros espectadores, lo que me dio un momento para respirar. Había cinco coches de la policía ahora, y una línea de oficiales de cuclillas detrás de ellas, pistolas de capacitación sobre nosotros.

"¡Este es un asunto privado!" Ares gritó. "Váyanse."

Movió la mano, y un muro de llamas rojo rodó por los coches patrulla. La policía apenas tuvo tiempo de buscar donde cubrirse antes de que sus vehículos explotaran. La multitud detrás de ellos dispersos, gritando.

Ares soltó una carcajada. "Ahora, pequeño héroe. Vamos a añadirte a

la barbacoa."

Se redujo. Yo desvié su espada. Llegué lo suficientemente cerca para golpear, trate de sacarlo fuera con una maniobra fingida, pero mi ataque fue bloqueado a un lado. Las olas me golpeaban en la espalda ahora. Ares estaba hasta los muslos, andando en el agua después de mí.

Sentí el ritmo del mar, las olas cada vez más grandes, como la marea aumentaba, y de repente tuve una idea. Olas pequeñas, pensé. Y el agua detrás de mí parecía alejarse. Yo estaba retrasando la marea por la fuerza de voluntad, pero la tensión fue la construcción, como la carbonatación detrás de un tapón de corcho.

Ares se acercó, sonriendo con confianza. Bajé la espada, como si estuviera demasiado cansado para seguir. Espera, le dije al mar. La presión ahora estaba casi levantándome de mis pies. Ares levantó la espada. Solté la marea y salte, disparando directamente sobre Ares una ola.

Un muro de seis pies de agua lo golpeó en pleno rostro, dejándolo maldiciendo y pulverizando con la boca llena de algas. Llegué detrás de él con un toque y apunte hacia su cabeza, como lo hice antes. Se volvió a tiempo para levantar la espada, pero esta vez él estaba desorientado, no pudo anticipar el truco. Cambie de dirección, me lance a un lado, y apuñale con la corriente derecho al agua, mandando el punto por el talón del dios.

El estruendo que siguió hizo ver al terremoto de Hades como un evento de menor importancia. El mar se lanzó de nuevo a Ares, dejando un círculo mojado de cincuenta pies de ancho en la arena.

Icor, la sangre de oro de los dioses, fluía de un corte en el bota del dios de la guerra. La expresión en su rostro era más allá del odio. Es el dolor, shock, incredulidad de que había sido herido.

Cojeaba hacia mí, murmurando maldiciones en griego antiguo.

Algo lo detuvo.

Era como si una nube hubiera cubierto el sol, pero peor. La luz se desvaneció. Sonido y color se disipó. Una fría, fuerte presencia pasó sobre la playa, ralentizando el tiempo, bajando la temperatura hasta la congelación, y me hizo sentir como si no hubiera esperanza en la vida, la lucha era inútil.

La oscuridad se levantó.

Ares quedó estupefacto.

Patrullas de la policía estaban ardiendo detrás de nosotros. La multitud de espectadores había huido. Annabeth y Grover estaban en la playa, en estado de shock, observando el agua de la inundación de vuelta alrededor de los pies de Ares, su brillante Icor de oro disiparse en la marea.

Ares bajó su espada.

"Has hecho un enemigo, diosecillo," me dijo. "Has sellado tu destino. Cada vez que levantes tu espada en la batalla, cada vez que esperes éxito, sentirás mi maldición. Cuidado, Perseus Jackson. Ten cuidado."

Su cuerpo empezó a brillar.

" ¡Percy! "Annabeth grito." ¡No mires! "

Me di la vuelta cuando el dios Ares, reveló su forma inmortal verdadera. De algún modo supe que si yo miraba, me desintegraría en cenizas.

La luz murió.

Miré de nuevo. Ares se había ido. La marea se disolvió para revelar el yelmo de bronce de la oscuridad de Hades.

Lo cogí y me dirigía hacia mis amigos.

Pero antes de llegar allí, oí el batir de alas de cuero. Tres abuelas de aspecto maligno con sombreros de encaje y látigos de fuego bajaron desde el cielo y aterrizaron en frente de mí.

La Furia de en medio, la que había sido la Sra. Dodds, dio un paso adelante. Sus colmillos estaban desnudos, pero por una vez no parecía amenazante. Parecía más decepcionada, como si hubiera sido la planificación para la cena, pero había decidido que podría darle indigestión.

"Vimos todo esto", dijo entre dientes. "Así que... ¿que realmente no eras tú?"

Le tiré el casco, que ella cogió de sorpresa.

"Vuelvan al Señor Hades", dije. "Dile la verdad. Dile que suspenda la guerra."

Ella vaciló, y luego corrió una lengua bífida sobre sus verde, labios de cuero. "Vive bien, Percy Jackson. Conviértete en un héroe de verdad. Porque si no, si alguna vez vienes a mis garras de nuevo... "

Ella cacareó, saboreando la idea. Entonces, ella y sus hermanas levantaron las alas de murciélagos, revolotearon en el cielo

Llenándose de humo y desaparecieron.

Me uní a Grover y Annabeth, que me miraban con asombro.

"Percy..." Dijo Grover. "Eso fue tan increíble..."

"Aterrador", dijo Annabeth.

"¡Cool!" Grover corregido.

No me sentía aterrorizado. Ciertamente no me sentía bien. Estaba cansado, dolorido y completamente agotado de energía.

"¿Creen que... lo que fuera?", Le pregunté.

Ambos asintieron con inquietud.

"Debe haber sido la sobrecarga de las Furias", dijo Grover.

Pero no estaba tan seguro. Algo había detenido a Ares de matarme, y lo que sea que pudiera hacer eso era mucho más fuerte que las Furias.

Miré a Annabeth y la comprensión pasó entre nosotros. Ahora sabía lo que había en ese hoyo, lo que había hablado desde la entrada del Tártaro. Reclamé mi mochila de Grover y miré dentro. El rayo maestro todavía estaba allí.

Una cosa tan pequeña que casi provoca la Tercera Guerra Mundial.

"Tenemos que volver a Nueva York", les dije. "Para esta noche".

"Eso es imposible", Annabeth dijo, "a menos que..." "volemos", estuve de acuerdo.

Ella me miró fijamente. "Volemos, como, en un avión, lo cual fuiste advertido a no hacer para que Zeus no te vote del cielo, y llevando un arma que tiene el poder más destructivo que la bomba nuclear"

"Sí", dije. "Bastante parecido a eso. Vamos."

CAPITULO 21

CAPITULO21

SALDO DE CUENTAS PENDIENTES

Es curioso cómo los humanos ajustan la mente a su versión de la realidad. Quirón ya me lo había dicho hacia mucho. Como de costumbre, en su momento no aprecié su sabiduría.

Según los noticiarios de Los Ángeles, la explosión en la playa de Santa Mónica había sido provocada por un secuestrador loco al disparar con una escopeta contra un coche de policía. Los disparos habían acertado a una tubería de gas rota durante el terremoto.

El secuestrador (alias Ares) era el mismo hombre que nos había raptado a mí y a otros dos adolescentes en Nueva York y nos había arrastrado por todo el país en una aterradora odisea de diez días.

Después de todo, el pobrecito Percy Jackson no era un criminal internacional. Había causado un buen revuelo en el autobús Greyhound de Nueva Jersey al intentar escapar de su captor (a posteriori hubo testigos que aseguraron haber visto al hombre vestido de cuero en el autobús: “¿Por qué no lo recordé antes?”). El psicópata había provocado la explosión en el arco de San Luis; ningún chaval habría podido hacer algo así. Una camarera de Denver había visto al hombre amenazar a sus secuestrados delante de su restaurante, había pedido a un amigo que tomara una foto y lo había notificado a la policía. Al final, el valiente Percy Jackson (empezaba a gustarme aquel chaval) se había hecho con un arma de su captor en Los Ángeles y se había enfrentado a él en la playa. La policía había llegado a tiempo. Pero en la espectacular explosión de cinco coches de policía habían resultado destruidos y el secuestrador había huido. No había habido bajas. Percy Jackson y sus dos amigos estaban a salvo bajo custodia policial.

Fueron los periodistas quienes nos proporcionaron la historia. Nosotros nos limitamos a asentir, llorosos y cansados (lo cual no fue difícil), y representamos los papeles de víctimas ante las cámaras.

-Lo único que quiero -dije tragándome las lágrimas- es volver con mi querido padrastro. Cada vez que lo veía en la tele llamándome delincuente juvenil, algo me decía que todo terminaría bien. Y sé que querrá recompensar a todas las personas de esta bonita ciudad de Los Ángeles con un electrodoméstico gratis de su tienda. Éste es su número de teléfono.

La policía y los periodistas, conmovidos, recolectaron dinero para tres billetes en el siguiente vuelo a Nueva York. No tenía otra elección que volar, así que confié en que Zeus aflojara un poco, dadas las circunstancias. Pero aun así me costó subir al avión.

El despegue fue una pesadilla. Las turbulencias daban más miedo que los dioses griegos. No solté los reposabrazos hasta que aterrizamos sin problemas en La Guardia. La prensa local nos esperaba fuera, pero conseguimos evitarlos gracias a Annabeth, que los engañó gritándoles con la gorra de los Yankees puesta: "¡Están allí, junto al helado de yogur! ¡Vamos!" Y después volvió con nosotros a recogida de equipajes.

Nos sepáramos en la parada de taxis. Les dije que volvieran al Campamento Mestizo e informaran a Quirón de lo que había pensado. Protestaron, y fue muy duro verlos marchar después de todo lo que habíamos pasado juntos, pero debía afrontar solo aquella última puerta de la misión. Si las cosas iban mal, si los dioses no me creían... quería que Annabeth y Grover sobrevivieran para contarle la verdad a Quirón.

Subí a un taxi y me encaminé a Manhattan.

Treinta minutos más tarde entraba en el vestíbulo del edificio Empire State.

Debía de parecer un niño de la calle, vestido con prendas ajadas y con el rostro arañado. Hacía por lo menos veinticuatro horas que no dormía. Me acerqué al guardia del mostrador y le dije:

-Quiero ir al piso seiscientos.

Leía un grueso libro con un mango en la portada. La fantasía no era lo mío, pero el libro debería de ser bueno, porque le costó lo suyo levantar la mirada.

-Ese piso no existe, chaval.

-Necesito una audiencia con Zeus.

Me dedicó una sonrisa vacía.

-¿Una audiencia con quién?

-Ya me ha oído.

Estaba a punto de decidir que aquel tipo no era más que un mortal normal y corriente, y que mejor me largaba antes de que llamara a los loqueros, cuando dijo:

-Sin cita no hay audiencia, chaval. El señor Zeus no ve a nadie que no se haya anunciado.

-Bueno, me parece que hará una excepción. -Me quité la mochila y la abrí.

El guardia miró dentro el cilindro de metal y, por un instante, no comprendió qué era. Después palideció.

-¿Esa cosa no será. . .?

-Sí lo es, sí -le dije. ¿Quieres que lo saque y . . .?

-¡No! ¡No! -Brincó de su asiento, buscó presuroso un pase detrás del mostrador y me tendió la tarjeta-. Insértala en la ranura de seguridad. Asegúrate de que no haya nadie más contigo en el ascensor.

Así lo hice. En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, metí la tarjeta en la ranura. En la consola se iluminó un botón rojo que ponía "600". Lo apreté y esperé, y esperé. Se oía música ambiental y al final "ding". Las puertas se abrieron. Salí y por poco me da un infarto.

Estaba de pie sobre una pequeña pasarela de piedra en medio del vacío. Debajo tenía Manhattan, a altura de avión. Delante, unos escalones de mármol serpenteaban alrededor de una nube hasta el cielo. Mis ojos siguieron la escalera hasta el final, y entonces no di crédito a lo que vi.

"Volved a mirar", decía mi cerebro.

"Ya estamos mirando -insistían mis ojos-. Está ahí de verdad"

Desde lo alto de las nubes se alzaba el pico truncado de una montaña, con la cumbre cubierta de nieve. Colgados de una ladera de la montaña había docenas de palacios en varios niveles. Una ciudad de mansiones: todas con pórticos de columnas, terrazas doradas y braseros de bronce en los que ardían mil fuegos. Los caminos subían enroscándose hasta el pico, donde el palacio más grande de todos resplandecía recortado contra la nieve. En los precarios jardines colgantes florecían olivos y rosales. Vislumbré un mercadillo al aire libre lleno

de tenderetes de clores, un anfiteatro de piedra en una ladera de la montaña, un hipódromo y un coliseo en la otra. Era una antigua ciudad griega, pero no estaba en ruinas. Era nueva, limpia y llena de colorido, como debía de haber sido Atenas dos mil quinientos años atrás.

"¡Este lugar no puede estar aquí!, me dije. ¿La cumbre de una montaña colgada encima de Nueva York como un asteroide de mil millones de toneladas? ¿Cómo algo así podía estar anclado encima del Empire State, a la vista de millones de personas, y que nadie lo viera?

Pero allí estaba. Y allí estaba yo.

Mi viaje a través del Olimpo discurrió en una neblina. Pasé al lado de unas ninfas del bosque que se reían y me tiraron olivas desde su jardín. Los vendedores del mercado me ofrecieron ambrosía, un nuevo escudo y una réplica genuina del Vellozino de Oro, en lana de purpurina, como anunciaba la Hefesto Televisión. Las nueve musas afinaban sus instrumentos para dar un concierto en el parque mientras se congregaba una pequeña multitud; sátiros, náyades y un puñado de adolescentes guapos que deberían ser dioses y diosas menores. Nadie parecía preocupado por una guerra civil inminente. De hecho, todo el mundo parecía estar de fiesta. Varios se volvieron para verme pasar y susurron algo que no pude oír.

Subí la calle principal, hacia el gran palacio de la cumbre. Era una copia inversa del palacio del inframundo. Allí todo era negro de bronce; aquí, blanco y con destellos argentados.

Hades debía de haber construido su palacio a imitación de éste. No era bienvenido en el Olimpo salvo durante el solsticio de invierno, así que se había construido su propio Olimpo bajo tierra. A pesar de mi mala experiencia con él, lo cierto es que el tipo me daba un poco de pena. Que te negaran la entrada a aquel sitio parecía de lo más injusto. Amargaría a cualquiera.

"Sala" no es exactamente la palabra adecuada. Aquel lugar hacía que la estación Grand Central de Nueva York pareciera un armario para escobas. Columnas descomunales se alzaban hasta un techo abovedado, en el que se desplazaban las constelaciones de oro. Doce tronos, construidos para seres del tamaño de Hades, estaban dispuestos en forma de U invertida, como las cabañas del Campamento Mestizo. Una hoguera enorme ardía en el brasero central. Todos los tronos estaban vacíos salvo dos: el trono principal a la derecha, y el contiguo a su izquierda. No hacía falta que me dijeran quiénes eran los dos dioses que estaban allí sentados, esperando que me acercara. Avancé con piernas temblorosas.

Como había hecho Hades, los dioses se mostraban en su forma humana gigante, pero apenas podía mirarlos sin sentir un cosquilleo, como si mi cuerpo fuera a arder en cualquier momento. Zeus, el señor de los dioses, lucía un traje azul marino de raya diplomática. El suyo era un trono sencillo de platino. Llevaba la barba bien recortada, gris, veteada de negro, como una nube de tormenta. Su rostro era orgulloso, hermoso y sombrío al mismo tiempo, y tenía los ojos de una gris lluvia. A medida que me acerqué a él, el aire crepitó y despidió un olor a ozono.

Sin duda el dios sentado a su lado era su hermano, pero vestía de manera muy distinta. Me recordó a uno de esos playeros permanentes de Cayo Hueso. Llevaba sandalias de cuero, pantalones cortos caqui y una camiseta de las Bahamas con estampados de cocos y loros. Estaba muy bronceado y sus manos se veían surcadas de cicatrices, como un viejo pescador. Tenía el pelo negro, como el mío. Su rostro poseía la misma mirada inquietante que siempre me había señalado como rebelde. Pero sus ojos, del verde del mar, también como los míos, estaban rodeados de arrugas provocadas por el sol, lo que sugería que solía sonreír.

Su trono era una silla de pescador, ya sabes, el típico asiento giratorio de cuero negro con una funda acoplada para afirmar la caña. En lugar de una caña, la funda sostenía un tridente de bronce, cuyas puntas despedían una luminiscencia verdosa. Los dioses no se movían ni hablaban, pero había tensión en el aire, como si acabaran de discutir.

Me acerqué al trono de pescador y me arrodillé a sus pies.

-Padre.-No me atreví a levantar la cabeza. El corazón me iba a cien por hora. Sentía la energía que emanaba de los dos dioses. Si decía lo incorrecto, me fulminarían en el acto.

A mi izquierda, habló Zeus:

-¿No deberías dirigirte primero al amo de la casa, chico?

Mantuve la cabeza gacha y esperé.

-Paz, hermano -dijo por fin Poseidón. Su voz removió mis recuerdos más lejanos: el brillo cálido que había sentido de bebé, su mano sobre mi frente. El muchacho respeta a su padre. Es lo correcto.

-¿Sigues reclamándolo, pues? -preguntó Zeus, amenazador-. ¿Reclamas a este hijo que engendraste contra nuestro sagrado juramento?

-He admitido haber obrado mal. Ahora quisiera oírlo hablar.

"¡Habré obrado mal...! Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Eso es todo lo que yo era? ¿Una mala obra? ¿El resultado del error de un dios?

-Ya le he perdonado la vida una vez -rezongó Zeus-. Atreverse a volar a través de mi reino. . . ¡Bueno! Debería haberlo fulminado al instante por su insolencia.

-¿Y arriesgarte a destruir tu propio rayo maestro? -replicó Poseidón con calma-. Escuchémoslo, hermano.

Zeus refunfuñó un poco más y decidió:

-Escucharé. Después me pensaré si lo arrojo del Olimpo o no.

-Per Zeus -dijo Poseidón. Mírame.

Lo hice, y su rostro no me indicó nada. no había ninguna señal de amor o aprobación, nada que me animase. Era como mirar el océano: algunos días veías de qué humor estaba, aunque la mayoría resultaba ilegible y misterioso.

Tuve la impresión de que Poseidón no sabía realmente qué pensar de mí. No sabía si estaba contento de tenerme como hijo o no. Aunque resulte extraño, me alegré de que se mostrara distante. Si hubiese intentado disculparse, o decirme que me quería, o sonreír siquiera, habría parecido falso, como un padre humano que buscara alguna excusa para justificar su ausencia. Podía vivir con aquello. Después de todo, tampoco yo estaba muy seguro de él.

-Dirígete al señor Zeus, chico -me ordenó Poseidón-. Cuéntale tu historia.

Así pues, conté todo lo ocurrido, con pelos y señales. Luego saqué el cilindro de metal, que empezó a chispar en presencia del dios del cielo, y lo dejé a sus pies.

Se produjo un largo silencio, sólo interrumpido por el crepitar de la hoguera.

Zeus abrió la palma de la mano. El rayo maestro voló hasta allí. Cuando cerró el puño, los extremos metálicos zumbaron por la electricidad hasta que sostuvo lo que parecía más un relámpago, una jabalina cargada de energía sonora que me erizó la nuca.

-Presiento que el chico dice la verdad -murmuró Zeus-. Pero que Ares haya hecho algo así. . .es impropio de él.

-Es orgulloso e impulsivo -comentó Poseidón-. Le viene de familia.

-¿Señor? -tercié.

Ambos respondieron al unísono:

-¿Si?

-Ares no actuó solo. La idea se le ocurrió a otro, a otra cosa.

Describí mis sueños y aquella sensación experimentada en la playa, aquel fugaz aliento maligno que pareció detener el mundo y evitó que Ares me matara.

-En los sueños -proseguí-, la voz me decía que llevara el rayo al inframundo. Ares sugirió que él también había soñado. Creo que estaba siendo utilizado, como yo, para desatar una guerra.

-¿Acusas a Hades, después de todo? -preguntó Zeus.

No -contesté-. Quiero decir, señor Zeus, que he estado en presencia de Hades. La sensación de la playa fue diferente. Fue lo mismo que sentí cuando me acerqué al foso. Es la entrada al Tártaro, ¿no? Algo poderoso y malvado se está despertando allí abajo. . . algo más antiguo que los dioses.

Poseidón y Zeus se miraron. Mantuvieron una discusión rápida e intensa en griego antiguo. Sólo capté una palabra: "Padre."

Poseidón hizo una sugerencia, pero Zeus cortó por lo sano. Poseidón intentó discutir. Molesto, Zeus levantó una mano.

-Asunto concluido -dijo-. Tengo que ir a purificar este relámpago en las aguas de Lemnos, para limpiar la mancha humana del metal. -Se levantó y me miró. Su expresión se suavizó ligeramente-. Me has hecho un buen servicio, chico. Pocos héroes habrían logrado tanto.

-Tuve ayuda, señor -respondí-. Grover Underwood y Annabeth Chase. . .

-Para mostrarte mi agradecimiento, te perdonaré la vida. No confío en ti, Perseus Jackson. No me gusta lo que tu llegada supone para el futuro del Olimpo, pero, por el bien de la paz en la familia, te dejaré vivir.

-Esto. . . gracias, señor.

-Ni se te ocurra volver a volar. Que no te encuentre aquí cuando vuelva. De otro modo, probarás este rayo. Y será tu última sensación.

El trueno sacudió el palacio. Con un relámpago cegador, Zeus desapareció.

Me quedé solo en la sala del trono con mi padre.

-Tu tío -suspiró Poseidón- siempre ha tenido debilidad por las salidas dramáticas. Le habría ido bien como dios del teatro-

Un silencio incómodo.

-Señor -pregunté-, ¿qué había en el foso?

-¿No te lo has imaginado ya?

-¿Cronos? ¿El rey de los titanes?

Incluso en la sala del trono del Olimpo, muy lejos del Tártaro, el nombre "Cronos" oscureció la estancia, haciendo que la hoguera a mi espalda no pareciera tan cálida

Poseidón agarró su tridente.

-En la primera guerra, Percy, Zeus cortó a nuestro padre Cronos en mil pedazos, justo como Cronos había hecho con su propio padre, Urano. Zeus arrojó los restos de Cronos al foso más oscuro del Tártaro. El ejercito titán fue desmembrado, su fortaleza en el monte Etna destruida y sus monstruosos aliados desterrados a los lugares más remotos de la tierra. Aun así, los titanes no pueden morir, del mismo modo que tampoco podemos morir los dioses. Lo que queda de Cronos sigue vivo en alguna espantosa forma, sigue consciente de su dolor eterno, aún hambriento de poder.

Se está curando -dije-. Está volviendo.

Poseidón negó con la cabeza.

-De vez en cuando, a lo largo de los eones, Cronos se despereza. Se introduce en las pesadillas de los hombres e inspira malos pensamientos. Despierta monstruos incansables de las profundidades. Pero sugerir que puede levantarse del foso es otro asunto.

-Eso es lo que pretende, padre. Es lo que dijo.

Poseidón guardó silencio durante un largo momento.

-Zeus ha cerrado la discusión sobre el asunto. No va a permitir que se hable de Cronos. Has completado tu misión, niño. Esto es todo lo que tenías que hacer.

-Pero... -Me interrumpí. Discutir no iba a servir de nada. De hecho, bien podría enfadar a mi padre-. Como. . .deseéis padre.

Una débil sonrisa se dibujó en sus labios.

-La obediencia no te surge de manera natural, ¿verdad?

-No...señor.

-En parte es culpa mía, supongo. Al mar no le gusta que lo contengan. -Se irguió en toda su estatura y recogió su tridente. Entonces emitió un destello y adoptó el tamaño de un hombre normal-. Debes marcharte, niño. Pero primero tienes que saber que tu madre ha vuelto.

Impresionado, lo miré fijamente y pregunté:

-¿Mi madre?

-La encontrarás en casa. Hades la envió de vuelta cuando recuperaste su yelmo. Incluso el Señor de los Muertos paga sus deudas.

El corazón me latía desbocado. No podía creérmelo.

-¿Vais a... queríais...?

Quería preguntarle a Poseidón si le apetecía venir conmigo a verla, pero entonces reparé en que eso era ridículo. Me imaginé al dios del mar en un taxi camino del Upper East Side. Si hubiese querido venir a ver a mi madre durante todos estos años, lo habría hecho. Y también había que pensar en Gabe el Apestoso.

Los ojos de Poseidón adquirieron un tinte de tristeza.

-Cuando regreses a casa, Percy, deberás tomar una decisión importante. Encontrarás un paquete esperándote en tu habitación.

-¿Un paquete?

-Lo entenderás cuando lo veas. Nadie puede elegir tu camino, Percy. Debes decidirlo tú.

Asentí, aunque no sabía a qué se refería.

-Tu madre es una reina entre las mujeres -declaró Poseidón con añoranza-. No he conocido una mortal como ella en mil años. Aun así. . .lamento que nacieras, niño. Te he deparado un destino de héroe, y el destino de los héroes nunca es feliz. Es trágico con todas las ocasiones.

Intenté no sentirme herido. Allí estaba mi propio padre. Diciéndome que lamentaba que yo hubiese nacido.

-No me importa, padre.

-Puede que aún no -dijo- Aun no. Pero aquello fue un error imperdonable por mi parte.

-Os dejo, pues. -Hice una reverencia incómoda-. N-no os molestaré otra vez.

Me había alejado cinco pasos cuando me llamó.

-Perseus, -Me volví. Había un fulgor en sus ojos, una especie de orgullo fiero-. Lo has hecho muy bien, Perseus. No me malinterpretes. Hagas lo que hagas, debes saber que eres hijo mío. Eres un auténtico hijo del dios del mar.

Cuando regresé caminando por la ciudad de los dioses, las conversaciones se detuvieron. Las musas interrumpieron su concierto. Todos, personas, sátiros y náyades, se volvieron hacia mí con expresiones de respeto y gratitud, y cuando pasé junto a ellos se inclinaron como si yo fuera un héroe de verdad.

Quince minutos más tarde, aun en trance, ya estaba de vuelta en las calles de Manhattan.

Fui en taxi hasta el apartamento de mi madre, llamé al timbre y allí estaba: mi preciosa madre, con aroma a menta y regaliz, cuyo cansancio y preocupación desaparecieron de su rostro al verme.

-¡Percy! Oh, gracias al cielo. Oh, mi niño.

Me dio un fuerte abrazo y nos quedamos en el pasillo, mientras ella sollozaba y me acariciaba el pelo. Lo admitiré: yo también tenía los ojos llorosos. Temblaba de emoción, tan aliviado me sentía.

Me dijo que sencillamente había aparecido en el apartamento aquella mañana y Gabe casi se había desmayado del susto. No recordaba nada desde el Minotauro, y no podía creerse lo que le había contado Gabe: que yo era un criminal buscado, que había viajado por todo el país y había estropeado monumentos nacionales de incalculable valor. Se había vuelto loca de preocupación todo el día porque no había oído las noticias. Gabe la había obligado a ir a trabajar, puesto que tenía un sueldo que ganar.

Me tragué la ira y le conté mi historia. Intenté suavizarla para que pareciera menos horrible de lo que en realidad había sido, pero no era tarea fácil. Estaba a punto de llegar a la pelea con Ares cuando la voz de Gabe me interrumpió desde el salón.

-¡Eh, Sally! ¿Ese pastel de carne está listo o qué?

Cerró los ojos.

-No va a alegrarse de verte, Percy. La tienda ha recibido hoy medio millón de llamadas desde Los Ángeles. . . Algo sobre unos electrodomésticos gratis.

-Ah, sí. Sobre eso. . .

Consiguió lanzarme una sonrisita.

-No lo enfades más, ¿vale? Venga, pasa.

Durante mi ausencia el apartamento se había convertido en Tierra de Gabe. La basura llegaba a los tobillos en la alfombra. El sofá había sido retapizado con latas de cerveza y de las pantallas de lámparas colgaban calcetines sucios y ropa interior.

Gabe y tres de sus amigotes jugaban al póquer en la mesa.

Cuando Gabe me vio, se le cayó el puro y la cara se le congestionó.

-¿Cómo. . . Cómo tienes la desfachatez de aparecer aquí, pequeña sabandija? Creía que la policía. . .

-No es un fugitivo .intervino mi madre sonriendo-. ¿No es maravilloso, Gabe?

Nos miró boquiabierto. Estaba claro que mi vuelta a casa no le parecía tan maravillosa.

-Ya es bastante malo que tuviera que devolver el dinero de tu seguro de vida, Sally -gruñó-. Dame el teléfono. Voy a llamar a la policía.

-¡Gabe, no!

Él arqueó las cejas.

-¿Dices que no? ¿Crees que voy a aguantar a este monstruo en ciernes en mi casa? Aún puedo presentar cargos contra él por destrozarme el Camaro.

-Pero. . .

Levantó la mano y mi madre se estremeció.

Entonces comprendí algo: Gabe había pegado a mi madre. No sabía cuándo ni cómo, pero estaba seguro de que lo había hecho. Quizá llevaba años haciéndolo sin que yo me enterase. La ira empezó a expandirse en mi pecho. Me acerqué a Gabe. Sacando instintivamente mi bolígrafo del bolsillo.

Él se echó a reír.

-¿Qué, pringado? ¿Vas a escribirme encima? Si me tocas, irás a la cárcel para siempre, ¿te enteras?

-Vale ya, Gabe -lo interrumpió su colega Eddie-. Sólo es un crío.

Gabe lo fulminó con la mirada e imitó con voz de falsete:

-Solo es un crío.

Sus otros colegas rieron como idiotas.

-Está bien. Seré amable. -Gabe me enseñó unos dientes manchados de tabaco y añadió:- Tienes cinco minutos para recoger tus cosas y largarte. Si no, llamaré a la policía.

-¡Gabe, por favor! -suplicó mi madre.

-Prefirió huir de casa -repuso él-. Muy bien, pues que siga huido.

Me moría de ganas por destapar Anaklusmos, pero la hoja no hería a los humanos. Y Gabe, en la definición mas pobre del término, era humano.

Mi madre me agarró el brazo.

-Por favor, Percy. Vamos. Iremos a tu cuarto.

Permití que me apartara. Las manos aún me temblaban de ira.

Mi habitación estaba abarrotada de la basura de Gabe: baterías de coche estropeadas, trastos y chismes de toda índole, e incluso un ramo de flores medio podridas que alguien le había enviado tras ver su entrevista con Bárbara Wakters.

-Gabe sólo está un poco disgustado, cariño -me dijo mi madre-. Hablaré con él más tarde. Estoy segura de que funcionará.

-Mamá, nunca funcionará. No mientras él siga aquí.

Ella se frotó las manos, nerviosa.

-Mira. . .te llevaré a mi trabajo el resto del verano. En otoño a lo mejor encontramos otro internado. . .

-Déjalo ya, mamá.

Bajó la mirada.

-Lo intento, Percy. Sólo. . .que necesito algo de tiempo.

De pronto apareció un paquete en mi cama. Por lo menos, habría

jurado que un instante antes no estaba allí. Era una caja de cartón del tamaño de una pelota de baloncesto. La dirección estaba escrita con mi caligrafía:

Los dioses
Monte Olimpo
Planta 600
Edificio Empire State
Nueva York, NY

Con mis mejores deseos,
PERCY JACKSON.

Encima, escrita con la letra clara de un hombre, leí la dirección de nuestro apartamento y las palabras: "DEVOLVER AL REMITENTE." De repente comprendí lo que Poseidón me había dicho en el Olimpo: un paquete y una decisión. "Hagas lo que hagas, debes saber que eres hijo mío. Eres un auténtico hijo del dios del mar."

Miré a mi madre.

-Mamá, ¿quieres que desaparezca Gabe?

-Percy, no es tan fácil. Yo. . .

-Mamá, contesta. Ese cretino te ha pegado. ¿Quieres que desaparezca o no?

Vaciló, y después asintió levemente.

-Sí, Percy. Quiero, e intento reunir todo mi valor para decírselo. Pero eso no puedes hacerlo tú por mí. No puedes resolver mis problemas.

Miré la caja.

Sí podía resolverlos. Si la llevaba a la mesa del póquer y sacaba su contenido, podría empezar mi propio jardín de estatuas justo allí, en el salón. Eso es lo que un héroe griego habría hecho, pensé. Era lo que Gabe se merecía. Pero la historia de un héroe siempre acaba en tragedia, como había dicho Poseidón.

Recordé el inframundo. Pensé en el espíritu de Gabe vagando eternamente en los Campos de Asfódelos, o condenado a alguna tortura terrible tras la alambrada de espino de los Campos de Castigo: una partida de póquer eterna, sumergido hasta la cintura en aceite hirviendo y escuchando ópera. ¿Tenía yo derecho a enviar a alguien allí, incluso tratándose de alguien tan despreciable como

Gabe?

Un mes antes no lo habría dudado. Ahora. . .

-Puedo hacerlo -le dije a mi madre-. Una miradita dentro de esta caja y no volverá a molestarte.

Mi madre me miró el paquete y lo comprendió.

-No, Percy -dijo apartándose-. No puedes.

-Poseidón te llamó reina -le dije-. Me contó que no había conocido a una mujer como tú en mil años.

-Percy. . .-musitó ruborizándose.

-Mereces algo mejor que esto, mamá. Deberías ir a la universidad, obtener tu título. Podrías escribir tu novela, conocer a un buen hombre, vivir en una casa bonita. Ya no tienes que protegerme quedándote con Gabe. Deja que me deshaga de él.

Se secó una lágrima de la mejilla.

-Hablas igual que tu padre -dijo-. Una vez me ofreció detener la marea y construirme un palacio en el fondo del mar. Creía que podría resolver mis problemas con un simple ademán.

-¿Y qué hay de malo en eso?

Sus ojos multicolores parecieron indagar en mi interior.

-Creo que lo sabes, Percy. Te pareces lo bastante a mí para entenderlo. Si mi vida tiene que significar algo, debo vivirla por mí misma. No puedo dejar que un dios o mi hijo se ocupen de mí. . . Tengo que encontrar yo sola el sentido de mi existencia. Tu misión me lo ha recordado.

Oímos el sonido de las fichas de póquer e improperios, y el canal deportivo ESPN en el televisor del salón.

-Dejaré la caja aquí -dije-. Si él te amenaza. . .

Ella asintió con aire triste.

-¿A dónde piensas ir, Percy?

-A la colina Mestiza.

-¿Para verano. . .o para siempre?

-Supongo que eso depende.

Nos miramos y tuve la sensación de que habíamos alcanzado un

acuerdo. Ya veríamos cómo estaban las cosas al final del verano.

Me besó en la frente.

-Serás un héroe, Percy. El mayor héroe de todos.

-Volví a mirar mi habitación e intuí que ya no volvería a verla. Después fui con mi madre hasta la puerta principal.

-¿Te marchas tan pronto, pringado? -me gritó Gabe por detrás-. ¡Hasta nunca!

Tuve un último momento de duda. ¿Cómo podía desperdiciar la oportunidad de darle su merecido a aquel bruto? Me iba sin salvar a mi madre.

-¡Sally! -gritó él-. ¿Qué pasa con ese pastel de carne?

Una mirada de ira refugió en los ojos de mi madre y pensé que, después de todo, quizá sí estaba dejándola en buenas manos. Las suyas propias.

-El pastel de carne llega en un minuto, cariño -le contestó-. Pastel de carne con sorpresa.

Me miró y me guiñó un ojo.

Lo último que vi cuando la puerta se cerraba fue a mi madre observando a Gabe, como si evaluara qué tal quedaría como estatua de jardín.

CAPITULO 22

CAPITULO22

LA PROFECIA SE CUMPLE

Habíamos sido los primeros héroes en regresar vivos a la colina Mestiza desde Luke, así que todo el mundo nos trataba como si hubiéramos ganado algún reality show. Según la tradición del campamento, nos ceñimos coronas de laurel en el gran festival organizado en nuestro honor, y después dirigimos una procesión hasta la hoguera, donde debíamos quemar los sudarios que nuestras cabañas habían confeccionado en nuestra ausencia.

La mortaja de Annabeth era tan bonita -seda gris con lechuzas de plata bordadas-, que le comenté que era una pena no enterrarla con ella. Me dio un puñetazo y me dijo que cerrara el pico.

Como era hijo de Poseidón, no había nadie en mi cabaña, así que la de Ares se había ofrecido voluntaria para hacer la mía. A una sábana vieja le habían pintado una cenefa con caras sonrientes con los ojos en cruz, y la palabra PRINGADO bien grande en medio. Moló quemarla.

Mientras la cabaña de Apolo dirigía el coro y nos pasábamos sándwiches de galleta, malvaviscos y chocolate, me senté rodeado de mis antiguos compañeros de la cabaña de Hermes, los amigos de Annabeth de la cabaña de Atenea y los colegas sátiros de Grover, que estaban admirando la recién expedida de licencia de buscador que le había concedido el Consejo de los Sabio Ungulados. El consejo había definido la actuación de Grover en la misión como: "Valiente hasta la indigestión. Nada que hayamos visto hasta ahora le llega a la base de las pezuñas."

Los únicos que no tenían ganas de fiesta eran Clarisse y sus colegas de cabaña, cuyas miradas envenenadas me indicaban que jamás me perdonarían por haber avergonzado a su padre.

Por mí, bien. Ni siquiera el discurso de bienvenida de Dioniso iba a amargarme el ánimo.

-Sí, sí, vale, así que el mocoso no ha acabado matándose, y ahora se lo tendrá aún más creído. Bien, pues hurra. Más anuncios: éste sábado no habrá regatas de canoas. . .

Regresé a la cabaña 3, pero ya no me sentía tan solo. Tenía amigos con los que entrenar por el día. De noche, me quedaba despierto y escuchaba el mar, consciente de que mi padre estaba ahí fuera. A lo mejor aún no estaba muy seguro de mí, o de verdad prefería que no hubiese nacido, pero vigilaba. Y hasta el momento, se sentía orgulloso de lo que había hecho.

Y en cuanto a mi madre, tenía la ocasión de empezar una nueva vida. Recibí la carta una semana después de mi llegada al campamento. Me contaba que Gabe había desaparecido misteriosamente; de hecho, que había desaparecido de la faz de la tierra. Lo había denunciado a la policía, pero tenía el extraño presentimiento de que jamás lo encontrarían.

En otro orden de cosas, mamá acababa de vender su primera escultura de hormigón tamaño natura, titulada El jugador de póquer, a un coleccionista a través de una galería de arte del Soho. Había obtenido tanto dinero que había pagado la fianza para un piso nuevo y la matrícula del primer semestre en la Universidad de Nueva York. La galería del Soho le había pedido más esculturas, que definían como "un gran paso hacia el neorrealismo superfeo".

"Pero no te preocupes -añadía mi madre-. La escultura se ha acabado. Me he deshecho de aquella caja de herramientas que me dejaste. Ya es hora de que vuelva a escribir. . . -Al final incluía una posdata-: Percy, he encontrado una buena escuela privada en la ciudad. He dejado un depósito, por si quieres matricularte en séptimo curso. Podrías vivir en casa. Pero si prefieres quedarte interno en la colina Mestiza, lo entenderé."

Doble la carta con cuidado y la dejé en mi mesita de noche. Todas las noches antes de dormirme, volvía a leerla e intentaba decidir cómo responderle

* * *

El 4 de julio, todo el campamento se reunió junto a la playa para asistir a unos fuegos artificiales organizados por la cabaña 9. Dado que eran los hijos de Hefesto, no se conformarían con unas cutres explosioncitas rojas, blancas y azules.

Habían anclado una barcaza lejos de la orilla y la habían cargado con cohetes tamaño misil. Según Annabeth, que había visto antes el espectáculo, los disparos eran tan seguidos que parecerían fotogramas de una animación. Al final aparecería una pareja de

guerreros espartanos de treinta metros de altura que cobrarían vida encima del mar, lucharían y estallarían en mil colores.

Mientras Annabeth y yo extendíamos la manta de picnic, apareció Grover, para despedirse. Vestía sus vaqueros habituales, una camiseta y zapatillas, pero en las últimas semanas tenía aspecto de mayor, casi como si fuera al instituto. La perilla de chivo se le había vuelto más espesa. Había ganado peso y los cuernos le habían crecido tres centímetros, así que ahora tenía que llevar la gorra rasta todo el tiempo para pasar por los humanos.

-Me voy -dijo-. Sólo he venido para decir. . . Bueno, ya sabéis.

Intenté alegrarme por él. Al fin y al cabo, no todos los días un sátiro era autorizado a partir en busca del gran dios Pan. Pero costaba decir adiós. Sólo conocía a Grover desde hacía un año, pero era mi amigo más antiguo.

Annabeth le dio un abrazo y le recordó que no se quitara los pies falsos.

Yo le pregunté dónde buscaría primero.

-Es. . .ya sabes, un secreto -me contestó-. Ojala pudierais venir conmigo, chicos, pero los humanos y Pan. . .

-Lo entendemos -le aseguró Annabeth-. ¿Llevas suficientes latas para el camino?

-Sí.

-¿Y te acuerdas de las melodías para las flautas?

-Jo, Annabeth -protestó-. Pareces tan controladora como mamá cabra.

Agarró su cayado y se colgó una mochila del hombro. Tenía el aspecto de cualquier autoestopista de los que se ven por las carreteras: no quedaba nada del pequeño sietemesino al que yo defendía de los matones en la academia de Yancy.

-Bueno -dijo-, deseadme suerte.

Abrazó otra vez a Annabeth. Me dio una palmada en el hombro y se alejó entre las dunas.

Los fuegos artificiales surgieron entre explosiones en el cielo: Hércules matando al león de Nemea, Artemisa tras el jabalí, George Washington (que, por cierto, era hijo de Atenea) cruzando el río Delaware.

-¡Eh, Grover! -le grité. Se volvió en la linde del bosque-. Dondequiera que vayas, espero que hagan buenas enchiladas.

Él sonrió y al punto desapareció entre los árboles.

-Volveremos a verlo -dijo Annabeth.

Intenté creerlo. El hecho de que ningún buscador hubiera regresado antes tras dos mil años. . . En fin, decidí que prefería no pensar en aquello. Grover sería el primero. Sí, tenía que serlo.

Transcurrió julio.

Pasé los días concibiendo nuevas estrategias para capturar la bandera y haciendo alianzas con las otras cabañas para mantener las zarpas de la cabaña de Ares lejos del estandarte. Conseguí subir por primera vez el recódromo sin que me quemara la lava.

De vez en cuando pasaba junto a la Casa Grande, miraba las ventanas del desván y pensaba en el Oráculo. Intentaba convencerme de que su profecía se había cumplido.

"Irás al oeste, donde te enfrentarás al dios que se ha rebelado." Había estado allí, y lo había hecho: aunque el dios traidor había resultado Ares en vez de Hades.

"Encontrarás lo robado y lo devolverás." Hecho. Marchando una de rayo maestro. Marchando otra de yelmo de oscuridad para la cabeza grasienta de Hades.

"Serás traicionado por quién dice ser tu amigo." Este vaticinio seguía preocupándome. Ares había fingido ser mi amigo y después me había traicionado. Eso debía de ser lo que quería decir el Oráculo.

"Al final, no conseguirás salvar lo más importante." Había fracasado en salvar a mi madre, pero sólo porque había dejado que se salvara ella misma, y sabía que eso era lo correcto. Así pues, ¿por qué seguía intranquilo?

* * *

La última noche del curso estival llegó demasiado rápido.

Los campistas cenamos juntos por última vez. Quemamos parte de nuestra cena para los dioses. Junto a la hoguera, los consejeros mayores concedían las cuentas de "fin de verano".

Yo obtuve mi propio collar de cuero, y cuando vi la cuenta de mi primer verano, me alegré de que el resplandor del fuego enmascarara mi sonrojo. Era completamente negra, con un tridente verde mar brillando en el centro.

-La elección fue unánime -anunció Luke-. Esta cuenta conmemora al primer hijo del dios del mar en este campamento, iy la misión que llevó a cabo hasta la parte más oscura del inframundo para evitar una guerra!

El campamento entero se puso de pie y me vitoreó. Incluso la cabaña de Ares se vio obligada a levantarse. La cabaña de Atenea empujó a Annabeth hacia delante para que compartiese el aplauso.

No estoy seguro de que vuelva a sentirme tan contento o triste como en aquel momento. Por fin había encontrado una familia, gente que se preocupaba por mí y que pensaba que había hecho algo bien. Pero, por la mañana, la mayoría se marcharía a pasar el año fuera.

A la mañana siguiente encontré una carta formal en mi mesilla de noche.

Sabía que la había escrito Dioniso, porque se empeñaba en escribir mi nombre mal:

Apreciado Peter Johnson:

Si tienes intención de quedarte en el Campamento Mestizo todo el año, debes notificarlo a la Casa Grande antes de mediodía de hoy. Si no anuncias tus intenciones, asumiremos que has dejado libre la cabaña o has muerto víctima de un final horrible. Las arpías de la limpieza empezarán a trabajar al atardecer. Tienen permiso para comerse a cualquier campista no autorizado. Todos los artículos personales que olvidéis serán incinerados en el foso de lava.

¡Que tengas un buen día!

Sr. D (Dioniso)

Director del Campamento n º 12 del Consejo Olímpico.

Ése es otro de los problemas del THDA. Las fechas límite no son reales para mí hasta que las tengo encima. El verano había terminado y yo seguía sin informar a mi madre, o al campamento, sobre si me quedaría o no. Y ahora sólo tenía unas horas para decidirlo.

La decisión debería haber sido fácil. Quiero decir que se trataba de escoger entre nueve meses entrenando para ser un héroe o nueve meses sentado en una clase. . . En fin.

Supongo que debía de tener en cuenta a mi madre. Por primera vez tenía la oportunidad de vivir con ella un año sin la molesta presencia de Gabe. Podría sentirme cómodo en casa y pasear por la ciudad en mi tiempo libre. Recordaba las palabras de Annabeth durante nuestra misión: "Los monstruos están en el mundo real. Ahí es donde descubres si sirves para algo o no."

Pensé en el destino de Thalia, hija de Zeus. Me preguntaba cuántos monstruos me atacarían si abandonaba la colina Mestiza. Si me quedaba en casa todo el año académico, sin Quirón o mis otros amigos para ayudarme, ¿llegaríamos mi madre y yo vivos al siguiente verano? Eso suponiendo que los exámenes de deletrear y las redacciones de cinco párrafos no acabaran conmigo. Decidí bajar al estadio y practicar un poco con la espada. Quizá eso me aclararía las ideas.

Las instalaciones del campamento, casi desiertas, refulgían al calor de agosto. Los campistas estaban en sus cabañas recogiendo, o de aquí para allá con escobas y mopas, preparándose para la inspección final. Argos ayudaba a algunas chicas de Afrodita con sus maletas de Gucci y juegos de maquillaje colina arriba, donde el mini autobús del campamento esperaba para llevarlas al aeropuerto.

"Aún no pienses en marcharte -me dije-. Sólo entrena"

Me acerqué al estadio de los luchadores de espada y descubrí que Luke había tenido la misma idea. Su bolsa de deporte estaba al borde de la tarima. Trabajaba solo, entrenando contra maniquíes con una espada que nunca le había visto. Debía de ser de acero normal, porque estaba rebanándoles las cabezas a los maniquíes, abriéndoles las tripas de paja. Tenía la camiseta naranja de consejero empapada de sudor. Su expresión era tan intensa que su vida bien habría podido estar en peligro. Lo observé mientras destripaba la fila entera de maniquíes, les cercenaba las extremidades y los reducía a una pila de paja y armazón.

Solo eran maniquíes, pero aun así no pude evitar quedar fascinado con la habilidad de Luke. El tío era un guerrero increíble. Una vez más me pregunté cómo podía haber fallado en su misión.

Al final me vio y se detuvo a medio lance.

-Percy.

-Oh. . . perdona. Yo sólo. . .

-No pasa nada .dijo bajando la espada-. Sólo estoy haciendo unas prácticas de última hora.

-Esos maniquíes ya no molestarán a nadie más.

Luke se encogió de hombros.

-Los ponemos cada verano.

Entonces vi en su espada algo que me resultó extraño. La hoja estaba confeccionada con dos tipos de metal: bronce y acero. Luke se dio cuenta de que estaba mirándola.

-¿Ah, esto? Un nuevo juguete. Ésta es Backbiter.

-Vaya.

Luke giró la hoja a la luz de modo que brillara.

-Bronce celestial y acero templado -explicó-. Funciona tanto en mortales como en inmortales.

Pensé en lo que Quirón me había dicho al empezar mi misión: que un héroe jamás debía dañar a los mortales a menos que fuer absolutamente necesario.

-No sabía que se podían hacer armas como ésa.

-Probablemente no se puede -coincidió Luke-. Es única. -Me dedicó una sonrisita y envainó la espada-. Oye, iba a buscarte. ¿Qué dices de una última incursión en el bosque, a ver si encontramos algo para luchar?

No sé por qué vacilé. Debería haberme alegrado que Luke se mostrara tan amable. Desde mi regreso se había comportado de forma algo distante. Temía que me guardara rencor por la atención que estaba recibiendo.

-¿Crees que es buena idea? -repuse-. Quiero decir. . .

-Oh vamos. -Rebuscó en su bolsa de deporte y sacó un pack de seis latas de Coca-Cola-. Las bebidas corren en mi cuenta.

Miré las Coca-Colas, preguntándome de dónde demonios las habría sacado. No había refrescos mortales normales en la tienda del campamento, y tampoco era posible meterlos de contrabando, salvo

quizá con la ayuda de un sátiro. Por supuesto, las copas mágicas de la cena se llenaban de lo que querías, pero no sabía exactamente igual que la Coca-Cola.

Azúcar y cafeína. Mi fuerza de voluntad se desplomó.

-Claro -decidí-. ¿Por qué no?

Bajamos hasta el bosque y dimos una buena caminata buscando algún monstruo, pero hacía demasiado calor. Todos los monstruos con algo de seso estarían haciendo la siesta en sus fresquitas cuevas. Encontramos un lugar en sombra junto al arroyo donde le había roto la lanza a Clarisse durante mi primera partida de capturar la bandera. Nos sentamos en una roca grande, bebimos Coca-Colas y observamos el paisaje.

Al cabo de un rato, Luke preguntó:

-¿Echas de menos ir de misión?

-¿Con monstruos atacándome a cada paso? ¿Estás de broma? - Luke arqueó una ceja-. Vale, lo echo de menos -admití-. ¿Y tú?

Su rostro se ensombreció.

Estaba acostumbrado a oír decir a las chicas lo guapo que era Luke, pero en aquel instante parecía cansado, enfadado y nada atractivo. Su pelo rubio se veía gris a la luz del sol. La cicatriz de su rostro parecía más profunda de lo normal. Fui capaz de imaginarlo de viejo.

-Llevo viviendo en la colina Mestiza desde que tenía catorce años -dijo-. Desde que Thalia. . . Bueno, ya sabes. . . He entrenado y entrenado y entrenado. Jamás conseguí ser un adolescente normal en el mundo real. Después me asignaron una misión, pero cuando volví fue como si me dijeran: "Hala, ya se ha terminado la diversión. Que tengas una buena vida."

Arrugó su lata y la arrojó al arroyo, lo cual me dejó alucinado de verdad. Una de las primeras cosas que aprendes en el Campamento Mestizo es a no ensuciar. De lo contrario, las ninfas y las náyades te lo hacen pagar: cualquier día te metes en tu cama y te la encuentras llena de ciempiés y de barro.

-A la porra con las coronas de laurel -dijo Luke-. No voy a terminar como esos trofeos polvorrientos en el desván de la Casa Grande.

-¿Piensas marcharte?

Luke me sonrió maliciosamente.

-Pues claro que sí Percy. Te he traído aquí abajo para despedirme

de ti.

Chasqueó los dedos y al punto un pequeño fuego abrió un agujero en el suelo a mis pies. Del interior salió reptando algo negro y brillante, del tamaño de mi mano. Un escorpión.

Hice ademán de agarrar mi boli.

-Yo no lo haría -me advirtió Luke-. Los escorpiones del abismo saltan hasta cinco metros. El aguijón perfora la ropa. Estarás muerto en sesenta segundos.

-Pero ¿qué...?

Entonces lo comprendí. "Serás traicionado por quien se dice tu amigo."

-Tú... -musité.

Se puso en pie tranquilamente y se sacudió los vaqueros. El escorpión no le prestó atención. Tenía sus ojos negros fijos en mí, mientras reptaba hacia mi zapato con el aguijón enhiesto.

-He visto mucho en el mundo de ahí fuera, Percy -dijo Luke-. ¿Tú no? La oscuridad se congrega, los monstruos son cada vez más fuertes. ¿No te das cuenta de lo inútil que es todo esto? Los héroes son peones de los dioses. Tendrían que haber sido derrocados hace miles de años, pero han aguantado gracias a nosotros, los mestizos.

No podía creer que aquello estuviera pasando.

-Luke... estás hablando de nuestros padres -dije.

Soltó una carcajada y luego agregó:

-¿Y solo por eso tengo que quererlos? Su preciosa civilización occidental es una enfermedad, Percy. Está matando el mundo. La única manera de detenerla es quemarla de arriba abajo y empezar de cero con algo más honesto.

-Estás tan loco como Ares.

Se le encendieron los ojos.

-Ares es un insensato. Jamás se dio cuenta de quién era su auténtico amo. Si tuviese tiempo, Percy, te lo explicaría, pero me temo que no vivirás tanto.

El escorpión empezó a trepar por la pernera de mi pantalón. Tenía que haber una salida a aquella situación. Necesitaba tiempo.

-Cronos -dije-. Ése es tu amo.

El aire se volvió repentinamente frío.

-Deberías tener cuidado con los nombres que pronuncias -me advirtió Luke.

-Cronos hizo que robaras el rayo maestro y el yelmo. Te hablaba en sueños.

Percibí un leve tic en su ojo.

-También te habló a ti, Percy. Tendrías que haberlo escuchado.

-Te está lavando el cerebro, Luke.

-Te equivocas. Me mostró mi que mi talento está desperdiciado. ¿Sabes qué misión me encomendaron hace dos años, Percy? Mi padre, Hermes, quería que robara una manzana dorada den Jardín de las Hespérides y la devolviera al Olimpo. Después de todo el entrenamiento al que me he sometido, eso fue lo mejor que se le ocurrió.

-No es una misión fácil -dije-. Lo hizo Hércules.

-Exacto. Pero ¿dónde está la gloria de repetir lo que otros ya han hecho? Lo único que saben hacer los dioses es repetir su pasado. No puse mi corazón en ello. El dragón del jardín me regaló esto. -Contrariado, señaló la cicatriz-. Y cuando regresé sólo obtuve lástima. Ya entonces quise derrumbar el Olimpo piedra a piedra, pero aguardé el momento oportuno. Empecé a soñar con Cronos, que me convenció de que robara algo valioso, algo que ningún héroe había el valor de llevarse. Cuando nos fuimos de excursión durante el solsticio de inviernos, mientras los demás campistas dormían, entré en la sala del trono y me llevé el rayo maestro de debajo de su silla. También el yelmo de oscuridad de Hades. No imaginas lo fácil que fue. Qué arrogantes son los Olímpicos; ni siquiera concebían que alguien pudiese robarles. Tienen un sistema de seguridad lamentable. Ya estaba en mitad de Nueva Jersey cuando oí los truenos y supe que habían descubierto mi robo.

El escorpión estaba ahora en mi rodilla, mirándome con ojos brillantes. Intenté mantener firme mi voz.

-¿Y por qué no le llevaste esos objetos a Cronos?

La sonrisa de Luke desapareció.

-Me... me confié en exceso. Zeus envió a sus hijos e hijas a buscar el rayo robado: Artemisa, Apolo, mi padre, Hermes. Pero fue Ares quien me pilló. Habría podido derrotarlo, pero no me atreví. Me desarmó, se hizo con el rayo y el yelmo y me amenazó con volver al

Olimpo y quemarme vivo. Entonces la voz de Cronos vino a mí y me indicó qué decir. Persuadí a Ares de la conveniencia de una gran guerra entre los dioses. Le dije que solo tenía que esconder los objetos robados durante un tiempo y luego regocijarse viendo cómo los demás peleaban entre sí. A Ares le brillaron los ojos con maldad. Supe que lo había engañado. Me dejó ir, y yo regresé al Olimpo antes de que notaran mi ausencia. -Luke desenvainó su nueva espada y pasó el pulgar por el canto, como hipnotizado por su belleza-. Después, el señor de los titanes. . .m-me castigó con pesadillas. Juré no volver a fracasar. De vuelta en el Campamento Mestizo, en mis sueños me dijo que llegaría un segundo héroe, alguien a quien podría engañarse para llevar el rayo y el yelmo al Tártaro.

-Tú invocaste al perro del infierno aquella noche en el bosque.

-Teníamos que hacer creer a Quirón que el campamento no era seguro para ti, así te iniciaría en tu misión. Teníamos que confirmar sus miedos de que Hades iba tras de ti. Y funcionó.

-Las zapatillas voladoras estaban malditas -dije-. Se suponía que tenían que arrastrarme a mí y a la mochila al Tártaro.

-Y lo habrían hecho si las hubieses llevado puestas. Pero se las diste al sátiro, cosa que no formaba parte d. -el plan. Grover estropea todo lo que toca. Hasta confundió la maldición. -Luke miró al escorpión, que ya estaba en mi muslo-. Deberías haber muerto en el Tártaro, Percy. Pero no te preocupes, te dejo con mi amigo para que arregle ese error.

-Thalia dio su vida por salvarte -dije, y me rechinaban los dientes-. ¿Así es como le pagas?

-¡No hables de Thalia! -gritó-. ¡Los dioses la dejaron morir! Ésa es una de las muchas cosas por las que pagarán.

-Te están utilizando, Luke. Tanto a ti como a Ares. No escuches a Cronos.

-¿Qué me están utilizando? -Su voz se tornó aguda-. Mírate a ti mismo. ¿Qué ha hecho tu padre por ti? Cronos se alzará. Sólo has retrasado sus planes. Arrojará a los Olímpicos al Tártaro y devolverá a la humanidad a sus cuevas. A todos salvo a los más fuertes: los que le sirven.

-Aparta este bicho -dije-. Si tan fuerte eres, pelea conmigo.

-Luke sonrió.

-Buen intento, Percy, pero yo no soy Ares. A mí no vas a engatusarme. Mi señor me espera, y tiene misiones de sobra que

darme.

-Luke. . .

-Adiós, Percy. Se avecina una nueva Edad de Oro, pero tú no formarás parte de ella.

Trazó un arco con la espada y desapareció en una onda de oscuridad.

El escorpión atacó.

Lo aparté de un manotazo y destapé mi espada. El bichejo me saltó encima y lo corté en dos en el aire. Iba a felicitarme por mi rápida reacción cuando me miré la mano: tenía un verdugón rojo que supuraba una sustancia amarilla y despedía humo. Después de todo, el bichejo me había picado.

Me latían los oídos y se me nubló la visión. Agua, pensé. Me había curado antes. Llegué al arroyo a trompicones y sumergí la mano, pero no ocurrió nada. El veneno era demasiado fuerte. Perdía la visión y apenas me mantenía en pie. . . "Sesenta segundos", me había dicho Luke. Tenía que regresar al campamento. Si me derrumbaba allí, mi cuerpo serviría de cena para algún monstruo. Nadie sabría jamás qué había ocurrido.

Sentí las piernas como plomo. Me ardía la frente. Avancé a tropezones hacia el campamento, y las ninfas me revolvieron en los árboles.

-Socorro. . . -gemí-. Por favor. . .

Dos de ellas me agarraron de los brazos y me arrastraron. Recuerdo haber llegado al claro, un consejero pidiendo ayuda, un centauro haciendo sonar una caracola.

Después todo se volvió negro.

Me desperté con una pajita en la boca. Sorbía algo que sabía a cookies de chocolate. Néctar.

Abrí los ojos.

Estaba en una cama de la enfermería de la Casa Grande, con la mano derecha vendada como si fuera un mazo. Argos montaba guardia en una esquina. Annabeth, sentada a mi lado, sostenía mi vaso de néctar y me pasaba un paño húmedo por la frente.

-Aquí estamos otra vez -dijo.

-Cretino -dijo Annabeth, lo que me indicó lo contenta que estaba de verme consciente-. Estabas verde y volviéndote gris cuando te encontramos. De no ser por los cuidados de Quirón. . .

-Bueno, bueno -intervino la voz de Quirón-. La constitución de Percy tiene parte del mérito.

Estaba sentado junto a los pies de la cama en forma humana, motivo por el que aún no había reparado en él. Su parte inferior estaba comprimida mágicamente en la silla de ruedas; la superior, vestida con chaqueta y corbata. Sonrió, pero se le veía pálido y cansado, como cuando pasaba despierto toda la noche corrigiendo los exámenes de latín.

-¿Cómo te encuentras? -preguntó.

-Como si me hubieran congelado las entrañas y después las hubieran calentado en el microondas.

-Bien, teniendo en cuenta que eso era veneno de escorpión del abismo. Ahora tienes que contarme, si puedes, qué ocurrió exactamente.

Entre sorbos de néctar, les conté la historia.

Cuando finalicé, hubo un largo silencio.

-No puedo creer que Luke. . . -A Annabeth le falló la voz. Su expresión se tornó de tristeza y enfado-. Sí, sí puedo creerlo. Que los dioses lo maldigan. . . Nunca fue el mismo tras su misión.

-Hay que avisar al Olimpo -murmuró Quirón-. Iré inmediatamente.

-Luke aún está ahí fuera -dije-. Tengo que ir tras él.

Quirón meneó la cabeza.

-No, Percy. Los dioses. . .

-No harán nada -espeté-. ¡Zeus ha dicho que el asunto estaba cerrado!

-Percy, sé que esto es duro, pero ahora no puedes correr en busca de venganza. Primero tienes que reponerte, y después someterte a un duro entrenamiento.

No me gustaba, pero Quirón tenía razón. Eché un vistazo a mi mano y supe que tardaría en volver a usar la espada.

-Quirón, tu profecía del oráculo era sobre Cronos ¿no? ¿Aparecía yo

en ella? ¿Y Annabeth?

Quirón se revolvió con inquietud.

-Percy, no me corresponde... .

-Te han ordenado que no me lo cuentes, ¿verdad?

Sus ojos eran comprensivos pero tristes.

-Serás un gran héroe, niño. Haré todo lo que pueda para prepararte. Pero si tengo razón sobre el camino que se abre ante ti. .

. -Un súbito trueno retumbó haciendo vibrar las ventanas-. ¡Bien! - exclamó Quirón-. ¡Vale! -Exclamó un suspiro de frustración y añadió-: Los dioses tienen sus motivos, Percy. Saber demasiado del futuro de uno mismo nunca es bueno.

-Pero no podemos quedarnos aquí sentados sin hacer nada -insistí.

-No vamos a quedarnos sentados -prometió Quirón-. Pero debes tener cuidado. Cronos quiere que te deshilaches, que tu vida se trunque, que tus pensamientos se nublen de miedo o ira. No le complazcas, no le des lo que desea. Entrena con paciencia. Llegará tu momento.

-Suponiendo que viva tanto tiempo.

Quirón me puso una mano en el tobillo.

-Debes confiar en mí, Percy. Pero primero tienes que decidir tu camino para el próximo año. Yo no puedo indicarte la elección correcta. . . -Me dio la impresión de que tenía una opinión bastante formada. Pero que prefería no aconsejarme-. Tienes que decidir si te quedas en el Campamento Mestizo todo el año, o regresas al mundo mortal para hacer séptimo curso y luego volver como campista de verano. Piensa en ello. Cuando regrese del Olimpo, debes comunicarme tu decisión.

Quería hacerle más preguntas, pero su expresión me indicó que la discusión estaba zanjada; ya había dicho todo cuanto podía.

-Regresaré en cuanto pueda -prometió-. Argos te vigilará. -Miró a Annabeth-. Oh y querida. . . cuando estés lista, ya están aquí.

-¿Quiénes están aquí?

Nadie respondió.

Quirón salió de la habitación. Oí su silla de ruedas alejarse por el pasillo y después bajar cuidadosamente los escalones.

Annabeth estudió el hielo en mi bebida.

-¿Qué pasa? .le pregunté.

-Nada. -Dejó el vaso encima de la mesa-. He seguido tu consejo sobre algo. Tú. . .¿necesitas algo?

-Sí, ayúdame a incorporarme. Quiero salir fuera.

-Percy, no es buena idea.

Saqué las piernas de la cama. Annabeth me sujetó antes de que me derrumbara al suelo. Tuve náuseas.

-Te lo he dicho -refunfuñó Annabeth.

-Estoy bien -insistí.

No quería quedarme tumbado en la cama como un inválido mientras Luke rondaba por ahí planeando destruir el mundo oriental. Conseguí dar un paso. Después otro, aún apoyando casi todo mi peso en Annabeth. Argos nos siguió a prudente distancia.

Cuando llegamos al porche, tenía el rostro perlado de sudor y el estómago hecho un manojo de nervios. Pero había conseguido llegar a la balaustrada.

Estaba oscureciendo. El campamento parecía abandonado. Las cabañas estaban a oscuras y la cancha de voleibol en silencio. Ninguna canoa surcaba el lago. Más allá de los bosques y los campos de fresas, el canal de Long Island Sound reflejaba la última luz del sol.

-¿Qué vas a hacer? -me preguntó Annabeth.

-No lo sé.

Le dije que tenía la impresión de que Quirón quería que me quedara todo el año para seguir con mi entrenamiento personalizado, pero no estaba seguro. En cualquier caso, admití que me sentía mal por dejarla sola, con la única compañía de Clarisse.

Annabeth apretó los labios luego susurró:

-Me marcho a casa a pasar el año, Percy.

-¿Quieres decir con tu padre? -pregunté, mirándola a los ojos.

Señaló la cima de la colina Mestiza. Junto al pino de Thalia, justo al borde de los límites mágicos del campamento, se recortaba la silueta de una familia: dos niños pequeños, una mujer y un hombre alto de pelo rubio. Parecían estar esperando. El hombre sostenía una mochila

que se parecía a la que Annabeth había sacado del Waterland de Denver.

-Le escribí una carta cuando volvimos -me contó Annabeth-, como tú habías dicho. Le dije que lo sentía. Que volvería a casa durante el año si aún me quería. Me contestó enseguida. Así que hemos decidido darnos otra oportunidad.

-Eso habrá requerido valor.

Apretó los labios.

-¿Verdad que no vas a intentar ninguna tontería durante el año académico? O al menos no sin antes enviarme un mensaje iris.

Sonréí.

-No voy a buscarme problemas. Normalmente no hace falta.

-Cuando vuelva el próximo verano -me dijo-, iremos tras Luke. Pediremos una misión, pero, si no nos la conceden, nos escaparemos y lo haremos igualmente. ¿De acuerdo?

-Parece un plan digno de Atenea.

Chocamos las manos.

-Cuídate, sesos de algas -me dijo-. Mantén los ojos abiertos.

-Tú también, listilla.

La vi marcharse colina arriba y unirse a su familia. Abrazó a su padre y miró el valle por última vez. Tocó el pino de Thalia y dejó que la condujeran más allá de la colina, hacia el mundo mortal.

Por primera vez me sentí realmente solo en el campamento. Miré a Long Islán Sound y recordé las palabras de mi padre: "Al mar no le gusta que lo contengan."

Tomé una decisión.

Me pregunté si Poseidón la aprobaría.

-Volveré el verano que viene -le prometí contemplando el cielo-. Sobreviviré hasta entonces. Después de todo, soy tu hijo. -Le pedí a Argos que me acompañara hasta la cabaña 3 para preparar mis bolsas y marcharme a casa.

FIN DEL LIBRO UNO
FIN DEL LIBRO UNO

La lectura es el camino hacia el conocimiento y la libertad. Ella nos permite viajar por los caminos del tiempo y del espacio, y conocer la vida, el ambiente, las costumbres, el pensamiento y creaciones de los grandes hombres que han hecho y hacen la historia.

La lectura implica participación activa de la mente y contribuye al desarrollo de la imaginación, la creatividad, enriquece el vocabulario como la expresión oral y escrita.

Desde el punto de vista psicológico ayuda a comprender mejor el mundo como a nosotros mismos, facilita las relaciones interpersonales, su desarrollo afectivo, moral y espiritual y en consecuencia, la capacidad para construir un mundo más justo y más humano.

“Siempre imaginé que el Paraíso sería algún tipo de biblioteca”. Jorge Luis Borges



Síguenos:

facebook

